POL IBÁÑEZ
VOLVERÉ A VERTE
CROSS BOOKS

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Nota de autor
La flor blanca. Todo empieza y todo acaba
Parte 1. Volveremos a vernos
Lema
Lirio blanco. La tormenta y la lluvia
Orquídea blanca. Yo siempre te defenderé
Rosa blanca. La traición inyectada en el corazón
Clavel. Ventanas rompiéndose
Magnolia. El compañero de trabajo
Narciso. Un techo de constelaciones
Narciso y Jazmín. Plutón y el sistema solar
Jazmín. ¿La familia siempre me querrá?
Loto blanco. Enfrentarte a lo que te mata por dentro
Gardenia blanca. ¿Fumar por vicio o por amor?
Constelación Osa Mayor. Una galaxia de besos y miles de constelaciones
Constelación Orión. Un dibujo de ti
Constelación Osa Menor. El cine y la vida
Hortensia. La noche junto a ti
Camelia. Todo se derrumba cuando piensas que no
Campanillas. Los 11 segundos
Parte 2. No volveremos a vernos
Lema
Campanillas y dalias. Las mil razones de todo y verano
Cala. Todos contra mi sonrisa
Tulipanes blancos. El árbol y Martí
Hibisco. No poder amar a nadie más por amar a alguien que ya

no está
Margarita. The night we met
Amarilis blanca. La explosión de ira
Jara blanca. Un corazón sin latir
Iris. Te regalo mi último pensamiento
La última flor blanca. El prado de flores blancas
Flores blancas y drogas. ¿Por qué no fui capaz de valorarte?
20 flores blancas. El funeral
Epílogo. La flor verde
Lema
Rosa viridiflora. La silla manchada de recuerdos
Campanas de Irlanda. No es culpa tuya
No estás solo...
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Una flor blanca puede ser el final o el principio de todo.

Mi nombre es Luke y mi vida dio un giro en el momento más inesperado.

Perdí todo lo que tenía y los días pasaron a ser un eterno bucle en el que sentía que me faltaba algo.

Una razón por la que sonreír. Intenté sobrevivir, seguir hacia delante, pero era complicado cuando ni siquiera era capaz de encontrar lo más importante: a mí mismo.

Volveré a verte

Pol Ibáñez

Para aquella flor blanca que,
a pesar de todo,
necesita la ayuda de otra.

Para ti, lector,
que escondes el dolor entre letras
para no sacarlo al exterior.

Para todos aquellos que no tuvieron la felicidad que merecían
y decidieron irse a vivir al cielo,
en paz.

Para tu mente,
que no merece tener ninguna enfermedad mental,
y mucho menos no ser tratada.

Para mí,
por confiar en mí y por seguir aquí.

Nota de autor

Antes de que os adentréis en la historia de Luke, quiero avisaros de que es una novela bastante dura, con escenas fuertes y momentos que pueden llegar a ser incómodos para el lector. Se tratan temas como el uso de drogas en la adolescencia, los abusos, la ansiedad, la depresión y la homofobia.

La flor blanca
Todo empieza y todo acaba

Se me hace raro mirarlos y pensar que ya no forman parte de mi vida. Es ver sus caras y sentir una nostalgia fea y abrumadora. Echo de menos sus risas. Sus sonrisas. Fueron dos personas importantes en mi vida y se esfumaron en un abrir y cerrar de ojos.

Solo conseguí una bestia, y fue en mi cabeza. No la quiero y no es bienvenida. Va en mi contra y no desea verme bien. En la vida real le ponen un nombre demasiado amistoso, yo prefiero llamarla tortura.

El chico de ojos verdes es la persona que más daño me hizo, me dejó sin saber la razón por la que todo acabó mal entre nosotros. No le importaron los recuerdos, tampoco lo que vivimos y mucho menos lo felices que fuimos.

El chico de las constelaciones es quien me hizo feliz durante un tiempo.

Pero fue una estrella fugaz, de esas que vienen, te revolucionan y se van.

Yo soy el chico de las flores blancas, el que contará esta historia. Puedes acompañarme durante mi último año. Leerás sonrisas, amor y nostalgia. Pero también todo el dolor que siento y he llegado a sentir.

Si no estás preparado para leer este libro, te recomiendo que lo guardes en un hueco de la estantería y esperes a sentirte con fuerzas. No es un libro agradable. No quiero que lo sea. Se trata de mi vida, y no fue la mejor. Hablo de muchos temas, no solo me centro en uno. Al decidir escribir este libro, me sumergí en mis sentimientos. En cada golpe de ansiedad, depresión, ira, dolor y amor. Hay violencia, heridas internas y sufrimiento. Pero también estoy yo.

Si he decidido escribir este libro, no ha sido por mí, sino por ti. Para quien lo lea. No quiero que nadie se sienta tan solo como me sentí yo. Porque, créeme, cuando termines este libro, yo permaneceré a tu lado. Para ayudarte.

No quiero enrollarme más. Es hora de que conozcas al chico de

ojos verdes, al de las constelaciones y a mí, el chico de las flores blancas.

Pd: esto también es para ti, chico de ojos verdes. Sé que lo leerás.

Parte 1
Volveremos a vernos

La mentira más común es aquella con la que las personas se engañan a sí mismas.

Nietzsche

Lirio blanco
La tormenta y la lluvia

Octubre, 2017

—Bueno, alumnos, es hora de presentar los trabajos sobre un tema con el que os sintáis identificados. —El profesor me miró fijamente—. García, ¿quieres empezar?

—¿Yo? —me quedé mirando la hoja arrugada que tenía en mis manos.

—Sí.

Me indicó que me acercase a la pizarra.

—Está bien... —Suspiré y fui hacia él.

—Venga, no tengas miedo. —Me dio una palmada en el hombro y se sentó a su mesa.

Yo me quedé frente a la clase, paralizado. Me contemplaban como si alguna vez les hubiese importado o hubiese sido fuente de sus preocupaciones diarias. Unos se reían por debajo de la manga, otros juzgaban mis pintas y los demás tan solo trataban de que no se les escapara ningún comentario ofensivo.

Mark ya ni siquiera me miraba.

Para él era tan solo el recuerdo de los juguetes que teníamos de pequeños, después de todo lo que hemos llegado a vivir juntos. Daba la sensación de que había decidido hacer borrón y cuenta nueva sobre nuestra adolescencia.

Sabía que todo lo que habíamos vivido estaba repartido por su habitación de recuerdos, pero él no tenía ni la más mínima intención de hacer algo al respecto. Yo ya no era relevante en su vida, prefería charlar con su nuevo amigo antes que apoyarme, como hacía antes cuando me tocaba hablar en público. En aquel instante necesitaba que me apoyara, que me tranquilizara con gestos y que me sonriera. Mark siempre me deseaba suerte y susurraba una y otra vez esas dos palabras: «Tú puedes».

La ausencia de eso complicó aún más la situación.

Mark ya no quería saber de mí. Es más, creo que llevaba como unos dos meses sin percatarse de mi existencia. Sin saber de aquel chico tan jodidamente roto.

El señor Roderike me insistía una y otra vez para que empezara. Yo no quería. No me apetecía leer eso. Es más, no debería haberlo escrito. Lo hice a las doce de la noche, cuando me encontraba sumergido en un mar demasiado oscuro. Ni siquiera había estrellas en lo alto que lo alumbraran, solo me acompañaba la nada.

Estaba a punto de airear mis sentimientos más profundos. Miré al profesor tratando de ahorrarme las lágrimas, volví la cabeza hacia Mark, pero seguía igual. Hablando con él. Era triste saber que solo me miraba gente desconocida. Dolía ver que ya ni siquiera me consideraban un compañero.

Inspiré y espiré. Me coloqué la hoja un poco más arriba para taparme los ojos y que no pudieran ver mi cara. Desastrosa y llena de ojeras. La mano me temblaba y el pie señalaba que había perdido la estabilidad. Estaba claro que después de leer el texto, Mark alzaría los ojos.

—Empiezo —carraspeé—. «Vivo rodeado de miles de gotas de agua, pero ninguna me moja. Caen a mi alrededor y ninguna me toca. Es como si me evitasen. Como si me viesen destrozado, decaído, amargado, arruinado, y decidiesen apartarse de algo más frío que ellas... —Se me quebraba la voz—. Vivo en una lluvia constante y ningún rayo cae. Nadie me ilumina. Las nubes siguen siendo grises y espontáneas. Creo que intentan decirme que todo irá bien, que la lluvia no me mojará, pero que el cielo tampoco me mostrará un rayo de sol. Vivo al lado de unos fuertes truenos. Con sus tormentosos ruidos. Cada día hay más y parece que nunca se vayan a ir. Trato de ignorarlos, pero los estruendos son horribles. Vivo cerca de charcos de agua y ninguno me resulta amigable. Todos parecen fáciles de pisar, pero cuando lo hago, me hundo. Y me siento más frío que nunca. Cuantos más charcos hay, más solo me siento, pues sé que todos me mojarán y me dejarán sin aire. Vivo en una constante tormenta lluviosa, llena de relámpagos y truenos, en la que nadie es capaz de llevarme a una vida con el cielo calmado y tranquilo.»

Cuando acabé, alcé la vista del papel y vi que había dejado a todos sin habla. No sabían qué decir. Al mirar de reojo a la mesa del

profesor, pude ver que aún no me había puesto nota; todavía seguía estático, con el bolígrafo en la mano. Me acerqué a él y le di aquel trozo de papel arrugado para que lo revisara. Luego me senté en mi sitio y, por primera vez, noté miles de ojos clavándose en mi cuello.

Me percaté de que sabían de la existencia de Luke. Que volvían a ser conscientes de mí.

Había dejado de ser un fantasma. Las chicas engreídas de mi derecha ahora reparaban en un niño de pelo castaño y ojos negros. Los frikis de atrás estuvieron observándome. El grupito de mi izquierda se había callado de repente. Pasé a ser el centro de atención, pero a mí solo me interesaba una cosa: Mark.

Así que, me giré despacio hacia el asiento del fondo. Ese lugar al lado de la ventana y tocando el final de la clase. Ese memorable sitio que cada vez que acudía a mi memoria me traía el paso de los años, las estaciones y los minutos. Ese asiento del fondo era como una bomba.

Una bomba que escondía todo mi curso escolar.

Entonces, me miró. Su nuevo amigo le estaba hablando y él tenía los ojos clavados en los míos. Se quedó unos segundos observándome y, cuando estaba a punto de dedicarme una sonrisa, el chico de al lado le chasqueó los dedos, forzándolo a que dejara de prestarme atención. Yo seguí mirándolo.

«Qué buenos tiempos...», pensé.

Antes yo ocupaba el asiento dónde ahora estaba el nuevo compañero de Mark. En todas las clases, miraba cómo la luz se filtraba por el ventanal y sentía cómo se reflejaba en mi rostro o rozaba mis manos apoyadas sobre la mesa. Sin duda, esos tiempos pasados fueron buenos, no como el presente, en el que el tiempo es solo tiempo. Y resultaba ser todo lo contrario a lo que había sido entonces. Se había convertido en algo que deseas que pase rápido.

—Bueno... —El profesor se levantó de la silla—. Muchas gracias, Luke. —Se tocó el cuello—. Ha sido... espectacular —me alabó—. Me he quedado sin palabras. Me ha encantado la manera como te has abierto, y también que hayas utilizado la metáfora de la tormenta. Increíble. En serio, magnífico. —Se detuvo un segundo—. Bueno, sigamos. ¡Tú! —Señaló a Mark.

—¿Yo?

—Sí —frunció el ceño—. ¿No lo has hecho?

—Sí, sí... —Sacó un papel de su mochila.

—Bien, entonces coge tu hoja y léenosla.

—Vale...

Mark, por fuera, aparentaba ser un chico extrovertido y muy feliz, pero en realidad no era más que un joven tímido e inseguro. No éramos tan diferentes como pensaba en un principio.

En ese aspecto, éramos gota y lluvia.

Lo único que ahora yo ya no era su gota, ni su lluvia.

Se incorporó. Inspiró con fuerza. Tenía escrito por delante y por detrás y, obviamente, yo sabía de lo que estaba hablando.

¿Quién no tenía ni idea de lo que estaba hablando?

Exacto: su nuevo compañero.

Porque por mucho que ese otro chico me hubiese reemplazado, jamás me quitaría todo lo que sabía sobre Mark.

He vivido sus peores momentos; así que, mientras el otro parecía perdido, yo percibí que sus manos temblorosas indicaban un profundo dolor.

Era capaz de ver lo que leía escrito en las venas de su corazón.

Al fin y al cabo, era uno de los chicos más sensibles que había conocido en mi vida. De esos que decías: «Joder, es increíble». Pero, al parecer, no estaba a mi alcance; según palabras suyas, yo era una mierda de persona y no me quería tener cerca.

—Cuando usted quiera —lo animó Roderike, esperando sentado, con las piernas cruzadas.

Mark tosió, tragó saliva y empezó a leer. Habló, para mi sorpresa, sobre la drogadicción. Sobre todo, recuerdo una parte en concreto.

—«Cuando las tengo dentro de mí, siento todo lo que me gustaría sentir sin ellas. Ha llegado un punto en el que, sin el veneno, no sé cómo amar. Tan solo deseo transformar el veneno en cura, pero no sé cómo, pues dependo de él.»

Una vez terminó, la clase aplaudió y después el profesor decidió pronunciarse.

—Si te digo la verdad, me has sorprendido, Velek —dijo mientras apuntaba un par de cosas en su bloc de notas.

¿Que por qué había dicho eso? Fácil.

Mark era un chico descuidado. Era yo quien le recordaba qué había que hacer para el día siguiente. Eso nunca me molestó, es más, me gustaba demostrarle que me importaba.

Además, ¿qué le íbamos a hacer si el chaval era un despistado?

No obstante, he de reconocer que él me ayudaba con los deberes de matemáticas.

Los números no eran mi fuerte y jamás lo serán. Ese era otro punto negativo que tenía el haberlo perdido. Me había quedado sin mi profesor particular. Bueno, directamente me había quedado sin él. Aun así, el problema siempre fui yo.

Yo y yo.

A veces ni nos parecíamos, a él lo veías saltando de alegría y a mí con los auriculares. Apartado. Solo.

Y lo intentó, me arrastró mil y una veces hacia la felicidad, pero cuanto más lo intentaba, peor acababa, incluso empujando y chillándole para que me dejara en paz.

Así es la vida de un chico con problemas mentales. Y aún peor, uno que ni siquiera admitía tenerlos. Necesitaba que me ayudaran, pero no quería aceptar ayuda.

Era una contradicción constante. Ni yo me entendía.

Tan solo quería sentir la presencia. A veces la conseguía, y otras, solo lograba el vacío. Era algo lógico también, ¿quién querría pasar los días con un alma en pena?

Nadie.

—¡Vaya! Ya es la hora —dijo Roderike mirando el reloj—. Hoy hemos trabajado bastante. —Recogió su bloc de notas y lo metió en la mochila.

En nada, el aula volvió a recuperar el alboroto normal.

—¡Paula! —chillaba una a mi espalda.

—¿Sarah? —le respondió la aludida.

—Mark, ¿nos vamos? —propuso su nuevo amigo.

La pregunta era... ¿Y yo?

¿A quién le podía hablar, preguntar, contar mis chistes malos, dar un abrazo o decirle lo mucho que lo quería?

Todas estas son cuestiones que tenían la misma respuesta: a nadie.

Estás leyendo la historia de alguien que prácticamente lo llegó a tener todo y lo perdió. Esto, sin embargo, fue culpa del chico que, a pesar de

no haber mostrado maldad antes, al final, acabó escupiendo veneno.

Los clásicos «Mark» y «Luke» que todos escuchaban día a día, pasaron, al cabo del tiempo, a dejar de sonar por la clase.

Esa persona solo tuvo la intención de joder. De anteponer su amor a la verdad. Y eso fue lo que marcó el fin de algo y el inicio de todo.

—¡Javi! —chilló Mark—. ¿Hoy vendrás a casa?

—Por supuesto. —Este le dio un codazo—. Hombre, hoy es viernes y toca descansar...

—Cierto, cierto.

Yo sabía perfectamente que Mark era infeliz. Conocía todo lo que ocurría en su vida y sabía que fingía despreocupación. Me jodía verlo impostar sonrisas, pero ya no era problema mío. Los mensajes sin leer me dejaron claro que no le importaba nada.

Para él yo era como el polvo que se acumula sobre los muebles. «Ya si eso lo quitaré cuando se acumule una buena cantidad», pensaría. Y eso hizo, cogió toda mi amistad acumulada y la hizo desaparecer con el primer plumero que vio a su alrededor. Tan solo por Javi.

Cuando llegué a casa, asumiendo que era otro día perdido, decidí tumbarme en la cama, ponerme cualquier canción que tuviese en la aplicación de música y permanecer allí, mirando al techo como un inútil.

Entonces agarré el móvil de la mesa y me quedé mirando un buen rato WhatsApp. Luego, decidí entrar en el chat de Mark y, no sé ni por qué ni cómo, pero acabé pasando más de media hora releyendo los últimos mensajes que le envié.

11/09/2017

Oye, ¿puedes hacer el favor de responderme? 17:09

¡¿Por qué cojones te hablas con Javi?! 17:11

19/09/2017

Respóndeme, por Dios... 21:45

31/09/2017

Mark, te echo de menos. 00:01

Por favor, quiero hablar. 00:55

Te quiero. 0:56

Entonces, a causa del dolor nostálgico, deslicé para arriba y tuve la sensación de viajar en el tiempo. Veía los días retroceder. Así hasta llegar a marzo. El mes en el que todo empezó a torcerse.

Aunque, por entonces, aún sonreía.

Estaba en uno de los mejores momentos de mi vida, pero no lo supe valorar.

Éramos aún el dúo irrompible del que todos hablaban.

Al leer algunos mensajes sueltos de ese mes, mis ojos empezaron a humedecerse. Me pregunté una y otra vez por qué nos habíamos convertido en Plutón y el sistema solar.

Fue ver esas frases y recordar lo feliz que era. Echaba mucho de menos sonreír sin hacer ningún tipo de esfuerzo.

Rabioso, tiré el móvil bruscamente y me tapé la cara con el cojín. Traté de no hacer mucho ruido al llorar. Mi mente, de pronto, empezó a martillear y a intensificar mis pensamientos. Y así, sin más, decidí volver a revivir todo lo sucedido, buscando, una vez más, entender cómo se convirtió todo en un agujero negro sin salida.

Empecé a sacar los recuerdos de mi cabeza, a plasmarlos en el papel. A contaros mi verdad.

Orquídea blanca
Yo siempre te defenderé

Marzo, 2017

Tenía clarísimo que el examen de matemáticas me había salido fatal. Otra vez suspendería la asignatura y tendría que hacer la maldita recuperación de trimestre. Lo sabía de sobra, y mientras el profesor iba repartiendo los exámenes, yo miraba por la ventana, deseando que los segundos transcurriesen lo más despacio posible.

En cambio, Mark rebotaba de felicidad de lo bien que le había ido. Un diez, como casi siempre.

A veces me daba hasta envidia lo listo que llegaba a ser. Eso sí, no me podía quejar, porque dedicaba horas a ayudarme y removía cielo y tierra para que al menos sacara un cinco. Muchas veces, incluso yo mismo me preguntaba cómo se las apañaba para estudiar él, pero llegué a una conclusión: no le hacía falta.

Al revés, las matemáticas lo necesitaban a él.

Llegué a un punto en el que las matemáticas me parecían jeroglíficos en vez de números, cosa que me hacía gracia por el simple hecho de que tan solo estaba en cuarto de la ESO. No quería ni imaginarme cómo iban a ser las de bachillerato.

Cabe decir que, gracias a mi hermano, ya tenía más o menos claro lo que me esperaba. Siempre ha destacado por su enorme inteligencia. Desde que empezó segundo de bachillerato, siempre me comentaba lo fáciles que eran las ecuaciones, aunque no lo hacía con mala intención. «Al lado de las derivadas e integrales, eso está chupado», decía.

—¿Luke García? —Desvié mi vista de la ventana—. ¿García?

—Aquí... —alcé la mano para que me viese.

Se quedó mirando el examen un rato y luego me lo entregó.

—No está mal, sabía que podrías.

—¿Qué...? —La felicidad recorrió mi cuerpo—. ¡Un siete!

Recuerdo ese momento como si fuese hoy mismo. Fue la primera vez que saqué un siete en un examen de puros jeroglíficos. No revisé en qué había fallado, mis ojos permanecieron clavados en la nota. Aquel número tan singular y perfecto que de repente se convirtió en mi favorito.

Al instante, Mark se asomó por encima de mi hombro y vio la nota. Puso la misma cara de sorprendido que yo; se quedó sin habla.

—¡Lo lograste! —exclamó—. ¡Has aprobado!

—He... he... —balbuceé—. ¿En serio?

—¡Sí! —Me abrazó— ¡Enhorabuena! Te lo mereces.

—Dios mío —Seguí mirando el número.

Para algunos sería una simple nota, pero a mí fue lo que me impulsó a recuperar la confianza en mí mismo. Y últimamente eso me costaba muchísimo.

Todo el mundo miraba cómo celebraba un simple siete, pero me dio igual; yo seguí festejándolo como si hubiese sacado un once.

—Todo gracias a ti. —Le enseñé el examen.

—Sí. Soy el mejor —se pavoneó. Se llevó la mano al pecho y se dio un par de golpes bravucones.

—Un poco sí...

—Ahora te pienso cobrar a diez euros la hora —comentó serio mientras seguía observando mi examen.

—Sí, claro, ¿algo más? —contesté, burlándome.

—No es broma...

—Por la misma regla de tres, tú me debes más de trescientos mil euros por soportar tus dramas amorosos.

Abrió los ojos como naranjas ante mi respuesta y alzó los brazos; se estaba rindiendo.

—Vale —soltó—. Tú ganas.

—Saldrías perdiendo y lo sabes.

—No contradigo verdades.

Mark, cómo no, estaba hasta las trancas por una chica: Sarah. Llevaba más de un año fijándose en ella y, por entonces, yo era su apoyo; había aguantado todos sus: «¡Me ha dado la mano!» y similares. No obstante, la ilusión no le duraba casi nada. Al rato ya se ponía catastrofista: «No creo que le interese nunca...».

El problema nunca fue él, porque Mark era considerado por todas las chicas de la clase el más guapo del curso; una de las grandes

bellezas irresistibles. Siempre destacaban sus ojos verdes, su cabello oscuro como la noche, esas pequeñas pecas que perfilaban sus mejillas.

Aun así, a pesar de que miles de chicas estuvieran interesadas en él (algunas muy guapas), Mark solo tenía ojos para Sarah; seguía completamente perdido por ella.

Lo intentaba mucho, se esforzaba demasiado en que las cosas funcionaran, pero cuando se le acercaba, ella se alejaba.

Eran como dos polos opuestos, pero de esos que no se atraen.

Sarah estaba enamorada de otro: Ernest. Uno de los populares.

Un chico de cabello marrón chocolate y con un mar en los ojos.

Sarah y el monte Evernest (siempre me ha gustado llamarlo así) llevaban saliendo bastante tiempo. Eran la pareja más longeva de todo el curso, ya que las demás no habían durado más de seis meses. Los comentarios que los rodeaban cansaban mucho. Eran siempre los mismos: «¿Has visto qué bonitos? Por ellos creo en el amor...». O también: «¿Has visto cómo la mira?».

Ernest, era como el dios griego del amor, y Mark, el dios romano del desamor. Cabe decir que no se llevaban muy bien. Se saludaban de vez en cuando y ya. Siempre que lo hacían, resultaba de lo más incómodo. A veces, incluso, se sonreían de una manera tan falsa que daban ganas de darles un premio Oscar al mejor actor. Uno a cada uno para que los dos se sintieran los protas.

Eso sí, la belleza de Ernest no le impedía tener una personalidad horripilante. De esas con rasgos tóxicos, posesivos y malcriados. Básicamente, si te interponías en su camino, a la mínima te empujaba. Eso era lo que le quitaba puntos y lo que provocaba que las chicas se desviaran hacia Mark.

Es más, yo estaba preocupado por Sarah. Tenía el miedo de que en su relación pudiera sufrir algún tipo de maltrato. Un día estuve a punto de cogerla de la mano y preguntarle si realmente estaba bien, pero no me atreví. Me carcomía más el miedo a meter la pata.

—¡Chicos! —llamó la atención la profesora—. Ya sé que acabáis de recibir los exámenes, pero hay que seguir con la clase. —Al momento se escuchó un rechazo mayoritario. Ella no prestó atención —. Hoy aprenderemos un poco más sobre los sistemas de ecuaciones. —Agarró el libro de la mesa—. Abrid el cuaderno por la página ciento dos. ¿Estáis ya? —Alzó la vista—. ¿Sí? Perfecto. Pues empecemos.

Hizo un repaso y se detuvo al fondo de la clase, donde estábamos Mark y yo. Pensé que me elegiría a mí, pero acabó escogiéndolo a él.

—¿Te importaría leer el fragmento de la parte superior?

—Claro. —Carraspeó y empezó—. Los pr... onomb... res...

—¡Profe! —gritó David.

—¿Sí?

Bajó un poco las gafas y miró al chico.

—¿Podría leer otro? —Toda la clase rompió a reír—. No entendemos a este de aquí.

Mark, como todo el mundo, tenía un defecto: un problema de dicción. A veces no se le notaba, pero cuando los nervios lo traicionaban, la voz le salía a trozos y no sabía pronunciar las erres. Además, no nació aquí, cuando se mudó ya tenía los diez recién cumplidos y estaba habituado a la pronunciación de su lengua materna: el ruso.

En clase le suponía un drama. En las presentaciones, los compañeros se reían en voz baja mientras él intentaba hacerlo lo mejor posible. Me dolía mucho que viviera ese tipo de situaciones por algo que no había escogido.

De todas maneras, lo que más me jodía era que sí se le entendía. Tenías que ser muy tiquismiquis como para no opinar eso. Conmigo, al principio, se esforzaba mucho para no parecer estúpido, pero al mostrarle confianza, empezó a soltarse más y ya no le importó lo que pensara de su defecto.

—¿Profesora? —dije.

—¿Sí? —su voz demostraba desinterés.

—¿Podrías hacer que se calle la boca ese tocanarices?

—¡Luke!

—No, ¡estoy harto! —Desplacé la silla hacia atrás y me puse de pie mirando hacia quien había hecho el comentario, un tal David.

—Vaya, vaya... —Él hizo el mismo gesto—. ¿Qué tenemos aquí?

—¿Te crees superior? —Me acerqué.

Me mofé, pero a él no le hizo gracia.

—¿Cómo?

—¿Tienes la autoestima tan baja que te hace falta ir criticando a los demás?

Eso pareció dolerle, y en nada su expresión cambió.

—¡¿De qué hablas, nenaza?! —Me empujó.

David empezó a reírse con su grupito de amigos. Yo noté cómo la rabia me empezaba a subir exageradamente y, cuando él dejó de prestarme atención durante un segundo, aproveché para darle un puñetazo. No logré controlarme.

—¡Basta! —La profesora se puso en medio—. Pero ¿qué hacéis? —Dejó caer el libro bruscamente sobre mi mesa—. ¡Los dos! ¡Al director! ¡YA!

—¿Perdón? —soltó el imbécil.

—Vacílame de nuevo y verás quién se ríe cuando salgan tus notas.

Lo agarró por el brazo y se lo llevó fuera. Yo fui detrás.

—No tendrías que haber hecho eso... —me dijo Mark en bajo.

Me detuve un instante, vi su expresión confusa y molesta a la vez y asentí, serio.

—Sí tenía. Sí.

Paso de contaros, palabra por palabra, lo que sucedió en el despacho del director. Un resumen podría ser que el capullo se salió con la suya. David se libró de una mancha en su expediente. Se excusó con su famosa frase: «Era una broma».

Lo peor fue cuando el propio director del instituto hizo la vista gorda. Luego se les llena la boca con: «¡No al *bullying*! ¡Todos somos valiosos!». Hasta que no pasa algo sin solución, no actúan.

A mí me expulsaron dos días.

—Esto no puede ser verdad... —Bajé el tono de voz y luego me encendí otra vez—. ¿Cómo que dos días?

El director colocó las dos manos sobre la mesa con una actitud bastante cansada. Solo quería atajar el problema y seguir con su trabajo.

—Luke, has insultado a un compañero, lo has agredido, has faltado al respeto a la profesora...

—¡Yo no le he vacilado!

—Y tanto que sí —dijo inocentemente David mientras fingía que le dolía mi golpe.

—Tú te callas la boca o te juro que te dejo sin dientes.

—¡Luke! —chilló el director—. ¿Ves?

—No. —Me levanté del asiento—. ¿Usted no ve que este niñato de aquí no hace más que meterse con los compañeros? —Intentó intervenir, pero no le dejé—. No. No hable. ¿No entiende que mi amigo lo pasa mal? Y ¿ahora me dice —señalé a David— que él tiene la libertad de poder expresarse?

—García...

—¡Que no!

Di un golpe a la mesa. David se echó a reír.

—¿Esto es porque las chicas pasan de ti? —chasqueó la lengua—. Amigo...

—¿Cómo que amigo? Yo reservo esa palabra para quienes no necesitan pisar a los demás.

—¡Se acabó! —El director trató de respirar hondo—. ¡Está decidido y no pienso cambiar de opinión!

Lo miré detenidamente y puse los ojos en blanco. Asentí unas cuantas veces y solté una risa sarcástica. Ya veía yo mismo que no habría manera de modificar el rumbo de las cosas.

—¡Muy bien!

Dejé caer las manos, miré a David, lo felicité por ser tan retorcido como siempre y me fui. No quería respirar el mismo aire que esos dos. La rabia me recorría todo el cuerpo. Me salía fuego por las orejas y cada paso que daba resonaba por todo el instituto. Cuando entré en clase ni siquiera dije nada a la profesora, me dirigí hacia mi asiento y cogí la mochila.

—¿Hola? —Mark me agarró por el brazo—. ¿Qué ha pasado?

—Me han expulsado dos días.

—¿Cómo?

—Sí. —Me aparté de él—. De nada, por cierto.

—Pero... ¡Luke!

Intentó seguirme, pero le cerré la puerta en las narices y, mientras me movía inquieto por el pasillo, oí que la profesora le daba permiso a Mark para salir un momento. También me llegaron los murmullos de los demás. Al momento se abrió la puerta y lo vi a él. La cerró despacio y se acercó a mí, preocupado.

—Luke, ¿estás bien? —Me miró fijamente.

—Sí. No te preocupes. Vuelve a clase.

—No. ¿Qué ha pasado?

Me pasé la mano por el pelo y me apoyé en la pared. Exhausto.

—Nada. Solo que el director ha considerado más grave lo mío; considera que David solo hizo una broma.

—Ya te he dicho mil veces que no vale la pena defenderme por esta tontería... —Negó con la cabeza.

—Pero ¿por qué estás tan tranquilo? —Lo miré con mala cara—. Se mete contigo cada día.

—Porque no me importa. He aprendido a no escuchar lo que dicen los demás.

Lo dijo con un tono demasiado seguro, pero no le di importancia.

—Pues a mí no me da igual.

—Luke —suspiró—. Escúchame. Te lo agradezco, de verdad, pero no tendrías que haber hecho nada. Ahora te han expulsado por mi culpa.

Fruncí el ceño y lo miré.

—Eso es lo de menos. Estoy harto de que te traten así y de que no hagas nada.

—Luke...

Alcé la mano e hice que parara de hablar.

—Vuelve a clase.

Lo dejé allí, en el pasillo. Yo me dirigí hacia la salida.

Cuando llegué a casa, se desató el caos. Mi madre me echó una bronca inaudita y mi padre me castigó de mil maneras. Mi hermano me comparó con él. Si algún vecino os dijera que esa tarde hubo un terremoto en el edificio, no me extrañaría.

Perdí toda la felicidad que había conseguido en clase por su culpa. Otra vez. Había puesto, de nuevo, la casa patas arriba. Nadie se hablaba. Por mi culpa. Ni siquiera tuve la oportunidad de decirles que había aprobado por primera un examen de matemáticas. «¿Para qué? Si total, es una nota más...», pensé. Lo dije tantas veces que el siete tan perfecto y especial acabó siendo un maldito suspenso. Un cero. Adiós portátil, móvil, cargadores... Adiós a todo.

Solo me dejaron el teléfono viejo, por si ocurría alguna emergencia.

Al menos ese trasto tenía la aplicación de música y pude escuchar

algo para matar las horas perdidas, ya que me iba a pasar esos dos días encerrado en un piso.

No tenía nada que hacer. Al principio, me puse a dibujar y a leer, pero me acabé hartando en un par de horas. No me dejaban ver ni la televisión. Mis padres, cuando querían, eran un gran coñazo. A veces me cuestionaba si podía considerarlos padres o si sería más apropiado llamarlos torturadores andantes. Acabé por creer que yo era el problema. Que siempre la cagaba y que ponía a todo el mundo de mal humor.

Por no hablar de que mi hermano mayor era la perfección. Mientras que uno era exitoso y tenía un buen futuro por delante, el otro era un desastre: un chico de mecha corta cuyas notas iban de mal en peor.

Lo que más me molestó fue darme cuenta de que lo que dijo David era cierto. Tenía toda la razón. Ninguna chica me miraba. Sabía perfectamente que no era de los chicos más guapos de mi clase, pero tampoco era tan feo... Lo que más costaba creer era cómo estos chicos, a los que solo les importaba tener una noche de sexo, tenían novia. Por ejemplo, David, tenía a Paula. La chica que me gustaba. Alguna vez la había pillado mirándome de reojo o sonriéndome, pero si había tenido alguna posibilidad con ella, las acababa de perder.

Por más vueltas que le daba, no me entraba en la cabeza que esa chica tan tímida, dulce y sensible pudiera estar con alguien tan terco, irrespetuoso e insensible. Una persona que ni le daba la mano cuando ella se lo pedía. La pobre mendigaba un poco de afecto, pero de él nunca la había visto recibir nada. Aun así, según sus amigas, cuando estaban a solas David era un amor de persona. Tendríais que haber visto mi cara cuando me lo dijeron. Podría haberles respondido miles de cosas, pero preferí callarme. Ver cómo ella callaba y aguantaba era difícil. No era solo que su concepto de amor estuviese por los suelos, había mucho más. De todas maneras, sus amigas no habían tenido relaciones mejores.

Aina se había dejado manipular por un chico mayor. Cristina se había arrastrado por un tío que ni siquiera le prestaba atención. María, bueno, ella era de las más normales. La única que sí entendía y

sabía diferenciar entre el concepto de querer y no querer. Sarah era un objeto para todos los niñatos de clase. Mis compañeros le habían puesto dos motes: la Tetas Grandes y la Culo Abundante. Ninguno decía de ella que fuera maja, lista o sensible... Eso lo ignoraban. Tan solo veían su físico.

Sarah es una chica guapa; su pelo rubio y sus ojos marrones son sus puntos fuertes. Aunque, para mí, destaca en el arte. Es creativa. Dibuja de una forma increíble. También es una fanática extrema de One Direction. Además, no es como las de su grupo, es mucho más introvertida. Me di cuenta de que se lo pasaba bien escuchando música y dibujando al mismo tiempo. No necesitaba nada más. Tener amigas, desde mi punto de vista, para ella solo era una forma de encajar. La respuesta a un mundo que nos obliga a ser sociables si queremos existir.

Mark, por su parte, le daba mil vueltas a todos los chicos de mi clase. La primera vez que me habló de Sarah fue para decirme lo bien que olía su perfume de vainilla y lo guapa que estaba con esas gafas negras. Jamás mencionó su cuerpo. Era obvio que lo pensaba, todos idealizamos el físico, pero al menos, él lo mantenía en secreto. Siempre que ella le hablaba, él le respondía con respeto. Con cariño. Jamás la tocaba o la insultaba.

Sobre Paula os puedo contar de todo, porque lo sé todo sobre ella. Su canción favorita, su cantante predilecto, su color favorito, su película preferida, su serie especial, su color de pintauñas fetiche, su estilo de ropa ideal... Así podría pasarme todo el día. Tengo hasta miedo de mí mismo por todo lo que sé. Siempre he sido un gran admirador suyo. Sobre todo por cómo trata a la gente y por lo buena persona que es. También por su voz dulce. Tan dulce como la miel.

Estaba tumbado en la cama, mirando el techo y con los ojos medio cerrados cuando de repente apareció Martí.

—¡Tú! —chilló mi hermano picando a la puerta.

—¿Qué? —contesté mientras me quitaba un auricular.

—¿Estás bien?

Apoyó su brazo en el marco.

—¿Sí? —vacilé, sin saber muy bien por qué preguntaba.

—¿Seguro?

Se acercó a mí e hizo amago de sentarse en mi cama, pero mi mirada lo detuvo.

—Que sí, pesado.

—De acuerdo, no insisto más... —Dejó caer las manos—. Es que me preocupabas.

—Muy bien. Ahora vete.

Mi respuesta lo sorprendió un poco, pero tampoco mucho. Él ya estaba acostumbrado a que lo tratara así.

—Vale. Para cualquier cosa estoy...

—...al fondo del pasillo. Sí. Gracias.

Cuando cerró la puerta, me senté a un lado del colchón y miré al espejo que tenía en frente. Me quedé un rato observándome y de la nada mis ojos empezaron a humedecerse. No tenía razón para llorar, pero, aun así, lo hice. No comprendía porque estaba así. Tan dolido.

—¿Por qué tratas así de mal a todo el mundo? —susurré—. ¿Por qué escondes tanto tus sentimientos?

Dejé caer los auriculares al suelo, chuté el par de zapatillas que tenía delante y me arrastré hasta caer al suelo, encogiéndome y tratando de no hacer mucho ruido para no molestar a mi hermano.

—¡Ya estoy aquí! —De repente abrieron la puerta de par en par —. ¿Luke? Mark, al verme, corrió hacia mí y se puso a mi lado—. ¿Qué te pasa?

—Nada —le dije a la vez que me enjugaba las lágrimas.

Ya había dejado de llorar. Era preocupante lo rápido que podía cambiar de estado de ánimo.

—Ven, dame un abrazo.

Accedí sin pensar; lo necesitaba.

—Cuéntame —exigió mientras se sentaba en la cama.

—No es nada, Mark.

En ese momento caí en la cuenta de que no sabía qué hacía él allí.

—¿Cómo es que has venido?

—Te escribí una cantidad infinita de mensajes; creo que tienes cinco llamadas perdidas, también.

Me levanté del suelo y me senté a su lado.

—Pensé incluso que te habías cabreado conmigo, pero luego, conociendo a tus padres, llegué a la conclusión de que te habrían castigado.

Asentí, riéndome. Él sabía la cantidad de veces que me habían llegado a castigar.

—Llegaste a una buena conclusión. —Solté una risilla mientras me frotaba la cara con las mangas de la sudadera.

Me miró con detenimiento.

—Me gusta verte sonreír. —Se frotó la nuca y se acercó un poco más, negando con la cabeza—. Siento mucho haber sido un gilipollas. Gracias por defenderme.

—No es nada.

El silencio reinó por un instante. Aun así, Mark decidió volver a hablar.

—Tu familia, ¿no?

—¿Cómo? —pregunté.

—La razón por la que estás así... —Yo no lo comprendía—. Un poco derrumbado.

—Ah... —Mi sonrisa se desvaneció—. Sí. Ya sabes cómo son.

Aunque ese no era el motivo real.

—Te quieren. Eres consciente de eso, ¿verdad?

—Pero no sé si tanto como deberían...

Bajé la mirada un momento y empecé a juguetear con los dedos.

—Si no, me tienes a mí, tu amigo guapote.

—¿Perdón? —Lo miré incrédulo—. ¿Tengo un amigo guapo?

—Ya te vale, ¡ya te vale!

Me reí y él entrecerró los ojos.

—Sí, ahora hazte el inocente —comentó al ver que yo fingía no haber dicho nada.

—¿Yo? Siempre. —Perfilé una pequeña sonrisa.

—En fin, que te quiero, ¿vale?

—No.

Eso lo dejó atónito. Quise aclararlo, pero no me dio tiempo, porque las palabras le salieron solas.

—¿Cómo que no te quiero?

—Pues como que no.

Mark sacudió la cabeza y se levantó de golpe, sin dejar de mirarme.

—Que no me quieres —repetí.

—¿Perdón? —Me encantó ver que se molestó; lo estaba disfrutando—. ¿Y a qué se debe?

—Veamos..., ¿cuál es mi fruta favorita?

—¡Ah! Conque por ahí vas... —Se paró a pensar un segundo—. La mandarina.

—Vaya, la has acertado. Bueno, esa era fácil.

Puso los ojos en blanco y se sentó encima del escritorio.

—¿Ah, sí?

—Calla. Déjame pensar. —Fingí buscar una pregunta en mi mente—. ¿Cuándo es mi cumple?

—En mayo.

—¿Mi color favorito?

—El negro.

—¿Mi grupo favorito?

—Coldplay.

Las respondió tan rápidamente que hasta me sorprendió. También hay que decir que eso no demostraba si me quería o no, pero me apetecía picarlo.

—Bueno... —Volví a hacerme el interesante, mirando de reojo sus expresiones.

No tenían desperdicio.

—Bueno ¿qué?

—Ha sido cuestión de suerte. —Me levanté de la cama como si nada.

—Te odio.

Reí.

—Ya somos dos.

Se quedó callado durante un par de segundos, pero parecía que aún no se había quedado satisfecho.

—Te quiero, Luke.

Lo miré con detalle y, aunque sus ojos demostraban una sinceridad eterna, yo quería seguir burlándome. Me encantaba cabrearlo.

—No.

—Que sí.

—Que no.

No sé ni cómo era capaz de aguantarme la risa. Él saltó del escritorio y me agarró de los hombros.

—¡Que sí! —Lo chilló tan intensamente que ahí ya no pude soportarlo más y solté una carcajada—. Ah... Dios, ahora sí que te

odio.

Le susurré un perdón y ambos nos quedamos callados. Aun así, no nos separamos. Estábamos a dos centímetros de distancia. Hubo un momento extraño, uno que no fui capaz de describir.

—Oye, te tendrías que ir... —Miré la hora, para romper la tensión.

—¿Ya?

Mark pareció regresar al planeta Tierra y observó el reloj.

—Sí, mis padres vuelven dentro de media hora, y mi hermano puede hacer la vista gorda, pero ya sabes que...

—No le caigo bien a tu madre. —Cogió el móvil; lo tenía al lado de mi cama—. Ya lo sé.

—No te lo tomes como algo personal.

—No, no. —Carraspeó—. Tranquilo, es normal. No soy una persona ejemplar. —Se colocó bien la sudadera y se quedó allí con una cara medio rara—. Al fin y al cabo...

—Al fin y al cabo ¿qué?

—No, nada. Mejor me voy.

—Mark.

Arqueó la ceja y se detuvo en el umbral de la puerta, suspirando.

—Dime.

—Yo también te quiero.

Eso le hizo sonreír. Estaba ya a punto de irse, pero lo detuve de nuevo.

—Por cierto... —Me levanté y me acerqué a él.

—¿Sí?

—Gracias por ser tú.

—¿Por ser yo?

—Sí —asentí—. Dime quién si no se preocuparía tanto por mí como para venir a verme.

No dijo nada.

—Exacto. Solo tú.

—Pero aquí no soy bienvenido —comentó—. Tu familia me odia.

—Tú eres mi familia; con ellos solo comparto la sangre.

Nos miramos de nuevo, pero no pareció convencido.

—Además, eres un pro de las matemáticas. Te envidio.

—Ya, pero en lo demás no soy nada.

Eso me cabreó bastante.

—Vuelve a decir eso y te pego.

—Ya, pero en lo demás no s...

—¡AH! —Se tocó el hombro—. No pensaba que...

—Te avisé.

Reí mientras se frotaba la zona donde le había golpeado.

—Joder, cómo duele —gimió—. No al maltrato de pros de las matemáticas.

—Buf... —Puse cara de asco—. Tengo que votar en contra de esa ley.

Luego se fue y me volví a quedar solo. Seguí mirándome en el espejo, pero esta vez con una pequeña diferencia: ahora sonreía. Me sentía acompañado. Querido. Me había frustrado el que Mark no se hubiese defendido, pero después acabó dibujándome una sonrisa en el rostro que no me podía quitar.

¿Por qué? Porque ese día comprendí que él era un gran amigo; que por mucho que dudase, por mucho que pensase que él solo estaba conmigo por estar, no era verdad. Tenía que aceptar que ese chico de ojos verdes era mi familia. Era como mi hermano.

Me levanté de la cama en mitad de la noche y me dirigí a la cocina, pero cuando quise entrar, me encontré a mis padres discutiendo. Me escondí detrás de la pared y escuché la conversación que estaban teniendo.

—Pero ¡¿tú lo ves normal?! —chilló mi padre.

—¡Te he dicho mil veces que necesito ayuda médica!

—¡Deja de ser tan mentirosa, por Dios! —Sonó un golpe seco—. ¡Eres una loca de remate que solo sabe llorar!

Escuché el sollozo de mi madre y no pude evitar contagiarme por su gemido doloroso. Cerré los ojos y me tapé la boca. Al segundo, un plato estalló y se oyó el fuerte estruendo de los fragmentos contra el suelo.

—¡Déjame en paz! ¡Imbécil de mierda!

—¡Todo lo que tienes es gracias a mí, maldita desagradecida! ¿Tú que has hecho por esta familia? ¡NADA!

—¡He cuidado de nuestros hijos!

—Vaya pérdida de tiempo —rio—. ¿De verdad vas a seguir

defendiendo a Luke?

Sorprendido al escuchar mi nombre, fruncí el ceño.

—¡Es nuestro hijo! ¡Es muy sensible!

—¡Lo que necesita es una buena tía y dejarse de mariconadas!

—¿Por qué te cuesta tanto admitir que quizá le gust...?

—¡NI LO DIGAS! —Le dio una bofetada.

Y me fui.

Llorando.

Sintiéndome el culpable de todo.

En el pasillo me encontré a Martí. No dijo nada. Me vio y permaneció callado.

Esa era mi familia.

Rosa blanca
La traición inyectada en el corazón

Seguía expulsado. Además de estar en el infierno que era mi casa, tenía por delante otro día largo y aburrido.

Lo único interesante que hice fue dormir y comer, y eso es mucho decir.

Mentira.

Debo admitir que aproveché para ir avanzando algunos trabajos del instituto (la mayoría por faltar a clase). Mark siempre me echaba un cable, era el único de toda la clase que se preocupaba por mí. Mi hermano ponía de su parte y me ayudaba con las estúpidas matemáticas, pero no había manera. Mark era el único con quien lograba enterarme de algo.

Toda la casa se enteró de que ayer estuvo aquí. No entiendo por qué, pero su nombre pasó a ser una palabra tabú. Una que no querían pronunciar. De sus bocas siempre salía la frase: «No queremos que ese niño entre en nuestra casa». Pensaban que era una mala influencia. Yo sabía por qué, pero no quería darle vueltas al tema. Al fin y al cabo, lo que otros opinen de una persona no la define.

Jamás fui sociable. No era un niño popular que jugaba con todos o se burlaba de la gente con problemas, ¡qué va! Yo siempre fui el amargado y apartado. Durante mucho tiempo solo hablaba con los profesores; el concepto de amigos no existía en mi vida. Es más, nadie ponía interés en conocerme.

Era curioso ver cómo mis padres insistían en que hiciera amigos. «La gente es buena, quieren conocerte, hijo», decían. Mentira. Las personas solo son buenas cuando quieren.

Siempre me animaron a traer amigos a casa. Al principio no tenía nadie a quien traer, pero luego, cuando quise invitar a Mark, mi mejor amigo, me lo impidieron. Eso sí que me dolió. La primera vez que lo traje, ni siquiera lo saludaron ni sonrieron, y cuando se fue comenzaron a criticarlo a sus espaldas. «¿Ese es el amigo tan perfecto

del que hablabas?», preguntaron.

De acuerdo, Mark nunca fue perfecto. Pero ¿acaso lo fui yo?

No cabe duda de que os lo he pintado como el chico al que admirar, lo tenía bastante idealizado. Pero sus problemas no desaparecían de la nada; dependía de un juego a pulso con las drogas.

Nunca llegué a saber cuándo empezó a caer en el bucle infinito de las drogas, solo me acuerdo de que el verano pasado descubrí una bolsita con polvo blanco dentro. Cuando le pregunté qué era eso, lo agarró tan rápidamente que interpreté por mí mismo de qué se trataba. Fui viendo cómo se escondía cada vez más. Me preocupé tanto que llegué a sacarle el tema un día. «¿Qué te estás haciendo, Mark?», pregunté.

Siempre recordaré cómo se me quedó mirando durante dos minutos seguidos sin decirme nada. «Cuando pierdes a alguien muy importante en tu vida, lo echas tanto de menos que buscas la manera de hacer que se quede en tu vida», dijo al final. Quise preguntarle de quién hablaba, pero acabó chillándome: «¡Estoy bien, deja de insistir!». Terminé convenciéndome de que era mi imaginación y que de verdad controlaba. Pensé que su adicción no era para tanto. Creí lo típico que piensan la mayoría de los padres: cosas de la edad. Pero con el tiempo fue empeorando. No insistí más porque sabía que si volvía a sacar el tema me dejaría de hablar. Me lo advirtió bastantes veces.

Acudí medio desesperado a la profesora con la que más confianza tenía en aquel instante y le pregunté qué se debería hacer con un joven drogadicto. Ella, no sé cómo, sospechó de Mark y acabó hablando con él personalmente. Él lo negó todo y luego me dejó de hablar durante tres días.

Yo le ayudaba a que no se le fuera de las manos. Él me hacía caso. ¿Me parecía muy innecesario tomar drogas con tan solo dieciséis años? La verdad es que sí, pero yo no era nadie para decirle lo que podía o no podía hacer con su vida. Prefería quedarme allí, a su lado, controlándolo. Elegí eso antes que perderlo y no saber si las drogas lo estaban consumiendo más a él que él a ellas.

—¡¿Qué quieres comer hoy?! —chilló mi hermano desde la cocina.

—¡Y yo qué sé! —contesté, no muy pendiente de Martí.

—Joder... —bufó—. ¡Di algo! —Oí de lejos cómo cerraba la nevera con fuerza.

—¡No! —Me callé durante un segundo—. ¡Tú eres el cocinero!

—No debería ni estar aquí cuidándote...

Pensó que no lo escucharía, pero lo oí.

—¡Lo mismo digo! —respondí enrabiado.

La noche también fue aburrida. No sabía lo que hacer. Conseguí, sin saber cómo, encontrar dónde estaba escondido el móvil.

Decidí ponerme a ver historias de Instagram por enésima vez, aunque sin ganas. Para mi sorpresa, apareció algo interesante. Al principio pasé por encima como si nada, hasta que me di cuenta de quién era y retrocedí.

Me fijé en lo curiosa que era la foto y di un salto en la cama bastante brusco. Tuve que volver a revisarla por si lo que habían visto mis ojos era mentira, pero no. Mis ojos no mentían.

Era pura verdad.

Entonces, fui directo a escribirle a Mark. No sabía ni cómo decírselo.

¡Tú! ¿Lo has visto? 21:01

Tardó bastante en contestar, más que en cualquier otro momento. Llegué a la conclusión de que quizá estuviese estudiando y dejé el móvil a un lado. Cuando mi móvil sonó, fui directo a agarrarlo.

¿El qué? 21:07

No lo sabía.

Lo de Sarah 21:07

Se quedó un rato en línea hasta que decidió responder.

¿Qué pasa? 21:14

Han roto. 21:15

Habría pagado para ver su reacción. Sé que no tenía desperdicio.

¿Cómo sabes eso?
¡Eh!
Conéctate, cabrón 21:21

Su historia, Mark. Su historia 21:23

Mierda. Voy 21:23

Esperé un par de segundos. Mientras tanto, aproveché para peinarme un poco. Tenía unos pelos de loco.

Joder.
Es verdad...
¿Y cómo es que lo han dejado? 21:28

Yo qué sé... 21:28

No tiene ni el número siete en su biografía. 21:29

Salí un momento de WhatsApp y me dirigí a la famosa aplicación. Cliqué en el perfil de Sarah y mis ojos buscaron el número, pero, como decía Mark, no estaba. Volví rápido al chat.

¡Es verdad! 21:30

¿Crees que le ha hecho algo? 21:31

No sabía por qué lo dudaba. Pensaba que tenía clarísimo que ese chico era un narcisista de libro. Alguien a quien le daba igual cometer una infidelidad.

Él es el típico que pasa a la siguiente cuando
se aburre de una. 21:32

Pobre Sarah...

¿Le abro ahora que está libre? 21:33

Mark... 21:33

¿Qué? 21:34

¿En serio? 21:35

Eso me dejó pensando. Estuve con la mirada perdida, sin saber cómo seguir la conversación. Sabía perfectamente lo mucho que le gustaba, pero jamás pensé que aprovecharía una ruptura para ligársela. Un minuto después, respondí.

No utilices esta situación como excusa para

hablarle. 21:36

¿Por qué no? 21:37

Mis dedos se paralizaron en el teclado durante un instante.

¿Qué cojones estás diciendo? 21:38

Pues que ahora que está disponible... 21:39

Negué con la cabeza y apreté los dientes. Odiaba a la gente que solo pensaba en conseguir sus objetivos sin pararse un momento a considerar cómo se sentiría la otra persona o si era el mejor momento.

Mark, no. 21:39

Sí. 21:40

Sarah no es un objeto 21:40

«No es alguien como para usar y tirar. Tiene sentimientos», pensé

Yo no he dicho eso 21:41

Lo insinúas. Si tuvieras dos dedos de frente,
le preguntarías directamente si está bien por
compasión, no para conseguir un beso. 21:41

¿Qué inventas? 21:42

Hombre... 21:42

Paré un segundo y pensé muy bien mis próximas palabras.

Ella debe de estar muy mal y tú solo le
abrirás fingiendo que te importa para tener una
conversación con ella. 21:43

Tardó un tiempo en responder.

¿Eres imbécil o qué?
Claro que me importa 21:50

Mark... 21:51

Déjame, le pienso abrir. 21:53

Suspiré y miré de mala manera el móvil. Puse hasta los ojos en

blanco, como si estuviera delante de mí.

Haz lo que te dé la gana. 21:54

En ese instante tuve un mal presentimiento; Mark era todo lo contrario a lo que pensaba. Acababa actuando como todos. Era un interesado. Lo peor era que nunca lo había visto así. Siempre se mostraba tan dócil e inocente... Pero esa conversación me hizo ver su parte más oscura. Una que, hasta yo mismo cuando la vi, dudé sobre su integridad.

Me pasé más de dos horas pensando en Mark. En si realmente le había abierto o en si era una piedra sin sentimientos.

Tenía el ansia de saber si había hecho como una esponja, pero al revés.

Si en vez de absorber, había expulsado los sentimientos.

«Pobre Sarah...», pensé.

No tan solo por cómo debía de estar. Tampoco por lo que le podría haber hecho su exnovio. Sino más bien por cómo iba a utilizar Mark la situación para poder decirme luego: «Hemos hablado mogollón esta noche».

Que sí, por una parte, fue un gesto bonito preocuparse por ella. También lo pensé, pero me di cuenta de que no. Él no iba por ahí; no sabía controlar su deseo y no podía interesarse por ella como haría conmigo. Es decir, ni siquiera en ese momento podía tratarla como a una amiga más.

No era capaz de distinguir ambas cosas, ni mucho menos diferenciar una amiga de un cuerpo deseado.

¿Lo peor? Sí, le habló.

¡Diosss! Hemos hablado muchísimo. Brutal. 00:01

No te creo, Mark... No te conozco. 00:03

Ahora que recuerdo todo esto... quizá sí que exageré un poco.

Pero ¿qué dices?
Era mi oportunidad.
Alégrate por mí, ¿no?
Es que claro, siempre tengo que escuchar yo tus

tonterías y estar pendiente de ti.
Y luego...nunca me ayudas en nada o te alegras
por mí. 00:04

Es un hecho que todos esos mensajes me dejaron sin habla y que perforaron mi corazón lo más rápido posible junto con un sentimiento extraño.

Mira, paso de hablar, Mark. Nos vemos
mañana. 00:08

Estaba poniendo la alarma para dormir y de repente salió otro mensaje suyo.

Ah...
¿Me sueltas esto y desapareces? 00:11

¿Qué quieres que te diga?
¿Felicidades por haberte aprovechado de una
buena chica que lo está pasando mal? ¿Solo para
tenerla más a tu alcance? 00:13

No ha sido así... 00:19

¿Ah, no? Explícame, entonces. 00:21

Por un momento tuve la esperanza de que solo fuera una exageración mía y de que hubiese delirado, pero el siguiente mensaje me confirmó que tenía razón.

Solo me he preocupado por ella y, ya que estaba,
pues he aprovechado para que vea que yo estoy
disponible para ella y que estoy soltero. 00:22

Pero ¿no te lees? Ella, quizá, solo necesitaba
soltar un poco su dolor, desahogarse, y tú estás
aprovechándote de la situación. 00:23

Pero... 00:24

Detuvo un momento la escritura del mensaje y me imaginé su cara de molesto. Cara que no tenía motivos para tener.

¿Y tú eres mi mejor amigo, Luke? 00:25

¿Y tú de verdad eres Mark? 00:26

¡Deberías alegrarte por mí! 00:27

Me mordí el labio, medio indignado. Lo que me molestaba era que no fuera capaz de ver la razón de que eso estuviera mal.

Pues lo siento, pero no. Buenas noches.
00:28

Egoísta de mierda. Luego no vengas a pedir nada.
00:31

Dormí como el culo, ya no por cómo me sentía ni por la sensación constante de no encajar en mi propia casa, sino porque iba a volver al instituto y tendría que ver a David y, sobre todo, a sus amigos poniéndome malas caras.

Incluso tenía que añadir el posible enfado de Mark, pero él no estaba actuando bien y tenía que entenderlo. Me sentía como si me hubiera enviado a otro planeta al ver de lo que era capaz de hacer para ligar.

Estaba delirando mucho, lo sé.

Pero, para mí, se convirtió en otra persona completamente distinta.

«¿Cómo alguien como él, de esos que sientes cómo disfruta de hablar con la gente, podía acabar siendo como todos los demás?», pensé.

Lo que de verdad me preocupaba era si realmente la había ayudado, la había consolado, había atendido su dolor. Dudaba de si Mark había hecho eso o simplemente había estado allí en el chat, hablando con ella mientras se imaginaba cogido de su mano al salir de clase. Como si la ruptura de alguien fuese el paso hacia otra relación. La cara de Sarah me lo iba a decir todo. Más cuando se chocaran los dos. Cuando Sarah y Ernest se topasen en los caminos y escuchara cómo todas sus amigas insistían en conocer los detalles. Pasarían a los cotilleos y a desgranar la relación detalle a detalle.

—¡Sarah! —chilló Paula.

—¡Sarita! —gritaron las demás.

Una avalancha de chicas curiosas y descontroladas por el cotilleo

se abalanzó sobre ella.

—Hola... —No parecía tener ganas de explicar nada, pero se forzó.

—Ven aquí —indicó una de ellas—. Cuéntanos, ¿qué ha pasado? ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien.

Por mucho que dijera eso, por su aspecto, era evidente que no lo estaba.

—Sarah, no nos mientas; cuéntanos qué ha hecho ese imbécil.

Alucinaba cómo iban directamente a atacar al (ex)novio sin saber nada.

Eso sí, presté atención.

—No lo llames así —contestó ella cabreada.

—¿Por? Es él el que te ha hecho llorar, ¿no?

Paula la miró atentamente.

—Sí... ¿Y qué? —Frotó su brazo desnudo, nerviosa—. No hace falta que de repente le caiga el odio de toda la clase.

—Tú dinos qué hizo —la animó Paula.

Eran unas pesadas. Solo iban a lo que iban y eso encendía mi rabia.

—¡Va! —insistió una.

—Dejadlo, chicas, estoy bien.

—Bueno..., tú misma.

Después todas, en grupo, se fueron. Me quedé atónito ante esa reacción.

«¿Qué amigas son estas?», pensé.

—Para cualquier cosa estamos aquí, Sarah —dijo Paula mientras se iba con David.

—Sí, sí... —Se sentó en su sitio—. Gracias.

Me sentí fatal. Noté su dolor.

Sentí cómo se daba cuenta de que sus amigas eran más falsas que una piedra que adornaba el suelo de la calle. Solo la querían por los cotilleos, pero nunca estaban cuando ella lo necesitaba.

¿Cómo podían haber dicho «Bueno..., tú misma»? Sin más, de manera fría y totalmente cruel.

Me hirvió la sangre, tanto que decidí acercarme a ella; para ello me levanté del asiento de al lado de la ventana. Sabía que Mark me iba a odiar por hacerlo, pero no me importó.

Me acerqué y me agaché, como el animal más silencioso del mundo. Me puse en cuclillas y apoyé los brazos sobre la mesa. Ella se quedó en *shock*. En aquellos momentos, no sabía ni quién era. Era la primera vez que le hablaba, la primera vez que nos mirábamos cara a cara.

Su expresión no tenía desperdicio.

—Hola.

—Hola... —Entrecerró los ojos—. ¿Luke?

—Eh... —Me toqué el pelo—. Sí.

—El que pegó al novio de Paula.

Que solo me conociera de eso me impactó, pero no era momento de sentirme yo el protagonista.

—Sí, ese soy yo.

—Muy bien —asintió evitándome—, lárgate.

Ella no quería que me largara. Sus ojos lo decían todo.

—No —dije contundente.

—¿Perdón? —Entonces me prestó atención—. ¿Cómo que no? Lárgate, asqueroso.

—Asquerosa, dirás.

Reí por debajo de los dientes y ella me miró incrédula. Esperaba una respuesta con los brazos cruzados ante mi reacción anterior. Entre sus dedos permanecía quieto un lápiz.

—Tu amiga —seguí.

—¿Qué pasa con mi amiga? —alzó una ceja, sin entenderme.

—Ella es la asquerosa. —La miré fijamente a los ojos.

Su cara cambió de repente y mostró toda su rabia. Sabía lo que estaba pensando.

«¿Quién se cree este para venir y hablar de mis amigas?»

Estaba clarísimo (y más después de girar la cabeza hacia el otro lado). Ya había perdido el poco interés que pudiera tener en conocerme, pero no pensaba quedarme callado.

—Ella es la asquerosa; ni siquiera te ha prestado atención. —Señalé con el dedo el grupo donde estaba Paula.

—Pero ¿tú de qué vas?

Se enfadó, normal. No nos habíamos hablado casi nunca. Es cierto que alguna vez había tratado de acercarme a ella, pero nunca me prestaba atención; parecía que le diera pereza hablar conmigo.

—Luke, un placer. —Sonreí y estiré la mano.

—Vete de aquí.

Lo exigió, tenía la intención de dejarla y que se las apañara sola; aun así, algo me dijo que debía seguir insistiendo.

—Ella es una mala amiga, ¿no?

—¡Que no, hostia!

—¿Y por qué lloras?

—¿Qué? —Se tocó rápidamente los ojos.

Entonces lo entendió todo.

No estaba llorando, pero actuaba de manera tan descontrolada que dejaba ver que estaba ocultando el dolor. Comprendí su miedo a llorar en clase.

—Pero... —Sabía perfectamente que mi truco psicológico la había trastocado.

—¿Quieres salir?

Me levanté y miré hacia la puerta.

—¿Y hablam...?

—Sí.

Mientras yo me dirigía hacia la salida del aula, ella cogió el móvil de encima de la mesa y siguió mis pasos. Abrí la puerta y salimos. Era un buen momento para hablar. Lourdes, la profesora de Física, aún no había llegado.

Una vez fuera, el ambiente se transformó. Parecía incluso más reconfortante o seguro. Sarah decidió pasarse un buen rato callada, inquieta y yendo de un lado a otro mordiéndose las uñas.

Sobre todo, conmigo, con el chico que había pegado al novio de su amiga.

Sin embargo, yo sí tenía claro por qué lo había hecho.

El motivo de haber salido de esa clase tan rápido era simple: necesitaba sacar la mierda y soltar lo que sentía. Aparte, también le interesaba alejarse de Ernest, que no paraba de mirarla desde el otro lado del aula. Leí en sus ojos que necesitaba un abrazo, el mismo que ninguna de sus amigas había sido capaz de darle.

Así que eso hice. Aparté a un lado mi timidez y mi peor miedo (abrazar a una chica) y lo hice.

Sin pensar.

Ella intentó quitar mis brazos para no darme un abrazo. Se resistió bastante, aunque acabó cediendo durante unos segundos y luego se apartó rápidamente.

En el momento del abrazo, dijo de todo. Lo soltó. Su tristeza, su rabia, su dolor, su ira. Todo. Como pude, la rodeé con mis brazos, con fuerza, no quería que sintiera que por haber cortado con su novio acabaría en un pozo para siempre.

Después de eso, quiso irse un momento al baño para echarse un poco el agua en la cara y tranquilizarse.

Ni tan solo le pregunté qué pasó, no había razón para hacerlo, solo quería que sintiera mi presencia y que se diera cuenta de que yo estaría dispuesto a acompañar su herida cada vez que lo necesitara.

Aunque, ahora que lo pienso, quizá lo hice porque conmigo nunca lo hacían. En especial desde hace unos cuantos meses.

Lourdes apareció unos minutos después. Yo había decidido quedarme fuera porque necesitaba pensar en mis cosas.

—¿Qué haces aquí?

Miré a mi alrededor en busca de una respuesta rápida. Por suerte, Sarah salió del baño justo a tiempo.

—Hola, Lourdes —murmuró Sarah, tapándose un poco la cara.

La profesora tuvo que analizar la situación un par de veces y acabó apreciando los ojos rojos que lucía.

—¿Qué sucede? —su voz pasó de chillona a comprensiva—. ¿Quieres hablar?

No le respondió, solo asintió débilmente.

—Ven —la rodeó con el brazo y la pegó a su cuerpo—, vamos un momento a un aula vacía para hablar tranquilas. —Con un gesto rápido, dejó caer los libros de física en mis manos—. Déjalos en la mesa, por favor.

—Sin problema, Lourdes.

En cuanto vi que Sarah ya estaba en buenas manos, me vi forzado a volver a clase. Al mismo mundo donde muchas personas viven vidas distintas, pero por casualidad acaban compartiendo experiencias.

—¡Luke! —Sarah me llamó la atención antes de que entrara.

Inconscientemente, miré de nuevo hacia ellas dos, y Sarah me sonrió. Fue la primera vez que lo hizo. Fue inolvidable. No sonreía casi nunca, y era una pena, porque cuando lo hacía te hacía sentir como si estuvieras en un lugar seguro.

—Sarah, encantada —me dijo.

Reí tiernamente y le devolví la sonrisa. Ella merecía algo más. Entré feliz por sentirme útil; había conseguido sanar un poco el

corazón de alguien.

Coloqué los libros en el escritorio y fui directo a mi asiento.

—¡Tú! —Mark me agarró del brazo—. ¿Se puede saber qué hacías con Sarah?

—¡Anda! —ironicé—. Ahora hablas y todo.

—Luke, déjate de mierdas.

Tenía un aspecto extraño, no parecía sano.

Su mandíbula estaba exageradamente marcada y su mirada pretendía darme miedo, hacerme daño.

—Vamos a ver —apoyé mi brazo en el pupitre—, ¿qué te pasa ahora, Mark?

—No sé, dímelo tú. —Señaló mi sonrisa—. Parece que haya sucedido algo maravilloso —gesticuló con las manos simulando un arco iris— y solo has salido de clase, con ella.

—¿No puedo sonreír?

—No me refiero a eso.

Sabía perfectamente a qué hacía mención, pero me parecía estúpido e hipócrita.

—¿Qué hacías? —Apretó más mi brazo—. ¿Ahora quieres quitarme a Sarah? ¿O qué?

Su brazo desnudo se llevó toda mi atención; no me dio tiempo a observar con detalle aquellas marcas, pero eran demasiado evidentes. Se había vuelto a drogar. Estaba irritable y esa era la razón. Me aparté de manera brusca.

—No sé de qué hablas, ¿por qué querría hacer eso? —contesté con tono neutro.

—¿Quieres dejar de hacerte el gilipollas? —Convirtió sus manos en puños, con rabia—. Si esto es pura venganza, da por terminada nuestra amistad.

Su comportamiento era de lo más raro. No comprendía nada y, por lo que parecía, él tampoco.

—Desgraciado de mierda —Oliver, un amigo suyo, apareció de la nada.

Puse los ojos en blanco y carraspeé. Ahora que había venido el otro, todo empezó a ir de mal en peor. Los amigos de Mark eran tan influenciables que a veces parecían controlar todo lo que hiciera él. Tardé en darme cuenta, no era nada sano, menos para él.

—Tío, te había dicho que le molaba Sarah... —Oliver se acercó a

Mark, decepcionado—. Si me hubieras hecho caso...

—Deja de decir tonterías —contestó.

En la mirada de Oliver vi una pequeña sonrisilla.

—Te la va a quitar, qué penoso.

—¡Que no! —rio Mark descaradamente—. ¡Que le gusta Paula!

Con eso mi mente colapsó, la ira subió por mi cuello y la vena empezó a cargarse de sangre. Los dedos empezaron a cerrar la mano en forma de puño y las uñas iniciaron un rasguño en la piel. Sentía la necesidad de notar algo físico, dentro de mí todo parecía estar vacío. Mark acababa de contar mi secreto.

El que le confié y que le hice prometer que nunca contaría. Pero como (según él) le había robado a Sarah, tuvo que airearlo. Estaba claro que entendía que ningún ser humano era propiedad de otro.

Eso provocó que mi confianza desapareciera.

—¡Pero bueno! —Oliver me dio un codazo—. ¡Qué pillín eres!

—Muchas gracias, Mark. —Lo miré, decepcionado.

Parecía que empezaba a recapacitar y sacudió la cabeza.

Parpadeó un par de segundos y, por primera vez en esa conversación, volvió el Mark al que conocía.

—Yo... —Intentó tocarme.

Todo cambió en él en cuestión de segundos. Entonces me di cuenta de lo manipulable que llegaba a ser él cuando iba drogado. Incluso me fijé en cómo empezó a ponerse nervioso. Estaba hasta sudando, y tenía aspecto de... enfermo. Dolía mil ver cómo su vida estaba escapándose de su control siendo un simple adolescente.

—¡Aparta! —chillé enrabiado—. Sal de mi vida.

—¡Luke! —Se puso delante de mí—. Perdón, perdóname.

Intenté averiguar si realmente lo sentía o no, pero decidió hacerse el protagonista. Solo lo empeoró.

—¿Sabéis qué, clase? —Como nadie lo escuchó, gritó y forzó a que todos se fijaran en él—. Adivinad quién le gusta a Luke...

Lo peor fue cómo jugueteó con la información, como si fuera un simple cotilleo y mis sentimientos no valieran nada.

—Oliver... —Mark le llamó la atención—. Deja de hacer el tonto.

El otro alzó las cejas y negó con la cabeza, entre risas.

—¡Paula!

Y lo soltó como si nada.

—¿Qué decías, Mark? —reí, con ganas de llorar.

—Pero...

—Déjame —alcé la mano—, gracias por contar mi secreto. De verdad, te doy las gracias —ironicé dolido.

Pasé por delante de Paula y de toda la clase con los ojos inundados. No lloraba de vergüenza, ni de impotencia, lo hacía porque, por más que lo intentaba, el mundo jugaba en mi contra. Sufría porque alguien al que consideraba mi mejor amigo se había convertido en una pesadilla.

Y él ni siquiera parecía ser consciente.

Paula, sin embargo, no dijo nada, solo se quedó mirándome, tratando de no reírse.

«¿Este se cree que tiene posibilidades conmigo?», imaginé que repetía una y otra vez en mi cabeza.

David, por otro lado, estaba a punto de lanzarse sobre mí, pero fui rápido y escapé de él lo más deprisa posible. Me daba igual la profesora de Física, las notas o si me ponían faltas de asistencia.

Solo quería huir. Huir de todo.

Ya lo dijo mi hermano una vez: «No confíes en aquel que no sabe cuidar».

Salí corriendo de allí y, después de haber cruzado la puerta gigantesca, tuve la sensación de que el mundo se paraba. Cada cosa viviente pasó a ser un alma en pena.

Di unos pasos indecisos y ya me encontré en la calle, estático y sonriendo falsamente. Veía los pájaros volar, los árboles bailar al son de la alegría, las hojas caer al suelo, el frío viento sobre mi piel..., pero en mi interior solo recordaba el gesto burlón de Paula.

Si mis esperanzas eran pocas, acababan de desaparecer.

—¡Luke! —Alguien apareció de la nada.

—¿Sarah? —Traté de parecer feliz—. ¿Qué haces aquí?

—Te he visto correr por los pasillos...

Suspiré mientras observaba el camino que había hecho hacía nada.

—¿Te has enterado? —pregunté.

—No, no sé qué ha pasado...

Apoyé mi trasero en un banco antiguo que había a mi lado y me quedé mirando a la nada. Ella, al rato, se sentó también. Me sorprendió que se hubiera preocupado por mí.

—Ahora toda la clase sabe que me gusta Paula —conté con la voz

entrecortada.

—¿Paula?

Pude notar en su tono de voz un: «Jamás me lo habría imaginado».

—Ya... —reí—. Pero no es solo eso —carraspeé—, también es Mark.

—¿Qué pasa con él?

—Es quien lo ha desvelado.

Parpadeó y me miró fijamente; no se lo creía.

—¿Cómo?

—Ya, qué raro, ¿no? —Me mordí el labio inferior—. Así me he quedado yo.

—Joder... —Me acarició la pierna—. Me sabe muy mal.

—Da igual...

Se la veía más feliz.

Ninguno de los dos dijo nada más.

En aquel instante, era mejor escuchar el viento silbar mientras mecía las hojas que el sonido de mi corazón rompiéndose.

Alguien tosió descaradamente detrás de nosotros. No hizo falta que me girara para saber de quién se trataba. Conozco cada sonido que pueda salir de él.

—¿Podemos hablar? —dijo Mark.

—Vete, por favor —contesté, antes de que se acercara más.

No me hizo caso, con un movimiento rápido se sentó en el banco, concretamente al lado de Sarah. Hizo como si no estuviera (gesto que me pareció muy extraño) y se agachó para mirarme.

—Lo siento mucho, de verdad.

El silencio le contestó por mí.

—En serio, Luke. —Su pie empezó a temblar—. Ya sabes que yo te aprecio mucho.

El vacío seguía siendo mi respuesta.

—Por favor, perdóname.

Decidido, desvié mi vista de la carretera que llevaba todo el rato mirando y me fijé en los ojos de Mark. Subí los míos y los bajé. Entonces pude ver mejor las marcas. En cuanto volví a mirarlo, una sonrisa forzada perfiló su rostro.

«Se está matando», pensé.

Sarah, viendo el panorama que había, frotó las piernas, nerviosa,

y se levantó.

Me miró a mí, luego a él, y prefirió irse.

—Bien, os dejo para que habléis.

En cuanto el sitio quedó libre, Mark se desplazó como el baile que hace el aceite sobre una sartén para cubrirla por completo y eliminó todos los centímetros que nos separaban.

—Lo que has hecho... —hablé, al fin.

—Ya, ya... —Frotó su barbilla, inquieto—. Perdóname.

Por más que trataba de concentrarme en él, su intranquilidad me lo prohibía, parecía que su cuerpo estuviera descontrolado. Algo le sucedía.

—Mira, si quieres, cuéntale a toda la clase que me gusta Sarah —dijo, buscando una solución—. Pero tú me importas.

—Las cosas no funcionan así —espeté.

—Te tengo aprecio, y si sientes también algo por Sarah...

Esto era increíble, no entendía nada.

—¡Que no! —le grité—. Que no es eso.

—¿Ah, no? —preguntó confuso.

—No.

Tocó suavemente su cuello y cambió de postura. Lo había dejado descolocado.

—Entonces, no sé...

—Ya, tú nunca sabes —me mofé, y con razón.

—Perdón.

—Van tres veces que lo dices —contesté tajante—. No todo es perdonar, también es demostrar que lo sientes.

Bajé la mirada y dejé que mi pelo fuera movido por el viento; la gente pasaba por delante de nosotros, pero ni siquiera nos fijábamos. Era como si todo se centrara en nosotros.

—No sé qué decirte —empezó a morderse las uñas, como de costumbre.

—No hay nada que tus palabras puedan solucionar.

Aunque me doliera o me desgarrara, debía hacerlo.

Cortarlo de raíz, alejarme de él.

—Ahora vete.

—Luke, no hagas esto.

Sus ojos empezaron a brillar de una forma un poco extraña.

—Déjame solo y vete a molestar a otro.

Asintió lentamente y su mirada se apagó.

A veces no era Sarah quien la iluminaba, sino yo. Era curioso.

—Está bien. —Hizo una mueca—. Me voy.

—Adiós —solté tajante.

Impulsó su cuerpo con fuerza para levantarse y antes de dar el primer paso para irse, jugueteó con los dedos y me señaló, como para decir algo más.

—Por cierto, tienes razón, ayer no parecía yo. —Paró un segundo —. Gracias por hacerme ver que eso que hice está mal.

Incliné la cabeza hacia arriba un poco e hice un minúsculo gesto de aprobación.

—No es nada.

—En fin... —Se pasó la mano por el cabello—. Llámame esta tarde, ¿vale?

—No.

—Luke... —antes de seguir, decidió parar—. Está bien. Lo entiendo.

Cuatro días. Estuve, casi una maldita semana escolar sin ir, e incomunicado. El mismo día que sucedió lo de Mark, decidí pasar el resto del tiempo en casa y cuando mis padres se enteraron, porque recibieron las faltas de asistencia, me cayó una bronca monumental.

Me quisieron obligar a ir al instituto, aunque les dijera que no me sentía bien allí. No lo hice, y, cuando se enteraron de nuevo, pasaron de dejarme sin nada durante dos días a una semana entera.

Sin nada por lo que vivir, básicamente. Al menos, aunque me costó, me permitieron el lujo de escuchar música con uno de los tantos móviles viejos que rondaban por casa.

En un momento determinado, exactamente cuando no había nadie, pude encontrar mi móvil y revisar todo lo que me había perdido...

Mil mensajes y treinta llamadas.

Para mi sorpresa, las treinta llamadas y una parte de los mil mensajes eran de Mark; los demás solo tonterías del grupo de clase.

Decidí llamarlo. Haber pasado tantos días incomunicado me había hecho echarlo de menos, necesitar su presencia y, aunque siguiera cabreado con él, querer tenerlo a mi lado.

Al fin y al cabo, aunque lo intentara, no había dejado de ser mi mejor amigo.

—¡Menos mal! Me tenías preocupado...

—Nada —negué—. Estoy castigado durante una semana.

—¿Por faltar esos dos días?

—Sí.

Vi que mi móvil estaba quedándose sin batería y lo puse a cargar. Mientras tanto, él siguió hablando.

—Yo te he echado de menos... —musitó—, mucho.

Que dijera eso me sorprendió por la «pequeña» movida que tuvimos, pero aun así, no era capaz de seguir enfadado.

—Lo suponía. —Solté una pequeña risa al final.

Oí un pequeño ruido y pude captar cómo sonreía.

—¿Estamos bien? —comentó nervioso—. No quiero malos rollos...

—Sí. Tranquilo, Mark.

—Perdón de nuevo, fui un imbécil.

Decidí ignorar su perdón, me sonaba a excusa siempre. Preferí cambiar de tema y fingir que no había pasado nada.

—¿Qué ha pasado durante estos dos días? —pregunté ilusionado.

—No gran cosa... Sin ti, ha sido un aburrimiento. —Calló durante unos segundos—. ¡Ah, sí! —Carraspeó—. Sarah ha vuelto con Ernest.

—¿Qué dices?

Me dio la sensación de que algo la ató a hacer eso de nuevo. No tenía sentido viendo todo el daño que él le había hecho.

—¿De verdad?

«¿Por qué, Sarah? ¿Por qué?», pensé.

—Yo tampoco lo entiendo, pero ya no me hablo con ella —murmuró algo que no entendí—. Bueno sí, pero no.

—¿Ah, no?

Otra cosa bien extraña.

—No. —Su voz sonaba sincera.

—¿Por?

—Porque tenías razón.

Dejé que transcurrieran unos segundos y volví a hablar.

—¿Tenía razón?

Suspiró fuertemente y soltó todo el aire que escondía.

—Estos días, en clase, me he dado cuenta de que, más que

acercarla a mí, la alejé después de esa noche.

En mi interior sonó un profundo y remarcado: «Sabía que eso iba a suceder».

Era de lógica. ¿Cómo habrías reaccionado si le contases todo a alguien por desahogarte y él te viniera tirándote la caña? Mal.

Pues eso pasó.

Me tumbé en la cama y coloqué mejor el cojín.

—¿Quieres que me pase por tu casa?

Todo lo cansado que estaba desapareció después de que dijera esa frase.

Mark tenía la capacidad de sorprenderme y nunca podía saber lo que iba a decir.

—Si quieres... —comenté, por decir algo.

—¡Claro que quiero! —Al otro lado de la llamada sonó un sonido fuerte—. Ahora voy.

Me reí, no iba a venir.

—¿Ahora? —seguí, me pareció escuchar cómo sacaba perchas del armario.

—Sí. —Se detuvo y se acercó al teléfono—. ¿Qué hora es?

—Las siete de la tar...

—Perfecto, a y media estoy picándote —rio, y colgó.

Sí que vino, y fue la mejor tarde en muchísimo tiempo.

¿Por qué?

Porque comprendí cómo el oro puede ser algo tan valioso y sencillo a la vez.

Durante los siguientes días, se acabó viendo que la reconciliación con Ernest había sido tan solo un intento. Sarah nos lo contó todo, nos explicó exactamente lo que pasó durante esa segunda oportunidad y cómo resultó engañada, otra vez. Ya lo dije, Ernest era la peor persona con la que tener una relación.

Es más, me di cuenta de que Mark la quería. Mucho. Era una cosa que ya sabía, pero en esas últimas semanas todo se intensificó más y más. Básicamente, poco a poco, iba interesándose y buscando la manera de que todo volviera a no ser incómodo entre ellos.

Ni siquiera hacía falta que me hablase de Sarah, sus miradas me lo decían todo.

Podía apreciar las mariposas volar en ambas direcciones; hasta llegué a desear que tuvieran algo, que aspiraran de verdad a ser más que amigos.

Por mi parte, toda la clase aún seguía hablando de lo que había sucedido. Especialmente de cómo había salido llorando de clase. Aprendí a ignorarlos, aunque me dolía. Pero no podía hacer nada.

Mark y yo en teoría nos habíamos perdonado, pero la sensación de que mi confianza en él se había resquebrajado en algunos momentos superaba a mi necesidad de tenerlo cerca. Además, me daba la sensación de que no me lo había contado todo, había algo que no encajaba.

Mark escondía dos grandes secretos.

Y no saberlos nos jodió.

Clavel
Ventanas rompiéndose

Abril, 2017

—¡Buenos días! —dijo la profesora abriendo la puerta de par en par—. Es lunes y, si lo miráis por el lado positivo, queda un día menos para el verano.

Toda la clase hizo una mueca de desaprobación. A nadie le gustan los lunes.

—También faltan pocos días para los exámenes finales —comentó uno.

—A ver, chicos... —La profesora chasqueó la lengua—. No son tan difíciles, sois vosotros, que exageráis un pelín.

El aula decidió no decir nada. Las miradas lo decían todo y la profesora lo captó. Tanto que dejó de sonreír y, molesta, empezó a escribir en la pizarra.

—Exagerados dice... —mencionó Mark.

—Ya, ya... —Le devolví una sonrisa decaída.

No me sentía bien ese día, fue uno de los primeros síntomas de algo que no conocía y que a lo largo del año acabaría descubriendo.

—¿Te pasa algo? —preguntó.

—No. —Negué con la cabeza—. ¿Por?

En mi mente nació una lucha contradictoria. Por un lado, quería contarle lo que me estaba pasando, cómo no llegaba a comprender nada, pero por otro, sentía que solo acabaría siendo una molestia y que estaba exagerando, como siempre.

—Ah, nada... —Desvió su vista de la mía y se fijó en Sarah—. ¿Tú crees que le molo?

Cambió de tema, claramente.

Tenía la oportunidad de descubrir cómo me sentía, pero prefirió comentar sus romances. En aquel instante, no le di gran importancia, pero ahora, recordándolo, tendría que habérselo dicho.

Me habría gustado que hubiera insistido, probablemente si me hubiera mostrado un mínimo interés, habría acabado soltándome, contándole todo.

—¿A quién? —Por un momento me perdí, solo pensaba en cómo me sentía yo mismo—. Ah... a Sarah.

—Sí —susurró bastante seco.

Noté en él una expresión incómoda, como si algo fallara entre nosotros.

—Pues no sé.

No tenía problemas para hablar de ese tema cuatrocientas mil veces, pero me daba la sensación de que de mí nunca hablábamos.

—Me gusta mucho... —Sus pupilas se dilataron. Me hablaba, pero era como si no tuviera otra opción—. Muchísimo.

—Lo sé, Mark, lo sé —respondí exhausto—. Estás loco por ella.

—Solo me atrae —contestó de mala manera.

Quiso intentar esconder su amor, lo que me pareció una estupidez después de todas las veces que habíamos hablado sobre este tema.

—¡Eh! —la profesora nos llamó la atención—. Los del fondo, ¿podéis hacer el favor de callaros?

Asentimos y esperamos a que volviera a escribir con la tiza en la pizarra.

En verdad, sí sabía lo que me pasaba, y era que notaba todo diferente con Mark. Sentía como si no quisiera que estuviera a su lado. Pero también percibía un cambio en mí.

Podía ser mi mente, jugándomela. Era una sensación permanente en mi cabeza.

Tan solo me respondía si le hablaba, y cuando no decía nada, no me prestaba la atención que necesitaba.

Había algo que se había roto.

Pensé que habría sido culpa mía, al haber perdido mi confianza en él, pero fue más bien Mark quien lo rompió todo.

Se lo veía distante. Normal, pero diferente. Al principio pensaba que habíamos tenido una especie de reconciliación. Con Sarah lo veías sonreír, deslumbrar, pero conmigo... lo notabas tieso, sin brillo y con gestos extraños. Cosa que hace nada era al revés.

Daba incluso la sensación de que nuestra amistad era forzada.

—Mark... —No respondió—. ¡Mark! —Seguía sin responder;

estaba hablando con los de enfrente.

—¡¿Qué coño quieres?!

No lo dijo a malas, pero le salió con ese tono.

Yo le molestaba. Estaba seguro. Y eso me destrozó.

—Nada.

Le respondí secamente porque me había quitado las ganas de hablarle, más después de un «¿Qué coño quieres?». Esas tres palabras me atravesaron como al que descubre la realidad por primera vez.

—¿Para eso interrumpes? —Volvió a girarse hacia delante y no me habló más en las siguientes dos horas.

¿Qué había pasado para que notase un cambio tan repentino en su manera de ser conmigo?

No entendía nada, y jamás lo comprendí.

Solo lo entenderéis vosotros, y cuando leáis todo, encajaréis cada pieza.

Estaba en el corrillo. Había salido de clase como siempre al lado de Mark, pero nada más cruzar la puerta de salida, se dirigió hacia sus otros amigos. Se olvidó completamente de que estaba hablándome.

—¡Oye! ¿Qué...?

Traté de entrar en la conversación, pero ni siquiera notaban mi presencia. Miré de reojo a Mark mientras andaba detrás de él e hice ver que eso no me había afectado.

—¡Sí! —rio con ellos—. ¡Es alucinante!

Me sentía apartado.

«¿Ahora sobro? ¿Ahora ya no soy imprescindible?», pensé.

Lo miré de reojo, me parecía todo surrealista.

Le di bastantes vueltas, demasiadas. Desde que reaccionó así, supe que todo iría de mal en peor. Estuve buscando la manera de preguntarle directamente qué sucedía, pero llegué a la conclusión de que eso lo empeoraría todo. Con Mark siempre era así.

«Seguramente, a la hora del patio me hablará», me intenté convencer.

Esperé a que pasara el resto de la clase, tranquilizándome.

—Mark, ¿vamos al patio? —dije mientras sacaba el bocadillo de mi mochila.

—No, contigo no.

—¿Qué te pasa? —Aparté el almuerzo rápidamente.

—Nada. Solo que no quiero estar contigo.

—¿Se puede saber qué he hecho? —Me acerqué a él.

Mark se alejó.

—¿Me vas a dejar en paz? Gracias.

—¡Mark!

—Joder. Hostia puta. —Se giró y regresó medio enfadado—. No te callas, pedazo de inútil. No me hables. Eres un plasta de mierda.

—¿Qué...?

—Lo que has oído, Luke. Ahora vete de mi vista.

—No entiendo nada.

Y allí me quedé. En la clase, solo. Todas las sillas vacías. Todas las mesas vacías. La pizarra limpia. Las ventanas cerradas. Las mochilas por el suelo tiradas. Todo era silencio. Todo era vacío. Estático. El tiempo se detuvo. Después retrocedió en mi mente. Tiré para atrás. Las once menos cuarto. Las diez cuarenta y tres...

Me vi sentado en mi asiento. Haciendo el trabajo de matemáticas. Era feliz. Mark me hablaba. Hablábamos. Tiré para delante. Miré al asiento. Vacío. Yo era infeliz. Mark me ignoraba. En tan solo dos horas, unas pequeñas dudas en mi mente pasaron a convertirse en la confirmación de la maldita realidad.

Sentí como si las paredes se estrecharan. Como si el viento que chocaba contra las ventanas chillara de dolor. Noté cómo mis manos se encogían y las venas me ardían. Noté cómo el reloj hacía tictac cada segundo que pasaba. El compás sonaba cada vez más rápido, intentaba meterse en mi cabeza. Yo seguía allí, quieto. Entre el asiento de Mark y el mío. Con la chaqueta en la mano. Con el bocata en la mesa. Seguía allí. Estático. El tictac se intensificó. Empezó a sonar por toda la clase. El viento empezó a romper los cristales. Los libros empezaron a caer de las estanterías. Las mesas comenzaron a temblar y una tiza voló mágicamente y se empezaron a leer unas letras blancas escritas en la pizarra.

«Ayuda», leí.

El tictac explotó. Las agujas del reloj cayeron al suelo. Las ventanas colapsaron y sonaron a miles de cristales rotos. Todas las mesas cayeron. Las sillas fueron tiradas de lado. Todo fue destrozado.

Al rato me di cuenta de que la palabra en la pizarra la había escrito yo. Tenía la tiza en la mano y todo ese desastre, en realidad, lo había provocado yo. Ni siquiera era una imaginación mía. Las ventanas, las mesas..., todo. Cerré los ojos. Me tapé los oídos y los

cubrí aún más fuerte; conseguí que se escaparan, por un tiempo, los molestos pitidos agudos que me atormentaban. Volvieron y acabé chillando. Quise arrancarme la cabeza, las venas, todo lo que perteneciera a mi cuerpo. Quise hacer de todo, pero...

Apareció ella.

—¿Luke? —Abrió la puerta—. ¡Luke! ¡¿Qué has hecho?!

—Nada... Solo he jugado.

—¡¿Jugar a qué?! —Entró en pánico.

Reí. Su cara de pánico se esfumó y pareció que iba a volver a repetirse la misma escena.

—¡Luke! ¡despierta!

— ¿Sarah? Pero si estoy…

No entendía por qué me llamaba de nuevo.

Y desperté. De verdad. Estaba tirado en el suelo. Con la tiza en la mano. Con toda la mano blanca del polvo. Estaba temblando y Sarah me estaba intentado levantar. Miré rápidamente la sala. Estaba perfecta. No se había roto nada. El reloj, las ventanas..., todo estaba bien. No comprendía nada. Me incorporé con su ayuda y miré de nuevo a mi alrededor. No había sucedido nada.

—¿Qué ha pasado? —parpadeé un par de veces.

—No lo sé, menos mal que estás bien. —Se la veía preocupada—. Te he encontrado en el suelo tumbado.

—¿En el suelo? —pregunté desorientado.

—Sí.

Traté de incorporarme.

«¿El reloj? ¿Las ventanas? ¿Y...?», pensé.

—¿Luke? —Me dio unos golpecitos en las mejillas—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, creo que me he desmayado.

—Y ¿por qué?

Al llevarme las manos a la cara me di cuenta de que tenía los ojos un poco humedecidos.

—¿Qué ha pasado? ¿Te han pegado?

—No, no —negué, intentando no preocuparla—. Nada. Déjalo

Sabía lo que había pasado, y tú, lector, también.

—¡Luke!

—¿Qué?

Sin saber la razón exacta, reí. Sarah me miró, extrañada ante esa

reacción.

—Dime qué te ha pasado.

—No.

—¡DILO!

—¡ESTÁ BIEN!

Dejé caer los brazos violentamente y suspiré hasta que sentí que había soltado todo el aire que me ahogaba.

—Creo que ha sido... ¿ansiedad?

Esa respuesta era la última que se esperaba. A la gente no le gusta hablar de problemas mentales. Piensan que es más común que te peguen a que tu propia mente te mate.

—¿Qu-qué?

—Sí —asentí mientras hundía los dedos en mi pelo—. ¿Contenta?

—Luke... —Vino corriendo a abrazarme—. Lo siento. Mucho.

—Qué más da. A nadie le importo. No finjas que sí.

Yo sabía que había gente a la que le preocupaba, pero me saboteaba haciéndome ver que no.

—Sí me importas. No digas eso.

—No

Reí y la aparté de mí.

—Pero ¿por qué dices eso?

—No te puedo importar cuando 1) nos conocemos desde hace poco y 2) solo piensas en Mark.

—Pero ¿qué tiene que ver Mark...?

—Tiene mucho que ver.

Esperé a que se diera cuenta de que un puzle necesita todas las piezas para funcionar, pero no lo lograba. No entendía que podía hacerme ver que le importaba, pero que no siempre lo demostraba.

—He perdido a Mark.

—Eso no es verdad.

—Y tanto que sí. Y no se ni cómo. He perdido lo único que me importaba en esta vida.

—No es verdad y oye, estoy yo...

—¡NO! No lo comprenderás. —Me puse la chaqueta bien y me fui hacia la puerta—. ¡Suéltame!

—¡Luke! ¡Vuelve!

No me siguió. Aunque hui, aunque salí corriendo, dejándola allí. Sola. Preocupada. No corrió hacia mí. Ella dijo que yo volviese, pero

ella no vino. No fue tras de mí. La esperé unos cortos segundos en el pasillo. Pensé realmente que vendría y no vino. Eso me dejó aún más indiferente. No sentía nada en aquellos momentos. Había perdido a dos personas. Sarah y Mark. Pero, igualmente, salí con una sonrisa al patio. Como si nada. Como si nada hubiese pasado. Solo sonreí. Como todos esperan que haga un adolescente. Sonreí como nunca. Con una sonrisa de oreja a oreja, y me puse a jugar al básquet. Con unos «amigos». Todo risas. Todo risas falsas.

—¡Luke! —chilló Eurel—. ¿Juegas?

—Síií —fingí ilusionarme—. Venga, va, ¿un dos por dos?

Algo muy malo de saber cómo esconder una sonrisa rota es que todos están seguros de que la que muestras es la real.

—Bien, ¿se lo decimos a Toni?

—Claro.

Fue a por él y yo me quedé en la pista jugando con la pelota de básquet. Como si fuese feliz y todo marchase bien. Hasta que, dos minutos más tarde, volvió Sarah.

—Hola, ¿podemos hablar?

—¿Te quitas? Vamos a jugar.

Sí. Fui así.

—Luke, necesitas hablar. No finjas que estás bien.

—¡Estoyyy biennn! —Dejé la pelota en el suelo, riéndome y alzando los brazos—. ¿No ves mi cara?

Forcé la sonrisa y la moví de un lado al otro. Luego dejé de forzarla, volviendo a un gesto serio y desgarrador.

—No estás bien...

Toni, de la nada, apareció.

—Vete a comerle la boca a tu exnovio, anda.

—Tú cállate, pedazo de idiota —Sarah se acercó a mí—. Luke, ven.

—No me toques, gorda.

No fui consciente, pero ese comentario le perforó todo. En un futuro iba a entender el porqué.

—¿Sabes qué? —bufó dolida—. Está bien. Juega al básquet y haz como si nada. Finge ser feliz.

—Graciaaas.

—Eso sí, luego no digas que no le importas a nadie si no pones de tu parte.

—Que sí. Muy bien —se rio Eurel—. Dios mío, qué niña más pesada.

—Y puta —añadió Toni.

No sé qué pintaba yo con esos dos. Ni mucho menos sabía por qué decidí jugar y hacer como si nada cuando el último comentario no me hizo gracia. Por rabia quizá. Rabia conmigo mismo. Sobre todo, por perder siempre a la gente a la que quiero y nunca mantenerlos en mi vida. Había perdido a Mark, y eso me había dejado un vacío enorme. Y lo peor es que sin querer hice que Sarah se alejara más aún.

Mientras jugaba, me fijé en que Sarah le estaba contando cosas a Mark. Ponía la mano en su oreja para que nadie pudiera leerle los labios y lo hacía mientras me miraba a mí. Él incluso me iba echando miradas asesinas. En ese momento es cuando me di cuenta de que lo hice fatal con ella. No debí reaccionar de esa manera, y más cuando solo quería ayudarme. Pero lo hice. Le eché toda mi rabia a Sarah. La llamé gorda cuando en realidad ni siquiera lo estaba. Mandé a la mierda a una amiga solo porque el otro me había mandado a la mierda a mí... Acabé con la última persona que me quedaba en el mundo.

Entonces fue cuando empecé a odiar mis reacciones y mis geniales soluciones a los problemas.

Decidí hablarle a Sarah. Antes de que nos avisaran para volver a clase me dirigí a ella y la agarré de la mano. La llevé a un lugar apartado de todos.

—Lo siento.

—¿Lo sientes?

—Sí. Pagué mi dolor contigo. No te lo merecías.

—¿Con pagar te refieres a llamarme gorda y a que dejes que me llamen puta?

—Sí. Lo siento.

—Vale.

—¿Vale?

—No sé qué esperas que te diga.

Cruzó los brazos y miró detrás de mí, tratando de hacer ver que no quería prestarme atención. Me había pasado con ella.

—Joder. Vale, sí. He sido un hijo de puta, pero hace nada estaba desmayado en el suelo.

—Ya, pero eso no lo justifica. Porque te he ofrecido mi ayuda mil

veces, Luke.

—Perdón.

Realmente no comprendía por qué no era capaz de hacer algo tan fácil como pedir ayuda o dejar que me ayudaran. Sentía que acabaría molestando si hacía eso. O que sería juzgado.

—Perdonado, pero ahora déjame ir a clase.

—Sarah...

—No, Luke. No puedes ir diciendo cosas así y esperar que todo se solucione al instante.

—Al menos yo no hablo de ti a tus espaldas.

No tendría que haber dicho eso.

—¿Qué?

—Ah, no sé. Te he visto criticarme con Mark.

—Mira que eres gilipollas, ¿eh? —se rio—. Le estaba contando que estaba preocupada por ti y que no entendía por qué estabas tan de mal humor. Nada más.

Dicho esto, retomó su camino hacia clase, pero antes se detuvo un momento para comentarme algo más.

—Tenías razón, has perdido a Mark.

—¿Qué?

No respondió. Segundo *strike* del día.

¿Qué hice? Seguir sonriendo. Seguir como si nada. Aunque me doliera, aunque cada dos por tres mirara de reojo al asiento de Mark, seguí haciendo ver que la memoria borraba el dolor anterior.

Hice de flores el exterior cuando por dentro solo había muerte.

Fingí felicidad donde no había ni pizca de ella. Pasé clases y clases deseando que el tictac parara. Que las agujas se quebraran y que pudiera salir del instituto. No me apetecía seguir en esa aula sabiendo que todo lo que tocaba lo acababa destrozando.

—Hola. ¿Qué tal el día? —dijo mi hermano después de acercarse a mi habitación.

—Bien. Ha estado bien.

—¿Sí? Guay. ¿Quieres jugar al *Call of Duty*?

—¿Quieres jugar conmigo? —pregunté extrañado.

—Solo me aburro. —Me quedé quieto un instante—. ¿Vienes o no?

—Ya voy.

Me alegró que me invitase, pero no pude evitar pensar que solo lo había hecho porque se aburría.

Nos pasamos un buen rato jugando a la PS4. Por no decir toda la tarde. Sonreí mucho. Me divertí más de lo que me imaginaba. Tanto que conseguí olvidarme, por un tiempo, de todo. De Mark. De Sarah. De todo. Eso sí, jugué de pena. Los videojuegos (y más los de ese tipo) jamás se me han dado bien. Los veía tan complicados y fáciles a la vez... Encima, él era un viciado. Se pasaba horas y horas jugando. Había días que incluso rozaba las siete seguidas. Con sus amigos o solo, pero siempre lo oía chillar y quejarse de sus contrincantes, que podían estar en cualquier parte del mundo.

—Eres malísimo, Luky —se mofó.

—¡Cállate! —Fallé un disparo.

—¿Ves?

—Te odio.

—Perdón, pero es que tienes la puntería en el culo.

—Bueno, sí. Soy muy malo.

—Eh, pero ni tan mal para ser la segunda vez que juegas... — rio —. Has matado a uno, ¿no?

—No. —Dejé caer el mando en un rincón del sofá—. A dos.

Decidió no discutir más.

—Bien... —Paró el juego—. Y ¿qué tal el instituto?

—Normal. —Fruncí el ceño—. ¿Por?

—Ah, nada... Nada.

—Lo sabes, ¿no?

Suspiró y me miró.

—Tu amiga Sarah tiene una hermana mayor que...

—Es tu amiga, entiendo. ¿Qué es lo que te ha dicho exactamente?

—Nada, que hablase contigo.

Tragué saliva, sabía que tendría que decírselo.

—¿Qué le has hecho a Sarah? —insistió.

—Ella me intentó ayudar, yo la llamé gorda y...

—Un momento. ¿La has llamado gorda?

Asentí confuso.

—¿No lo sabes?

Se pasó la mano por la cabeza. Alucinaba en colores.

—Sarah es anoréxica. Ahora está mejor, pero hubo una

temporada en la que lo pasó realmente mal. Llegó a estar ingresada el verano pasado en una clínica.

—¡¿Qué dices?! —Me levanté de un salto del sofá—. Me estás vacilando, ¿no?

Una ola de arrepentimiento me golpeó en toda la cara. Me jodió porque no lograba controlarme, era casi siempre una pelea continua entre la marea de mi cabeza y yo. Y lo que le hice a Sarah fue ahogarla con mis pensamientos para sacarlos de mi cabeza...

—No, Luke. No es mentira.

Di un golpe al cojín, cabreado conmigo mismo.

—Ahora no querrá ni verme.

—Es normal, no lo sabías.

—Martí, es horrible lo que he dicho. Doy asco.

Me cogió de los brazos antes de que intentara hacer cualquier cosa.

—Tranquilízate.

—¿Cómo quieres que haga eso si llevo un día de mierda?

—Cuéntamelo, yo te escucho.

—¿Y tú por qué estás siendo tan majo conmigo hoy?

—No lo sé. Eres mi hermano. Quiero escucharte.

Fruncí el ceño, intentado estar alerta. Él nunca solía preguntarme ni escuchar mis problemas. Aun así, decidí contárselos.

Se lo conté todo. Desde que Mark me ignoraba hasta que Sarah me había dicho que no le hablase más. Se quedó un poco impactado y preocupado por mí. Sobre todo por la parte del ataque de ansiedad y por cómo le había descrito dicho ataque. Mientras se lo contaba puso los ojos como platos, pero no le quiso dar demasiadas vueltas al tema y se centró en Mark.

Me preguntó cómo era posible que él estuviera así conmigo, si pocos días antes todo estaba genial y no parábamos de hacer cosas juntos, si venía casi cada día a mi casa cuando mis padres no estaban y siempre lo veía muy cómodo. A mi hermano lo de Mark no le cuadraba. Insistía en que yo tendría que haber hecho algo para que él hubiese reaccionado así, pero yo no había hecho nada.

Él no me creía y volvía a decir que no tenía sentido que actuara así y más de esa manera tan brusca.

Lo peor es que en el fondo tenía razón. No tenía lógica que de repente me tratara de esa manera. Me aconsejó que le preguntara

personalmente o que le escribiese por WhatsApp para dejar las cosas claras o para preguntarle el porqué de un cambio tan repentino. Debo admitir que al principio le dije que no. Que no le escribiría.

Pero por la noche, mi cabeza cambió de idea. Le dio por pensar y pensar sobre el tema. Por eso acabé escribiendo a Mark a las doce de la noche.

Oye, Mark... ¿Qué te pasa? Es que no sé qué te he hecho. 23:57

Sabía que me escribirías. 0:00

No entiendo... ¿Eso es un problema? 0:04

Claro. ¿No te he dicho esta mañana que me dejaras en paz? 0:06

Pero ¿qué te he hecho? Hace unos días estábamos muy bien y, de repente, has hecho ese cambio de chip. 0:08

Me he dado cuenta de que no me gustas. Que me caes mal, básicamente. 0:13

¿Cómo? 0:13

Pues eso. Que eres un depresivo. Yo no quiero esa gente a mi lado. 0:18

No te entiendo, Mark. 0:18

Joder, Luke. No me hables y ya. 0:18

Pero cuéntame, tío. 0:18

¿Te tengo que bloquear o qué? 0:19

No. Solo quiero saberlo. 0:19

Cállate ya, pesado. Qué pereza. Voy a bloquearte. 0:20

—¿Mark...? ¿En serio?

Ni siquiera me entraron ganas de llorar. Ni siquiera tuve las fuerzas para hacerlo. Tan solo lo desagregué como contacto. Lo archivé y cerré WhatsApp. Fui a mirar Instagram y también me había bloqueado. Realmente no quería saber nada de mí. No era nadie para

él ya y, no sabía por qué, pero no le di importancia. Puse la alarma, dejé el móvil en la mesilla y me metí dentro de la cama. Me quedé bastante tiempo pensando en todo. En cómo otra vez parecía quebrarse todo mi mundo y en lo mal que había reaccionado con Sarah. En lo feo que había sido llamar gorda a una chica con problemas de anorexia. Aunque no lo supiera, me di cuenta de que meterse con el físico de los demás estaba mal. Me arrepentí bastante, sin pensar en cómo me habría sentado si me hubiera pasado a mí.

Incluso me preocupé por si eso le había sentado tan mal como para hacerla volver a mirarse de otra manera. Sobre todo porque ella es guapísima y no quería hacerla sentir menos que eso.

No os voy a mentir, pasé una noche horrible. De aquellas en las que no puedes ni dormir. Solo das vueltas y vueltas en la cama deseando que tu mente deje de darle vueltas a todo.

No conseguí conciliar el sueño. Mi cabeza funcionaba sin parar. Era una tortura.

Magnolia
El compañero de trabajo

Martes. Lluvia. Frío. Nublado. Ni un rayo de luz. Nada. Las farolas de las calles no se encendían. Yo era una sombra más paseando por la calle principal, una sombra situada al lado de miles que trataban de no ser tocadas por mí.

Tenía los auriculares puestos. Al máximo volumen posible. Los que pasaban por mi lado seguro que escuchaban la música, pero yo solo quería meterme dentro de ella. Sonaba *The Night We Met*. Una canción desgarradora de la banda sonora de unas de mis series favoritas, *Por trece razones*. Simplemente andaba por la avenida. Despacio. Me cubría con la capucha para no mojarme y llevaba las manos en los bolsillos. Todo el mundo sujetaba su propio paraguas y yo solo tenía un trozo de tela.

Mi mochila estaba empapada. Mis pies, congelados. Todo mi ser tenía frío y miedo. Todo mi interior no sentía nada. Mi cuerpo deslumbraba por ser una sombra alrededor de muchas más, pero solo era una silueta fina que nadie veía.

Eran las ocho menos cinco, iba muy mal de tiempo y dentro de nada abrirían las puertas del instituto; me quedaban siete minutos para llegar. Iba a llegar tarde, pero tampoco me importó. Vi la hora en el reloj y seguí andando al mismo ritmo. A la misma velocidad.

Cuando pisé el suelo del edificio escolar, ya eran las ocho y tres de la mañana. Por suerte, aún estaban abiertas las puertas y pude entrar sin recibir otra falta de asistencia. Suspiré y ese fue el mayor suspiro de alivio de toda mi vida: algo había hecho bien.

Subí las escaleras lo más rápido que pude, me paré un rato en medio del pasillo para respirar, exhalé, inhalé y me quedé un par de segundos quieto, decidiendo si adentrarme o no en el aula. Puse la mano en la manilla y abrí la puerta. En cuanto lo hice, fue tal como lo había imaginado: la profesora estaba apuntando en la pizarra los trabajos que había que hacer y toda la clase se giró para mirarme.

Risas exageradas, caras de despecho, burlas a escondidas. El pan de cada día en ese lugar. Cerré la puerta, me bajé la capucha y fui hacia mi asiento. A mi paso podía escuchar miles y miles de comentarios.

—Mira ese es el imbécil que ha llamado gorda a Sarah.

—Sí, sí, ya no es amigo de Mark.

—Da asco el chaval.

Y así fue como en el corto trayecto de unos diez pasos recibí más críticas que la peor película del mundo. Me senté, dejé la mochila a un lado, coloqué la chaqueta en el respaldo de la silla y saqué el estuche mientras miraba por la ventana, viendo cómo las gotas caían. No quise ni siquiera sacar el bolígrafo y tomar notas.

Hubo una carrera entre dos de ellas. Empezaron en el mismo sitio, arriba, e hicieron un circuito hasta el marco de abajo. Yo aposté por la de la izquierda, parecía más veloz, pero a medio camino, paró y acabó ganando la de la derecha. Fue un auténtico giro de la trama. Luego hubo otra carrera, y otra, y otra... Así hasta que dieron las nueve de la mañana.

La profesora se marchó y vino el siguiente. Misma rutina cada maldita hora.

Otro profesor borró la pizarra, pasó lista, explicó un par de tonterías y empezó de nuevo el bucle.

Trabajos. Asiento. Gotas.

Hubo otra carrera, pero esta vez ganó la de la derecha. Así hasta que dieron las diez.

Otra profesora, trabajo y gotas. Cuando volví a mirar el reloj de la clase, ya marcaba las once de la mañana; justo la hora más infernal del día: el patio.

Entonces fue cuando decidí mirar hacia mis compañeros y observar todas las malas caras. Visualicé al menos unas veinte, es decir, casi la clase entera. Mark incluso se había cambiado de sitio para estar con los nuevos amigos que había hecho. Lo peor no era eso, sino que yo no tenía nada ni a nadie alrededor. Al lado de mi asiento había una silla vacía al otro lado, la ventana y, en frente, otra silla vacía. Estaba aislado. Solo.

No tenía ni ganas de comer. Mi estómago solo creaba un vacío molesto. Vi el papel de plata sobresalir de la mochila y agarré la cremallera y la cerré. Todos fueron al exterior, al aire libre, pero yo

me quedé sentado, mirando la sala como un auténtico espectro y con la música golpeándome en los oídos.

Mis manos yacían estiradas sobre la mesa y mi estuche estaba en el suelo. El móvil estaba conectado por el cable a los auriculares. Lo cogía a ratos y repasaba cada una de las redes sociales. Por hacer algo y no quedarme mirando la pared del fondo.

«Total, cero mensajes», pensaba.

Solo veía lo que subían algunos famosos a los que seguía. Nunca llegué a saber la razón, pero en un mísero instante me dio por comprobar mis seguidores y me di cuenta de que había perdido diez.

Pasé de tener ciento cuarenta a ciento treinta. Sarah y Mark no estaban entre ellos. También me habían dejado solo en las redes sociales. Todos aquellos que significaban algo en mi vida se habían esfumado en un abrir y cerrar de ojos.

«Ya lo decía yo: la jodes una vez y te la restriegan trescientas mil veces más.»

Pero no me dolía eso, qué va. Lo que me rompía era no saber por qué. Me dolía tener que soportar yo solo la rabia que llevaba dentro, la misma de saber que nadie me escuchaba y que tan solo era el centro de atención para ser el hazmerreír.

Es más, solo aparecía como una silueta en el fondo de clase. La profesora no lo mencionaba. Yo era la representación clara de Harry Potter usando la capa de invisibilidad, solo que yo no lo había elegido.

—¡Eh! No puedes estar aquí.

En el marco de la puerta apareció el profesor vigilante.

—Ya me voy.

—Venga, vete al patio.

Vio mi cara inexpresiva, también mi rostro apagado. Pero no dijo nada más.

Ni un «¿Qué te pasa?» o un «¿Estás bien?». Eso jamás pasaría. Guardé el móvil en el bolsillo y fui hacia fuera.

—De verdad, ¿eh? —bufó—. Qué tonterías hacéis hoy en día, y luego encima decís que no tenéis tiempo libre... —Se rio, cerró la puerta de la clase con llave y se fue en dirección contraria a la mía.

Miré el reloj gigante que había encima de la puerta que daba al patio, marcaba las once y siete de la mañana. Pensaba que había pasado más tiempo.

Me quedaban unos veinticinco minutos, es decir, casi el recreo

entero. Me acerqué a la pista de básquet, pensando que Eurel y Toni jugarían conmigo, pero nada más verme soltaron el balón y se marcharon hacia otra canasta. Capté la indirecta muy rápidamente y retrocedí, me senté en un rincón y observé el ambiente.

Me sorprendió cómo Toni y Eurel se apartaron. Toni incluso la había llamado puta. Habíamos dicho, ambos, cosas horribles. Pero claro, él no era nunca el que recibía, y los demás siempre tragaban todo lo que había hecho. Me machaqué bastante tiempo con todo lo que estaba pasando hasta que caí en la cuenta de que a Toni le gustaba Sarah. Vi cómo la miró a escondidas y con anhelo en los ojos.

Respecto a Eurel, él es el perro faldero de Toni. Una amistad bastante tóxica, ya que el otro siempre lo manipulaba, pero nadie tenía la decencia de decírselo.

Porque claro... «Como no me pasa a mí, ¿para qué meterme en cosas que no son mías?»

Tuve la intención de ir y hablar con Sarah, pero a la vez, comprendí que no serviría de nada. En cuanto abriera la boca me diría de todo, o peor aún, no hablaría. También pensé dirigirme a Mark, pero con él todo sería peor, sobre todo porque me había bloqueado en todos lados.

Me decanté por la idea de acercarme como si nada a Toni, pero me rendí, mi cabeza se hartó de pensar en lo que podría pasar si lo hacía. Preferí seguir en aquel rincón.

—¡Hombre, Lukooo! —David se me acercó, con esa increíble seguridad, como si nadie pudiera derrotarlo.

—Luke —corregí.

—¿Cómo?

—Que mi nombre es Luke.

Decidí prestarle más atención y él me miró, riéndose. Al rato perdió la paciencia y decidió sentarse a mi lado.

—Sí, lo que sea. —Me dio una palmada en el muslo, como si fuéramos amigos de toda la vida—. ¿Qué tal todo?

—¿Te puedes ir? Por favor.

No tenía ganas de sus tonterías de crío aburrido. Me parecía agotador tener que hablarle como si me gustara hacerlo. Desvié mis ojos de su presencia.

—No, ni de coña. —Apretó la mandíbula—. Vengo a hablar de una cosita. —Esperó a que volviera a mirarle a la cara y en cuanto lo

hice, sonrió—. Dime, ¿te van las gordas?

—¿Qué coño dices? —Entrecerré los ojos, molesto.

—Ah, no lo sé.

«Claro que lo sabes, eres así», pensé.

—Como llamaste gorda a Sarah —alzó los brazos, inocentemente —, quizá sientas atracción por esas chicas.

—Cállate ya un rato y déjame en paz.

—¡Eh! Tranquilo, fiera —masculló—. No es mi culpa que no te quieras y te des cuenta de que te sobran unos cuantos kilos.

Y así como así, soltó una risilla. Una tenebrosa y tan oscura como él.

—Mira que fijarte en Paula... —continuó provocándome—. ¿En serio te pensabas que tendrías algo con ella? —Abrió los ojos como platos y parpadeó unas cuantas veces—. Qué risa. ¿Tú te has visto en un espejo? No te cabe ni siquiera la ropa que llevas puesta.

—Mira, David, no estoy para tus tonterías.

Decidí levantarme e irme por ahí, donde fuera, pero lejos de él. Antes de que pudiera hacer algo, me agarró con fuerza del brazo y me atrajo consigo de nuevo, obligándome a sentarme.

—¡Va, hombre! —insistió—. Que me han dicho que te gustan los tíos. —Empezó a tocarme el cabello.

—¡Quita tu mano asquerosa! —La aparté con fuerza.

Pensé que todo se acabaría ahí, pero supe que no en cuanto me miró de esa manera. Con una intención maligna y sin empatía en sus ojos. Lo siguiente que hizo fue bajar la mano y tocar mis partes sin mi consentimiento.

—¡¿Qué pasa?! —exclamó ante mi reacción a su gesto—. ¿Esto no te pone?

Siguió manoseando y, luego, mientras intentaba quitarle la mano de nuevo, decidió levantarse. Mi pecho subía y bajaba agitado, él solo me observaba sin ninguna expresión ni compasión. Es más, disfrutaba de esa escena.

—Pobrecito, un día me la comes, ¿sí?

—¡No soy gay!

Tampoco sé porque lo especifiqué. No había razón alguna, pero fue lo primero que salió de mi boca.

—Ya, ya. Lo que tú digas. —Miró de reojo hacia Mark—. ¿Sabes? Tu gran amiguete... —Calló un segundo y volvió a reírse—. Bueno,

que ya no lo es, pero no me dice lo mismo.

Enarqué una ceja y tragué saliva.

—¿Cómo...?

—Nos ha contado que querías tener algo con él y que una noche lo intentaste forzar.

Mi cuerpo se quedó paralizado unos segundos. ¿En qué momento pensó que inventarse esas cosas de mí sería una buena idea? No hace falta mencionar cuál era mi expresión en esos momentos.

—No pongas esa cara... —Puso los ojos en blanco mientras me daba una palmada en la cabeza—. No pasa nada, tú solo mantente lejos, callado y solo.

—¡Pero si yo no he hecho nad...!

—¿No he dicho que te calles?

Puso su puño debajo de mi pecho y empezó a apretar.

—¡Está bien! —gemí—. ¡Para!

—Vaya nenaza, todo un maricón.

Algunos fueron testigos de lo que sucedió, pero acabó siendo un suceso completamente nulo en la vida de los demás. No hubo acto, ni respuesta por parte de nadie respecto a lo que pasó en aquel momento. Nadie dijo nada porque no les importaba lo que me sucediese.

Me sentía traicionado por la vida.

«Quizá exagero, no sé», me decía.

Pero no, no era el caso.

Cuando alguien es víctima de esas cosas, la realidad pasa a estar deformada.

Me levanté cuando comencé a ver a David a lo lejos. En el momento en el que lo hice, noté la sensación de llevar cien puñales en mi espalda. Miré de lejos a Mark. Él estaba allí, sentado con su grupo.

—Se ha inventado una historia que no es cierta... —murmuré.

No entendía nada, seguía tratando de comprender por qué haría algo así; se había torcido todo tan rápido que nadie sería capaz de asimilarlo.

Ni siquiera me golpearon, pero fue como si lo hubieran hecho.

Bofetada tras bofetada.

Estuve estático durante un par de segundos, sin saber qué hacer, y solo quería llorar. Tenía la necesidad de desahogarme, cosa que no hice. Preferí ahogarme en mis propias palabras y fingir que mi mente

no era un mundo arrasado por un terremoto.

Cuando nos avisaron para volver a clase, me hice el fuerte y fui el primero en entrar. Fingí que yo estaba bien y que nada de eso me afectaba.

Pero ¿cómo no me iba a afectar si solo era un crío de dieciséis años y no tenía la suficiente madurez para afrontar estas cosas?

Mi mayor logro en aquel momento fue conseguir no llorar. En el momento en el que el profesor entró por la puerta, mi mente disoció todo y solo quise centrarme en las gotas de la ventana. Por desgracia, ya no había. Solo podía centrar mi atención en aquellos árboles que había tras el ventanal, y eso no era nada emocionante.

Si fueras un compañero mío, podrías ver cómo meneaba la pierna constantemente.

Mis necesidades en aquel momento eran huir y desaparecer.

—¡Bien, chicos! Hoy empezaremos un trabajo en parejas. —El profesor soltó la tiza y empezó a señalarnos—. Serán grupos de dos y versará sobre el Renacimiento y sus autores.

—¿Podemos hacer nosotros las parejas? —dijo alguien, no presté suficiente atención a su voz como para adivinar de quién se trataba.

—No, las haré yo. —En ese momento, mi ansiedad subió como una descosida—. Voy a coger la lista y voy a ir diciendo nombres aleatoriamente.

El frío empezó a recorrerme con rapidez. Tenía hasta tembleques leves. No soporté en aquel momento la idea de que alguien tuviera que sentarse a mi lado.

—¿No podemos nosotros? Es mejor... —preguntó uno.

—No. —El profesor cogió un bolígrafo y empezó a apuntar en la libreta—. Bien, empiezo.

Pasaron unos instantes en silencio hasta que decidió alzar la voz.

—Martín con... Turián.

Así estuvimos unos largos minutos, mi nombre salió hacia el final.

—Bueno, el siguiente dúo será... —Paró todo un momento y lo pronunció—: Luke con... —la clase en ese mismo instante calló—. Daniel.

Acto seguido, se oyó un suspiro general y todos volvieron a hablar en voz alta.

Era un ser invisible, sin serlo.

Suspiré aliviado y apreció cómo me miraba. Siempre había sido el chico raro o apartado de la clase. No hablaba mucho, solo permanecía callado. Tenía sus cuatro amigos y no salía de ese círculo. Sabía poco de mí. Y yo sabía poco de él. Lo cual me gustó.

—¡Toma ya! Nos ha tocado juntos. —Los de enfrente chocaron las manos, felices.

—Y, por último, Sarah y... Mark. —Dejó caer el bolígrafo y cerró la libreta—. Perfecto, sentaos con la pareja que os ha tocado.

Yo no me moví, alcé un poco la vista para ver si venía Daniel, pero no. Quería saber si pasaba algo y a la vez no me apetecía enfrentarme cara a cara con aquella clase. Preferí esperar a que mi nuevo compañero me encontrase.

—¡Hey! —Alguien se sentó a mi lado—. Soy Daniel. —Lo miré de reojo.

Parecía buen chico.

—Yo... —dudé— Luke.

Daniel no sabía gran cosa de mí, lo noté en que seguía teniendo la misma sonrisa y no me había puesto cara de asco.

«O simplemente es un compañero decente», pensé.

—Encantado. —Dejó sus libros encima de la mesa—. Creo que nos ha tocado Miguel Ángel, por si no lo sabías.

—Guay.

Hubo un silencio bastante incómodo. Pasó un buen rato jugando con las hojas del libro de texto, y mientras yo repicaba con los dedos sobre la mesa, él no dejaba de mirarme, un tanto curioso.

—Esto... ¿Empezamos? —dijo con miedo.

—Está bien. —A desgana, decidí acercarme un poco hacia donde él estaba para ayudarle con trabajo.

—Eh... ¿Estás bien? —preguntó, agachándose un momento para mirarme—. Pareces... mareado.

Por increíble que parezca, fue la primera persona que se dio cuenta de cómo me sentía y de cómo mi cuerpo reaccionaba ante mis emociones.

—Sí. —Le lancé una sonrisa falsa—. No te preocupes, ¿por qué parte quieres empezar? ¿Biografía? ¿Sus obras?

—Obras. Así conoceremos un poco su estilo.

—Buena idea.

Decidí sacar el estuche de la mochila. Daniel lo observó y luego

miró sus utensilios.

—Una cosa..., ¿te importaría dejarme un bolígrafo negro? —dijo mientras rebuscaba en su estuche—. Es que he perdido el mío.

—Claro. —Le acerqué uno.

—Muchas gracias.

Y, para mi sorpresa, me dio un codazo amigable.

—¡Pues empecemos! —Fue bastante impactante oírlo decir eso con esas ganas—. Aquí pone que una de sus obras más famosas...

Estuve cómodo con él. No tuve ningún problema. Me gustaba que me viera con otros ojos. Conocer a alguien totalmente nuevo y que no parecía tener prejuicios contra mí me hizo muy feliz. Quería poder dejar de lado todo lo que se llegaba a decir a mis espaldas.

—¡Clase! —Alzó la voz el profesor—. Ya es la hora. Tenéis hasta el siete para entregarme el trabajo escrito, ¿vale? —Todos asintieron —. Perfecto, nos vemos mañana.

—Luke...

Daniel, antes de volver a su pupitre, detuvo su cuerpo y retrocedió unos pasos. Se agachó y me miró con detalle.

—Dime —contesté mientras cerraba el libro.

—¿Te vienes a mi casa? Para acabar el trabajo, digo.

La pregunta me chocó. No porque me propusiera eso, ya que había ido miles de veces a hacer los deberes en casas ajenas. Fue más por el hecho de cómo me lo dijo; de lo tranquilo y a gusto que sonó.

—Eh... —No sabía qué decirle en aquel instante.

Como vio que no decía nada, insistió.

—Es que mañana tengo entreno de fútbol, y no quiero dejarlo para el último momento.

Me lo quedé mirando un instante, analizando la pregunta. Al final accedí.

—Sí.

«Es raro que me lo proponga», pensé mientras me frotaba el cuello.

—Hagamos el trabajo hoy —concluí—. Así también nos lo sacamos de encima.

—Bien, bien. —Sonrió y asintió con la cabeza dos veces—. Un placer conocerte, me has caído muy bien. Te espero a la salida.

—Igualmente, Daniel.

—Llámame Dani, así es como me llaman mis amigos. —Me guiñó

un ojo y se marchó hacia donde se sentaba en el resto de las clases.

Aproveché para mirar hacia su asiento. Su mesa estaba frente a la pizarra, un poco más cerca de la puerta. Su cara me sonaba y su nombre se me hacía borroso, pues, como he dicho antes, era bastante de ir a su rollo.

«Con razón pocas veces hemos coincidido», murmuré para mis adentros.

Los del fondo jamás conocen a los del frente, ni siquiera a los del medio, y viceversa. Cada uno creaba sus grupos de amigos y jamás se mezclaban con otros.

Poco tiempo después de que Dani hubiese regresado a su lugar, mi sonrisa empezó a apagarse y las ganas de mirar solo hacia abajo aumentaron sin miedo. Además de las miradas que me lanzaba el grupo de Mark. Pude apreciar una burla acerca de cómo vestía y todo.

Intenté que no me afectara, como me había estado diciendo estos últimos minutos, ya que lo hacían por puro placer, pero acabó afectándome, cómo no.

Nadie puede sobrevivir ni aceptar ese odio.

No acabé llorando, pero terminé con el corazón destrozado; cosa que es peor que soltar unas simples lágrimas.

Por suerte, las clases se acabaron más rápido de lo que imaginé, y ya pude escapar de allí. La mierda fue cuando me encontré a Dani hablando con David.

El miedo corrió como un loco por mis venas y los pensamientos malos saltaron por todos lados. Él giró su cuerpo hacia a mí y yo salí corriendo en dirección a mi casa. Ya no me apetecía quedar con él, ahora sabía quién era yo, conocía al Luke del que hablaban y no al que yo quería que conociese.

—¡Luke! —Dani apareció detrás de mí, apretando el paso para alcanzarme—. ¡Para!

Consiguió que me detuviera, aún no sé cómo.

—Habíamos quedado... —Me miró durante unos segundos largos, inquieto.

Estábamos en una calle pequeña. Me había perseguido un buen rato, ya que al menos estábamos a dos minutos del instituto.

—¿Por qué aún quieres quedar conmigo? —le espeté—. Si ya sabes quién soy...

Murmuró algo y miró hacia a un lado.

—Ya me enteré ayer sobre lo sucedido.

Me quedé perplejo ante esa respuesta. Tampoco sabía cómo reaccionar.

—Sí, Luke —continuó, viendo que seguía analizando su respuesta —. Sí.

—Y ¿por qué me has tratado bien?

—Verás... —Se pasó la mano por la nunca, nervioso—. He visto lo que ha pasado en el patio.

—¿Lo has visto?

Traté de recordar el momento, buscando alguna mirada.

—Pero si no había nadie cerca de mí —añadí.

—Lo vi desde lejos. Al darme cuenta de quién era la víctima en ese momento, supe que no serías capaz de hacer algo como lo que había dicho Mark.

—No sé cómo estás tan seguro. —Fruncí el ceño—. ¿Y si lo hice?

Puso los ojos en blanco, pero no parecía que fuese por mí, sino por otra cosa.

—Eres una persona muy inocente y tímida, Luke —dijo con tranquilidad.

Yo me movía, inquieto. No tenía claro qué debía hacer o cuál debía ser mi siguiente paso. Iba mirándolo de vez en cuando, odiaba establecer contacto visual con él. Bueno, con todo el mundo.

—No te veo capaz de hacer eso que han dicho, y mucho menos a Mark, a quien le tienes un gran cariño. —Seguía calmado, como si realmente quisiera hacerme ver que había gente que no pensaba eso de mí—. De hecho, no entiendo que los demás se lo crean.

Esperó a que dijera algo. Desvíe mi vista a mis manos, que últimamente estaban sudorosas y bastante nerviosas. Puse una encima de la otra y traté de parar ese descontrol. Negué con la cabeza.

—Qué más da, mejor aléjate de mí, porque si no irás también a la lista negra.

—Pues iré.

Lo dijo con tanta seguridad que hasta me sorprendió. Por ese mismo motivo, después de un largo rato, decidí mirarlo a la cara. Él sonrió nada más ver que me atrevía a hacerlo.

—Estoy harto de la gente de esa clase —continuó—. Eres el único decente.

La última palabra me hizo gracia. Tanta que se me escapó una

risa.

—¿Decente? Pero si soy un desastre.

—No —contestó tajante—. Además, una cosa no tiene nada que ver con la otra. —Puso cara confusa—. Desastres somos todos, pero no todos somos realmente fieles a nuestros amigos. Y eso para mí es ser alguien decente.

Me quedé observándolo sin decirle nada. Repito: no sabía cómo reaccionar. No quería decir algo que lo hiciera irse. Quería conocerlo, aunque no sabía muy bien por qué.

—Te voy a ser sincero, ¿vale? —Por un momento me fijé en sus ojos; los tenía de un color negro profundo—. Yo ya sabía quién eras desde hacía tiempo.

—¿Y eso?

—Porque me hablaron de ti —sonrió—. De lo buena gente que eras. Ahora ya no hacen eso. —Expulsó el aire que contenía inconscientemente—. Por desgracia, he tenido que escuchar a David y sus comentarios de pura mierda —Puso los ojos en blanco, parecía igual de harto que yo de su existencia.

—Dani, mejor no hagas el trabajo conmigo.

Sí. Llegaba a ser muy tozudo.

—Pues lo siento, porque no voy a dejar que sufras más. —Se encogió de hombros —. He visto lo que ese sinvergüenza te ha hecho, y es acoso. Es más, estaría mal que ahora te dejara así, solo. Aparte, me ha gustado empezar este trabajo contigo.

—Dani...

—Y dale... —Dejó caer los brazos mientras se alejaba un poco de mí—. Que me insulten, que me llamen maricón o que me rompan la cara. —Iba muy en serio—. Al menos podré tener una buena amistad. Llevo media vida conociendo a gente más falsa que la mostaza del supermercado.

Eso me hizo reír, fue la primera risa natural y sin forzar desde que había empezado el día.

—Tú me has parecido un buen tío, así que déjate de paranoias y vente a casa. —Calló durante un segundo para que dijera algo, luego insistió más—: Podemos jugar al *FIFA*, o lo que quieras.

—El fútbol no es lo mío.

Le dejé un momento sin habla. Parecía discutir consigo mismo qué tenía que responder.

—Pues entonces ya no puedo ser tu amigo, compatriota —me vaciló—. Ya te enseño yo a jugar, tranquilo.

Me paré a pensarlo un momento y llegué a la conclusión de que acceder iba a ser la mejor decisión. Al llegar a casa me tumbaría y no haría nada; si aceptaba su plan, tal vez me despejaría la mente.

—¿Vives muy lejos?

Él sonrió, feliz.

—Nah. —Apartó un poco su vista de mí y miró más allá—. Pero hay que correr. Perdemos el autobús.

—¿Autobús?

—Sí. ¿No tienes bono? —preguntó.

—No.

—Da igual, te compro un billete y luego veré si mis padres pueden llevarte a casa.

Me lo quedé observando, había encontrado oro después de tanto tiempo rodeado de cobre.

—Eres muy buena gente, Dani —grité mientras corríamos.

Me dedicó una sonrisa y me instó a que corriera más deprisa. Llegamos a tiempo, aunque tuvimos que suplicarle al conductor mediante gestos para que no se fuera sin nosotros.

Narciso
Un techo de constelaciones

—Entra. —Abrió la puerta—. La casa no es muy grande.

—Es como la mía —le sonreí—. Las casas pequeñas son las mejores.

—Sí, la verdad es que sí. —Cerró la puerta una vez entré y se metió las manos en los bolsillos—. Son solo unos setenta metros cuadrados, pero me encanta tenerlo todo tan cerca. —Dejó las llaves en el recibidor y me dio un toque en el hombro—. Ven, vamos a mi cuarto.

Su habitación era rectangular, de esas pequeñitas y acogedoras. Tenía la cama a la izquierda, el armario al lado de la puerta y, a la derecha, una mesa con estanterías llenas de libros. Se lo veía un gran fanático de la lectura. Por las paredes, se apreciaba un montón de pósteres decorativos, en el armario tenía pegadas algunas fotografías. Él se sentó en la silla de escritorio y me dijo que me sentara en su cama.

—Así estarás más cómodo.

Seguí fijándome en todo. Observé con detalle que en los cajones de la cama había pegatinas decorativas. También tenía un espejo detrás de la puerta; uno pequeño. Miré las estanterías por pura curiosidad y vi la saga completa de *Harry Potter*, unos cuantos libros de Blue Jeans, John Green... Parecía que le gustaba bastante el género adolescente y fantástico.

—Sí. —Soltó una risa, notando mi curiosidad—. Como ves, me gusta leer.

—Me he fijado en ese detalle.

—¿Tú lees? —preguntó mientras tocaba el lomo de uno de los libros con los dedos.

—Bueno, he leído, pero últimamente no tengo nada interesante.

—¿Quieres que te preste uno? —Me miró fijamente.

—Da igual, déjalo —me negué.

—No, no. Encantado. Me gusta conocer a gente a la que le gusta leer. —Levantó el culo de la silla y agarró un libro azul—. Toma, este es uno de mis favoritos.

Negué con la cabeza mientras lo rechazaba.

—Cógelo —me insistió dulcemente.

Volví a negarme, pero me resultó inútil y acabé por aceptarlo. En cuanto lo tuve en mis manos, empecé a mirarlo con detalle. Había un dibujo bastante sencillo de una nube blanca junto a otra igual, pero de color negro.

—¿*Bajo la misma estrella*? —leí el título. Era de John Green.

—Sí, es increíble este libro. Te lo presto. —Volvió a sentarse y abrió el ordenador—. Léetelo, te obligo.

—Eh..., pues ya te diré. —Procedí a guardarlo en mi mochila y me quedé un rato pensando—. ¿No había una película?

—No la veas; el libro es mil veces mejor.

—¿Y eso?

Dani bufó, como si ya le hubieran hecho esa pregunta trescientas mil veces.

—Luke... —Dejó de teclear y giró la silla—. Los libros siempre son mejores que las películas.

—Ah... — murmuré—. No tenía ni idea, solo he llegado a leer *Wonder*.

—Bufff. —Los ojos se le iluminaron en cuanto pronuncié ese nombre—. Qué pasada de libro. Te encantará John Green. Es de ese estilo.

Asentí, dudoso, y seguí mirando los pósteres que había. Al rato, aprecié, de reojo, unas manchas un tanto curiosas. Alcé la cabeza y miré directamente al techo. Había como unas pequeñas formas redondas.

—¿Y eso? —Señalé.

—¿El qué? —Miró hacia donde apuntaba mi dedo y sonrió—. Apaga la luz.

—¿Que apague la luz?

—Sí.

Lo miré extrañado, enarcando una ceja. Dani insistió y, sin discutir más, me alejé de la cama y me dirigí hacia el interruptor.

—La apago, ¿eh?

—Sí, sí. —Bajó la tapa del portátil un momento y esperó a que se

oscureciera la habitación.

En cuanto me acostumbré a la oscuridad no podría creer lo bonito que era aquello que veía. Las pequeñas motitas redondas cobraban sentido ahora.

—Increíble... —susurré con una sonrisa.

—Mola, ¿eh? Lo hice hace unos cuatro años, con mi padre —dijo orgulloso.

Dani anduvo uno o dos pasos y se colocó a mi lado, tratando de mirar en la misma dirección que yo.

—Lo vi en una película y me gustó la idea. —Me miró despacio —. Ya sé que es un poco infantil...

—¡No! Qué va. —Apreté los ojos, medio enfadado porque pensase eso—. Si fueran las típicas estrellas para párvulos, pues sí, pero... — Me fijé aún más y entonces me di cuenta de un detalle que no había tenido en cuenta—. ¿Has hecho constelaciones y todo?

—¡Síí! —Puso la mano en mi hombro y se apoyó en mí, tratando de ver qué estrellas señalaba.

Cuando noté su contacto en mi ropa, inconscientemente bajé la mirada, confuso. Dani se dio cuenta, nos miramos un momento y se apartó, nervioso y arrepentido.

Sin embargo, no me desagradó. Fue una sensación rara.

—Mira. —Carraspeó antes de que dijera algo sobre lo que acababa de suceder—. La luz es como la estrella polar. —La señaló—. Alrededor hice las constelaciones más famosas.

—Es muy interesante.

—Sí...

Sin querer, nuestras manos se rozaron, y Dani se fijó en ese detalle. Yo esperé a que pasara algo o que hiciera un gesto de repelús, pero no sucedió nada.

—Eh... —Quise cortar ese momento incómodo y encendí la luz—. ¿Hacemos el trabajo?

—¿Qué? —Sacudió la cabeza, como si estuviera volviendo de otro lugar que no era el planeta Tierra—. ¡Ah! —Se dio una palmada en la frente y chasqueó la lengua.

—¿Estás bien? —Parecía que se hubiese ido a otro planeta.

—Sí, sí, se me había olvidado por completo. —Apartó su cuerpo rápidamente y fue directo a la silla—. Hagámoslo y así lo terminamos.

Nos pasamos un buen rato callados buscando información y

escribiendo cosas. No dijo nada más, y yo tampoco pensé en hacerlo. En esa habitación no se escuchó ni una pizca de ruido. Quise preguntarle por qué sus padres no estaban por casa, pero llegué a la conclusión de que llegarían más tarde. También me interesaba saber si tenía hermanos; aun así, quité esas preguntas de mi cabeza lo más rápido que pude, ya que no era cuestión de hacerle un cuestionario. Ya iría sabiendo más de su vida.

—Y... —rompí el hielo mientras estaba buscando información por el móvil— ¿qué series te gustan?

Al escuchar esa pregunta, dejó de escribir un momento y puso cara pensativa.

—Ahora mismo *Los 100*.

—Espera, ¿*Los 100*?

—Sí —dijo extrañado—. ¿Por?

—Es mi favorita.

Dani abrió los ojos como dos platos gigantes y abrió la boca de par en par. Parecía que le hubiese tocado la lotería.

—¡¿Qué dices?! —La emoción empezó a pintar su cara—. ¿Has visto ya los nuevos capítulos de la cuarta temporada?

—¡Sí! Es brutal. Creo que será una de las mejores.

Asintió de inmediato, parecía un crío ilusionado.

—Opino lo mismo, estoy esperando con ansias a que pongan el siguiente capítulo.

—¿El nueve? —No me acordaba de cuál era exactamente.

—¡Sí! A ver qué sucede.

No me podía creer que le gustara la misma serie que a mí, poca gente se la estaba viendo, y eso, de alguna forma, hizo que Dani ganara puntos.

—¿Alguna otra más? —pregunté, buscando a ver si volvíamos a coincidir.

—Pues no es mi favorita del todo... —Se paró a pensar un momento—. No es muy conocida y no sé si te la has visto, pero es *Dark*.

—¿Cuál es esa? —No sabía de cuál me hablaba.

—Espera. —Abrió una pestaña de Netflix, introdujo su usuario y me enseñó de qué serie me estaba hablando.

—Tiene buena pinta. —Me acerqué a ver la carátula.

—¿Te pongo el tráiler?

Encogí los hombros y observé cómo me miraba con ilusión. No llegaba a comprender del todo esa sonrisa, ni mucho menos por qué me miraba de esa manera, como si frente a él tuviera a alguien guapísimo.

—Te lo pongo, quizá te guste.

El tráiler me llamó mucho la atención. Le dije que me la iba a ver nada más llegar a casa. Estuvimos un rato más avanzando con el trabajo lo más rápido que podíamos.

—Tengo todo esto, ¿está bien? —preguntó.

—¡Madre mía! —Tenía como mínimo cinco páginas—. Has hecho un montón. —Miré mis apuntes de reojo—. Yo solo he hecho dos páginas.

—Está muy bien —rio—. Y aún más porque lo has hecho a mano. Lo mío es casi copia y pega.

—Maldito tramposo.

—Uno se aprovecha de las ventajas de la tecnología. —Dejó caer los brazos.

—¿Te doy esto entonces? —Le acerqué la hoja.

—Sí, ahora lo escribo aquí.

—Genial.

No te voy a mentir, me quedé unos cuantos minutos mirando cómo trabajaba. Él percibió mi mirada, pero no dijo nada. Parecía que le gustara. Yo no paraba de pensar en lo aplicado y organizado que se lo veía.

—Qué raro que jamás hayamos llegado a hablar...

En realidad ya sabía el motivo, pero quería saber qué diría él.

—Ya conoces el instituto. —No apartó los ojos de la pantalla—. Grupos y grupos. No hay más.

—En eso tienes razón —reí, aunque no pareció una risa como tal.

Percibió ese matiz y detuvo sus manos, giró la silla y me miró detenidamente.

—¿Qué te ha pasado con Mark?

Lo preguntó tan directamente que casi me caigo al suelo.

«Di que sí, no te cortes, directo y al grano», pensé.

—Ya sé que se ha inventado... eso. —No quiso decirlo—. Pero ¿por qué?

—No tengo ni idea.

—¿En absoluto?

Negué, mostrándole una expresión neutral.

—Qué raro... —comentó, frunciendo el ceño.

—Eso sí, la última vez que hablé con él me dijo que no quería estar con gente depresiva como yo y que le caía mal.

—¿En serio te dijo eso? —Abrió la boca de par en par.

—Sí.

—Qué gilipollas.

Dicho esto, volvió al teclado y reposó sus manos en este, dando suaves golpes en las teclas y escribiendo el trabajo.

—¿Por? —pregunté un poco más tarde—. Tampoco te pases.

—Luke... —suspiró—, imaginemos que eres un depresivo. ¿Por qué cojones te da de lado? —Vio mi cara de ofendido—. Quiero decir que debería ayudarte, no irse.

—Ya, pero cada uno es como es y...

—No —me interrumpió—. Eso es una excusa para justificar que es gilipollas.

—Dudo mucho que sea gilipollas.

—¿Por qué no eres capaz de verlo? —Apretó los labios, enrabiado.

—¿Ver el qué? —respondí.

—Que te ha jodido y ni siquiera demuestra que le importa haberte hecho tanto daño.

Durante unos segundos no dije nada, buscaba la manera de contraatacar, de seguir defendiéndolo, pero no supe cómo. Me di cuenta en aquel mismo instante de que Dani tenía razón. No había ningún motivo para defender a Mark; aun así, un pequeño fragmento de mi corazón me seguía diciendo que él era bueno.

Fue una lucha constante, mi corazón contra mi mente. Estuve con esa idea todo el rato.

Dani, sin embargo, seguía esperando a que le respondiera, a que le llevara la contraria o a que le dijera que tenía razón, pero yo aún no había decidido qué parte de mí tenía más fuerza. Se estaba librando una guerra en mi interior, y en el exterior parecía el país más pacífico del mundo.

—¿Eh? —insistió.

Seguí mudo, encallándome en mis propias palabras y tragándome todo para mí mismo. Una parte de mí decía: «Luke, es Mark. Él te quiere». Y otra decía: «Luke, déjalo ir. No te merece».

No lograba escoger una, pensaba que alguien como él no me iba a dar de lado como si nada. Miré de nuevo a Dani con la vista nublada, casi llorando, y le solté un simple «No sé». Él me puso mala cara y decidió continuar haciendo el trabajo. Resopló, colocó los dedos en el teclado, estuvo un rato quieto y empezó de nuevo a escribir.

Intuí que en aquel corto periodo se le vinieron miles de palabras a la mente, y que prefirió callárselas.

«En el fondo, tiene toda la razón —me dije a mí mismo—. Date cuenta, Luke.»

Pero no, mi corazón seguía ganando la batalla. Era imposible vencerlo.

—Yo creo que Mark aún me aprecia —solté al fin.

—Como tú veas —respondió tajante.

Se dio por vencido, en esas tres palabras me di cuenta de que Dani me había dejado ganar. Había hecho retroceder a sus tropas y había alzado la bandera blanca para terminar la guerra. El joven de pelo liso, corto y moreno decidió no discutir más. Entonces fue cuando me di cuenta de la horrible situación en la que me encontraba. No podía ganarme ni a mí mismo y hasta mis enemigos se rendían. Mi propia pelea era más importante que la de fuera. En ese momento fue cuando me di cuenta de que ya era hora de dejar de lado al corazón; de ser frío y duro. No de por vida, tampoco para siempre, solo por aquel momento.

—Tienes razón, lo que ha hecho es de auténtico gilipollas.

—¡Hombreee! —exclamó feliz—. Te ha costado cuatro minutos.

Paró de escribir y giró la silla, riéndose.

—Cabrón.

—Es broma —rio—. Me alegro de que te hayas dado cuenta.

Guardó el documento dónde estaba todo sobre Miguel Ángel y cerró el portátil.

—¿Qué haces?

—Vamos a jugar al *FIFA*.

En cuanto lo dijo, guardó el portátil a un lado y se dirigió hacia la sala de estar.

—Pero ¿y...?

—¡Ven, imbécil!

Apagué la luz y lo seguí. Lo vi encender la videoconsola mientras

me buscaba el otro mando.

—Toma, agarra el negro —dijo.

Me senté en el sofá y esperé a que el juego se pusiera en marcha. Aunque Dani estuviese consiguiendo que todo fuera más ameno, seguía sintiéndome apagado, como si una bombilla estuviese parpadeando. Escogiendo si iluminar o apagarse. Me sentía solo, incluso estando acompañado.

Dani se dejó caer a mi lado. Me miró y se rio.

—Te voy a ganar —me amenazó con toda seguridad.

—Ya veremos.

Por un momento, consiguió que la bombilla se encendiera al cien por cien. Hizo que el parpadeo parase y consiguió que la iluminación fuese completa. El problema llegó cuando el partido acabó, pues, aunque le hubiese ganado (de milagro) y Dani estuviese sorprendido, la bombilla se apagó. Bajó del máximo al cero.

Él estaba saltando enfadado, quejándose y diciendo que no podía ser.

Cito textualmente lo que dijo el perdedor: «Nadie es más bueno que yo». Claro, lo de perder lo lleva muy bien.

Todo lo hizo sin mala fe, se veía que sabía perder, solo que le gustaba montar el espectáculo. Pillé muy rápido su personalidad y su manera de ser.

—Oye, ¿ponemos música? —pregunté mientras dejaba caer el mando a mi lado.

—Vale, quiero saber qué escuchas —agarró su móvil, me lo prestó y fue a por el altavoz.

Por un instante, me alivié, porque así no tendría que escuchar reggaetón, el género que más odiaba, pero por otro momento me asusté. Me entraron miles y miles de dudas existenciales.

«¿Cuál le pongo? ¿Le gustará One Direction?», pensé.

Me dieron millones de crisis. Todo porque aún no lo conocía muy bien y no sabía cómo reaccionaría ante mi gusto musical. Acabé poniéndole la canción de *Story Of My Life*, una de las que más escuchaba últimamente.

Los dos primeros segundos lo pasé mal, y los siguientes aún peor. Solo me fijaba en su cara. Le tenía miedo. Sabía de qué material estaba hecho el planeta Tierra y lo gilipollas que llegaba a ser la gente, pero decidí exponerme ante él.

Esa inseguridad la pillé de Mark, la primera vez (y la última) que le puse la música que me gusta, acabé avergonzado. Avergonzado de mí mismo. Llovieron miles de risas a mi alrededor. «¿Cómo te puede gustar esto? ¿Cómo no prefieres el trap?»

Creí estar en una zona segura al ponerle la canción que más me gustaba y acabé quitándola a los treinta segundos. Desde aquel día no le volví a mostrar a nadie más mi gusto musical. Solo escuchaba las canciones que los demás ponían, las mías las disfrutaba en soledad. Nada más.

Seguí mirando la cara de Dani: no me daba ninguna pista. Tampoco se movía ni decía nada. Los nervios me comían por dentro, era como si fuese primera vez que compartía música con gente. Me mordí el labio deseando que le gustara, ya que la música siempre ha sido algo muy importante para mí.

Un minuto. Un minuto de canción y seguía sin decir nada. Llegué a la conclusión de que no le gustaba o que solo se estaba aguantando la risa. Decidí quitarla. Cogí el móvil y la detuve.

—¡Eh! —reaccionó—. ¿Pero qué haces, Luke? —Me miró enfadado.

—No te gusta, lo entiendo.

—¿De qué hablas? —Alzó las cejas, sorprendido—. Me estaba gustando.

—¿Ah, sí? —No parecía mentir.

—Claro, me estaba atrapando el ritmo. —Empezó a repetir algunos acordes con la cabeza—. Reprodúcela de nuevo.

—¿No prefieres otro estilo de música?

—Tu gusto musical me mola. Ponla de nuevo —insistió.

—Está bien.

Le di al *play* y sin ni siquiera querer, salió una sonrisa pequeña de mí. Esbocé, incluso, una cara de felicidad. De reojo iba viendo cómo movía Dani la cabeza al ritmo de la música y cuánto le gustaba; eso devolvió la iluminación a mi interior.

—Me gusta, me gusta —dijo mientras me miraba.

Yo seguía sonriendo. Mi cabeza no era capaz de procesar que a alguien le gustase algo mío. Llevaba tantos años escondiéndome debajo de la manta que al salir me parecía todo una maravilla.

Cuando acabó la canción me pidió otra del mismo grupo. Decidí ponerle *Happily*; quise arriesgarme un poco más y ver hasta qué punto

llegaría. A los treinta segundos, me preguntó cómo se llamaba esa banda. Le respondí y se quedó mirándome intrigado. Luego, agarró su móvil y los buscó. Encontró todos sus álbumes y me dio las gracias por descubrírselos.

—Me encanta su música —me dijo.

«Me encanta su música.»

Para mí eso fue una coma en mi vida. Una de esas frases que te hacen sonreír. Una de esas comas que pueden cambiar el sonido de la siguiente palabra y hacer que la frase adquiera otro sentido. Lo único que esa vez la coma indicó seguridad en mí mismo. Eso hizo que le siguiera poniendo canciones. Y al final, acabó cantándolas conmigo.

Es más, exigió más música mía. Decidí ponerle *Kodaline*, que también le encantó y, aunque fuera una canción muy desgarradora, me dio las gracias por enseñársela. Siguió pidiendo más, conque le puse de todo: The Neighbourhood, Arctic Monkeys, Bruno Mars... Todos los que pude, y todos los disfrutó. No hubo ningún momento en el que se viera forzado a apagar el altavoz, al revés, subía el volumen. Me agradeció que le diera paso a otro género de música que no fuese el famoso reggaetón.

Esa tarde fue una auténtica maravilla, descubrí muchísimas cosas acerca de Dani, de su manera de ser, y me sentí más cómodo que nunca. Me hizo ver, sobre todo, que Mark nunca había sido aquello que yo quería. Abrió mis ojos y me enseñó que lo que pensaba que era un gran amigo no lo era.

Y sí, demasiado rápido me replanteaba las cosas, demasiado rápido estaba dándole las gracias a un completo desconocido, demasiado le estaba agradeciendo solo porque le gustara mi música, pero es que eso me conquistó. Eso de que a alguien le gustara algo mío fue increíble.

Miré de reojo el reloj y entonces me recorrió un escalofrío.

—¡Dios mío! Me tengo que ir. —De un salto, fui a por mis cosas.

A medio camino me acordé de que no habíamos acabado el trabajo.

—¡Mierda! No hemos terminado lo de Miguel Ángel.

—Da igual. —Chasqueó la lengua, mirándome con una sonrisa—. Lo acabaré yo, no queda nada. Te dije que te iba a llevar en coche, pero mi madre no ha llegado aún... —Se frotó la nunca—. Lo siento.

—Tranquilo, puedo coger el autobús.

—Ya, pero me sabe mal.

—Dani, no te preocupes.

—Está bien —dijo mientras apagaba el altavoz y así podíamos tener una conversación en un tono más bajo.

Le sonreí y me dirigí hacia la puerta de la casa.

—¡Espera! —Dio unos pasos largos y me tendió la mano—. Coge mi abono, que casi se me olvida.

Le di las gracias y me la guardé en el bolsillo.

—Me lo he pasado bien, eres el puto amo —sonrió.

—Igualmente. —Le di un abrazo corto.

Sin embargo, me dio la sensación de que se había quedado con ganas de que fuese más largo.

—Ten cuidado, y si no sabes qué autobús coger, llámame.

—Ya veremos si soy tan inútil como para no encontrar mi autobús.

Dani aprovechó y abrió la puerta de casa.

—Creo que te perderás nada más salir del piso —se mofó de mí.

—No soy tan desastre. —Miré el móvil un momento—. Nos vemos mañana.

—¡Adiós! —Y cerró la puerta.

Bajé las escaleras del edifico lo más rápido que pude, fui saltando casi de dos en dos. Abrí la puerta del portal y me quedé parado; estuve un buen rato buscando como un loco la parada del autobús a través de la aplicación del móvil. Cuando la encontré, fui hacia ella y me senté en los bancos que había. Tuve suerte y no me hicieron esperar casi nada de tiempo. En dos minutos ya estaba sentado en un asiento del autobús, mirando por la ventana y viendo lo bonita que llegaba a ser la ciudad por la noche.

Los árboles oscuros, las luces anaranjadas, las calles vacías, las hojas cayendo... Toda mi ciudad era increíble. Tenía cosas muy básicas, pero aquellas la hacían perfecta. Conseguí llegar hacia las nueve de la noche. Hubo un poco de tráfico y, además, casi me salté la parada.

Bajé la calle con una sonrisa en la cara, una bien grande. Giré a la derecha y allí estaba la entrada a mi edificio; la gigantesca puerta gris. Pero al acercarme, vi a alguien sentado y mi felicidad desapareció. Su sombra era conocida para mí.

Era él.

—¡Luke!

Mark se acercó y mis manos comenzaron a sudar.

—Vete. —Le hice un gesto con la cabeza, pero no sirvió.

—No seas así —se quejó, y resopló—, encima que he venido...

Después de haber tenido las santas narices de decirme eso tan tranquilamente, mi cuerpo empezó a arder de ira y estallé un poco.

—¡¿Cómo que «encima»?! —La cara que puse no tenía precio—. ¿Te recuerdo todo lo de estos días?

—¿Podemos dejar eso de lado? —murmuró—. No estoy en mi mejor momento.

—No, déjame. Me has hecho mucho daño, no quiero verte.

Apreté la mandíbula, tenía que mantenerme fuerte y no caer en su manipulación. Me había demostrado que no valía nada para él.

—Luke, lo siento... —Intentó abrazarme, pero me aparté antes de que pudiera hacerlo.

Mark me miró confuso, no se esperaba que reaccionara así.

—Quiero solucionar las cosas —dijo.

—A buenas horas —le espeté.

—Luke, no he hecho nada malo.

A pesar de mi subida de tono y mi rabia interna, percibí que su voz estaba rota. No sonaba tan alegre como siempre. No le di importancia.

Y debería haberlo hecho.

—¿Ah, no? —contesté enfadado—. ¿No has dicho que te forcé a... eso?

—¿Qué? —Se quedó pasmado, con los ojos bien abiertos—. No sé de qué hab...

—¡Venga ya! —me reí muy descarado—. Me lo han contado tus amigos.

—Ah... —La cara le cambió por completo—. ¿Ah, sí?

Me quedé perplejo ante esa última pregunta.

—¿Sí?

Bajó un momento la mirada y apretó los ojos, con rabia. Mucha. Estuvo así unos segundos mientras yo percibía el movimiento de sus manos, con las que trataba de no formar dos puños. Estuve por decirle algo, pero en cuanto se tranquilizó, volvió a sonreírme.

—¡Sí! Sí... —Carraspeó—. Lo siento.

No pude evitar fijarme en su pierna, temblaba.

—Yo...

Me parecía extraño, pero mi cabeza no paraba de recordarme lo mal que me había hecho sentir estos días

—Lo siento por decirte esto, pero lárgate. —Saqué las llaves del bolsillo y di un paso con la intención de abrir la puerta del portal.

—Te necesito. —Colocó su mano en el cerrojo—. Te necesito más que nunca.

Su mirada parecía perdida, mucho.

—Yo también te necesitaba, ¿me dejas entrar?

—Luke...

—¡Que no!

—¡Vale! ¡Está bien! —Quitó la mano.

Me giré para mirarlo a la cara por última vez y lo vi entre lágrimas.

Parecía que le ocurría algo. Algo grave.

—¿Estás llorando? —Agaché la mirada.

—No, no te preocupes. Ya me voy. Nos vemos.

—Mark, ¿pasa algo? —intenté agarrarlo del brazo.

—Adiós, Luke.

Y se esfumó, se marchó calle arriba y la oscuridad se lo tragó. Vi un poco antes cómo se frotaba los ojos con la manga del suéter, pero no insistí, metí la llave en el cerrojo y entré en el edificio. Subí las escaleras y toqué a la puerta para que me abrieran. Tenía las llaves en la mano, pero siempre prefería llamar al timbre. Fue mi hermano quien la abrió.

—Ya está la cena —dijo.

Dejé la mochila en mi habitación, me quité los zapatos, me puse las zapatillas y fui al comedor. Allí me encontré a mi hermano viendo *Juego de tronos* y mi comida en la mesa. No estaban mis padres. Ni siquiera pregunté donde habían ido, ya que seguramente fuera consecuencia de otra de sus tantas peleas. Una de esas que, tanto como mi hermano y yo, estábamos hartos de presenciar.

No sé ni cómo esos dos polos opuestos acabaron juntos. Juraban quererse, pero también se peleaban cada maldita vez que tenían ocasión. Mi padre era bastante callado y serio, mientras que mi madre siempre buscaba la manera de sonreír y ser feliz. Aunque no podía. Había algo que se lo impedía, y en ese momento aún no sabía el qué.

Siempre me han dicho que tengo un gran parecido con mi padre.

Que tenemos los mismos ojos y las mismas expresiones. Pero no creo que eso sea así. Mi padre es de aquellos que delante de la gente demuestran ser una libélula inocente y que luego en casa, sin nadie que lo juzgue, exhibe su cara real. Porque siempre que podía sacaba su otra cara. Tanto ante mí, como ante los demás.

Mi padre decía ser buena persona, pero lo que él nunca contaba (ni tampoco admitía) era que tenía un problema con la gente que formaba parte del colectivo LGBTQ+, en especial con los homosexuales. Las lesbianas le divertían, ya que no dejaba de ser un asqueroso fetiche que muchos hombres disfrutan siempre que pueden.

Había un recuerdo que me perseguía solo para meterme miedo y odiar a una persona que realmente tenía importancia en mi vida.

Volvíamos del monte mi padre y yo y justo pasábamos por una discoteca. Al principio mi padre se reía al ver a las parejitas heterosexuales saliendo del local hasta que vio a dos chicos juntos. En ese instante, su cara cambió y empezó a chillarles cosas. «¡Vosotros dos! Delante de mi hijo no. ¡Qué asco dais! Venid, que os vuelvo normales con un par de collejas.»

Como ellos iban en dirección contraria de la nuestra, en el momento en el que pasaron por su lado, mi padre les escupió. Fue esa tarde cuando me dije a mí mismo: «Por favor, nunca seas gay».

Tenía un plato con una hamburguesa fría. No me apeteció comerla, pero cogí un trozo grande, me forcé a tragármelo y el resto lo tiré. Luego, recogí mi habitación. Preparé la mochila para el día siguiente y, por fin, decidí coger el móvil.

Tenía mensajes de Dani.

No pensé que me fuera a escribir, pero lo hizo.

> Eyyy, he encontrado tu WhatsApp.
> Que guapa tu foto de perfil.
> Bueno, quiero decirte que ya he terminado el
> trabajo.
> Buenas noches, feo. 21:05

Abrí el chat y le respondí con otro «Buenas noches», luego volví a la pantalla principal de la app y mi vista no pudo evitarlo. En cuanto vi el chat de Mark me quedé paralizado.

Fue una mala decisión volver a agregarlo.

Aún me tenía bloqueado y tenía esa foto de perfil gris, el

problema era que yo aún lo tenía agregado. No era capaz de quitarlo de mi lista de contactos. Lo seguía teniendo como «markusss», y lo peor era que seguro que él me había eliminado.

Ver lo mal que había terminado todo me hizo daño. Sabía que estaba haciendo bien al dejarlo de lado, al no aceptar sus disculpas, pero la duda me mataba. Me dolía pensar que en realidad le pasaba algo grave y yo no le estaba ayudando. No podía sacarme de la cabeza su rostro inundado de lágrimas. Mi corazón, cómo no, seguía queriendo echarle una mano, pero esa vez la razón terminó por vencer.

Acabé en la cama, escuchando música y pensando en todo el asunto. Eso sí, al final desagregué a Mark, me dio la neura y fui capaz de quitarlo de mis contactos, dejándolo como solo unos números. Fue duro, pero pensaba que me iría bien.

No pensé bien en qué era lo correcto y qué no era una tortura para mí.

Vivir lo era.

Narciso y Jazmín
Plutón y el sistema solar

—¡Deja eso! —gritó Dani.

—¡Ni en sueños!

Nos encontrábamos como dos críos luchando por un cuadro de él de pequeño. Lo había descolgado de la pared para verlo mejor y él había venido corriendo a taparlo. Le avergonzaba que descubriera un pasado en el que era gordo. Hacía tanto calor que él estaba sin camiseta. Yo quería quitarme la mía, pero no me atrevía por mis inseguridades. Dani se dio cuenta, pero no dijo nada.

—¡Que te he dicho que me lo devuelvas! —rio exhausto.

—¡Quítamelo de las manos!

Le sonreí y él alzó los brazos. Susurró unas palabras y justo en el momento en el que bajé la guardia, me atacó con cosquillas. No pude evitarlo y caí rendido a devolvérselo. Dani, victorioso, lo volvió a colocar en la pared y se puso delante para que no lo viera.

—Pero si sales monísimo...

—¡No es verdad!

Puse los ojos en blanco y me acerqué. Tenía intención de lanzarle algún insulto, pero algo me detuvo. Unos latidos más rápidos de lo normal bastaron para descolocarme. Me fijé en sus ojos. Él los paseaba de mi boca a mis pupilas. Tragué saliva. Recuerdo que fueron unos segundos bastante extraños. Tenía sentimientos encontrados. Y no los entendía. Por esa razón cuando vi que se acercaba un poco más, me aparté.

—¡Bien! —Di un paso atrás—. ¿Vemos alguna película?

Dani se mordió el labio, tratando de resistirse. Maldijo mi nombre en voz baja y acabó asintiendo.

Aun así, ese momento me fue suficiente como para no prestar atención a la trama de la peli. Miraba la pantalla y observaba las escenas, pero mi mente pensaba en eso. No entendía de dónde salía el ritmo acelerado de mi corazón.

«Sé lo que podría significar, pero...», pensaba.

Cada paso que daba suponía retroceder otros tres. Cada vez que parecía atar cabos, se desataban algunos que ya hacía tiempo que se habían unido. Se podría decir que tenía miedo. Miedo a ser eso.

Giré la cabeza hacia mi izquierda y ahí lo vi. Con el brazo estirado sobre la parte trasera del sofá. Eché un vistazo rápido. Sus ojos siempre captaban mi atención. Eran inolvidables. Incluso esas pequeñas pecas esparcidas por su cara; alguna en la nariz, otra al lado el ojo... Mirarlo se me hacía divertido. Acabé contemplando su torso y no pude evitar sonreír por dentro a causa de su físico. Se notaba demasiado que disfrutaba haciendo deporte y que cuidaba su aspecto.

Dani juega al fútbol. Me invitó al partido del fin de semana pasado, pero rechacé la propuesta. No me molaban estas cosas. No me gustaba el deporte en general. Pero por lo que me había ido contando, y por las copas que había visto en su habitación, supe que era realmente bueno en lo suyo y que era importante para él. Llegué a preguntarle si quería dedicarse a eso, pero me contestó que lo veía más como una afición y que le gustaría ser entrenador personal.

Hubo un momento concreto en el que mis ojos bajaron demasiado. Tanto que acabé observando la goma del bóxer que lucía por encima del pantalón corto. Era el pantalón de su uniforme. Cuando fui consciente de dónde estaba mirando, rápidamente volví a prestar atención a la pantalla.

«¿Por qué he mirado ahí?», me pregunté sorprendido.

Inspiré profundamente y sacudí un poco la cabeza, haciendo ver que no había pasado eso. De todas formas, Dani se dio cuenta. Pocos segundos después aprovechó para mirarme de reojo y sonreír. Emitió una risa floja y el brazo que reposaba en el sofá descendió hasta mi hombro. Al principio me generó cierto rechazo, estuve a nada de apartarlo e irme, pero algo hizo que me quedara.

—¿Qué pasa? —preguntó Dani.

Apreté la mandíbula y suspiré.

—Si quieres quito el brazo...

—Sería lo mejor.

Él asintió y suavemente lo volvió a dejar donde estaba antes. Una cosa que siempre me ha encantado de Dani es que me respetaba. Me respetaba. Se me hacía cómodo estar a su lado.

—Somos amigos, ¿no? —inquirí.

—Claro —respondió confuso.

Me encogí un poco de hombros y empecé a juguetear con mis manos. Estaba muy bloqueado.

—¿Por qué piensas...? —Se detuvo un segundo y abrió la boca—. ¿Lo dices por lo del hombro?

Asentí.

—Me importas, Luke —sonrió—. Y me gusta cuidar a la gente que me importa.

—¿Seguro que es por eso?

Su sonrisa se esfumó y se frotó la nuca, nervioso. Antes de que pudiera alzar la voz de nuevo, hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Somos amigos, nada más.

—Amigos —repetí.

—Amigos —sentenció.

Después de ese día, Dani actuó igual, y, aunque no lo parezca, me resultó curioso. Normalmente, después de una situación así incómoda había un distanciamiento. Pero él siguió siendo él. Otra cosa que me encantaba de su manera de ser.

Es más, cuando no estaba de humor o cuando no tenía ganas de nada, él hacía lo mismo que yo. Se colocaba a mi lado y se quedaba en silencio. Me regalaba su compañía y buscaba la manera de que volviera a sonreír. Ya fuera en un banco de la calle, en un autobús o en cualquier lado.

Compartíamos silencios, y eso me parecía muy bonito. Sentía que era el único que me entendía.

Había momentos en los que, a pesar de resistirme, mi cabeza se apagaba. No podía hacer nada. Los llamaba momentos negros. Como si mi corazón siguiera latiendo, pero el cerebro decidiera funcionar a la inversa. Es decir, no funcionar. Esos momentos negros solían variar. A veces duraban minutos, y otras, días. Dani fue el primero que me aconsejó ir al psicólogo, pero dada mi situación familiar, me era imposible. Me sentía una carga, y ya tenía bastantes peleas con mis padres.

Otro momento negro fue una noche en la que decidimos ir a dar un paseo en bicicleta por el río que había al final de nuestra pequeña

ciudad. Estaba pedaleando, pedaleaba para no caerme.

Lo cual me parece una metáfora.

Pedalear para sobrevivir, no para vivir.

Dani se puso a mi lado.

—¿Estás bien?

Yo asentí. No le hablé. No tenía ganas.

—Mejor paremos aquí.

Sin apenas rechistar ni discutir, empezó a aflojar la velocidad y a dirigirse hacia una zona con césped. Lo seguí. Él tiró la bicicleta a un lado con cuidado y acto seguido decidió tumbarse.

Preferí quedarme de pie, abrazándome a mí mismo. Mirando a los lados, nervioso, como si en cualquier momento fuera a ser el blanco de un tiroteo. Disparado por la depresión.

—¿Sabes lo que hago yo cuando no tengo ganas de nada?

—¿Qué? —respondí sin mirarlo.

—Tumbarme y aferrarme a la gente a la que quiero.

—No tengo de eso.

—¿No quieres a nadie?

Asentí. Fue bastante egoísta por mi parte. Pero así me sentía. Cada día de mi vida. No porque quisiera. A pesar de que alguien me prestase la mayor atención del mundo, seguiría sintiendo que era por compromiso, no por voluntad propia.

—Luke, pareces Plutón.

—¿Eh?

—Bueno, en realidad eres lo contrario a Plutón.

Lo miré detenidamente. Él entrecerró un poco los ojos y sonrió. Colocó sus brazos debajo de la cabeza y carraspeó.

—Plutón siempre ha sido un planeta enano que ha sido expulsado de todo. Él quería estar dentro del sistema solar, pero cuanto más lo intentaba, más fuera lo dejaban.

—¿Y qué pasó con Plutón?

—Ya no está en el sistema solar. —Paró un momento—. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—¿Soy Plutón?

—Plutón quería estar dentro, tú quieres estar fuera. Te estás expulsado tú mismo cuando me tienes aquí, queriéndote.

De alguna forma, eso hizo que relajara mis brazos y que me acerca a él. Acto seguido, flexioné mis piernas y poco a poco acabé a

su lado, tumbado.

—No sé por qué buscas la manera de entenderme.

—Ya te entiendo —me vaciló.

—Pero ¿por qué te empeñas tanto?

—Porque me...

Iba a decirme algo, pero se calló antes de terminar la frase.

—¿Por qué? —insistí.

—Porque te mereces el mundo entero, Luke.

Dani se acercó un poco a mí y después de unos segundos de indecisión, extendió el brazo y me rodeó con él. Esa vez no me sentí mal, al revés, me sentí a salvo. Tanto que me dejé agarrar por su brazo y me moví hasta acercarme a Dani todo lo posible.

Él sonrió y fijó su mirada en el cielo estrellado. Supongo que aquello era la felicidad.

Jazmín
¿La familia siempre me querrá?

Durante los últimos días, había notado problemas y dolor por la zona cardíaca. No era nada grave. Decidí ir al médico por precaución. Me hicieron algunas pruebas y los análisis salieron positivos. Es decir, positivo en tener buena salud.

Aun así, se me vino el mundo encima por la preocupación. Hasta me imaginé que tenía cáncer. Cosas de ser un exagerado. Las típicas paranoias.

Seguí caminando calle abajo con mi música, con calma y con mis pensamientos hipocondríacos. «Que hayas obtenido unos buenos resultados no indica nada», me decía una y otra vez. Era hasta absurdo que llegara a pensar eso cuando unas pruebas médicas que son cien por cien fiables indicaban que estaba perfectamente. Es más, hasta el médico me había felicitado por mi buena salud y por lo sano que se me veía el corazón.

Pero yo seguía autoconvenciéndome de que había algo que seguía mal dentro de mí, como si tuviera ganas de morir cuando en ese momento no tenía motivos para desearlo.

Doblé la esquina de la avenida y me metí por una calle un poco más pequeña. Los árboles estaban a un lado y las farolas al otro. La acera era de color gris claro y los edificios se alzaban de forma similar a un pueblo de cualquier parte perdida de Noruega. Lo que más me gustaba de mi ciudad eran los cambios bruscos de ambiente.

—¡Luke! ——alguien chilló mi nombre.

Miré de dónde venía el sonido y lo vi allí, al fondo de la calle.

—¡Dani!

Me hizo ilusión verlo. Bastante más de la que pensaba.

—¿Dónde estabas? —preguntó mirándome—. Te he echado de menos hoy en clase de Literatura.

—Estaba en el médico.

—¿Médico? —Puso cara de susto mientras guardaba el móvil en

el bolsillo. Antes lo tenía entre las manos.

—Sí. Una revisión. Nada más —mentí.

Asintió, acompañándolo por un suave signo de sorpresa.

—¿Y por qué no me dijiste nada? —En su rostro se apreció decepción.

—No sé —dije confuso—. No se me ocurrió comentártelo, la verdad.

Es más, aún seguía considerándolo un simple compañero de clase.

—Me tenías preocupado. —Me dio un golpe en el hombro—. No apareciste esta mañana en clase y no sabía si te había pasado algo...

—Qué va, qué va. —Negué con la cabeza, juguetón—. Estoy bien.

Acabé por sonreírle, eso pareció aliviarlo. Sus ojos se desviaron un instante hacia mis labios y yo me moví un poco incómodo.

—¿Seguro? —volvió al tema—. Puedes contarme cualquier cosa.

—Seguro.

Sopesó un momento mi respuesta y acabó devolviéndome la sonrisa.

—Está bien... —Miró un momento la calle—. ¿Te vienes a casa? Es más, quédate a dormir.

Estuve unos segundos largos comiéndome el silencio y tratando de buscar la respuesta correcta a esa propuesta.

—¿A dormir? —musité.

Él asintió. Lo decía en serio.

—¡Sí! —Ante mi silencio, insistió—: Nos lo pasaremos bien.

—Pero...

—Llamamos a tu madre desde mi casa, seguro que te deja.

No se trataba de eso. Ese no era el problema, sino que no sabía hasta qué punto irme a dormir con alguien a quien apenas conocía era lo más maduro y lógico por mi parte. Aun así, me acordé de cómo estaba la situación en mi casa. Seguía igual de tensa y mortífera. Mis padres ni se dirigían la palabra, solo se miraban con odio. Nadie cocinaba, limpiaba ni nada parecido. Estaba cansado del caos.

—Pues no se hable más. —Dejé caer las manos, inseguro.

—Así me gusta. —Me guiñó un ojo.

—¿No estamos muy lejos para ir andando?

—Luke... ¿Llevas viniendo más de dos semanas a mi casa y aún no te conoces mi barrio?

Era cierto, con la excusa de los nuevos trabajos que teníamos que hacer llevábamos viéndonos bastante tiempo. Llegó un momento en el que eso ya no servía como excusa, pero se nos ocurría cualquier otra tontería para estar juntos. A él le gustaba tenerme cerca y a mí también.

Eché un vistazo rápido a mi alrededor.

—¡Sí que lo conozco! Solo que creía que estaba más lejos tu piso.

—Ya queda poco, tranquilo. —Me dio un codazo, riéndose—. ¿Por qué vas a este centro de salud y no al de tu barrio?

—Este es mucho más grande y te atienden más rápido.

—¡Ah! —Entrecerró los ojos, fijando su mirada en mí—. Veo que no te gusta sentir que pierdes el tiempo. Qué listo eres.

—¿Acaso lo dudabas? —Lo miré enarcando una ceja.

—Qué va, ya me lo has demostrado estos días. —Chasqueó la lengua, divertido—. Es más, el diez de nuestro trabajo de Miguel Ángel lo dice todo.

Nuestra amistad se convirtió en la más pura que había tenido en años. Dani había influido de una manera muy positiva en mi vida y había conseguido encender mi bombilla mucho más de lo que me esperaba. Además, cuanto más tiempo pasaba, más me iba gustando su personalidad. Su manera de hablar, su sonrisa, cómo cuidaba de los suyos, cómo siempre estaba ahí...Todo. Poco a poco, acabó siendo imprescindible para mí en clase.

Es fascinante cómo las personas que menos creemos que formarán parte de nuestra vida acaban siendo aquellas a las que no puedes dejar que la abandonen para siempre.

Esas personas a las que necesitas aferrarte, sabiendo que si tú te hicieras daño, el otro te cuidaría. Sabiendo que si tú pensaras que la vida es una mierda, él te respondería: «Yo también».

Es cierto que algunos de nuestra clase murmuraban y comentaban que no nos separábamos para nada. Además, soltábamos los móviles en cuanto estábamos juntos, no tenía la necesidad de ir cogiéndolo cada minuto y, por lo que me fijé, Dani tampoco.

De todas maneras, aún no me había atrevido a invitarlo a mi casa. Yo sabía que él quería; de hecho, me lo había dicho. Pero no tenía el valor de meterlo dentro de aquel lugar donde a la mínima eras juzgado. No tenía intención de llevar a Dani y que se preguntara a sí mismo si esa era mi familia.

Cero ganas tenía.

—¿Viste el capítulo de...? —intentó romper el silencio.

—¿*Los 100*? —acabé la frase antes de que él siguiera.

Asintió, metiéndose las manos en los bolsillos. Tenía una rara afición a hacer eso.

—Sí. —Soltó una risilla—. Cada vez va mejor la serie. —Miró hacia el cielo y luego se fijó en mi cara de exhausto—. Ya queda poco, tranquilo.

—Cabrón, no leas mi cara.

Rio y me dio un codazo amistoso. En nada llegamos ya a su zona, ese lugar ya me sonaba más. Con las calles más estrechas, empinadas, un poco desastrosas y con más árboles que en mi barrio. Me parecían familiares casi todas las calles, pasajes o carreteras.

De tanto ir a su casa, demasiadas veces para el poco tiempo que llevábamos quedando, me aprendí incluso todos los autobuses que podía coger para volver a mi casa desde allí. Estaban el G11, el G14, el G77 y el G55. Más de los que imaginé. Eso sí, solo cogía el G11, el G14 me dejaba más abajo de lo deseable, el G77 se iba hacia el río que había en el otro barrio y el G55 iba hacia arriba, dejándome cinco minutos más lejos que el G11.

Lo gracioso es que aún no era capaz de recordar en qué piso vivía Dani, por más que lo intentara, siempre he sido igual de desastre para memorizarme un puñetero número. Lo único que sabía era que vivía en el tercer piso, nada más.

Cuando iba solo, le escribía un mensaje para preguntarle en qué piso vivía. Eso sí, cuando subía a su planta, me situaba. No me hacía falta saberme el número, era salir del ascensor, mirar hacia la derecha, ir al final del pasillo y llamar a la que estaba a la izquierda; esa era la puerta de su casa. La que tenía como un tono más marrón que las demás.

«Muy típico de Dani», pensé.

—Hoy tampoco están mis padres, han quedado con mis tíos —explicó mientras me dejaba entrar—. Por eso te he invitado. —Cerró la puerta detrás de mí y echó el cerrojo.

—¿Y eso?

Había ido mil veces a su casa y jamás había coincidido con sus padres; siempre que estaba yo, no estaban ellos. Empezó a sonarme raro, quise seguir preguntándole. No lo hice.

—Cosas del trabajo —dijo al ver mi cara de desconfianza.

—Ah...

Muchas veces pensaba que me escondía alguna cosa, pero prefería confiar en él; si tuviera algo que esconder, tal vez tuviese una buena razón.

—Sí, me paso la mayoría del tiempo solo en casa —añadió.

—Aparte, no tienes hermanos —dije con una sonrisa—. Una fantasía.

—Bueno, siempre he querido tener uno.

Eso me hizo reír. Dejé mi chaqueta encima del sofá del comedor y me senté.

—Déjate de rollos —comenté—. Es mil veces mejor estar solo.

—¿Sí? —preguntó no muy convencido—. No sé, yo siempre he querido un hermano.

Desapareció un momento por el pasillo largo y volvió con un vaso de agua en la mano.

—Te regalo el mío.

—No, hombre, no. —Bebió agua y después dejó el vaso en la mesa del comedor—. Prefiero un hermano pequeño.

—Ah, yo de eso no conozco. Tengo uno mayor, plasta y estúpido. —Él asintió, inseguro de si hacer ese gesto—. Pero lo quiero mucho, eso sí.

—Es parte de tu familia. A la familia siempre hay que quererla.

Hice una mueca. No estaba para nada de acuerdo con eso. Noté que él sí podía presumir de una familia sana y decente.

—Bueno... —Carraspeé—. No opino igual.

—¿No?

—A veces parece que no quieran ni tenerme en casa. —Agarré el mando del televisor y puse cualquier canal, sin razón aparente.

Dani miró un rato la pantalla, curioso. Luego retomó la conversación.

—Yo también siento eso, o que soy una molestia, pero siempre te querrán. —Me sonrió—. No digas eso.

—Mmmh —farfullé vacilón, en desacuerdo—, solo sé que en mi casa hay muy mal rollo.

—¿Mal rollo? —Frunció el ceño—. ¿De qué tipo?

Lució un poco preocupado. Lo entendió rápidamente, pero preferí no decirle nada. Era mucho mejor que no supiera de mi vida.

—Nada, nada. —Le quité importancia antes de que me insistiera más—. Las típicas peleas de padres.

—¿Tus padres se pelean? —siguió preguntando. Mi estrategia no había surtido efecto—. ¿Mucho?

—Sí —dije tajante—. Cualquier día se divorciarán, seguro.

—Luke, solo son peleas.

Lo miré fijamente, tratando de ver si lo decía en serio. No percibí ninguna expresión más que seguridad en lo que había dicho, así que entendí que no lo había comprendido. Porque no eran solo peleas.

—¿Y los tuyos qué?

Cambié de tema.

—Los míos, por lo que veo en casa, parecen muy felices.

Me hizo gracia porque hasta estando en el sofá se metió las manos en los bolsillos. Parecía relajarlo mucho hacer eso.

—En la tienda ya no sé. —Miró mi cara de sorprendido y soltó una risilla—. Sí, llevan una tienda de electrodomésticos.

—¡Hala! Qué guay. Cualquier día que necesite ayuda...

—¡No! —saltó—. O sea, la tienda está en otra ciudad, dudo que puedas. —Miró mi cara dudosa—. Está a cuarenta minutos de aquí.

Nos pasamos toda la noche jugando a videojuegos, sin parar. Hacia las dos de la mañana, cuando nuestros ojos ya se cerraban, decidimos apagar la videoconsola. Fuimos a dormir. Dani me dejó su cama para que estuviera más cómodo y él se colocó en la cama nido.

Una vez que estábamos a oscuras, Dani empezó a sacar conversación sobre nuestra clase. Salieron todos los cotilleos jugosos y nos reímos bastante mientras me descubría miles de secretos que me dejaron con la boca abierta. Me sorprendió sobre todo el hecho de que una persona que jamás pensé que tendría pareja, ahora tenía. Luego decidí contarle los cotilleos que sabía yo. Aunque fuéramos a la misma clase, como nos movíamos en grupos diferentes, los secretos no eran nada parecidos.

Le hablé de que la mayoría de mi antiguo grupo estaba cayendo en las drogas, incluso de que Sarah me había vuelto a hablar hacía unos días, pero que se notaba que el ambiente era diferente. Al final, como era de esperar, acabé hablando de Mark. Por un momento pensé que lo cansaría ese tema, pero me prestó atención.

«Si es tu amigo, te escuchará hablar del mismo tema las veces que haga falta», me dije a mí mismo.

Él me preguntó que si sabía por qué Mark llevaba días faltando al instituto y yo no supe responderle. La verdad es que no tenía ni idea.

La última vez que lo había visto había sido aquella noche en el portal. A partir de entonces, no volvió a aparecer por el instituto. No sabía si le había pasado algo, o si había decidido desaparecer para siempre y jamás volvería a verlo en persona. Lo único que sabía era que hasta los profesores estaban preocupados. Era una situación que hacía mucho tiempo que no vivían, solo había sucedido una vez. Me acuerdo perfectamente de aquel caso.

Se llamaba Iker, era un año mayor que yo y durante más de un mes no apareció por el instituto. El director estaba ya planteándose expulsarlo permanentemente o que tuviera que repetir sí o sí. Por suerte, de milagro, apareció el catorce de diciembre y pudo seguir con los estudios sin problemas. Nunca se supo qué le había pasado, pero me llegó la información de que sus padres se divorciaron y que su padre se volvió violento con él, porque le echaba toda la culpa. Eso hizo que apareciera con muletas. Por suerte, ahora está bien. La madre pidió la custodia completa, la consiguió y se llevó a Iker a vivir con ella. A unas cuatro horas de aquí. Jamás tuve la oportunidad de conocerlo, pero ojalá lo hubiera hecho para haberlo apoyado.

—¿Y no tienes ni idea de nada? —siguió insistiendo Dani.

—Qué va, no me hablo con él —bostecé—. La única vez que lo vi fue aquella noche que te dije.

Carraspeó y noté que se removía en el colchón. Al rato, una lamparita pequeña se encendió y la habitación fue iluminada por un color cálido.

—Quizá tendrías que haberlo ayudado.

En su mirada ahora se reflejaba un color anaranjado; Dani estaba apoyado sobre los codos para verme mejor.

—Pero ¿cómo iba yo a saber que iba a desaparecer? —susurré.

Quiso decir algo, pero calló antes de hacerlo.

Asintió y volvió a tumbarse en el colchón.

—Ya, eso es verdad.

—Es muy fácil echar la culpa a los demás.

Alzó las cejas, sorprendido.

—Luke, yo no te he culpado de nada.

—Acabas de decir que tendría que haberlo ayudado.

—Pero eso no significa que te eche la culpa.

Hizo ademán de acercarse a mí y hablarlo con calma, pero yo me negué.

—Da igual. —Quería terminar con esa conversación.

—No, no. —Decidió levantarse y con cuidado saltó a la cama principal—. Habla.

Yo me incorporé. Él de primeras me echó un vistazo rápido. Estábamos los dos sin camiseta. No pude evitar mirar sus abdominales. Se notaba demasiado que hacía deporte. Tenía un cuerpo bastante musculado, no como el mío, que parecía el de un crío. Bostecé de nuevo, tenía sueño. Él apretó la mandíbula, esperando a que siguiera, pero yo simplemente cambié de tema.

—¿Qué tal tú? —le sonreí—. ¿Alguna chica por ahí?

No me interesaba para nada hablar del tema de Mark.

—Luke, contesta.

—¡Va! —Le di un codazo—. Seguro que hay alguna por ahí.

—¿Me quieres hacer caso? —Apretó los dientes, molesto.

—¿Es Nerea?

—Luke —advirtió—, para.

Esa mirada me transmitió miedo, como si escondiera algún secreto. No le di importancia.

—¡Ah, no! Miriam.

—¡LUKE!

—¡¿QUÉ COJONES QUIERES, DANI?!

Se me fue de las manos y exploté. Lo empujé con toda la rabia. Eso es lo que pasaba cuando escondes todo tu dolor y nunca lo dejas salir.

«No es bueno esconderlo.»

—¿Eh? —Me miró extrañado—. ¿Qué te pasa? Te he notado raro toda la tarde.

—Nada —murmuré—. Ha sido solo... Nada.

—No me lo creo.

—Pues no te lo creas.

Estuvo un buen rato callado, mirándome. Mi cabeza funcionaba a mil por hora

«¿Y si ha sido mi culpa por no haberle hecho caso? ¿Y si es mi culpa que ahora esté desaparecido? ¿Y si...?», pensaba.

Todos mis pensamientos en aquel momento parecían un concierto. Ruido y más ruido. Sin saber por qué, empecé a rebuscar todos los recuerdos y buenos momentos que viví con Mark, preguntándome por qué nos hemos convertido en una amistad muerta. De fondo oía voces. Voces de Dani llamándome la atención. Así pasé un buen rato.

El estrés de sentir cómo se estaba derrumbando todo me dejó fuera de mí mismo. Dani era lo único que me quedaba, y si lo perdía por falta de confianza, me volvería a quedar solo, mirando gotas caer por las ventanas. También me afectaba el estrés de que quizá Mark estuviese por ahí sufriendo porque yo no le había hecho caso. Sentía rabia al no poder controlarme y no saber cuándo decir basta.

Para cuando notaba que iba a desmayarme por culpa del profundo dolor interno, vino Dani y me abrazó. Le bastó una mirada para entender lo que sucedía. Porque ni siquiera se lo dije.

—Mark está bien, Luke. Todo irá bien —dijo para tranquilizarme.

Me rodeó con sus brazos musculosos, agarrándome con fuerza por la espalda y consiguiendo que todo el huracán que tenía encima se desvaneciera. Dejó de haber vientos de más de doscientos kilómetros por hora en mi cabeza y pararon de romperse mis neuronas; todo se detuvo.

Y fue con un simple abrazo.

Entonces fue cuando me volví a dar cuenta del poder increíble que tenía el contacto humano y, por eso, ahora siempre doy abrazos cuando veo a alguien mal. Siempre.

—¿Mejor? —me sonrió.

—Gracias.

—Dime qué te pasa.

—Aunque él me haya hecho mucho daño, sigo queriendo estar a su lado.

Me rasqué un momento la cabeza, de reojo me fijé en que Dani estaba aún a mi lado, con paciencia.

—Es normal.

—Pero es que así parece que me guste. No entiendo por qué me afecta tanto y no soy capaz de olvidarlo como los demás.

—Porque él te marcó. Créeme, te entiendo.

—Ahora tengo miedo de que le haya pasado algo. —Lo miré fijamente.

—Yo creo que está bien, solo ha querido irse unos días.

—¿Seguro? —Dudaba hasta de lo que él me dijera.

—Claro.

Agarró un momento el móvil y miró los mensajes. Acto seguido se levantó del todo y fue en busca de los cascos inalámbricos.

—¿Escuchamos música un rato? De la de tu grupo.

—Es muy tarde.

—¿Y qué? —Miró el reloj del móvil—. Nunca es tarde para hacerte feliz.

—Venga, va, acepto.

Susurró un «Perfecto» y me dejó su móvil para que buscara la que yo quisiera. Me gustó el pequeño detalle de que me confiase su teléfono.

—¿Que canción quieres?

—Eh..., ¿*Best Song Never*?

Reí al escuchar ese nombre tan raro. Cómo se notaba que era un principiante.

—No se dice así —corregí—. Es *Best Song Ever*.

—Ya lo sé, pero mira, ahora sonríes.

—Buenos días, chicos. —La profesora dejó caer el bolso en la silla—. Hoy seguiremos con la teoría.

—¡¿Aún más?! —se quejó uno.

—¿Qué quieres, Mateo? —resopló ella—. ¿Un examen más difícil para ti?

—No, no.

—Entonces haz el favor de tener la boquita cerrada. —Toda la clase rio—. Bien, ¿empezamos o queréis seguir haciendo el tonto?

Nadie respondió.

—Así me gusta.

—Qué arpía es —dijo uno de los que estaban a mi lado en un tono flojo.

—Verdad, verdad —respondió otro.

—Bueno, hoy...

Y de repente se abrió la puerta de clase. Lentamente, como si alguien herido la estuviese empujando. Con cuidado e intentando no hacer ruido. Parecía no querer que la profesora lo mirara tan siquiera.

Me fijé en el sujeto: iba encapuchado, vestido de negro y encorvado. Parecía un completo extraño. La profesora le preguntó su nombre, pero él no dijo nada.

El desconocido vino hacia mí y se sentó a mi lado como si fuera un fantasma. Dejó la mochila y mientras toda la clase tenía sus ojos encima de él, estiró los brazos sobre el pupitre y permaneció con la capucha puesta. Decidí asomarme un poco más para verle la cara. La profesora le llamó la atención y le ordenó que se quitara la capucha. No hizo caso. Ella se lo repitió dos veces y, a la tercera, él obedeció. Yo ya sabía de quién se trataba, pero no sabía cómo reaccionar.

Era Mark, el mismísimo Mark. El que había desaparecido más de dos semanas atrás ahora estaba aquí de vuelta, a mi lado. Me acerqué un poco más y pronuncié su nombre en un tono bajo. Todos, absolutamente todos, estaban pendientes de que dijera algo. Eso sí, me di cuenta de que en el momento en el que él había entrado en clase, David estaba sonriendo de oreja a oreja.

Lo único que hizo Mark fue alzar la vista y, con solo eso, con un pequeño silencio, dijo más que con mil palabras. Estaba horrible. Tenía unas ojeras terribles, unos ojos rojísimos, moratones por todos lados y heridas que aún no se habían curado. No parecía Mark. Parecía un vagabundo de la calle. Miré a la profesora, ella me miró a mí. Dudó un momento antes de ir hacia la puerta de la clase e indicarme con un gesto de la cabeza que saliera a hablar con Mark.

Esa fue mi intención, pero apareció David.

—¡Eh, Lukato! ¿Qué te crees? —Me empujó—. No eres su amigo.

—¡David! —chilló la profesora—. ¿Qué haces?

—Tócame las narices y te juro que te rompo los dientes. —No estaba para bromas—. Te prometo que me da igual que me vuelvan a expulsar.

—Eh, relaja... —Se apartó, cagado de miedo.

Normalmente cuando me cabreo no suelo ser muy expresivo, pero en ese momento sucedió todo lo contrario. Conseguí rebajarlo, sin saber ni cómo. La profesora en aquel momento aprovechó para decirle un par de cosas a David y tratar de que el conflicto no fuera a más.

Yo me centré en Mark

—Ven.

Cerré la puerta de clase y me quedé mirándolo. Tenía la

necesidad de saber que había pasado, no me entraba en la cabeza que mostrase ese estado tan horrible. Esos ojos, ese tembleque de piernas, esos pelos revueltos. No estaba bien, llegué a la conclusión de que había pasado algo muy grave. Una de las peores cosas que alguien podría sufrir. Tenía tanto miedo de confirmarlo...

Me acerqué a su brazo y levanté la sudadera. Se negó, pero acabé forzándolo. La subí un poco por encima de la muñeca, pero no vi nada. Decidí seguir subiéndola y, cuando llegué a la altura del codo, lo vi todo. Absolutamente todo. No era lo que había pasado, era lo que había hecho.

—Sí, bueno... —Intentó forzar una sonrisa—. Cosas que pasan.

—Mark, ¿tú estás loco?

—Calma.

Tenía una marca destacable en medio del brazo. Nunca lo había visto en esta situación. Sí que alguna vez había apreciado que tomaba cosas a escondidas. O que incluso buscaba la manera de estar siempre bajo los efectos de alguna pastilla alucinógena. Sentía que si me entrometía podía empeorar las cosas. No sabía cómo tratar a alguien con esos problemas.

Además, soy de los pocos que se ha preocupado por él. Los otros no parecían darle importancia a eso. De hecho, un día estuve muy alterado porque no sabía qué hacer y le pedí consejo a la profesora. Por eso mismo me dejó salir nada más vio la situación. Buscó alguna manera de ayudarme, pero acabó aconsejándome que debía hablarlo con sus padres o con el director.

Yo no quería apartar a Mark de mi vida al hablar de un tema tan privado y serio sin su consentimiento. Así que siempre que le repetía a la profesora que no se lo dijera a nadie.

Intenté muchas veces llevarlo por el buen camino. Sin embargo, siempre que sacaba el tema, buscaba la manera de convencerme que él estaba perfectamente. Y yo me lo creía. En alguna que otra época parecía estar tomándose en serio la gravedad del asunto.

Ahora bien, jamás me había encontrado con esa situación. Nunca lo había visto en ese estado. Y eso me preocupó bastante. Más que nada porque sabía que no se estaba cuidando y que se acabaría destrozando.

Loto blanco
Enfrentarte a lo que te mata por dentro

Él escondió el brazo tras la espalda. Me lo quedé mirando. Me fijé en su rostro. Perdido.

Mark no parecía mostrar ningún tipo de emoción ante la realidad de la situación: me acababa de enterar de que se estaba pinchando, de nuevo. Sin embargo, se lo veía más en la Luna que en el planeta Tierra. Era confuso.

Quería decirle algo, pero no sabía qué ni cómo. Por mi boca podrían haber salido miles de insultos o chillidos, pero preferí relajarme y tomarme aquello con toda la calma posible. Eso sí, seguía sin moverme, mirando cómo frotaba y hacía círculos con los dedos encima de la sudadera. Daba la sensación de que sus piernas perdían cada vez más estabilidad.

Se lo veía roto, en pedazos. Parecía que durante ese tiempo lo hubiese pasado peor que yo. Al fin y al cabo, si lo mirabas desde otro punto de vista, él me había perdido a mí.

—Lo siento...

Me sorprendió que le volviera a costar hablar.

Hacía mucho tiempo que no le pasaba conmigo.

—A ver, primero tranquilízate. —Puse mis manos en sus hombros —. Ya hablaremos, primero cálmate, ¿vale?

—Est-tá bien.

Efectivamente, habían vuelto sus problemas.

—Necesito que respires. —Parecía que su corazón fuera a la velocidad de la luz—. Inspira. –Inspiró–. Y espira. –Espiró.

Me dio la sensación de que había relajado su cuerpo un poco más, pero no lo suficiente.

—Otra vez. —Esta vez lo hice con él.

—No pued-puedo. —Y me quitó mis manos de sus hombros—. Soy... un... —No le salían las palabras.

Hizo una mueca y dio un golpe a la pared.

—¡Mark! —Lo paré antes de que siguiera y llamara la atención de algún profesor—. Estate quieto, necesito que te calmes. —Lo cogí de la cara y lo obligué a que me mirara de frente y de cerca.

—No... No... ¡NO PUEDO!

La voz la tenía quebrada. Miles de cristales se estaban rompiendo en su interior.

—Sí. Sí puedes —asentí—, yo confío en ti.

Lo miré fijamente. Traté de perder mi mirada en la suya y entré en su interior. Viajé a todo un mundo en pedazos. Vi que era negro, peor que el negro. Vacío. Recorrí un poco su cuerpo y pude ver a la altura de los brazos un color más cálido, un amarillo. La droga le hacía ocultar lo negro. Le hacía soportar el vacío.

Su interior era oscuro y las venas parecían ser su vía de escape.

Pero la pregunta era ¿por qué? ¿Qué le había pasado? ¿Qué era tan grave como para caer en el fondo de un agujero negro?

—Nadie con-confía en mí —dijo sollozando—. Ni... si-quierr...

—Yo sí, Mark.

No era del todo cierto, pero no podía dejarlo así.

—N-no. —Le temblaba el párpado.

—Escúchame —suspiré—. Lo pasado, pasado está, ¿vale? —le sonreí—. Olvida todo lo que sucedió. Centrémonos en salvarte.

—No... no quierr...

—Deberías, Mark, te estás destrozando.

Tendría que haberme aplicado la misma frase, pero no lo hice.

—No.

—Lo noto desde aquí. Están naciendo miles de planetas y tú solo eres aquel agujero negro en medio de las estrellas. —Miré a mi alrededor—. Hagamos una cosa, vamos a mi casa.

—¿Y la clase?

—Da igual, me preocupas tú. —Miré la sudadera por la altura del codo—. Y tus venas, tus ojos..., todo.

—Lukkk...

—Cállate y no hagas ninguna tontería, ahora vuelvo.

Abrí la puerta de clase, miré a la profesora, ella dejó de escribir en la pizarra y se acercó a mí con un poco de prisa. Me preguntó sobre la versión nueva de Mark. Yo preferí no contarle nada, lo veía innecesario; más cuando ya sabía la mayoría de las cosas. Simplemente le pregunté si podía llevármelo. Al principio dudó, hasta

que la convencí.

—Él no necesita ayuda, necesita a alguien que esté a su lado —sonreí—. Yo, por ejemplo.

—Sigo pensando, Luke, que...

—Ya se lo he dicho mil veces —la corté—. Lo mejor para él es que sus padres no lo sepan.

—Pero es mi obligación.

—Espera solo... —musité— un tiempo.

Como sabía perfectamente que la clase estaría escuchando todo, lo comenté en voz baja. Ella, después de pensarlo mucho, aceptó. Me dio vía libre para que fuera a recoger mis cosas. Anduve por el pequeño pasillo. Por el camino, muchos de mis compañeros, que parecían preocuparse Mark, preguntaron como locos:

—¿Qué le ha pasado?

—¿Está bien?

—¿Qué te ha dicho?

Ignoré a todos y cada uno de ellos; no dije nada. Recogí mis pertenencias, coloqué la mochila a mi espalda y me dirigí hacia la salida.

—¿Vas a responder o qué, Ukelele?

David, cómo no, tenía que tener su momento de gloria y decidió colocarse en medio. Lo ignoré, rodeándolo.

—¡Eh! —gritó—. ¡Responde, maricón!

Mi paciencia explotó ante eso. Viajé al pasado y recordé todo, en especial aquella época tan oscura y aquel momento en el que ni siquiera podía levantarme de la cama. Todo por culpa de ese mierda. Y ahora que estaba bien, no pensaba dejar que me afectara ningún comentario suyo.

Es más, en vez de llorar, que es lo que hubiese hecho tiempo atrás, miré a Dani, recordé todo lo que me había llegado a enseñar y decidí girarme y encararme con David. Para terminar de una vez por todas con ese niñato.

—A ver, tarántula gigante —reí.

—¿Qué me has dicho? —Buscó a Paula, como si necesitara su apoyo.

—Calla y escúchame. —Miré de reojo a su novia, parecía que tuviera ganas de que alguien le callara la boca de una vez.

A pesar de que parecía bastante tranquilo, por dentro era un

ataque de nervios. Solo que sabía que debía ser valiente para que no siguiera pensando que podía hacer lo que le diera la gana conmigo.

—Pero ¿tú...? —Frunció el ceño, casi queriendo pegarme.

—No te vas a callar, qué va. —Apreté las manos y solté una risa tenebrosa.

Dejé caer la mochila tan fuerte que retumbó todo el suelo.

—¡LUKE! —La profesora se acercó justo cuando iba a darle con toda la palma de mi mano—. ¿Qué pretendes? —Me cogió de un hombro—. ¿Otra vez este rollo?

—Mire, le pido por favor que me deje decirle un par de cosas. Solo esta vez.

—¿Tú te piensas...?

Le eché una mirada seria y traté de preparar más argumentos por si me decía que no, pero me salvó David.

—Déjalo hablar, profe, a ver qué dice Lukote.

Apreté la mandíbula y lo agarré de la sudadera.

—Primero de todo, me llamo Luke. —Retorcí mi mano la tela—. Espera, que te lo deletreo —le vacilé mientras acercaba mi boca a él —. L U K E.

Silencio. Dejé a toda la clase expectante. Decidí parar de sujetarlo y seguí hablando.

—Perfecto, ahora que lo entiendes puedo continuar —carraspeé mientras aplaudía sarcásticamente—. Segundo, ¿quién te crees tú para meterte con todo dios o creerte superior? Solo eres un chico alto que, solo por ese motivo, impresiona, pero eso no significa que tengas que ser un auténtico gilipollas.

La clase seguía callada, ni murmullos ni nada. La profesora no sabía cómo reaccionar.

—Tercero, tú no eres amigo de Mark, porque, si lo fueras, al menos lo cuidarías, y, adivina, no he visto que lo hayas hecho. —Él apretó el puño y empezó a dejar de sonreír, vacilón—. Así que a eso no lo puedes llamar amistad.

Paré un momento y proseguí.

—Y por último, estoy harto de que te metas con él por vicio. Además, eso de que te inventaras que yo forcé a Mark a hacer cos...

—¿Perdón? —me detuvo la profesora—. ¿Que ha hecho qué?

—Me ha acusado de que yo forcé a mi amigo, ha hecho correr el rumor de que le hice daño y todo.

Lo descubrí gracias a Dani, que me lo contó. Estaba en el vestuario cambiándose y justo en ese momento escuchó a David hablando de las barbaridades que hacía.

Yo ya había oído comentarios despectivos sobre Mark y sobre su aspecto. Curiosamente de parte de los mismos que luego decían ser sus amigos. Hasta un día me enteré por terceras voces de que tuvo que volver solo a casa una noche porque lo abandonaron, estando en el peor estado.

De alguna forma había un odio extraño por parte de David hacia Mark. Se hacía el simpático con él para mantenerlo cerca, pero había ciertas miradas de rencor. Como si él le hubiese quitado algo.

Además, David sabía que Paula estaba harta de su manera de ser. Tenía miedo de que se fuera con otro. Desde que se había enterado de eso, prendió fuego a mi vida y a lo que me rodea. Hizo lo posible para que todo el mundo me odiara.

Me acosó solo por miedo. Me acusó de tal barbaridad solo para joderme. Manipuló a Mark solo para fastidiarlo por una razón que desconozco.

—Pero... ¿qué dices? —David contraatacó con una sonrisa falsa —. Te lo estás inventado, eres un depresivo. Eso es lo que hacéis la gente como tú.

—David, a ver si admites de una puta vez que eres débil y te dejas de meter con todos solo para sentirte fuerte. —Le di una palmada en el hombro—. Deja de acusarme de cosas que no he hecho, de manipular a Mark y de meterlo en el mundo de las drogas. Sobre todo, de intentar romper mi amistad con él y de reírte de mí solo por ser más «afeminado». —Hice las comillas con los dedos—. Y, por favor, valora más a tu novia, que hasta ella te tiene miedo.

Él continuó riéndose.

—Paula me quiere. —La miró—. ¿Verdad? —La volvió a mirar—. ¡PAULA! —rio de una manera rara—. ¡DI ALGO!

—Bueno, a ver, ¡ya basta! —La profesora al fin decidió meterse entre nosotros—. Tú, Luke, vete con Mark, y tú, David —le lanzó una mirada amenazadora—, ven inmediatamente a mi despacho.

—Paula, di que me quieres, ¡joder! —Se acercó a ella y la agarró del brazo.

No le respondía. Ni tan solo lo miraba.

—¿Sabes qué? —Le agarró de la coleta—. Que te follen, te dejo.

—¡DAVID! —La profesora lo agarró por el hombro—. ¡Directo al despacho!

—¡Puta que eres! ¡Puta! —Y le escupió en la mesa.

Eso envenenó mi sangre de odio y no pude resistirme más.

—¡Ah! —le dije—. Ven aquí un momento.

—¡Ya basta! —chilló la maestra. Nadie le hizo caso.

Me acerqué, puse su pecho contra el mío y le di una patada en los huevos lo más fuerte que pude.

—A ver si ahora puedes tener hijos.

—¡Luke! —Enfadada, la profesora me agarró del brazo y me ordenó a que me fuera.

—¡HIJO DE PUTA! —chilló David.

Luego, la profesora tuvo que retener a David para que no me matara a puñetazos.

Cuando ambos salieron por la puerta, nadie dijo nada. Se escuchaba más el silencio que el ruido. Miré a Paula, suspiré, y al ver que me daba las gracias le hice un gesto para que entendiera que no hacía falta. Yo decidí salir en busca de Mark.

Me lo encontré dos clases más allá. Mirando las fotografías que había colgadas por las paredes.

—¿Qué ha pasado?

—Nada, cosas que tenía pendientes. —Le sonreí forzadamente—. Vámonos.

No rechistó, solo me siguió. Se había vuelto a poner la capucha y yo aproveché para quitársela.

—Estás más guapo sin ella.

Mark sonrío débilmente

—¿Cómo te encuentras? ¿Un poco mejor?

A lo lejos vi a Dani, apoyado en el marco de la puerta de mi clase. Le sonreí y lo saludé con un gesto rápido, susurrándole «Luego te escribo». El asintió, cerró la puerta y volvió adentro antes de que la profesora volviera.

—Sí, bueno... —agachó más aún la cabeza.

—Parece que vas recuperando el control de tu voz. —Me fijé en su sonrisa—. Eso es buena noticia.

Mark, cuando está nervioso o en mal estado, se traba aún más con las palabras.

Una vez fuera, extendí mi brazo hacia él y lo atraje hacía mí,

dándole un abrazo de lado y haciéndole caricias en el pelo. Seguía doliéndome que hubiese traicionado mi confianza, pero no era capaz de odiarlo. No dejaba de ser un adolescente con sus problemas y con sus tonterías.

Al fin y al cabo, nuestra amistad solo había tenido un bache fuerte, y ahora que sabía perfectamente que Mark jamás me había acusado de eso, volvía a querer estar cerca de él.

—Lo he escuchado todo... —Se atrancó un poco al hablar—. Lo que has dicho en clase.

—Me lo suponía —reí.

Lo conocía demasiado.

Carraspeó e hizo un gran esfuerzo por no parecer idiota.

—Quise decírtelo, pero al verte tan afectado preferí quedarme callado. No quería arruinar más nuestra amistad. —Miró al suelo y se frotó la nunca—. Estos días, me ha costado muchísimo seguir sin ti —sonrió un poco triste.

—¿Por eso has caído en las drogas?

—No —dijo rotundamente—. Como has dicho tú, fueron ellos y...

Quiso decir algo más, pero prefirió callarse.

—¿Ellos? Siempre los veo traficando bolsas de plástico un tanto curiosas, pero no pensaba que estuvieras involucrado al cien por cien.

—Ya... —resopló—. El problema es que todo se me derrumbó y me volví adicto. Por eso llevaba...

—Dos semanas sin aparecer.

Asintió, avergonzado.

—Tendrías que habérmelo dicho —comenté mientras andábamos hacia mi casa.

—Lo intenté.

—¿Cómo? —Eso me dejó descompuesto por un momento.

—Aquel día que fui a tu portal...

Chasqueé la lengua con rabia y bufé. Recordaba con exactitud ese día. Esa noche, más bien. Recorrí cada exacto segundo de nuestra conversación monótona y feroz. Era verdad, había tratado de decírmelo. Había intentado chillarme que necesitaba ayuda. Tenía los ojos muy decaídos y yo solo fui cruel. Muy cruel.

—De todas formas, lo siento.

—Es entendible, y más después de que te hiciera todo ese daño —volvió a hablar bien. Eso me tranquilizó, porque significaba que

estaba más relajado.

—Pero no entiendo por qué te hicieron algo así. Parecías importante para ellos.

Suspiró y asintió ante mi afirmación.

—Parecía. No todo es lo que parece. Detrás de mil sonrisas puede haber mil lágrimas.

—Ya... —Giramos hacia la avenida—. Y ¿cómo pasó todo? Si no te importa contármelo.

—A ver. —Miró al cielo, como exhausto—. Ellos, después de que yo contara que te gustaba...

—Paula, ya.

El modo como lo dije lo dejó un poco dolido.

—Bueno sí, eso. —Se tocó la mejilla—. Perdón, otra vez. —Comprendió que ya no le daba importancia a eso y siguió—. Ellos me dijeron que tú estabas metiendo mierda de mí diciendo que yo era un gilipollas, un tartamudo y un lameculos. —Vio mi cara de *shock* y asintió—. Dijeron eso y más, y yo me lo creí.

Calló durante un momento, quiso que interviniera, pero no pude.

—Traté de hablar contigo, pero me advirtieron que era mejor alejarme de ti, y centrarme más en ellos.

Cruzamos el paso de cebra.

—Por eso me comporté como un auténtico imbécil, y aunque me vieses muy seguro, por dentro estaba llorando.

Su voz fue disminuyendo poco a poco.

—Lo siento —repitió.

—Déjalo, en serio.

Sonrió y volvió a mirar a la nada, tratando de recordar lo que había pasado.

—Lo que no sabía era que te acusarían de eso ni que te harían lo que te hizo David... —murmuró—. Me lo han contado y... lo siento.

Tragué saliva, recordaba perfectamente aquel momento.

—Quise ir a ver cómo estabas, pero no me dejaron. Me agarraron de los brazos y me retuvieron en el banco.

Estaba intentando asimilar todo.

Me parecía una locura y demasiado cruel.

—Es más, me dijeron que si iba a hablar contigo, les dirían a mis padres que soy un drogadicto. —Se frotó los ojos con la manga de la sudadera—. Después de eso, caí en una espiral de adicción. Pedí

ayuda, pero a las personas que no debía. Ninguno de ellos me echó una mano.

Rio, en un tono despectivo.

—Al revés, me dieron más. He caído en una adicción muy viciosa; me he pasado las noches esnifando cualquier sustancia que me vendieran y, en casos muy extremos, por vía intravenosa. —Deslizó su mano hacia la altura del codo.

Cuando acabó de contármelo, habíamos llegado al portal de mi edificio.

—Dios mío... —le dije mientras buscaba las llaves de casa por la mochila.

—Ya, incluso perdí a Sarah. Estuve a nada de tener algo con ella y la cagué mucho. Dejé que las drogas me dominaran y que ellas apartaran a quien más quería. Ella.

No supe qué hacer. Metí la llave en la cerradura, pero no la giré para abrir la puerta, solo suspiré y me giré, para acercarme a él. Lo vi entre lágrimas. Sus ojos me decían lo mucho que se arrepentía y que necesitaba que lo ayudara a salir de esa pesadilla. Era horrible. El día era tan brillante y oscuro a la vez. Tan oscuro como Mark en ese momento.

Lo atraje hacia mi pecho y lo abracé. Mark me necesitaba más que nunca. Él me estrechó con más fuerza y sentí sus dedos agarrarse a mi espalda. Noté cómo con las yemas quería decirme: «Tú no me sueltes, quédate».

Lo abracé aún más fuerte, dándole a entender que sí, que me iba a quedar.

—Bueno... —Se enjugó algunas lágrimas y se sorbió la nariz—. Gracias.

—Me quedaré.

—Eso espero.

—¡Eh! —Le removí el pelo—. Y volveré a verte.

—¿Volverás a verme?

—Sí, volveré a verte con esa sonrisa. Sin ojos rojos, sonrisas apagadas o la cabeza caída. Volveré a verte siendo Mark, y lo veré con más ganas que nadie.

—Ah...

—Volveré a verte —repetí.

Me sonrió, abrí la puerta del edificio y unos minutos más tarde la

de mi casa, pensando que no habría nadie. Mis padres estaban sentados en el sofá. Se sobresaltaron, vinieron hacia la puerta de casa y se miraron entre sí. Preguntaron quién era el chico que se escondía detrás de mí, y cuando Mark decidió salir a la luz con ese aspecto, su expresión se trastocó. Pusieron cara de asco, de desprecio.

—¿Qué haces con esa mala influencia? Apártate de ese —dijo mi madre.

—Pero ¿qué dices, mamá? —No entendía nada.

Miré de reojo a mi padre, él solo estaba ahí. Estático.

—¡Que te apartes! —Me agarró del brazo y empujó a Mark.

—Pero ¡¿tú ves normal cómo lo estás tratando?! —La empujé más fuerte.

La forcé a mirarme a los ojos, los tenía abiertos como platos.

—Me da igual, dile que se vaya.

—¡Mamá! —grité—. Para de ser así, él necesita mi ayuda.

—¿Y a mí qué? —De reojo vi a mi padre tratando de decirle algo para calmarla.

Negué con la cabeza y reí. Agarré a Mark de la sudadera y dejé que entrara a mi casa.

Esta vez no se movió ni un milímetro. Confuso, giré mi cuerpo para ver qué sucedía.

—Mejor me voy, Luke...

—Sí, mucho mejor —afirmó ella.

Cerré los ojos un momento, tratando de no romper a nadie.

—Tú te quedas, Mark. —De un golpe lo empujé hacia mí y cerré la puerta de casa.

—¡Sácalo de aquí ahora mismo! —me chilló mi madre.

—¡No! —La aparté, me llevé a Mark a mi habitación y cerré la puerta.

—¡Abre ahora mismo! —Mi madre golpeó la madera con fuerza.

Me quedé aguantándola hasta que se cansó. Eso sí, tuve que esperar unos cinco minutos para que nos dejara en paz y se fuera. Cuando por fin pude dejar de estar pendiente de mi madre, volví a centrarme en Mark. Tenía cara de asustado y parecía querer irse. No me extrañaba. Con esta madre, cualquiera querría largarse.

—Oye...

—No digas nada —lo callé.

Senté mi culo en la cama, me tumbé y me quedé mirando el

techo sin ningún fin.

—Ella no está bien.

—Pero...

—Ya sé que no te lo he dicho nunca —apreté la mandíbula—, pero es cosa de estas últimas semanas.

—¿Qué le pasa?

—No lo saben ni los médicos, algunos dicen que podría ser bipolar, otros consideran que la causa reside en la cantidad de alcohol que consume. Incluso han llegado a decir que podría ser por culpa de las peleas que tiene con mi padre.

Me pasé la mano por la frente y me hice un pequeño masaje. Era agotador vivir en esa casa, no había manera de calmar las cosas nunca y parecía que siempre había caos.

—Nadie lo sabe...

—Lo siento, Luke.

De reojo vi que se quitaba la sudadera y que volvía a tumbarse en la cama. Empezó a tocarse los pinchazos y gimió un poco de dolor.

—¿Te escuece?

—No sé, es una sensación rara —suspiró—. Siento la necesidad de pincharme cada dos por tres.

—Hay que llevarte a un especialista o a un centro de desintoxicación.

—No.

Lo dijo tan serio y tajante que por un momento me quedé callado.

—O avisar a tus padres.

—¡No!

—Mark... —me incorporé para que me viera mejor—. ¿Tú te has visto? Mírate al espejo, anda.

—No me hagas esto, Luke —suplicó.

—Hazlo.

Me levanté y me dirigí hacia el espejo donde siempre comprobaba cómo me quedaba la ropa. Se acerco a mí y decidió mirarse. Estuvo observándose un buen rato. Pasó los dedos por el contorno de sus ojos y miró el color tan rojo que tenía en la córnea. Ladeó la cara y vio la cantidad de moratones que lucía. Supuse que se los había hecho él mismo. Subió un poco la camiseta y se fijó en las gigantescas marcas que tenía por todo el cuerpo. Se quedó paralizado.

—¿Quién soy? —se preguntó con la voz rota.

—Mark.

—No, Mark era feliz y se cuidaba —Volvió a mirarse—. Este no es Mark.

—Por eso hay que llevarte a un centro de desintoxicación.

—Pero no quiero ir.

—¿Quieres curarte? —pregunté serio.

—Sí.

—Entonces debes ir.

No pareció muy convencido. Siguió mirándose al espejo y yo mientras tanto salí un momento de la habitación, solo para ver cómo estaba mi madre. Me acerqué a la sala de estar y vi a mi padre, que estaba viendo una serie.

—Se ha ido a descansar. ¿Cómo está Mark?

—Mal...

Me senté a su lado y le pregunté qué debería hacer. Él me dijo que hiciera lo que creyera más correcto. Si consideraba que la mejor opción era llamar a un centro de desintoxicación, que lo hiciera y, si no, que estuviese ahí para él.

—No sé qué hacer, de veras —insistí.

—Hijo, tú solo sigue a su lado.

—Ya... —murmuré—, pero está muy mal

Detuvo la serie y se centró en mí.

—Escúchame —carraspeó—, cuando él quiera podrá ir a un centro de desintoxicación, pero no siempre tendrá el apoyo de alguien. Primero preocúpate de que sepa que te tiene.

—¿Y si no se recupera?

—Lo hará...

Asintió y me dio una palmada en el hombro, para que me relajara.

—Ahora que lo pienso...

—Tu madre lo odia. —Leyó mi mente.

—Ah. —No supe qué decir al respecto.

—Yo siempre he pensado que es un chico especial —dijo con una sonrisa—. Bueno, ¿me dejas continuar la serie?

Asentí y volví a mi habitación. Asomé un poco la cabeza sin abrir del todo la puerta y lo vi allí, tirado en la cama mirando el móvil. Era tan frágil que me daba miedo romperlo. Aparentaba ser una persona

tan grande por fuera que parecía ser fuerte, cuando en realidad, lloraba por dentro.

Acabó viéndome y desvió por completo la vista del móvil.

—¿Qué haces ahí parado?

Yo soló sonreí y me acerqué para tumbarme a su lado.

Entonces me di cuenta de que lo que tenía a mi lado era diamante, solo que sin pulir.

Gardenia blanca
¿Fumar por vicio o por amor?

Mayo, 2017

Primer día del mes.

Parece mentira que a pesar de que había pasado tanto tiempo desde Semana Santa, los de mi clase siguieran hablando de ello. Algunos decían que se habían ido de viaje, otros, al pueblo, y luego estaba yo, que me había quedado en casa. Era un poco triste, pero no había nada que hacer. Quise quedar con Dani esos días, pero él se había ido al pueblo, con lo cual no me quedó más remedio que vivir una semana en soledad, viendo series y matando el tiempo de la manera más tonta.

De todas formas, me lo pasé bien. Fue como un descanso mental, como alejarme de todo el mundo y centrarme solo en mí mismo. De las doce de la noche a las cuatro de la mañana con los auriculares puestos, haciendo prácticamente nada. Solo tumbado y mirando las letras de cada una de las canciones que sonaban. Las demás horas me las pasaba pensando en mis cosas, y finalmente llorando con mis baladas favoritas.

Fue como una rutina diaria, pero no negaré que, en pleno mayo, seguí haciéndolo. Me pasaba cada noche haciendo exactamente lo mismo que durante esa semana de fiesta. Música y más música. La única diferencia era que en vez de irme tan tarde a dormir, me iba a la una de la mañana como máximo, ya que al día siguiente había instituto. ¿Qué iba a hacer si no? ¿Socializar? Qué va, ni de coña.

Es cierto que ya estaba bien con Mark y con toda la clase. David fue expulsado y ahora yo era el popular (por así decirlo). Incluso Paula se fijaba más en mí. Pese a eso, yo no había dejado de ser el mismo chico tímido, asocial y sin planes a la vista.

Mark, sin embargo, ya no estaba en el instituto. Lo habían mandado a un centro de desintoxicación. Él y yo lo habíamos hablado

una tarde. Sabía lo mal que estaba yendo todo y que podía ir a peor y se lo propuse. Él me miró mal, como si lo tratara de enfermo. Me costó hacerle ver que era la mejor solución para él. Me dijo que ya lo pensaría, y al día siguiente faltó a clase, con lo cual deduje que sus padres habían pensado lo mismo. Me dolió no verlo a mi lado, pero sabía que estaba en un buen lugar y que de allí volvería mejor de cómo se había ido.

Es cierto que no pude despedirme bien de Mark, pero seguramente fuera lo que él había solicitado. Así, según él, no se mostraría tan débil. Algunos compañeros de clase me dijeron que estaría un largo tiempo fuera.

—¡Luke! —chilló mi madre—. ¿Piensas hacer algo más productivo?

—No —dije sin alzar la vista del móvil.

—¡Luke!

—Mamá, para ya de ser tan cansina —resoplé.

—¡Eh! —Alzó el dedo—. A mí no me hables así.

—Lo que tú digas.

No tuve el honor de ver su expresión, pero pude oír su suspiro.

—¿Sabes qué? —Echó un vistazo a la habitación desordenada y tiró el trapo de limpiar al suelo—. Haz lo que quieras, me tienes harta.

—Vale.

—¡UF! —bufó, como un gato—. Qué paciencia hay que tener contigo.

Después de alguna que otra mirada más, se marchó hacia el salón, quejándose.

El uno de mayo es un día festivo en España. La gente suele organizar alguna fiesta, pero yo lo disfruté estando toda la mañana sin hacer absolutamente nada. Mi instituto, sin razón aparente, decidió que el dos de mayo también fuera festivo, provocando que dos días de descanso pasaran a ser cuatro.

Las ganas de hacer cualquier cosa no aparecían por ningún lado, a veces me incorporaba para intentar hacer algo más que estar tumbado y, en dos segundos, volvía a meterme entre las sábanas desordenadas.

Mi habitación era una pocilga. Ropa sucia por el suelo, la lámpara de la mesa caída, libros del instituto tirados por cualquier lado, calcetines en la silla de escritorio, bolígrafos al lado del

armario... parecía una habitación de un manicomio. Obviamente, era normal que mi madre se enfadara conmigo. ¿Quién no lo haría?

De todas maneras, esos días ella estaba que se subía por las paredes. Fuera cual fuese el problema que tuviera, la estaba volviendo loca. No era consciente ya ni de cuándo chillaba. Mi padre estaba desesperado y se pasaba los días consultando con profesionales; ninguno encontraba una solución. Aquello que la mataba por dentro la estaba volviendo insoportable. Las peleas nocturnas, discusiones, objetos tirados y rotos por el suelo volvieron a ser costumbre de cada noche. Martí y yo ya ni salíamos a mirar qué sucedía.

Echaba muchísimo de menos a Mark, demasiado para todo el dolor que nos habíamos causado. Añoraba su sonrisa, sus ojos con esas pestañas tan largas, sus «Te odio», sus «Te quiero», sus «Vete», sus «No te vayas», sus... Echaba de menos todo lo que era de él.

Pensaba que Mark acabaría volviendo a ser el chico tan agradable e insoportable que todo el mundo conocía, bueno, que yo conocía. Y no os voy a mentir, echaba de menos incluso sus tonterías. Sus locuras.

—¡Hermanito! —Martí apareció por mi habitación—. ¿Qué te cuentas?

—¿Qué quieres? —fui al grano.

—Joder —se quejó—. No siempre tengo que querer algo.

—Es lo que suele pasar.

Rio, sabiendo que no mentía.

—Pues este no es el caso.

—De acuerdo. —Me incorporé—. ¿Qué pasa?

—Nada —Observó que tenía entre mis manos una foto en la que aparecíamos Mark y yo.

—¿Lo echas de menos?

—No. —Tiré la fotografía al suelo.

«Estúpido.»

—Vale, sí... —Volví a cogerla.

—No pasa nada si lo echas de menos, es tu amigo —comentó, mirando la imagen en la que salíamos ambos—. No tiene por qué significar que...

Iba a decir algo más, pero le vino a la mente un pensamiento y su expresión cambió. Empezó a sonreír y a hacer gestos de pensador. Unos segundos más tarde, me miró, entrecerrando los ojos.

—¿Te gusta?

—¡¿Qué?! —Me sobresalté—. ¿Mark?

—¿Sí? —Arqueó una ceja—. Es más, pegáis.

—Pero ¿qué dices? —Puse los ojos en blanco—. No soy gay.

—No he dicho que lo seas —se defendió—. Puedes ser lo que quieras, pero que te guste no significa nada.

—¡Que no me gusta!

—¡Está bien! —Dejó caer los brazos y volvió hacia la puerta—. Solo me interesaba por tus amores.

—Pues él no es uno de ellos. —Me volví a tumbar, pero esta vez agarré el móvil y guardé la fotografía en el cajón—. Vete.

Pensé en escribir a Dani y contarle la estupidez que había dicho mi hermano, pero acabé por guardar el móvil de nuevo. Decidí esperar a contárselo esa tarde, pues me había invitado a pasar el resto del día y toda la noche en una casa del campo, una de esas típicas rústicas.

La razón por la que él me había invitado era porque hacía poco que había sido su cumpleaños y quería pasar un día con la gente que más le importaba. Nada de celebraciones. Solo quería pasar un tiempo todos juntos. Era un completo tauro. Eso sí, venía más gente. Me contó que quiso incluso invitar a Mark, pero cómo él no estaba en la ciudad, no pudo hacerlo. Venía un desconocido para mí: Javi.

No tenía ganas de salir de casa. Eran como las cinco y media de la tarde, es decir, quedaba media hora para que me viniese a buscar Dani con el coche y yo seguía tumbado en la cama; sin hacer nada, sin haber preparado la mochila y sin haber recogido la habitación. Lo bueno de tener unos padres despreocupados era que no tenía que discutir sobre si podía salir o no.

Me encontraba en una situación depresiva. Jamás me he llegado a ver tan desgastado como aquel día, así que no supe qué hacer exactamente.

Quince minutos restantes y seguía sin pegar ni huevo.

Diez minutos y nada, tumbado.

Cuando hice un mínimo movimiento fue cuando quedaban ocho minutos. Entonces sí que corrí como un loco. Porque claro, en vez de ser una persona decente y aplicada, fui un desastre. Ojalá hubieseis visto el panorama con vuestros propios ojos.

Corrí más que en una carrera de Educación Física. Sudé la gota gorda. Me calcé a la vez que hice la cama y que metí los bolígrafos en

el estuche. Incluso me peiné a la vez que me colocaba la camiseta y miraba la hora que era.

Las seis menos dos. En dos minutos estaría el coche en frente de mi casa. La verdad es que me fijé en mi cuerpo y, para no hacer ningún deporte, me vi bien.

Quedaban treinta segundos y todavía no había preparado la bolsa con el bañador y la ropa de recambio. No tenía nada listo, quería darme de hostias por dejarlo siempre todo para última hora.

Corrí hacia el armario, cogí la bolsa Nike que estaba sobre la cama y metí todo dentro: el bañador, los calcetines, un bóxer y otra camiseta por si la que llevaba puesta se empapaba. Miré el reloj como un desesperado y vi que eran las seis y uno. Solté un gran suspiro de alivio y me dejé caer en la cama, dando por hecho que lo había conseguido, aunque el corazón me latía a mil por hora. Todo estaba listo. Busqué las últimas cosas, alisé la sudadera con las manos, revisé que tuviera todo, me despedí de mis padres y de mi hermano y, en pocos segundos, ya me encontraba bajando por las escaleras. Recé para que no estuviera el coche allí esperando, pero no sirvió de nada. Cuando miré a través de la puerta del portal, vi un coche blanco con los intermitentes encendidos. Supuse rápidamente que eran ellos y aceleré un poco el paso. Abrí la puerta del edificio y me dirigí al coche. Al volante había una madre. Dani me dijo que debería haber sido ser más puntual. Me regañó porque el coche no podía quedarse en medio de la calle. Subí lo más rápido que pude a los asientos traseros.

Me senté al lado de un chico de mi misma edad. Él tenía un piercing en la oreja, los ojos azulados y unas mejillas muy rosadas. El pelo le tapaba gran parte de la frente.

—¡Hey! —me saludó encantado—. Tú debes de ser Luke, ¿no?

—Sí...

—Yo soy Javi.

—¡Ah!

—Es mi mejor amigo desde que éramos pequeños —comentó Dani.

—Eso no lo sabía.

—Ya, es que llevaba más de un año estudiando en el extranjero —argumentó mientras me miraba por el retrovisor—. Va a otro instituto, por si te lo preguntabas.

No sé por qué, pero me molestó que tuviera un mejor amigo.

Eso sí, se me pasó en unos segundos, sobre todo cuando vi lo buena persona que era Javi.

—Espero que os lo paséis bien, ¿eh? —comentó la madre de Dani.

Me quedé estupefacto, era la primera vez que la veía en persona y tenía un gran parecido con su hijo. Sobre todo, en los ojos.

—Un placer conocerte, Luke —dijo ella mirando a través del retrovisor—. Me han hablado mucho de ti.

—¿Ah, sí? —miré a Dani.

—¡Claro! —Él me sonrió—. Alguna vez les tendría que contar quién es el chico que siempre viene a mi casa a molestar.

La madre rio con cierto encanto.

—Soy Estefanía, pero puedes llamarme Estef.

—Un placer, Estef —le sonreí.

—Bueno, y ¿qué haréis? —preguntó intrigada—. Yo estaré por la casa por si acaso, pero no os preocupéis, no molestaré.

—Pues... —Dani se giró hacia nosotros y nos guiñó el ojo—. Supongo que estar en la piscina, jugar a las cartas, ir a pasear por el lago..., cosas así.

—¿Jugar a las cartas? —pregunté intrigado.

—¡Claro! —dijo Javi.

—Pero...

Antes de que pudiera decir nada, Dani me interrumpió, mirándome como si estuviera a punto de meter la pata.

—Verás como te gusta el juego.

Y entonces lo entendí: no había cartas.

El viaje fue largo, creo que estuvimos más de dos horas en el coche, pero el trayecto se me hizo corto junto a Javi. Apenas lo conocía, pero me transmitió muy buenas vibraciones. Pasó de ser un chico áspero a uno agradable, y de ser un chico amigable a uno tímido; pasó a ser prácticamente yo. Lo único que nos diferenciaba eran los gustos musicales, el estilo de vestir y su humor, ya que él prefería el rap, vestía de manera más holgada y tenía un humor más sarcástico. El mío era prácticamente humor negro, de ese tipo que llegaba a dejarte sin palabras. A veces, mis padres incluso me miraban con mala cara cuando hacía un comentario de ese estilo.

—¡Ya llegamos! —La madre de Dani detuvo el coche y lo aparcó

en un descampado pequeño.

Bajé un poco mareado por las últimas curvas. Perdí toda aquella sensación de náuseas nada más ver la gigantesca casa que había frente a mí. Tenía tres pisos, una terraza gigante y un portal de madera más grande que Dani y yo puestos uno encima del otro. Estuve como cinco segundos con la boca abierta.

Nada más entrar, me quedé otra vez mudo. Había una escalera gigante a la izquierda con forma de espiral; al lado, una pared gigante llena de cuadros, pilares de madera que le daban el toque rústico, vigas de un tono oscuro, lámparas de cristal colgando del techo... Era una fantasía ese lugar. Miré a Dani sin saber qué decir.

«Al final sí es rico», pensé.

—No soy rico —rio mientras leía mis pensamientos—. Sabía que te gustaría.

—¿Cómo que no eres rico? —pregunté pensando que me vacilaba —. ¡¿Tú has visto la gigantesca casa que tienes?!

—Créeme, soy consciente de lo que es —asintió—. Pero es propiedad de mi abuelo, que, en aquellos tiempos, tuvo una gran fama en su trabajo y —miró a su alrededor con las manos alzadas—, como ves, se pudo permitir este casoplón.

—¿Y él viene de vez en cuando? —pregunté.

—¿Él? —Miró hacia la escalera entristecido—. Él jamás volverá.

—¿Qué está de viaje?

Al ver las caras que puso, me di cuenta de la estupidez que había dicho.

—Lo siento.

—Nada —negó—. Hace mucho tiempo que murió —suspiró—. Eso sí, nos dejó la casa en herencia y siempre que lo echo de menos, vuelvo.

Sonrió de forma decaída y se pasó la mano por el cuello.

—Para imaginarme que aún está cerca de mí.

—Lo siento, de nuevo. —Busqué algo rápido para cambiar de tema—. ¡Oye! ¿Y la piscina?

—Veo que te interesa. —Me guiñó un ojo—. Ven, es por aquí.

Recorrimos un largo pasillo, cruzamos otro portal, giramos a la derecha y allí estaba: una piscina extremadamente larga. Tenía hasta su sección de jacuzzi. Él me sonrió.

—Fascinante, ¿no?

Yo solamente asentí y me acerqué a ella. En el fondo de la piscina destacaba una cantidad excesiva de detalles, entre ellos una frase que me marcó:

VOLVERÉ A VERTE

Le pregunté de qué se trataba y me dijo que era típica de su abuelo. Según él, trascendió de generación en generación. Le volví a preguntar si era como el *May we meet again* de nuestra serie y asintió.

—De hecho, cuando vi la serie me sorprendí de que la frase se pareciera tanto —dijo.

También me contó que era como un símbolo para la familia. Básicamente, el abuelo de su abuelo fue quien la dijo por primera vez en pleno siglo XIX, cuando tuvo que despedirse de sus familiares antes de embarcarse para marcharse de España durante bastante tiempo.

—Sí, lo sé, todo muy histórico —comentó.

Le dije que me parecía una cosa muy bonita que hubiese pasado de generación en generación. Entonces caí en las estrellas que tenía en su habitación, pregunté por ellas y si tenían relación con la experiencia naval de su familia. Con una sonrisa de oreja a oreja me dijo que sí, que esas estrellas las había puesto para sentir como si estuviese junto a sus antepasados, navegando por el mar.

—Seguiré diciendo que es un poco infantil para la edad que tengo, pero siempre he sido un fanático de la vida marina y de la astronomía —comentó mientras se sentaba en una tumbona que había por allí.

—A mí me parece bonito —repetí la misma acción que él y me coloqué a su lado—. Aunque, sabiendo cómo van hoy en día las cosas, no me extraña que te lo calles. Acabarían metiéndose contigo solo por tener unas estrellas.

Me detuvo para mirar el cielo nublado.

—Toda la razón —ladeó su cabeza hacia mí—, pero he llegado a tal punto que me da igual lo que digan los demás, y más cuando critican sin saber la historia que hay detrás.

—Exacto.

Nos quedamos mirándonos unos segundos y vi que sus ojos bajaron a mis labios. A la vez que los miraba, en su cara se perfiló una sonrisa un tanto curiosa.

—¡Luke! ¡Daniel! —Apareció la madre de repente—. Venid, que la comida está lista.

—Ahora vamos, mamá. —Dani se incorporó y se quedó mirando la piscina.

Hubo unos segundos de silencio.

—¿Sabes, Luke? Si te soy sincero, estoy agradecido de haberte conocido.

—¿Ah, sí? —Me acerqué a él mientras me colocaba bien la sudadera—. ¿Y eso?

—No sé. —Empezó a andar hacia la casa—. Me has demostrado mucho más que los demás.

—Pero ¿y Javi?

No respondió.

—¿Eh? —insistí.

—Javi y yo ya no somos tan amigos; o sea, sí que lo somos, pero a lo largo de los años es como que nuestra amistad se ha apagado. Al fin y al cabo, llevábamos un año sin vernos.

—Y entonces ¿por qué lo has invitado? —pregunté.

—Luke —me miró seriamente—, no deja de ser mi mejor amigo.

Apareció Javi y él se calló de inmediato. Volvió su sonrisa y le preguntó cómo le había ido su intercambio. Yo me senté al lado de la madre de Dani para dejar que hablaran con calma.

Cuando se hizo de noche volvimos a salir a la terraza. Eran prácticamente las once, todo de un malote. La escasa contaminación lumínica nos permitía ver un cielo tan estrellado que era imposible dejar de mirarlo; de hecho, como Javi y Dani siguieron hablando un rato más, me quedé contemplándolo con calma. Eso sí, en poco tiempo ya volvíamos a estar los tres juntos y empezó la fiesta.

Aprovechando que la madre de Dani se había ido a dormir porque se notaba cansada después de tanto trabajo, Javi propuso jugar a las cartas acompañado de una risa y Dani fue corriendo a una especie de armario pequeño que había al fondo de la terraza. Lo abrió y sacó una bolsa gigantesca. Dentro, si no recuerdo mal, había botellas de whisky, tequila, vodka, ginebra y una bolsa de otro color.

—Tranquilo, no nos pillará —me comentó Dani—. Además, a ella nunca le ha parecido que suponga un problema mientras lo hagamos

con calma.

No me sorprendió; hoy en día, casi todos los adolescentes están metidos en sustancias venenosas para el cuerpo humano, y siempre dicen lo mismo: «Es que te hace sentir como nunca y te hace viajar a otro mundo».

Me costó aceptar que Dani cayera en ese tipo de cosas, pero no podía hacer más que dejarlo correr. Era decisión suya y yo ya sabía mucho del tema; aparte, parecía que él si se controlaba. Eso pensé durante un tiempo.

Ambos me ofrecieron de todo y me insistieron una y otra vez; sin embargo, solo acepté un vaso de vodka con Coca-Cola. No quería acabar borracho, era una de las primeras veces que probaba cosas de ese estilo.

Sabía bien y accedí a tomarme otro vaso. Me apeteció un tercero y, con sorpresa, me lo dieron. Para cuando les pedí el cuarto, Dani ya me cerró el grifo. No quería que acabara mal.

En ese instante comprendí por qué la mayoría de los adolescentes caían en esas cosas. Te hacen sentir diferente, como de otro mundo, y encima parece que tengas el control de todo o que seas consciente de lo que haces; es casi como evadirse de este mundo de mierda y aparecer en una versión paralela del planeta Tierra.

Aun así, esa felicidad terminó en poco tiempo. Me vinieron unas arcadas repentinas y tuve que salir corriendo hacia el baño. Escuché las risas de fondo y me avergoncé muchísimo, tanto que no tenía ni pensado salir.

Una vez me limpié la cara, oí una suave risa detrás de la puerta.

—Menos mal que no te he dado una cuarta copa.

—Déjame, es culpa vuestra —comenté, sin salir aún.

—Eh, eh —Apoyó la mano en la puerta—. Tú has accedido.

—Ya, pero era imposible negarse.

—Nadie te ha forzado, Luke.

No le respondí, porque sí que me habían forzado; aunque no dejaba de ser la presión social que sentía.

—Pero tranquilo, sé por qué estás así de molesto conmigo.

—Yo no he...

—Sé que te pensabas que yo era diferente y que no haría este tipo de cosas.

Antes de decir nada, preferí salir y verle la cara. Estaba apoyado

en la pared, con una pierna doblada y fumando tranquilamente.

—La verdad es que no me lo esperaba —dije mientras veía cómo salía el humo de su boca—. Y menos aún que fumaras cigarrillos.

—Me evade del mundo.

—Eso dicen todos —respondí con una mueca.

—Luke...

Hizo ademán de darme una explicación, pero no le dio tiempo.

—¿No entiendes? —pregunté.

—¿Eh?

Tragué saliva y traté de relajarme. Últimamente me alteraba demasiado rápido.

—¿Tú has visto a Mark? —Aproveché para sentarme en un bordillo que había—. ¿No has visto lo fatal que estaba?

—Sí, pero eso...

—Mira, solo quiero que te cuides.

—Ya lo hago. —Dio otra calada.

—Sí, ya lo veo.

Me levanté cabreado y me dirigí hacia donde estaba Javi, cogí la botella de vodka y me la puse entre los labios. Por un momento pensé en beber solo para demostrarle que yo también me cuidaba, pero no quise encontrarme peor.

Javi me miró extrañado y yo corrí hacia el interior de la casa.

La verdad es que no sé qué me dio, supuse que fue por la decepción de saber que él era otro viciado a la mala vida o que podría acabar como alguien a quien yo quería mucho y no me apetecía. No necesitaba otro suspiro de entre la muerte y la vida.

—¡Luke! —chilló—. Ahora vengo, tío —le dijo a Javi.

Cuando consiguió alcanzarme, me agarró del brazo.

—¿Puedes parar de montar el drama?

—¿El drama? —pregunté incrédulo—. El drama será cuando acabes en el hospital y yo tenga que cuidar de ti.

—Luke, que solo es un cigarro. —Me lo mostró.

—Ese no es el problema.

—¿Entonces? —Alzó los brazos.

—Yo no me pensaba que fueras así —le comenté.

—Sigo siendo el mismo. —Puso cara de incomprendido—. Que fume no me cambia.

—Lo que tú digas.

Le aparté su mano de mi brazo y, aprovechando que estaba delante de la puerta de casa, la abrí, con la intención de entrar. Escuché cómo chistó y me detuvo antes de que lo dejara solo.

—¿Contento? —Me hizo mirar hacia sus manos—. Ya lo he tirado.

—No.

—¡Joder, Luke! —murmuró—. ¿Qué coño te pasa?

—¿Puedes dejar ya el tema? —dije mientras deambulaba nervioso.

Los recuerdos se apoderaban de mí. No quería contarlo.

—¡LUKE!

—¡VALE! —Lo empujé—. ¿Ves esa mierda tirada y aplastada en el suelo? —La señalé, furioso. Él tragó saliva—. ¡¿La ves?!

Asintió, medio asustado.

—Pues eso mató a mi primo; él empezó como tú, con unos simples cigarrillos. Acabó con una sobredosis descomunal de heroína.

—Luke...

—¡NO! —lo callé—. Ahora me escuchas.

Soltó un suspiro. Me dio la sensación de que quizá se me estaba yendo de las manos.

—¿Tú sabes lo que supuso para mí que me dijeran que mi primo no pudo sobrevivir? ¿Que la droga le ganó? ¿Que no fueron capaces de salvarlo de su propio vicio? ¿Tú sabes lo que fue para mí encontrarlo en el suelo de la habitación?

Me descontrolé y empecé a soltar uno de mis traumas más dolorosos. Nunca se lo había contado a nadie, lo sentía demasiado personal y cada vez que me venía un *flashback*, trataba de evitarlo.

—¡Me lo encontré yo! ¿Me oyes? ¡YO! —sollocé—. Fui a su casa a proponerle ir al cine juntos y en cuanto abrí la puerta, me lo encontré tumbado con espuma saliendo de su boca. Fui yo quien tuvo que llamar a la ambulancia, y me di cuenta de que esa era la definitiva.

Lo agarré de la camiseta con toda la fuerza y lo sacudí; acabé por darle un pequeño golpe.

—Estoy harto de que sigáis todos como si nada, que os metáis de todo y me digáis siempre lo mismo: es solo un cigarro.

Dejé que escuchara mi fuerte respiración y me apoyé contra la puerta, notando cómo el recuerdo me volvía a la mente. Cómo todo se repetía de nuevo. Dani permaneció quieto frente a mí. Sacó su

cajetilla, me la mostró y empezó a romperlos uno tras otro. Despacio.

Luego, se fue un momento a la casa y volvió con un vaso de agua entre las manos. Esperó a que me lo bebiera. Habló con Javi un par de cosas y al instante vi que él se marchaba con la excusa de que tenía que hacer una cosa.

Entonces, Dani se acercó a mí y me dijo que lo siguiera. Se dirigió a una casita pequeña que había al fondo de la terraza y sacó un par de toallas; me dio una. Yo seguía sin comprender nada. Volvimos a la piscina y las dejamos cerca del bordillo. Se quitó las zapatillas, el pantalón y finalmente la camiseta. Lo tenía en calzoncillos frente a mí.

Me sonrió, perverso, pero decidió girarse por completo.

—¿Ves las marcas? —dijo con voz tranquila.

—Sí... —Me fijé.

Tenía unas cuantas y muy visibles cerca del omóplato.

Eran cicatrices bastante profundas y desgarradoras.

—Bien. —Volvió a girarse—. Son de cuando tuve un accidente con mi padre.

—¿Qué?

—En junio de 2016. —Noté su respiración entrecortada—. Esto no se lo he dicho jamás a nadie, nunca, ni siquiera a Javi. Cuando sucedió, él estaba de intercambio.

—Dani...

—Y fumo porque mi padre lo hacía.

Al instante comprendí por qué jamás había visto a su padre: estaba muerto.

—Me recuerda a esas noches que pasábamos juntos, pero tranquilo, solo fumo de vez en cuando. Cuando necesito sentirlo cerca de mí.

—Me siento un estúpido.

—Da igual, Luke —sonrió—. Me siento seguro contándotelo y me ha gustado ver que te preocupas por mí. Eres un gran tío.

—Gracias, supongo. —Aún seguía sin ropa—. ¿No te vistes?

Entonces el ambiente cambió. Bajó la mirada a su paquete y lo tocó un momento, mirándome de un modo extraño.

—¿Vestirme? —Puso los ojos en blanco—. Ni de broma, vamos a meternos a la piscina.

—¿Tú estás loco?

—Puede —asintió—. Pero así soy yo.

Se acercó al bordillo de la piscina y procedió a tirarse de espaldas.

Traté de comprender la situación y me quedé sin decir nada.

—¿Entras ya o qué?

Le respondí que no quería y a los pocos segundos salió de la piscina. No supe cómo no se moría del frío con solo un trozo de tela tan pequeño.

—Está bien... —dijo apenado.

Fui un iluso al pensar que lo dejaría correr. Me agarró de los brazos y me empujó hacia el agua hasta que quedé colgando del bordillo.

—Está bien, ¡está bien! —le chillé, deseando que parara.

Él, contento, me dejó fuera y aprovechó para meterse de nuevo a la piscina. Aunque dudé, empecé a quitarme la sudadera y el pantalón lo más rápido posible. Suspiré y dejé el móvil al lado de la toalla. Acabé, cómo no, solo en calzoncillos. Quieto y tapándome. Dani se acercó a mí con la cabeza medio metida en el agua.

—¿No hace frío? —preguntó riéndose.

—¿Quieres que me meta?

—Llevo deseándolo desde que hemos llegado.

Me quedé mirándolo un buen rato y observé cómo me contemplaba de manera provocativa. De repente, me puse nervioso. Me quedé pensando en si realmente hacía bien. Unos segundos después decidí vivir la vida, hacer las cosas que todo adolescente debería hacer.

—A la mierda, me tiro.

Constelación Osa Mayor
Una galaxia de besos y miles de constelaciones

El agua estaba helada. Era mayo y se suponía que ya debería hacer más calor, pero la piscina parecía un cubito de hielo gigante.

Le pregunté dónde se había ido Javi. Tardó en decirme algo, dando a entender que había cortado el rollo con esa pregunta. Acabó diciéndome que en nada volvería con nosotros, que había entrado en la casa para ponerse el bañador.

Él seguía con medio torso fuera del agua. Aun así, acabó dándose cuenta de que yo no mostraba mi cuerpo y solo dejaba ver parte de mi cara, el resto estaba oculto. Es por eso que, mirándome de una manera muy encantadora, hizo como yo. Solo dejó parte de su cara por encima del nivel del agua.

—No deberías tener inseguridades porque estás buenísimo, pero te copiaré.

—¿Estoy buenísimo? —pregunté.

—Eh... —Jugueteó con el agua, nervioso—. ¡Sí! Las chicas deberían estar detrás de ti.

Negué con la cabeza y siguió igual, escondiéndose como yo. Lo vi un gesto muy bonito, sobre todo porque había hecho que yo no me sintiera tan mal conmigo mismo... A él se le marcaban unos buenos abdominales, tenía la uve más definida y presumía de aquel cuerpo que todo chico deseaba tener.

—¿Sabes? —Se acercó nadando—. A veces, también odio mi cuerpo.

—¿Tú? —pregunté con una expresión rara—. Pero ¿te has visto?

—¿Y tú te has visto a ti? —contraatacó mientras ponía los ojos en blanco—. Levántate.

—¿Qué?

—Que te levantes, Luke. —Miró hacia abajo para ver mi cuerpo hundido—. Somos amigos, ¿no? —me apremió.

—Sí, pero no sé, Dani. —Me tapé aún más—. No estoy tan fuerte

como tú.

—Me da igual —rio—. Hazlo, que te voy a echar miles de piropos.

—Pero yo no soy... gay. —Sentí la necesidad de aclararlo, por si acaso.

Dani se quedó callado un segundo y se mordió el labio. Luego sonrió, forzadamente.

—¿Qué tiene que ver que te suba la autoestima con que me gustes?

—¿Te gusto? —Enarqué una ceja.

—¡No! —Reaccionó muy rápidamente.

—Vale...

Intenté cambiar de tema, pero pareció que quisiera decirme algo más.

—¿Tú has probado alguna vez?

—¿El qué?

—Ya sabes... —carraspeó—, con un chico.

—Ya te he dicho que no soy gay.

Bufó y se hundió un momento bajo el agua, cuando salió a la superficie de nuevo, se peinó el pelo hacia atrás.

—¿Por qué lo preguntas?

—Tenía curiosidad.

Me lo quedé mirando un buen rato, bajando la mirada. Vi reflejadas mis piernas y empecé a rozar las yemas arrugadas de mis dedos contra mi torso. Él siguió insistiendo y, aunque me estuviera muriendo de vergüenza, con miedo a lo que diría, acabé aceptando. Resoplé y dejé que mis pies tocaran el suelo de la piscina con firmeza (estábamos justo en la parte menos profunda). Me quedé quieto delante de él y lentamente dejé de taparme el torso.

Él me observó entero y soltó una risilla.

—¿De qué te ríes? —Bajé un poco la cabeza.

—No, no, nada —negó rápidamente—. Me reía porque me jode que pienses que estás mal cuando estás perfecto. —Alzó los brazos y me señaló—. Mírate, imbécil, no tendrás abdominales ni nada de eso, pero estás genial. —Observó luego su cuerpo mientras se alzaba a la misma altura que yo—. Ya sé que yo intimido al tener un cuerpo tan desarrollado y de deportista obsesionado, pero preferiría mil veces el tuyo.

—¿Qué dices? —me reí.

—¡Que sí! —asintió—. Te lo dice una persona bisexual —me guiñó un ojo.

—¿Qué? —Mi cara cambió rápidamente.

—Eh...

Al principio pensé que mis oídos habían transformado sus palabras, pero al ver su rostro inexpresivo, serio y mustio, me di cuenta de que no iba en broma. Al repasar toda la situación de manera muy rápida, llegué a la conclusión de que era verdad. Dani era bisexual. Me sentí un completo estúpido quedándome callado, poniendo mala cara inconscientemente.

Por suerte, conseguí recuperar mi consciencia y volver a aterrizar en el planeta Tierra.

—¿Es en serio? —Me acerqué a él.

—Sí —dijo sin ningún remordimiento.

Le sonreí y le hice un gesto dándole las gracias por confiármelo, ya que sabía perfectamente que salir del armario no era fácil.

—¡Ven, anda! —Intenté acercarme dando unos pasos en el agua y lo abracé—. Me alegra que tengas la confianza suficiente como para contármelo.

—En verdad, no tengo ningún problema en decirlo, pero no sabía cómo. —Perdió un poco la seguridad—. ¿No te incomoda estar conmigo ahora? —Vio mis cejas alzarse, sorprendido—. Quiero decir, cómo estamos en calzoncillos y solos y...

—Tranquilo. —Lo salpiqué—. Confío en ti.

—Vale, vale...

Si tengo que ser sincero, me chocó bastante, sobre todo porque, aunque era un pensamiento creado por los prejuicios de la sociedad, se lo veía muy hetero. Al fin y al cabo, aun a día de hoy, parece que debas tener unas características para definirte como una persona perteneciente a un grupo u a otro. Y aunque joda, porque esos pensamientos nos invaden a todos, seguimos viviendo con las mismas etiquetas de siempre.

Él siguió mirándome con miedo, como si pensara que en cualquier momento saldría de la piscina y dejaría de ser su amigo. Yo solo le devolví una sonrisa gigante para que le quedara claro que me no me iba a ir y que seguiría siendo el mismo.

—Oye, ¿te subes a mis hombros para ver cuánto aguanto? —le

dije al rato.

Dani me miró. Al principio me dijo que no, pero acabó aceptando. Me hundí en la piscina y esperé a que pasara sus piernas por mis hombros. Cuando vi que ya parecía estar quieto, lo cogí de las rodillas para que no cayera de espaldas y subí. Al rato, los dos parecíamos dos niños pequeños. Dani tratando de no caer y yo intentando no tirarlo.

—¡Hey! —En aquel instante llegó Javi. Dejó el móvil e hizo un nudo al cordón de su bañador—. Ya estoy aquí, sé que me echabais de menos —dijo con seguridad.

—Lo que tú digas. —Dani puso los ojos en blanco—. ¿Cómo es que has tardado tanto? —Se inclinó hacia delante y eso hizo que casi perdiera el equilibro; por suerte, lo recuperé.

—Pues... —Se acercó a la piscina y metió los pies en ella—. Como eso de ahí es gigante —señaló la casa—, pues me perdí y no sabía a cuál de los cuatro baños ir. A tu madre le ha surgido una urgencia con el trabajo y se ha marchado. Me ha dicho que te diga que no hagas ninguna tontería y que volverá mañana por la tarde.

—Típico de ella.

Dani soltó una carcajada y me dio unos toques en el hombro.

—Bájame, niño *directioner*.

No sé por qué, pero eso cambió el chip de mi cabeza. Cuando me llamó de esa manera como que lo vi de otra forma. Me encantó el mote. Lo dejé bajar y me quedé mirándolo.

—¿Te ha gustado el mote o qué? —Me miró con una risilla.

Yo asentí, nervioso, y me coloqué un poco mejor el cabello.

—¡Allá voy! —Javi sacó los pies de la piscina y se tiró en bomba encima de nosotros.

—¡Puto gordo! —chilló Dani—. Casi nos ahogas.

—Lo siento, soy King Kong y destrozo todo lo que toco.

—Vete a destrozar tu idiotez, que ya es necesario.

Javi alzó los brazos como si fuera a lanzarle una bola gigante de agua y lo miró amenazándolo.

—Conmigo las cosas calmadas.

—Madre mía... —resopló—. No eres ninguna Winx.

—¿Cómo que no? Ahora verás. —Lanzó una gran ola de agua en toda la cara de Dani.

—¡CABRÓN! —Este se la devolvió y así estuvieron un buen rato,

hasta que ambos tenían los ojos rojos del cloro.

Nos quedamos callados, fue como si la incomodidad viniera de repente. Me quedé mirando el cielo oscurecido. Las estrellas seguían viéndose al cien por cien.

—¿Hacemos un verdad o atrevimiento? —propuso Javi.

Mierda.

Odiaba ese tipo de juegos.

—¡¿Qué dices?! —preguntó Dani, viendo mi reacción.

—¡Va! —intentó animarnos—. Esto está muy aburrido.

—No.

—¡Dani! —gritó molesto—. Empiezo yo. Hacedme una ronda. Atrevimiento.

—Está bien. —Dani lo miró con cara de malicia—. Tírate a la piscina con tus zapatillas Air Jordan.

—Negativo. No. —Negó con la cabeza mientras Dani sonreía.

—Tú querías jugar, ¿no?

Lo fulminó con la mirada, furioso.

—Está bien...

Salió del agua arrepintiéndose y fue a por la bolsa. Sacó de ella sus preciadas Jordan y se las puso. Después cerró los ojos.

—Total... —intentó convencerse—, algún día se iban a mojar.

Se acercó al bordillo, nos puso mala cara y acabó tirándose de cabeza.

—¡Eso eeesss! —lo animó Dani—. Así me gusta, con dos huevos.

Reí mientras veía la situación.

—¿Contento? —preguntó Javi—. Bien, te toca, ¿verdad o atrevimiento?

—Solo una vez, ¿eh? —Puso una mueca malvada, dando a entender que sería capaz de cortar el buen rollo en pocos segundos—. Atrevimiento.

—Perfecto... —lo miró, me miró y asintió sonriendo perversamente—. Debes darle un beso a Luke de más de cinco segundos.

—No. —Negó con la cabeza de manera muy veloz—. Paso de jugar a esto.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿No os gustáis?

—¿Perdón?

—Ah... —Javi al momento pareció intuir que no me iban los

chicos—. Da igual, esto es un juego. No pasa nada.

—Javi, que no —dijo secamente Dani.

—Que te den. —Puso los ojos en blanco y giró su cuerpo hacia a mí—. ¿Tú lo harías?

—¿Yo? —Los miré sin saber qué decir—. No tendría problema, pero que conste que él no me gusta.

—¿En serio? —dijo Dani con unos ojos como naranjas—. Es Javi, no tienes por qué hacerle caso.

—Me da igual, es un juego, ¿no?, pues juguemos.

—¡Di que sí, Luke! —Me dio un codazo—. ¿Ves, Dani? Él sabe jugar.

—Ya veo, ya...

—Bueno, ¿lo haréis?

Nos quedamos mirándonos y nuestra conversación fue prácticamente telepática.

«¿Lo hacemos?»

Ladeé la cabeza.

«Como quieras... —Alzó las cejas—. No tengo problema.»

Encogí los hombros, dudoso.

«Está bien...»

Dani movió un poco la cabeza e hizo un gesto de aprobación.

«¿Me acerco?», dije con los ojos mientras movía un pie en el agua.

Ahora estábamos a dos centímetros, rozando el poco aire que quedaba entre nosotros. Por un momento Javi desapareció. Ni siquiera notaba el agua tocar mi torso. Todo se había centrado en Dani.

Fue una sensación rara, como si estuviese en un escenario y un foco solo nos iluminara a nosotros. Él me sonrió y se acercó un centímetro más. Su nariz rozó la mía. Inconscientemente sonreí también, me salió solo.

Toda mi tranquilidad se esfumó y mis nervios arañaron el interior de mi estómago.

«Es imposible que vaya a hacer esto», pensé.

Accedí a robar la mitad del centímetro que nos quedaba y mis pies tocaron los suyos. Bajé la cabeza y vi a través del del agua que sus dedos estaban sobre los míos. Él robó la mitad del último medio centímetro que quedaba y sus labios rozaron los míos. En aquel instante tuve muchísimas ganas de besarlo.

Nos quedamos serios. Miré fijamente sus ojos, sus labios, su cabello, sus mejillas. Sentí atracción por él y creo que él también por mí. Durante unos segundos imaginé estar en su cuarto, bajo aquellos puntos que hacían de estrellas en el techo. Solo que en ese momento las estrellas eran reales y nuestros cuerpos tocándose, atrayéndose cada vez más, también.

Moví un poco el dedo del pie y noté una baldosa distinta en el suelo de la piscina. No quise mirar hacia abajo, pero supe perfectamente en qué punto estábamos. Aquella frase estaba bajo nuestros pies, aquella que ya me había marcado y que no olvidaría:

VOLVERÉ A VERTE

Rocé su torso con mis dedos, terminé de unir mis labios con los suyos y lo besé como jamás había besado a nadie. Con la luz con la que cada estrella va apareciendo en el cielo.

Sí. Lo besé. A Dani.

Lo besé.

Yo no era ni gay, ni bisexual, ni asexual, ni pansexual...

No sabía lo que era.

Pero lo besé.

Y me gustó. Y Javi se apartó un poco. Y hubo más, más besos húmedos y roces de fuego.

Lo recuerdo como el mejor beso de mi vida.

Hubo otros, pero ninguno se acercó al primer beso con Dani.

No fueron solo cinco segundos, tampoco diez, ni veinte. Fueron más que unos simples segundos. Por fuera parecía cosa de tres segundos, pero para mí fueron dos años enteros. Dos años larguísimos y enteros de diversión, placer, vida, amor. De todo. Viajé a la galaxia más próxima y volví a la Vía Láctea. Di la vuelta al mundo y regresé a aquella piscina. Viví la escena en blanco y negro, en color, en multicolor, en monocolor, en todos los aspectos posibles. Sentí una magia dentro de mí, como si la varita de Harry Potter estuviese haciendo sus conjuros en mi interior.

Dani puso su mano derecha en mi cintura y yo lo presioné contra mí, acercándolo más. Noté sus pezones rozar los míos y la tela mojada de su bóxer restregarse contra la del mío. Noté nuestros corazones latir a la vez, su respiración dentro de mí y su vida dentro de la mía.

Volví a viajar a otra galaxia aún más lejana y volví tan solo para ponerle la mano en el cuello. Lo acerqué más aún, dejando el mínimo roce de aire.

El agua ya no era fría, más que nada no era agua, éramos simplemente él y yo flotando por el espacio. Apartó un momento sus labios de los míos y me quedé mirándolo. De reojo vi a Javi con una sonrisa de oreja a oreja y volví a notar el agua congelada rozando todo mi cuerpo. Volví a aterrizar, pero con unos ojos que jamás juré tener.

—Hice bien en proponer el juego —rio este mientras se dirigía hacia la salida—. Os dejo a los dos solos, me voy a mi habitación, que estoy cansado.

—Pero... —intenté decirle algo.

—¡Chis! —Alzó el dedo, mirándome con los ojos entrecerrados—. ¿Qué haces que no le estás comiendo la boca otra vez?

—Yo...

Se giró antes de hacer fuerza con los brazos en el bordillo y salir de la piscina.

—Da igual si crees que no eres gay o lo que sea. Eso no importa. —Negó con la cabeza—. Lo que sé es que la chispa que he visto era incontrolable, y cuando nace una, es porque debía nacer.

—Yo creo que es mejor... —Miré de reojo a Dani.

—Cómele la boca. Mañana será otro día, pero hoy date rienda suelta y disfruta.

Quise decirle algo más, pero me interrumpió antes de que pudiera quejarme.

—No —hizo una pausa— digas —hizo otra pausa— nada. —Hizo una pausa final mientras salía del agua—. Tú solo sigue.

Cogió sus cosas, secó un poco su cuerpo con la toalla, la enroscó por su cintura y sin decir nada más, entró a la casa. Nos quedamos Dani y yo quietos, en la piscina. Mirándonos incómodos. Él quería seguir, yo también, pero había algo que lo cortaba todo.

De repente noté el frío intenso recorrer mis venas y decidí salir; supe que estaba haciendo el estúpido, pero volví al exterior. Me moría de frío. Cogí la toalla y tapé todo mi cuerpo. Con el viento, me quedaba el torso al descubierto de vez en cuando. Me daba igual. Confiaba en él. Él, sin saber cómo, había conseguido que quisiera mostrar mi cuerpo delante de otra persona. Cosa increíble para mí.

Dani también salió de la piscina, pensando que quizá había hecho mal y que lo había estropeado todo. Mientras se enroscaba la toalla por la cintura, empezó a bufar, arrepentido. Se secó un poco el cabello mojado y decidió ponerse de espaldas contra mí. Me quedé quieto un instante. El paso que fuera a dar iba a determinar todo.

¿Sigo?

No.

O sí...

Sigo.

Decidido y con impulso interior, lo agarré del hombro, lo forcé a que se diera la vuelta y mientras vi como enarcaba una ceja, sorprendido, le pasé el brazo por el cuello. Estuvimos mirándonos durante dos segundos.

En el primer segundo, viajé a su interior, viendo que él quería seguir.

En el segundo, viajé a mi interior para saber si yo quería seguir. Cuando descubrí que sí, me acerqué aún más para que estuviéramos de nuevo labio contra labio y lo acerqué, decidido, a los míos. Él soltó la toalla, que por mucho que la hubiese enroscado, terminó en el suelo. Luego procedió a colocar su mano justo en mi espalda.

GALAXIA

No supe en aquel instante por qué me sentí tan fuera de lugar. Otras veces que me había besado con chicas no había notado el poder de un beso.

«Supongo que les pasará a todos...», me decía.

Pero me di cuenta de que no. No era cosa de todos, sino mía. Había descubierto algo en mí que fingía ser.

—Bueno... —Sus mejillas estaban rojas, tenía la voz nerviosa y el pie inquieto—. ¿Subimos?

Asentí. No sabía qué más decir.

Estaba ante mí mismo un nuevo Luke.

Observé un instante las estrellas y les sonreí. Era una sensación inexplicable. Me dieron incluso ganas de llamar a Mark y contárselo todo, pero al recordar dónde estaba, me di cuenta de que no podía. Eso me hizo perder un poco la sonrisa, pero al fijar mis ojos de nuevo en esa estrella tan brillante, pensando que era él, le dije: «Tío, lo he

besado. Lo he hecho y me ha gustado. No sé lo que soy. No sé qué seré, pero me ha gustado y ojalá estuvieras aquí para contártelo. Cuando vuelvas, te abrazaré encantado. Te abrazaré mil y una veces».

Dejé de observar aquellos puntos blancos sobre el fondo negro y miré a Dani caminando hacia la mansión. Ladeó un poco su cuerpo y me miró con una sonrisa de oreja a oreja. Sus ojos, desde la distancia, conectaron con los míos, y ese hilo invisible pasó a ser visible.

Me había gustado. Mucho.

Coloqué bien la toalla y me dirigí a la casa junto a él. Por un momento decidí fijarme en el fondo de la piscina y, obviamente, era lo que pensaba. Nos habíamos besado justo en el sitio que notaba bajo mis pies. Justo donde jamás habría imaginado que él y yo acabaríamos entre manos y entre labios.

Justo en la frase que marcaría un antes y un después.

Volveré a verte.

Constelación Orión
Un dibujo de ti

—¿Vas a subir? —preguntó Dani mientras me sonreía y observaba dónde paraban mis ojos—. ¿Qué miras?

Rehízo sus pasos y regresó junto a mí. Primero me miró con detalle, intrigado por lo que expresaba mi rostro, y luego desvió su vista hacia la piscina. Hacia el lugar donde nos habíamos besado y tocado rigurosamente hasta parar. Entonces se acercó y empezó a fijarse en cómo yo estaba mirando la frase.

—«Volveré a verte» —sonrió—. La paradoja de volver a verse.

—¿Qué paradoja? —pregunté, enarcando la ceja.

—A ver... —rio y me cogió de los hombros—. ¿Tú alguna vez has dicho «Nos volveremos a ver»?

—Sí... —respondí, seguro.

—Pero no con la intención de hacerlo —continuó.

Fruncí el ceño y me quedé observando cómo se tambaleaba un poco.

—¿El alcohol te hace efecto?

Rechistó y negó con la cabeza.

—Cuando necesites entenderlo, lo entenderás.

No me dio tiempo a decir nada más. Me agarró del brazo y me llevó corriendo a la casa. Subimos las escaleras como si hubiera un dragón detrás echándonos fuego, entramos en un cuarto un tanto viejo y cerró la puerta. Se pegó en el tablón de madera y me miró con picardía mientras yo paseaba por el pequeño lugar. Decidí salir a la minúscula terraza que había en la esquina y dejé que me diera el aire.

Estaba feliz.

Dani me hacía feliz.

Vino extrañado hacia mí, me rodeó con sus brazos y, como si lleváramos años juntos, me acarició el pelo. Como si conociera mi punto débil.

Se me escapó una sonrisa y él la notó, sonriéndome a su vez. Me

susurró «Ven» y me giré inconscientemente. Casualmente, fuimos hacia la cama de matrimonio. Dejé caer mi cuerpo en la parte final de la sábana. Él relamió su labio, pude apreciar mejor su cuerpo. Era fantástico.

Antes de que me diese tiempo a parpadear un par de veces, se acercó a mis labios y me besó apasionadamente. Tanto que del impulso caímos ambos sobre la cama. Se separó al instante y dejó que me colocase más arriba en el colchón. En cuanto apoyé mi cabeza en el cojín, él vino hacia mí de nuevo y me empezó a besar.

Cabe recordar una cosa.

Estábamos en calzoncillos.

Así que... sí. Se notó. Y mucho.

Por eso, sin yo resistirme, él empezó a deslizar su mano (sin separar sus labios de los míos) por mi vientre hasta llegar al bóxer. Apretó con intención y yo me estremecí.

—Te odio, joder —susurré, muriéndome de placer.

—Porque estamos borrachos, si no, te dejaría aquí sin nada.

—Dani... —reí—. Hace nada ni siquiera pensaba que me gustabas.

—La atracción es impredecible. —Siguió besándome, yo tampoco podía separarme.

Dejé mi lado tímido a un lado y con una mano lo agarré del cabello, empezando a juguetear con este. Puse la otra mano dentro de su calzoncillo.

Se me fue de las manos, literalmente.

Pero ninguno se quejó.

—Suerte que no te gustaban los tíos... —se mofó, notando cómo tocaba sus partes íntimas—. Esas manos me dicen lo contrario.

—El alcohol.

Eso pensaba, pero no.

—Ya, ya... —Aprecié cómo sus ojos se ponían en blanco y me detuve un segundo—. ¿Pasa algo? —preguntó extrañado.

Me hizo tanta gracia con su cara seria que se me escapó una sonrisa y no se me ocurrió nada mejor que la peor cursilada del mundo.

Os juro que no entendía nada en aquel momento, pero mi corazón latía más que nunca.

Me impulsé un poco hacia él de nuevo y dejé que mi nariz rozara

la suya. La froté unas dos veces y volví a apoyarme en el cojín.

—¿Y eso? —Lo había dejado sin palabras.

—No preguntes —reí.

—No, no... —susurró, e hizo el mismo gesto—. Es que no pensaba que fueras así de cursi.

Asentí, dándome cuenta de lo inesperado que llego a ser a veces.

—Bueno, no dejo que nadie vea mi parte más romántica.

—Pobre de ti si la vuelves a esconder conmigo.

Esa frase perforó todo mi estómago y lo revolcó, provocando una infinidad de mariposas, galaxias y sensaciones indescriptibles. No fue solo lo que dijo, sino su voz ronca, su tono y su delicadeza.

Acabé, como no, besándolo de nuevo.

Un buen rato.

—Bueno... —Frotó mi pelo—. ¿Quieres ver una cosa?

Él estaba encima de mí, mirándome detenidamente. Sus pupilas se dilataban y contraían continuamente, en ese instante no sabía qué significaba eso, pero ahora que lo sé, entendí el flechazo tan mortífero que recibí en el corazón.

—¿El qué? —le contesté, pasando mi mano por su mandíbula.

Sinceramente, parecía que hubiéramos tenido sexo. Pero entonces me di cuenta de que casi era mejor que no hubiese sucedido, porque, ¿qué era el sexo sin pasión si la pasión es el centro de todo?

—Ven.

Se separó de mí y de un salto fue hacia la puerta. Se puso un pantalón que había por ahí, en el suelo. Era un chándal gris, y a mí me lanzó uno negro. Antes de que soltara ninguna objeción, chistó y me dijo que me lo pusiera y ya.

—¿Ves? —Señaló el pantalón—. De puta madre te queda.

—Huele a ti...

—Mejor, ¿no? —Y me guiñó un ojo. Me volví a adicto a sus guiños.

Pasé un momento por el escritorio y vi el ordenador con un documento abierto. Leí una frase por encima y me quedé extrañado.

—¿Qué es esto?

—¿El qué? —contestó, y en cuanto vio qué hacía, vino corriendo, bajó la tapa del ordenador y se puso nervioso.

—¿Qué escondes...?

—Nada, nada. —Notaba incomodidad en él—. Ya lo verás.

—¿Es para mí?

—Puede.

Lo dejé correr en ese momento y nos fuimos fuera de la habitación. Volvimos a pasar por las escaleras, pero esta vez bajándolas. Dejé que me llevara. Cruzamos un par de pasillos y abrimos la tercera puerta, la que había al fondo. Al entrar en la habitación, no se apreciaba nada. Solo oscuridad.

—Y *voilà*.

Encendió la luz y delante de mí se extendió una galería eterna de cuadros y dibujos. Lo que veían mis ojos era indescriptible. Colores vivos, colores apagados, de todo. La persona que había hecho todo eso tenía el arte en sus manos.

—Son míos —comentó tímido.

—¿TUYOS? —exclamé, con los ojos abiertos como platos—. ¿Todos?

—Todos los que hay aquí.

—Dios mío…

Era increíble. Era una explosión de colores, de vida. No conocía esa parte de él y no me arrepentí de haberla visto. Era como haber descubierto uno de sus mayores secretos y, por lo que vi en su rostro, así era. Esa expresión nerviosa, incomoda y perdida me dejaba claro que ese lugar era sagrado para Dani. Noté que se sentía juzgado, desnudo.

—¿Hay alguno de mí? —pregunté al ver muchos retratos.

—Claro.

Lo dijo con tanta tranquilidad que produjo en mí una sonrisa instantánea.

—Pero… —me entró la duda— ¿no decías que esta casa no la visitabais casi nunca?

—Así es —asintió mientras sacaba algunos cuadros de un rincón —. Como has dicho, «visitabais» — remarcó la palabra, como si estuviera en negrita—, no «visitaba».

—Así que… —ojeé algunos bocetos que había a mi alcance— ¿este es tu talento?

—Podría decirse así… ¡Aquí está! —Triunfal, dejó caer en mis manos un cuadro con forma rectangular.

Era precioso, pero no era yo. No lo entendí.

—No soy yo —musité.

—¿Te crees que no lo sé? —me vaciló—. El cuadro no va de ti, va de cómo me haces sentir.

Mi mandíbula se tensó de repente y miré de nuevo el cuadro. Ahora todo cobraba sentido. Se podía apreciar a un lado un mundo tranquilo y al otro uno agitado. En medio de los dos había una persona, tumbada en el mar. Me costó comprender la parte psicológica, pero lo hice rápidamente.

—Por si no lo entiendes —se acercó más a mí—, el mar agitado y el mar tranquilo somos tú y yo. Representa la conexión que tenemos y lo diferentes que somos. El hombre que hay tumbado en el mar soy yo. Porque, aunque sea un mar dudoso, me encanta estar en él.

No me salían las palabras, era precioso.

—Te lo regalo.

Mi cara cambió de repente al escuchar eso. No iba a aceptar que me lo regalara, era suyo.

—Ni de coña —me negué rápidamente—. Es tuyo, te lo quedas tú.

—Pero a ver... —siguió, confundido por mi reacción—. Es cómo me haces sentir tú. No va sobre mí, va sobre ti.

—Eso es verdad...

—Eres tan especial, Luke...

—¿Yo?

Él asintió, dejando el cuadro en una mesa del fondo.

—¿Nunca te lo han dicho? —prosiguió, sonriendo y apreciando sus otros cuadros.

—Sí, no sé. Quizá.

—Eres especial porque no tienes miedo de ser como eres.

En realidad, siempre he tenido miedo, pero me gustó ver que no se notaba.

—Y tú, ¿lo tienes? —pregunté, con miedo de saber su respuesta.

—Más que miedo, terror —confesó apagado—. Cuesta vivir sin un padre.

No comprendía su dolor, pero por un momento fue como si fuera capaz de transportarme a su sufrimiento. Me fijé de nuevo en las marcas de la espalda y decidí tocarlas. Se estremeció, supuse por el contacto de mis dedos fríos, porque cuando seguí las marcas, él ladeó su cabeza hacia mí y me sonrió.

—Siento que puedo contarte todo y que siempre estarás ahí.

—Soy de las pocas personas que hace eso —dije.

—Ya, pero... —paró un momento para apreciarme—. Tú eres especial. Me haces sentir único. Es raro. Y, sobre todo, me traes paz. Eres como una flor.

—¿Una flor? —pregunté; siempre han sido mi representación favorita de la naturaleza.

—Sí... —Se giró y rozó mi pelo con sus manos—. Como cuando encuentras un diente de león y su perfección te hace sentir especial. O como cuando le arrancas los pétalos para pedir un deseo. Eres eso. Alguien que estará ahí, dándote su corazón y ayudándote a salvar tus deseos.

Cada maldita palabra de toda esa explicación fue directa a mi corazón. Lo hizo latir despacio y pareció que el tiempo fuera más lento. A mi mente vino un diente de león, lo agarré y lo miré con deseo. Me había comparado con una flor, y lo había hecho de la manera más bonita.

—¿Una Coca-Cola?

Hizo un cambio tan repentino que me quedé descolocado.

—¿Eh?

—Que si quieres tomar algo... —comentó, como si fuera obvio.

—Ah, sí, sí —asentí al menos cuatro veces—. Pero ¿no estás harto de tanta bebida?

—¿Quién ha dicho que vayamos a beber?

Mi boca se volvió neutra. Pensé que me vacilaba.

—¿Ahora existen bebidas sin bebida?

Al él se le escapó una sonrisilla.

—He hecho bien en aceptar hacer el juego de la piscina, ahora puedo ver lo inútil que eres.

Eso me dolió y lo notó, pero con un gesto tierno de su parte, se me pasó. Así de fácil era a veces.

Javi había desaparecido. Aun así a ninguno de los dos nos importó.

—¿Dónde me llevas? —pregunté; estábamos en mitad del bosque.

—A mi casita.

«Me va a matar», fue lo primero que pensé.

—¿Ahora es cuando sacas una pistola?

—Esto no es un documental de crímenes —se rio—. Solo quiero enseñarte otro secreto.

Soltó mi mano e hizo una presentación de la casa de madera que colgaba en el árbol. La miró y luego a mí, luego a la casa de nuevo y finalmente a mí. Mi reacción no le pareció justa.

—Pobre de ti como estés pensando que es fea —me advirtió.

—Pero es que... —intenté no reírme—. No tiene ni techo ni puerta, y hay una pared que... —Me incliné hacia la derecha para fijarme más—. ¿No tiene madera?

Se pasó la mano por la nuca y jugueteó con los pies.

—Está en construcción —dijo—. Vale, no, la rompí.

—¿Cómo que la rompiste?

—Una noche mis primos y yo subimos aquí y apostamos que quien ganara se quedaría con el dinero que nos había dado nuestra abuela. Como perdí, acabé enfadado y lo pagué con... —señaló el agujero— la casita del árbol.

Apreté los dientes tratando de no reírme y me toqué la nariz, tratando de evitar su mirada. No podía burlarme.

—Ríete —suspiró—. Yo lo haría

Y así, exploté en carcajadas. Pero no parecía agradarle demasiado mi reacción, porque en cuanto empezó a escuchar mi risa, sus ojos me fulminaron.

—Perdón, perdón... —Me disculpé con la mano.

—Te quedas sin beso.

Mi sonrisa se perdió y, no sé si lo hizo a posta, pero su truco funcionó. Perdí la fuerza interna para reírme más y lo miré sin expresión, tratando de que no me molestara. Mis cejas se alzaron y mis ojos se apagaron.

Un dramático.

—Lo que decía, un niño pequeño —sonrió mientras me agarraba de las mejillas; tenía una pequeña obsesión con hacer eso—. Más bien... —ladeó la cabeza, pensativo— mi niño pequeño.

—No empecemos con los posesivos —le advertí, pues ese era mi otro punto débil.

—Uy —se apartó y alzó las manos—, pues no los usaré más.

Supe a qué jugaba; quería ligar de forma sutil. Y no le pensaba seguir el juego.

—Vale, no. Úsalos.

«Mierda.»

En él se dibujó una sonrisa y me dio la sensación de que se estaba diciendo a sí mismo esa maldita frase: «Sabía que no podías resistirte». Le saqué el dedo mientras evitaba que me tocase, por vergüenza pura. Él masculló y empezó a subir las escaleras para ir a la casita. Cuando escuché los crujidos de la madera y un fuerte estruendo, me giré y lo vi caer.

Y, como si fuera una de esas películas tan cursis y empalagosas, di unos pasos y lo sostuve entre mis brazos.

—¿Has muerto? —susurré.

—No —contestó riéndose—. Sigo vivo.

Mi cuerpo exhaló todo el aire que había retenido durante el anterior segundo y mi corazón se ralentizó.

—Ven aquí, anda. —Desde el suelo, tumbado en la hierba, me apretujó más a él.

Sin saber por qué, mi cuerpo se movió solo y me tumbé encima de él. Él giró un poco su cabeza, extendió su mano por mi cabello y lo empezó a acariciar.

Hacía frío, sí, pero ni siquiera lo percibí en aquel momento.

Me sentía tan a salvo...

Tan cuidado...

—Mira —llamó mi atención.

Alcé mi cabeza unos pocos centímetros y dirigí mi mirada a lo que estaba haciendo. Con su mano arrancó algo de la hierba con cuidado y sonrió. Cuando lo vi, mi corazón se enamoró de él.

—Una flor blanca —comentó.

—Una margarita, querrás decir —contesté, diciendo lo obvio.

—¿Para qué ponerle nombre a todo? —Me quedé extrañado con esa respuesta—. ¿No es mejor que le inventes tú uno?

—¿Y te parece mejor llamarla flor blanca? —pregunté, sorprendido por el consejo que me acababa de dar.

—Exacto —sonrió orgulloso.

La agarré y la observé con detalle.

—Una flor blanca... —murmuré para mí mismo.

—Eso mismo —confirmó.

Lo que yo no sabía era que esa flor blanca iba a ser la razón de todo.

—¡Bien! —exclamó, apartándome de encima—. ¡Hora de volver a

la piscina!

Me puse de pie y lo miré con la cara típica que pondría una persona a la que no le gusta repetir las cosas.

—¿Otra vez?

Dani ni siquiera me contestó, me agarró del brazo y me llevó de nuevo hacia la famosa piscina. La misma en la que hace pocas horas le había comido la boca por primera vez.

Parecía que hubieran pasado meses desde aquello.

Cuando nos acercamos a la casa, decidió hablar.

—No será otra vez.

—¿Me estás diciendo que no tienes memoria a corto plazo y no te acuerdas de nada?

Lo dije con tanta seriedad que le hizo reír.

—No, gilipollas. Digo que no será como antes.

—Y ¿qué haremos? —pregunté—. ¿Vaciar la piscina?

No sé si era el alcohol que seguía haciendo de las suyas, pero estaba haciendo el ridículo.

—Nos vamos a bañar —me respondió con picardía—. Pero...

—¿Qué?

—Desnudos.

Mis ojos se abrieron como platos. Parpadeé unas cuantas veces y alcé el dedo, tratando de analizar lo que acababa de decir.

«No puede estar tan salido», me dije a mí mismo.

Puto iluso.

—¿Desnudos... desnudos?

—Sí, hijo, sí. —Él seguía riéndose, como si todo fuera una comedia—. En pelotas.

—Ni de coña.

—¿Eh? —Se relamió los labios y se acercó a mí de nuevo.

Fue la primera vez que comprendí que unos ojos te pueden decir de todo. Porque dijo de todo y mi cuerpo se congeló.

Sabía perfectamente que eso no iba a acabar con nosotros dos vestidos.

—Me estás diciendo —bajó su mirada a mi chándal (bueno, era suyo, pero prestado) y con los dedos tiró de la goma— que hace nada nos hemos liado por primera vez, nos hemos bañado en gayumbos y hemos rozado cuerpo con cuerpo y ahora... —soltó la goma del chándal y me miró a los ojos, fijamente— ¿no eres capaz de hacer esa

locura conmigo?

Tenía razón. No pude negárselo y él notó como no tenía argumentos para decirle nada en contra. Así que, sin más preámbulos, dio comienzo la mejor experiencia de mi vida.

—Bueno —alzó las manos—, tendré que empezar yo.

«No lo hará. No lo hará», susurré en mi mente, entrecerrando los ojos miles de veces.

De nuevo, Luke, eras alguien demasiado iluso e inocente.

De un impulso, se quitó el chándal gris y volvió a estar en calzoncillos, pero por poco tiempo, porque parpadeé un instante, se lo quitó y se lanzó a la piscina.

En el instante en el que vi su culo al aire libre, supe que él sí sabía vivir la vida.

—¡Vaaa! —Me empezó a salpicar con agua—. ¡Prometo no tocártela! —Puso los ojos en blanco—. Naaah, lo haré de todas formas.

—Eres un cabrón, que lo sepas.

—Sí, sí —rio de nuevo—. Pero tú ven y déjame cumplir uno de mis sueños.

—Está bien.

Visualicé mis movimientos; iba a hacer la mayor locura de mi vida. Suspiré, inspiré y, sin temerle a la vida, hice los mismos gestos que él. Empecé por el chándal y noté su sonrisa junto a su ilusión clavándose en mi cuerpo.

Pasé unos segundos en gayumbos, pensando si era una buena idea o no.

Fueron los segundos más largos e inquietantes de mi vida.

—¡Tú solo vive! —chilló—. ¡Vive, Luke, la vida es muy corta!

Me tapé antes de saltar a la piscina para que no pudiera verme. Al hacerlo lo salpiqué y eso me hizo soltar una carcajada bajo el agua. Cuando salí a la superficie, me froté los ojos, revolví mi pelo para estar bien peinado y lo vi esperándome.

Otro flechazo.

A dos centímetros de mí. Sonriéndome y mirándome como si fuera una maldita joya. Esa mirada fue penetrante, purificadora y curativa para mí.

Todos mis miedos se fueron, todo mi malestar desapareció, y tan solo con esa mirada, con esos ojos tan bonitos, lacrimosos y con sus pupilas dilatándose cada vez más dio unos pasos lentos y por un

momento lo invadió la timidez.

—Es hora de cumplir mi sueño —susurró—, ¿no?

—Y ¿cuál es?

Sonrió aún más, como si hubiera sido de estúpido haber preguntado eso, y, como de costumbre, pasó suavemente su mano por mi cuello hasta parar en la nuca, apretando tiernamente y atrayéndome hacia él. Dejando que los besos fueran libres y que la galaxia que se formaba cuando uníamos nuestros labios estuviera viva otra vez.

Lo que él me hacía sentir era magia.

—Esto —respondió, después de separar sus labios de los míos sin dejar de rozar su frente con la mía.

—¿Besar a un tío en pelotas metidos en una piscina? —reí nervioso.

Mi risa se le contagió y negó con la cabeza.

—No. —Su tono de voz se endureció.

—¿El qué, entonces?

Se quedó callado, mirándome, y al final decidió decirlo.

—Tú.

—¡Buenos díaaaaaas! —Abrió de par en par las persianas de la habitación y mis ojos hirvieron por la luz solar—. ¡Va! —Luego procedió a quitarme la sábana, dejándome al descubierto.

Como no reaccionaba, hizo lo que no había hecho la noche anterior.

—¡EH! —Funcionó, me levanté de golpe.

—No me hacías caso —me vaciló.

—¿Y por eso tienes que agarrarme de la polla? —Fruncí el ceño.

—Poco he hecho.

¿Cómo tenía tanta cara?

—Sé que te mueres por comérmela —murmuré, pero no lo suficientemente bajo.

Dani, entonces, justo cuando estaba a punto de cerrar la puerta de la habitación, volvió a abrirla y se mordió el labio, tensando la mandíbula.

«Hombre muerto», me dije a mí mismo.

Tragué saliva y me apoyé en la pared, apreciando cómo intentaba

reprimir una risa y me echaba una ojeada demasiado profunda. Se acercó, despegándose de la puerta, rodeando la cama con delicadeza, moviendo la cabeza y haciendo gestos raros.

Acabó acercándose a mi oreja.

—Si fuera por mí... —dijo en mi oído—, ahora mismo te follaría y te dejaría sin aliento.

Tuvo la decencia de parar y apartarse.

—¿Estamos? —Asentí, sin saber cómo reaccionar—. Perfecto. Te espero abajo.

«Tuviste que hacerte el valiente, ¿eh, Luke?»

Aun así, lo más gracioso de ese instante fue que yo quería todo lo que me ofrecía.

Su voz tenía poder sobre mí, y eso no me gustó ni un poco.

Para cuando pude reaccionar, dije lo siguiente:

—Me cago en la virgen santa de todos mis putos sentidos.

Pasé la mano por mi pelo revuelto y volví a hacer de las mías.

—¡JODER! —Solté todo el aire que retenía mientras me ponía la mano en la frente y analizaba su frase.

Me levanté de la cama y bajé la mirada.

—Efectivamente, él sabe lo que hace con mi cuerpo.

Cogí mi ropa, pues la había dejado colocada en una silla vieja, y me la puse.

Cuando bajé por las escaleras, ahí lo vi, junto a Javi.

—Buenos días —saludé.

Me senté a la mesa del comedor y miré cómo Dani se estaba untando un trozo de pan con paté. Notó mi mirada.

—¿Quieres una? —preguntó con una sonrisa—. Si te apetece te la hago. —Me guiñó un ojo y sacó un trozo de pan—. Va, te la hago.

«Hijo de puta», pensé.

Mientras, con el cuchillo, untó mi rebanada de pan con paté. Desvíe mi mirada hacia Javi. Él estaba disfrutando de la escena.

—¿Qué tenéis pensado hacer hoy? —preguntó.

—Pues... Luke y yo tenemos tareas que hacer —contestó, y paró un momento para toser—. Así que estaremos en mi cuarto.

«Oh, no», pensé de nuevo.

—¿Verdad, Luke?

Sacudí la cabeza, tratando de evitar las indirectas, y respondí:

—Sí, sí —le sonreí—. Pero no estaremos mucho rato —

contraataqué.

—No hace falta estar una hora.

En ese milisegundo, supe que había perdido la pelea. Javi empezó a mirarnos sin entender gran cosa, preguntándose qué estaba pasando, pero decidí responder. «Para qué quedarme callado», me maldije.

—Depende de lo rápido que se acabe.

Le dolió. Supe que le dolió. No pensé en el después.

—Bueno, podemos repetirlo para así practicar —sonó tan directo que lo arregló— para el examen.

Ahora sí que sí, tuve la buena idea de callarme.

—Ten. —Me tendió el trozo de pan con paté.

Vi cómo se le escapaba la risa. Luego, decidió guiñarme el ojo de nuevo e ignorarme.

—Javi, ¿tú que tal has pasado la noche?

Lo quería matar. No, matar y rematar. Pero ni las ganas me salían, menos con ese perfil que tenía. Hasta de lado era guapo.

Cerré los ojos un instante y preferí no escuchar a mi mente. Aunque tenía razón.

—Pues... —Paró un momento de revolver el café, se arregló la bata y ladeó la cabeza, desganado—. La verdad es que me tumbé y me puse a ver películas.

Yo le presté atención, pero sé de alguien que no lo hizo. Porque Dani me miraba sin parar, dejando sus ojos sobre mis labios durante segundos que eran eternos.

Él me quería. Mucho. Y me miraba como si fuera su auténtico sueño.

—Conque tareas... —comenté molesto.

—Sí. —Alzó las cejas—. Hay que hacer el trabajo de matemáticas.

—Así que no ibas con esa intención.

—¿Qué intención?

Mi cara lentamente se pintó de payaso, pero obviamente, no duró mucho.

—¿Te refieres a cómo has babeado?

—Te odio.

Rio y me agarró de la cintura rápidamente.

Luego, se quitó la camiseta y abrió el armario para coger una más limpia.

Yo no quería que se pusiera otra camiseta. Me coloqué delante suyo y lo detuve mientras pasaba el cuello de esta por su cabeza. Despacio, deshizo el acto de ponérsela y me miró extrañado.

—¿Qué quieres?

Como lo estaba poniendo todo difícil, perdí el interés rápidamente.

—Nada, vístete, voy al baño.

—¡Eh! ¡Eh! —Me agarró del brazo y me atrajo hacia él—. No te vas a ir tan rápido. Me debes algo, ¿no?

—¿Yo? —pregunté ofendido.

—Sí. —Tiró la camiseta en el armario y lo cerró, esperándome.

—¿Se puede saber el qué?

Apretó la mandíbula y me hizo otro repaso.

Ya iban cinco en el mismo día, y solo había pasado una mañana.

—No sé, ahora quiero que hagas eso que estás pensando.

—No estoy pensando nada. —Tenía orgullo.

Me enfadé (de broma) y lo dejé ahí quieto, expectante.

—¡Qué gilipollas, Dios! —Puso los ojos en blanco—. ¡Vale, sí! ¡Quiero hacerlo!

Ahí sí que me detuve. Había conseguido que lo admitiera de verdad y que se arrastrara. Supe perfectamente que tuvo que hacer un esfuerzo para dejar de lado su orgullo. Dejé que se acercara a mí y lo miré.

—Quiero hacerlo desde el primer día que te vi.

—Joder... —Me hice el sorprendido—. Eso sí que no me lo esperaba.

—No te pases, Luke —me advirtió—. Luego te arrepentirás de vacilarme tanto.

—No te tengo miedo.

«No sé qué acabo de hacer», me dije.

Dani se acercó más y sus ojos empezaron a brillar. Inquieto, me aparté un poco y él aprovechó para agarrarme del cuello y atraerme hacia su boca poco a poco.

—Ahora verás por qué tendrías que haberte callado.

Repentinamente, después de que su mirada bajara a mi boca y

subiera a mis ojos unas cuantas veces, me empezó a besar apasionadamente. Me empujó contra la cama y yo reboté un poco en esta. Él se colocó justo encima de mí. Cuando estuvimos mirándonos, sonrió y dejó de hacer fuerza con los brazos contra las sábanas para acortar la distancia que había entre nosotros. Sus labios, los míos, su abdomen y el mío se fusionaron en uno solo.

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo? —preguntó—. No quiero que sientas que vamos demasiado rápido.

—Estoy con la persona indicada —susurré.

Feliz, me dio un beso corto.

—Lo haré despacio, tranquilo.

Y sí, lo hicimos.

¡Sorpresa!

Ya había hecho alguna que otra cosa con alguna chica en verano, pero nunca con un chico, y para ser mi primera vez, me sentí muy cómodo. Me quedé con la sensación de haberlo hecho con alguien al que realmente le importaba si yo disfrutaba. Tuve que estar unos minutos analizando lo que acababa de pasar, porque de un día para otro no te acuestas con tu supuesto amigo y lo aceptas como si nada. Algo que recuerdo mucho de esa primera vez con él es cómo, cada vez que él notaba que ladeaba la cabeza (porque tocaba una parte que me causaba inseguridad), quitaba la mano rápidamente y buscaba la manera de hacerme sentir seguro.

—¿Quieres seguir vacilándome? —respondió media hora después.

—No, no —reí.

—Vaya... —carraspeó—, yo que quería repetir el examen.

Me giré hacia él y cuando él hizo lo mismo nuestras miradas impactaron y no pudo reprimir su risa.

—Perdón, chico de la flor blanca.

Me quedé con ese apodo para siempre.

Él aún respiraba agitado, podía apreciar cómo su pecho subía y bajaba rápidamente. Sin embargo, su mirada me transmitía tranquilidad.

El flechazo se repetía una y otra vez.

Aquellos días recuperé la sonrisa que creía haber perdido.

Más tarde, una ola de rechazo íntimo me arrastró. Mi cabeza autodestructiva tuvo que actuar de nuevo. Todos esos «quizás» reaparecieron en mi cabeza, haciéndome dudar hasta de Dani. Él se

dio cuenta.

—¿Pasa algo? —lo bueno del Dani era que sabía pasárselo bien y estar cuando tenía que estar—. Si quieres podemos hablar...

Se sentó.

—No es nada —comenté mientras jugueteaba con mis dedos.

—¿Seguro?

—Sí, sí. —Fingí una sonrisa.

Llevaba mucho tiempo sin fingir una sonrisa.

—No me creo nada, pero no te voy a forzar.

Asentí y me fijé en el techo por primera vez. Este también tenía las estrellas pegadas. Solté una risa desganada y Dani miró también hacia arriba.

—Ya te dije que amo las constelaciones.

—Lo sé. —Las miré una a una, era una gran afición—. Pero no sabía que tanto.

—Ahora lo sabes —dijo seguro y feliz de que lo supiera—. Ahora sabes casi todo de mí.

Me fijé en una larga línea de pequeñas estrellas que parecía una serpiente.

—Es un dragón —me explicó como si hubiera leído mi mente—. ¿Ves? —Agarró mi mano y sacó uno de mis dedos para señalar una parte de la constelación—. Eso se parece a una cabeza, y el resto es la cola.

Seguimos la línea roja que desembocaba ocho estrellas más allá.

—Esa es de las últimas que puse. —Desvió el dedo unos cuantos centímetros y cambiamos de constelación. Esta parecía una cometa, como esas con las que juegas de pequeño—. Es un carro.

—Yo creía que era...

—Una cometa —rio—, yo también pensé eso.

Que me hubiera quitado la palabra de la cabeza me provocó ternura. Lo nuestro, aunque fuera muy reciente, era especial. Él, además, no era como los demás chicos. Le gustaba apreciar las pequeñas cosas. Sabía disfrutar de todo y era consciente de que el sexo no era lo único. Podría ser una tontería, pero hay jóvenes que no saben apreciar lo que es el amor de verdad.

—¿Y tú no tienes ninguna afición así, secreta? —preguntó curioso.

Dejé de observar las extrañas figuras del techo y centré mi

mirada en él. Pasé unos segundos embobado hasta que repetí la pregunta en mi cabeza.

—Me gusta escribir.

—¿Escribir? —Su cara no fue mala, al revés, fue expectante, como si quisiera que le hablara más del tema.

—Sí, poemas. —Me detuve, me sorprendía que me prestara atención—. Historias...

Parecía que quería decir algo, pero no abrió la boca hasta un rato después.

—No sabía que ese fuera tu don.

—Yo no lo llamaría don.

—Créeme, sé que lo es —afirmó sin dudar—. Y no necesito comprobarlo.

Se levantó de la cama de un salto y volvió a ir al armario. Rebuscó en este y sacó un bañador negro.

—¿Nos vamos a la piscina? —preguntó como un niño pequeño—. Esta vez con bañador, tranquilo.

Constelación Osa Menor
El cine y la vida

—¡Lukeee! —chilló alguien—. ¡Túúú!

Me despegué del cojín de la cama y, dejando a un lado el móvil, me dirigí a la ventana. Provenía de fuera. Gritaba lo suficientemente alto como para que lo escuchara, ya que yo no vivía en el primer piso.

—¡Chico de la flor blanca!

Entonces, antes de que pudiera asomarme al cristal, supe de quién se trataba. En mi cara se dibujó una sonrisa enorme y saqué el dedo por la ventana. Después fui corriendo a calzarme y salí de casa. Bajé las escaleras un poco deprisa. No supe por qué me hacía tanta ilusión, si lo había visto en clase, pero el hecho de que viniera a verme fue lo que provocó un vuelco en mí.

Cuando llegué a la planta cero, me miré en el espejo enorme que hay en mi portal antes de salir a la calle y me despeiné un poco más el pelo. Como me había duchado hacía nada, se veía demasiado alborotado. Salí a la calle y ahí lo vi. Dani. Me esperaba apoyado en el árbol. Puse los ojos en blanco y me acerqué a él, como un chico civilizado y no alocado. Estaba bastante guapo, con sus manos metidas en los bolsillos, unas gafas de sol que llevaba colgando de la camiseta y con el cabello despeinado de una manera absurdamente lógica que le sentaba bien. Él me sonrió y cuando me tuvo a menos de un centímetro, me agarró del cuello y me dio un beso suave y dulce.

—Es jueves, día escolar —comenté—. ¿Qué haces aquí?

—Llevarte a ver una película, al cine.

No puedo negar que esa propuesta inesperada me encantó.

—¿Cuál veremos? —dije ilusionado.

—La de *Logan*.

Sí que me conocía, sí. Sabía mis gustos.

—A mí no me gusta mucho ese género, pero si a ti sí, me adapto —dijo mientras el viento le despeinaba el cabello y me daba un abrazo —. Me has hablado tanto de esa peli que era una aberración no

llevarte.

—Espera —lo detuve—. No voy a dejar que pagues mi entrada.

Alzó las cejas, mirándome desafiante.

—¿De verdad quieres empezar esta estúpida pelea?

—Sí, porque no somos novios.

«Aún, Luke. No sabías lo que te iba a suceder.»

—Ya... —rio nervioso—, pero es un regalo anticipado de tu cumpleaños.

—Pero si hoy es... —me paré a pensar— ¿18 de mayo? —reí, negando con la cabeza—. ¿Seguro que sabes cuándo es mi cumple?

—¡Pues claro que sí! —contestó enfadado por esa pregunta—. Es el 29 de mayo.

—¿Entonces? —No le seguí el juego. No quería—. Si aún queda tanto, ¿por qué me haces un regalo?

—Porque te lo mereces.

Esa respuesta no me la esperaba. Me dejó sin habla y aprovechó ese instante para arrastrarme hasta el cine pequeño, que quedaba a cinco calles. Era de esos antiguos que aún se conservaban.

—Venga, que no quiero llegar tarde.

Dani le tenía pánico a llegar tarde. Y se notaba.

De su bolsillo de la chaqueta tejana sacó un par de tiques. Al principio estaban posados encima del otro, pero con un pequeño desliz, me los mostró. Los miró con orgullo y me hizo un gesto para que emprendiésemos la marcha.

Solo aguanté quedarme callado un paso de cebra.

—Pienso pagar.

—¡Cállate ya! —se mordió el labio inferior—. Déjame gastar mis caprichos en ti.

—¡Está bien! —Alcé las manos, rindiéndome.

Desvié mi vista hacia las tiendas que había a mi lado y de la nada me rodeó con su fuerte brazo. Me atrajo hacia su torso y me cuidó como si fuera su hijo. Yo no me quejé. Me gustaba esa sensación de ser cuidado.

Hacía tiempo que no la sentía.

Unos minutos más tarde, estábamos entrando por la puerta principal del cine. Él mostró las entradas, que al final acepté que pagara, y pasamos. Entramos por un pequeño pasillo y, desde arriba, apreciamos los asientos que estaban ocupados y los que estaban libres.

La mayoría eran padres con hijos y alguna pareja que otra.

A nosotros nos había tocado la fila siete.

—No he comprado palomitas porque... —abrió su chaqueta un momento y del bolsillo interior sacó una bolsa de chuches— he pensado que esto te gustaría más.

—¡Dios! —exclamé como si fuera un niño viendo un hada por primera vez—. Las golosinas de Coca-Cola.

—Tus favoritas —susurró.

No sabía por qué tenía tantos detalles conmigo. Era todo tan bonito que hasta me daban ganas de pasar toda la vida a su lado. Lo conocía desde hacía tan poco tiempo y lo había cambiado todo tanto...

—Por cierto, una cosa.

Justo cuando la película empezó, él se asomó a mi asiento y esperó a que lo mirara.

—Dime —dije sin observarlo. Estaba demasiado pendiente de lo que iba a suceder.

Tanto que no me vi venir lo siguiente.

Frotó mi mano con la suya.

—¿Quieres ser mi novio?

Con la golosina de Coca-Cola en la boca y sin masticar, giré la cabeza lentamente. Tuve la boca abierta durante unos largos segundos y me dejó de importar si empezaba la película o no. Mi cabeza repetía una y otra vez la frase.

Él, al rato, empezó a mostrarse nervioso. Esperando mi respuesta. Lo noté por cómo entrecerraba un poco los ojos y tambaleaba su pie exageradamente.

—¿Y bien? —insistió.

Mastiqué la golosina al fin y con una sonrisa le dije lo que él esperaba.

—Sí.

—¿Sí?

—Sí, Dani.

Una sonrisa se iluminó en su rostro y sus ojos brillaron. Soltó un pequeño «Perfecto», casi inaudible, y se puso a mirar la película tan tranquilamente.

Creo que pensó que no había llegado a verlo, pero hizo una pequeña celebración para sí mismo.

—Tengo que besarte.

De un impulso, saltó a mis labios y lo hizo delante de todos. Me besó con pasión, mostrándome lo que sentía por mí. Yo, seguidamente, solté la bolsa y con mi dedo gordo froté su oreja. Le di otro beso y luego paré. Nos quedamos mirándonos un par de segundos y esa mirada me lo gritó todo sin decir nada.

—¿Vemos la película? —pregunté tímido y entre risas.

—Sí, sí.

Dos horas después volvimos a salir a la calle, aunque ahora había dos diferencias. La primera era que el sol había decidido esconderse. Y la segunda, que Dani me cogía de la mano sin problema. Porque, aunque pareciera increíble, éramos novios.

Y esa fue la cosa más extraña y fantástica que viví.

Tenía una sensación en mi corazón indescifrable.

Una persona sí que podía revolucionarte por dentro. Alguien sí que podía remover tu cuerpo y convertirlo en algo precioso. Él estaba consiguiendo, sobre todo, que después de un largo tiempo desconfiando de la gente y huyendo de los demás por miedo a salir herido, pudiera poner la mano en el fuego por alguien. Tenía la certeza de que él no me haría daño. Ni siquiera podía pensar en eso cuando sabía que haría cualquier cosa por mí.

—La película ha estado increíble —dije para romper el hielo.

—Me alegro de que te haya gustado.

—¿Dónde vamos ahora? —pregunté, viendo que no estábamos volviendo por la avenida.

—No solo iba a llevarte al cine.

—¿Ah, no? —solté curioso.

Con ir al cine aquella cita ya me parecía perfecta.

—Claro que no. En toda ci... —dejó de hablar un segundo. Todos sabemos lo que iba a decir—. Hay que ir a cenar —concluyó.

—¿Me vas a llevar a uno de esos restaurantes de los Michelón?

Paró de mover nuestras manos entrelazadas y apretó los labios, tratando de no pegarme. Yo no era consciente de la burrada que acababa de decir.

—¿Michelón, Luke?

—Sí. —Los idiomas no eran mi fuerte.

De repente empezó a reírse y a pasar su mano por su rostro. Me

molestó un poco.

—Michelin, bobo. —Apreció mi cara de «¿Qué?» y se mofó de mí —. Estrellas Michelin.

—Lo que he dicho —musité.

—Ya claro y ahora te quiero significa *te quielón*.

Le solté la mano de un tirón y tensé la mandíbula. Me encantaba hacerme la víctima.

—No, hombre, no. —Puso los ojos en blanco, viendo mi dramatismo—. Me he enfadado.

Dio un paso largo y me agarró de la cintura, atrayéndome hacia él.

—Deja de hacerte el tontito, que te pones muy tierno así.

Esa no fue mi intención. Ni para enfadarme servía.

—Si me rio de ti es porque me gustas muchísimo.

—¿Y te debo dar las gracias? —pregunté, sin entender.

Puso los ojos en blanco y me regaló una pequeña risa y algo más.

—Te quiero.

Seguía siendo demasiado pronto para algo tan importante como esas dos palabras juntas, pero siempre me dio la sensación de que desde que nos habíamos conocido, le había tenido un cariño diferente que a los demás. Como si ya nos hubiésemos querido mucho antes de saberlo.

Me cogió de las mejillas y con su dedo pulgar rozó mis labios, antes de darme un beso cálido. En cuanto se separó de mis labios, mi enfado se esfumó. Tenía un poder sobre mí abrumador.

—Ven, que toca llevarte al último destino de hoy.

—Me das miedo —contesté.

—Más miedo me da lo que siento yo por ti.

Dani, a veces, tenía su toque caliente, esas ganas de hacer de todo y, luego, frases como aquellas, que mostraban su lado tierno. Era como el fuego y el hielo. Era increíble.

Después de andar un buen rato, aunque se me hizo ameno estando a su lado, llegamos a un lugar oscuro. Un parque, concretamente. Bueno, el único grande de nuestra ciudad. Había pocos que visitar, y la mayoría eran recientes. No había ni rastro de nadie.

—¿Preparado? —preguntó, soltándome de la mano.

—Sí —dije con miedo—. Aunque no sé para qué.

—Ahora lo verás, curiosón.

Avanzó unos pocos pasos hacia un arbusto. Al principio pensé que se le había ido la olla después de atravesarlo y desaparecer entre el matojo ese, pero cuando (después de obligarme a seguirlo) vi lo que había ahí escondido, mi boca se abrió.

¿Cómo podía ser tan romántico?

—¡Taratatá! Me ha ayudado Javi —sonrió, expectante por mi respuesta. Al ver que no decía nada, empezó a mostrarse nervioso—. Sé que es un poco ñoño todo esto, pero...

—Es perfecto —concluí, consiguiendo cerrar la boca.

—¿Sí?

Asentí. Me había preparado esa escena tan romántica de las películas. Con un mantel de cuadros gigante y con una linterna en el medio apuntando hacia arriba. Hay que admitir que eso me hizo gracia, era muy de su estilo. Y, cómo no, encima de ese mantel tan simple, se extendía una caja de pizza. Fui a abrirla, esperando que fuera mi preferida, y otra vez más me demostró que me conocía al cien por cien.

—La pizza es cuatro estaciones.

—Así es —afirmó, sentándose en el mantel—. Tu favorita.

—¿Por qué me conoces tanto?

—Porque me gusta todo lo que sea sobre ti.

Que le hubiera dicho que sí a ser novios fue la mejor decisión; además, sé que a él le encantó, no conseguía borrar su propia sonrisa, todo el rato iluminaba e irradiaba brillo. Él era el mejor novio que uno podía tener.

—¿Te acuerdas de lo borde que fuiste conmigo?

—¿Cuándo? —le pregunté con la boca llena.

—Cuando tuvimos que hacer el trabajo de Literatura.

—No fui borde —me quejé.

—¿No? —rio—. ¡Si casi me echaste de tu lado a patadas!

Me quedé sin decirle nada un momento para terminar el trozo y luego le eché una mala mirada.

—¿Sabes que te odio? —respondí.

—¿Tú? —se mofó—. ¿A mí?

Era un cabrón, él sabía perfectamente que no podía odiarlo.

—Sí. —Intenté hacerme el fuerte—. ¿Por qué no iba a poder

odiarte?

—Porque alguien que me odiara no habría puesto esos ojos lacrimosos al ver esta pequeña... —Seguía sin poder decirlo. Y luego lo dijo—: Cita.

—¿Cita?

—Sí —confirmó orgulloso—. Una cita. La mejor de todas.

—Bueno, bueno... —Carraspeé.

Le hice dudar y eso lo notó. Masticó un poco de pizza y desvió su mirada hacia los arbustos.

—Ya sé que las hay mejores —soltó molesto.

—No, no —negué, dejando en la caja de cartón la porción a medias—. Esta ha sido una de las mejores.

—Si acabas de decir que no.

—Para cabrearte.

Apretó la mandíbula y miró hacia abajo.

—Pues lo has conseguido —contestó, aguantándose la risa—. Quién diría que el mismísimo Luke cabrearía a Dani.

—He aprendido del mejor maestro.

Sonrió y dejó su trozo a medias también, cerró la caja y la dejó a un lado, fuera del mantel. Limpió un poco su labio de tomate y con un pequeño impulso, se tumbó, dejando una pierna formando un triángulo con el suelo y la otra estirada, con las manos tras la cabeza y mirándome sin parar.

—Supongo que ese soy yo.

Acto seguido hice lo mismo que él. En pocos segundos nos quedamos mirándonos y con el cielo estrellado sobre nosotros. Era la misma escena una y otra vez, pero en diferentes localidades. La única cosa que se parecía era que él y yo seguíamos mirándonos felices y enamorados.

Nuestro amor fue único.

—Ven aquí, flor blanca.

Dejó un pequeño espacio y, mientras extendía la mano, con una diminuta fuerza, me llevó a su pecho, dejando que apoyara mi cabeza ahí. Jugueteó con mi pelo y sonrió aún más.

—Te has vuelto un romanticón.

—¿Yo? —Alzó las cejas—. Solo es una parte de mí, luego verás la otra en la cama.

Reímos a la vez y en mi cuello noté su voz resonar por todo su

cuerpo. También me vino su olor, aquel tan peculiar y profundo que le daba un toque a su manera de ser.

Al rato, sin embargo, empecé a cerrar un poco los ojos; llevaba un día bastante agitado y esa posición no me ayudó mucho a mantenerme despierto. Eso no pareció molestarle, ya que siguió haciendo formas en mi pelo y no apartó sus ojos de mí.

Dani era un loco de amor.

Él era mi flor roja, y yo, su flor blanca.

—Despierta, tontín. —Algo sacudió mi cabeza con un toque cariñoso —. Si quieres vamos a dormir, pero este no es lugar.

En mis oídos retumbó una sonrisa tímida y suave.

—Joder, sí que estás cansado —se mofó, haciéndome de todo para que me despertara—. Y yo que quería acción esta noche.

—Y la vamos a tener —comenté con los ojos cerrados aún.

—Así que estás despierto de verdad... —resopló.

Entonces, de todas las formas en las que podría haber llamado mi atención, Dani eligió la menos apropiada.

—¡Eh! —Me levanté de golpe, quitándole la mano de ese lugar.

—¡Hombre! —Puso morritos—. Esta técnica va a funcionar siempre, por lo que veo.

—Hasta que te la devuelva, pero con una hostia. Ambos sabemos quién ganaría la pelea.

—¿De cosquillas? —Se burló—. Porque de fuerza...

Me invadió la rabia y le pegué un puñetazo fuerte en el hombro.

Él observó el lugar golpeado y abrió los ojos como platos. No se lo esperaba.

—No sabes lo que acabas de iniciar. —Entonces, supe que la había cagado—. Tú no sabes lo que me pone esto.

—¿Cómo te va a poner que te peguen? —pregunté asustado.

Negó con la cabeza, mordiéndose el labio.

—No me pone eso, me pone cuando me demuestran que estaba equivocado.

—Pues vete tomando calmantes, que siempre tendré la razón.

Me levanté del mantel, con los ojos un poco cansados aún, y me fui a recoger la chaqueta para ponérmela.

—¿Dónde vas? —preguntó mientras me agarraba de la manga.

—¿A casa? —reí.

Chasqueó la lengua y con su mirada me soltó la famosa frase: «No, iluso». Miró mis labios, luego mis ojos, de nuevo mis labios y finalmente mis ojos.

«Oh, no.»

Dani puso la mano en mi cuello y empezó a tocar dónde empezaba el cabello. Me hizo una especie de masaje y empezó a deslizar la otra mano por debajo de mi ropa.

—Dani...

—Chis.

Me empecé a poner nervioso y a mirar por todos lados, tratando de rezar para que nadie nos viera, porque eso no iba a acabar bien. Sus dedos fríos y cálidos rozaron al instante mi torso y yo me estremecí. Mi cuerpo estaba subiendo y subiendo de temperatura. Él sabía cómo encender la llama en pocos segundos. Cerré los ojos un momento, tratando de contenerme, pero en cuanto empezó a estirar la goma del bóxer en mi interior solo pude susurrar: «Dios mío».

Él me estaba sonriendo con picardía, disfrutaba de aquello.

Se acercó un instante a mi oído; le encantaba hacer eso.

—Sé que lo sabes, pero tú tienes un poder sobre mí que me hace imposible resistirme —musitó—. Vámonos a casa, que hay que acabar una cosa.

Se separó y me echó un vistazo de aquellos que parecían grabados a cámara lenta. Tensó la mandíbula y noté en el ambiente que tuvo que controlarse para no liarla parda. Negó con la cabeza, en sus ojos percibías que quería decir «Y pensar que he tenido la suerte de conocerte...», y eso produjo en mí miles de mariposas.

—Te ha gustado provocarme, ¿eh?

Tragué saliva, colocándome la chaqueta.

—No lo sabes tú bien.

Soltó una carcajada, guardó el mantel en una minimochila que llevaba, tiró la caja de pizza en una papelera y me tendió la mano. Yo me la quedé mirando unos segundos.

—¿Nos vamos, novio? —Entrelacé mis dedos en su mano y él asintió.

—Bueno, ¿sabes qué? No me gusta eso de «novios». —Hizo las comillas sin soltarse de mi mano—. Prefiero llamarte... —Se paró a pensar un momento, mirando hacia el cielo y sin decir nada.

—¿El chico de la flor?

—Blanca.

—¿Eh?

—El chico de la flor blanca. Ya te lo dije el otro día —terminó sonriente—. Sí, me gusta. Debería hacerlo oficial, bautizarte.

—Eres peculiar —mascullé.

—¿Y eso es malo? —rio—. Ya se ve de lejos que soy muy caótico. Me gusta pintar, la astrología, los maricones... Nada sano.

—Incluso eres posesivo.

Nos detuvimos un momento.

—¿Posesivo yo? —Se hizo el ofendido, aunque ambos sabíamos por qué había dicho eso.

—¿Lo tengo que volver a contar? —le vacilé.

—¡Va! —me siguió el juego mientras retomamos el paso.

Estábamos pasando por el centro de nuestra ciudad, que estaba prácticamente vacía. Era como si el destino quisiera que fuéramos los protagonistas del momento. No había ruido, el único sonido era su risa, que retumbaba por los bancos solitarios y por los árboles.

—Cuéntamelo, que no me acuerdo —sonrió vacilón.

—Mmm —le seguí el rollo—. ¡Ah, sí! —reí recordando la situación—. ¿Qué me dices de cuando un chico se acercó a mí?

—¿Qué chico?

—El del autobús.

—¿Qué autobús?

—El que pillamos el otro día para ir a comprarte ropa.

—¡Ah! —Pareció recordarlo, aunque de un modo fingido—. Vale, ¿y qué?

—Bueno, él tuvo el valor de acercarse a mí y pedirme mi Instagram, cosa que consideré muy valiente. Pero tú, en cuanto viste cómo me miraba, tensaste la mandíbula, le echaste una mirada de asco y soltaste tu frase de posesivo: «Es mío, es mi novio».

—Yo no dije eso... —Evitó mi mirada.

—¿Tampoco me empezaste a tocar la pierna para que se fuera avergonzado?

—Vale, sí, fui yo. —Puso los ojos en blanco—. Pero quería tirarte los trastos, yo lo noté.

—Al pobre chaval lo traumatizaste.

Reímos los dos.

—Pero no soy posesivo —advirtió—. Solo es que no me gusta ver que otros intentan ligar contigo delante de mí.

Asentí, rindiéndome, y cruzamos el paso de cebra. En nada estuvimos en mi casa; había convencido a mi madre para que dejase que Dani se quedara a dormir. No sabían que teníamos algo, y tampoco lo sospechaban.

Estaban siendo las mejores semanas de mi vida, no quería que se acabaran nunca.

—¿Te han contado alguna vez la historia del agujero negro y el humano?

Despejé mi mente de mis pensamientos, dejando de lado la ciudad, y me centré en él.

Sabía que su nueva reflexión me iba a encantar.

—No... —contesté.

—Verás... —Sonrió y apretó sus dedos contra los míos—. El agujero negro absorbe toda la energía, ¿no?

—Ajá.

—Pues se dice que hubo un agujero negro que, al principio, en lugar de absorber, daba energía. En vez de robarla, la producía.

—No entiendo.

Forzó la mirada y me echó un vistazo por encima.

—Es como el ser humano. Todos alguna vez hemos dado felicidad a los demás, todos hemos ofrecido nuestra energía. Hasta que nos partieron en dos, cuando decidimos absorber felicidad de los demás, robar energía del exterior.

Dejó pasar un segundo sin decir nada.

—Esa es la historia del agujero negro y el humano. El humano quiso ser el agujero negro antes de llegar a serlo.

Al terminar tarareó una canción e ignoró mi expresión facial. En cuanto se volvió a centrar, le sorprendió verme con la boca abierta.

—Pero ciérrala, que entrarán las ratas.

Parpadeé varias veces ante su respuesta.

—Las ratas no vuelan.

—Por ahora —me advirtió.

—¿Vas a hacer que vuelen?

—¿Quién dice que no soy un mago? —Jugueteó con las cejas, alzándolas y bajándolas una vez y otra.

—¿Y si yo soy un hombre lobo?

—¡Pues perfecto! —exclamó—. El hombre lobo y el mago —Intuí que en su cabeza se formaba toda una historia de fantasía—. Entonces te haría un hechizo.

—¿Cuál? —pregunté intrigado.

—El de atarte para siempre a mi vida.

Me lo quedé mirando un segundo, bajé la vista, observado su cuerpo, y luego volví a subirla, chocando con su mirada fija en mí. Después de eso, cómo no, surgió la sonrisa nerviosa.

¿Lo peor? Que ese hechizo nunca existió.

—¡VAMOS!

—Pero ¿por qué corres? —pregunté exhausto.

—¡Por qué lo digo yo! —chilló, a cincuenta pasos de mí—. ¡Va, corramos por estas calles vacías!

—Mejor por la carretera —susurré, pero me olvidé de que, en el silencio, el susurro se oye.

—¡DI QUE SÍ! —Se desvió y fue hacia el asfalto—. ¡Va! ¡Chico de la flor blanca!

De repente, vino a mi mente el mote definitivo de Dani, el sustitutivo de la palabra «novio» para él. Me pareció tan perfecto y acertado que lo grité para que lo conociera.

—¡Ya voy, chico de las constelaciones!

Hortensia
La noche junto a ti

29 de mayo

—¡DANI! —chillé tratando de que parara de esprintar como un loco.

—¡Corre, Luke, corre por tu vida! —gritó entre carcajadas—. ¡Huye como si lo que hubiera detrás fuera el fin del mundo!

—¡¿Adónde creéis que vais?! —De repente un policía apareció delante de nosotros.

—Mierda. —Dani me agarró del brazo con fuerza—. ¡Por aquí!

Nos metimos por un callejón muy estrecho y corrimos lo más rápido que pudimos. Noté cómo los edificios se encogían de lo cerca que estaba de la pared. El tiempo parecía otro en ese instante. Quién diría que yo acabaría escapando de la policía y corriendo junto a mi novio de noche por un lugar que no conocíamos.

—¡Sube! —Se arrodilló y puso sus dos manos juntas para que yo pusiera el pie.

—¡No! —me negué asustado—. Estás loco.

El muro que se extendía ante nosotros era gigante. Me doblaba, al menos, la altura, y eso significaba que tenía que saltar. Por suerte, había algún ladrillo roto que dejaba un agujero profundo en el muro y eso nos facilitó la escalada.

—¡Luke!

De reojo, vimos que el agente estaba muy cerca de nosotros. Dani me sonrió.

—¿No querías vivir una película en la vida real? —Asentí—. Pues este es tu momento. Siéntete el protagonista de la peli de acción más increíble que hayas visto.

Puse el pie en sus manos y escalé el muro. Pasé al otro lado tratando de no romperme ningún hueso y me dejé caer. Llegué a golpearme un poco el brazo, pero rápidamente me puse en pie. Por una vez no había sido tan patoso.

Él aterrizó a mi lado. Eso sí, cayó con facilidad. Parecía que hubiese hecho eso unas mil veces. Nos miramos y ambos nos pusimos a reír como imbéciles.

—Hay que seguir corriendo, señor García —dijo mientras intentaba controlar su respiración.

—No puedo..., no puedo más.

Tenía el corazón a mil por hora. La resistencia no era uno de mis puntos fuertes y no estaba capacitado para correr al lado de un futbolista de primera. Tenía la sensación de que en cualquier momento se me iba a salir el corazón por la boca.

—¡Va! —Echó a correr de nuevo—. ¡Venga, puto lento de mierda!

Lo miré un momento e intencionadamente dibujó una sonrisa en mi rostro. Pasé unos largos segundos embobado al recordar que ese chico de allí era mi novio. Una vez reaccioné y vi cómo me enfocaban con una linterna, sacudí la cabeza e hice un esfuerzo. Cogí aire y arranqué de nuevo tras él. Corrimos más de cinco minutos seguidos hasta que Dani paró en mitad de la carretera.

—¿Qué haces? —pregunté, mirando que no pasara ningún coche.

—No hay coches aquí, tranquilo.

Acto seguido decidió tumbarse en el asfalto negruzco.

Observó mi cara de confusión e hizo una mueca.

—Estamos en la carretera Latenta. —Al ver que no la conocía, decidió incorporarse y mirarme con cara despectiva—. La única por la que no circulan coches.

Nada. Nunca lo había escuchado. Dani se tumbó. Estuvo un instante sonriéndole al cielo estrellado. Ojalá estuviera pensando en mí mientras clavaba la vista en él.

—Está cortada por ambos lados —continuó explicando.

Cuando supe que no había peligro de que muriéramos atropellados y aplastados como un plátano, decidí imitarlo y tumbarme a su lado.

El suelo estaba frío, cómo no. Aun así, el cielo estrellado era increíble.

—¿Cómo es que conoces este lugar? —pregunté.

—Conozco la ciudad mejor que tú.

—¿En serio? —puse los ojos en blanco, sin creerme que me pretendía restregar que no conocía este lugar—. Perdón por no saber

que existía una carretera abandonada.

Ladeó un poco la cabeza y enarcó una ceja. Juguetón, pasó la mano por debajo de su cabeza y la apoyó en esta. Su sonrisa era dichosa y viciosa.

—Mira que eres idiota... —suspiró con ternura.

—Eso dímelo tú, que has decidido robar en una tienda. La policía no nos ha perseguido porque se aburría...

—Quería comprarte una cosita —sonrió—, pero no tenía dinero.

—Cómo te odio...

Hubo un momento de silencio, pero de aquel tan bonito que tenía con él siempre. Nunca había estado incómodo a su lado.

—¿Te vas a quedar ahí? —murmuró mientras observaba la distancia que había entre nosotros.

—Estoy cómodo aquí.

—Yo no.

De un impulso levantó todo su cuerpo y sin pensárselo dos veces, se tumbó sobre mí. Aplastándome y dejándome sin aire. Rio ante la situación y apoyó su cabeza en mi pecho. No pude evitar sonreír mientras entremetía mis dedos en su fino cabello.

—Por cierto, felicidades, guapo.

Antes de que pudiese responder, me dio un beso corto.

—Te has acordado...

—Claro, cómo no iba a acordarme de tu cumpleaños —dijo vacilón.

—Cuesta creer que nacimos tan cerca...

—Un poco más y somos hermanos.

—Uf, no.

Vio mi cara de molesto y comprendió que me habían entrado ganas de pegarle un puñetazo.

—Ya se ha puesto dramático... —susurró para sí mismo—. Nunca me dejas terminar. Habría dicho que mejor que no lo seamos, porque si no, no podrías ser mi novio.

Apreté mis labios y él decidió tirarme de la oreja.

«Oh, no. Lo va a hacer», pensé.

Intenté esquivar sus intenciones, pero acabó haciéndolo igual. No entendí nunca el sentido de hacer eso. Todos lo hacían siempre que podían. Tiró de mi oreja diecisiete veces.

Debo admitir que lo odié por hacerme eso.

Nos quedamos un rato callados y dejé que sus dedos rozaran mi mejilla fría.

—¿Sabes?

Ambos ladeamos la cabeza a la vez y nos quedamos mirándonos. Me podía perder durante infinitos días en sus profundos ojos verdes. No se apreciaban mucho por la poca iluminación que había, pero podía ver el perfil verdoso de sus iris.

—Al principio creí que eras un imbécil.

—¡Anda! ¿No fue amor a primera vista?

—No eres tan guapo. —Carraspeé.

—Dime algo que no sepa.

Extendió un poco su mano y mientras yo lo miraba, el desvió sus ojos para ver cómo pasaba su mano por mi mandíbula. Fue haciendo suaves caricias y acabó dándome una colleja. Tan típico de él...

—¿Qué tal con Mark? —Supe que en algún momento acabaría preguntándolo.

—Sigo sin saber de él.

—¿Todavía nada? —preguntó con un hilo de voz.

—Está en un centro de desintoxicación.

Abrió los ojos como platos y su reacción fue un tanto rara. Mostraba por un lado la sorpresa ante lo que le acaba de decir y a la vez se lo veía un lado enfadado.

—¿Cómo es que no me lo dijiste?

—No te lo tomes como algo lo personal, lo sabe poca gente y quería guardármelo para mí.

Asintió, un poco rencoroso.

—Yo sabía que algo le sucedía. —Vio mi cara de confuso y decidió explicarse—: Alguien no falta a tantas clases así como así, pero me alegro de que haya ido. Tenía un aspecto horrendo.

—Pues sí...

De nuevo estuvimos callados. Mirándonos como dos auténticos enamorados. Seguía inmerso en ese mundo tan verdoso y con sus toques azulados en según qué lado.

—¡Ah!

Después de un largo tiempo tumbados, se incorporó un momento y agarró la mochila que había llevado todo el rato. La tenía a un lado, así que, sin levantarme, miré de reojo qué estaba haciendo.

—No seas cotilla —protestó al ver cómo miraba.

La abrió y de dentro sacó un regalo pequeño, me lo dio extendiendo la mano y yo lo cogí con cuidado; no sabía qué era. Lo observé, tenía una forma rectangular.

—¿Qué es? —le pregunté.

Él movió los hombros y me dijo que lo abriera y así lo descubriría. Giré el paquete y arranqué el papel de regalo. Lo volví a girar y tenía ante mis manos un libro que jamás había visto.

—¿*Razones por las que te odio*? —fruncí el ceño—. ¿De quién es este libro?

—Ábrelo por la página uno —me pidió.

Quité los trozos de papel de regalo que habían quedado pegados en la novela y la abrí por el principio. Traté de encontrar la página número uno y leí el primer párrafo.

«¿Sabéis cuando conocéis a alguien tan increíble que no queréis soltarlo jamás? Eso me pasó un 4 de abril, cuando conocí a aquel chico al fondo de la clase. Al principio me pareció un poco oscuro y apagado, pero cuando lo abrí por otra página que no fuera la primera, supe que iba a ser la mejor historia que iba a leer. Supe que la portada que se había creado era una fachada, y descubrí por qué página debía empezar para saber lo que realmente valía. Os hablo de un joven un tanto especial, no tiene el pelo corto como los demás, no viste como los demás, no sonríe como los demás, no bromea como los demás, es único. Y eso fue lo que me llamó la atención desde el principio. No fueron sus ojos marrones y su pelo oscuro, tampoco fue la peca que tiene al lado del ojo, y mucho menos la cicatriz tan misteriosa de al lado de la ceja. Tan solo fue su sonrisa; su maldita sonrisa.»

—Joder. —Aparté los ojos del libro y lo miré. Traté de no llorar —. Eres una pasada.

—Lo sé. —Me guiñó un ojo.

—Entonces... —ojeé la novela— ¿es un libro sobre mí?

—Qué listo eres.

Eché un vistazo rápido a la novela.

—No sabía que podía tener tantas páginas como protagonista en una historia.

—Te mereces más, pero no puedo escribir tan rápido —sonrió.

Le di las gracias por ese regalo tan increíble. Acerqué mi mano a su barbilla, le froté la piel y de allí pasé a su mejilla rosada y llena de pecas. Le sonreí y lo acerqué a mis labios para darle un beso largo. La

diferencia ahora es que ya no sentía la galaxia, porque la galaxia era él. Me aparté de su boca y me quedé a un centímetro de Dani. Nos quedamos mirándonos, perdiendo la noción del tiempo, observando nuestras imperfecciones, nuestras perfecciones y nuestras almas por fuera. Bajo las estrellas. En medio de una carretera. En medio de la nada. Fue una noche de película y no me arrepentí de nada.

—Parece mentira que hace unos minutos estuviésemos huyendo de la policía— rio, recordándolo.

—Es verdad, ya ni me acordaba...

Nos volvimos a tumbar en el frío suelo. Tenía el libro agarrado con fuerza contra mi pecho.

—¿Tan secreto es este lugar?

—Nadie sabe de su existencia, solo tú —remarcó las dos últimas palabras.

—¿Soy el primero al que has traído aquí?

—Sí.

—Eso lo dicen todos, seguro que has estado con más gente.

—Luke, eres el único con el que me he currado la relación. Porque sé que vales mucho y que puedo arriesgarlo todo por ti.

Eso derritió mi corazón. Fue demasiado bonito.

—En ese caso, qué privilegiado soy —admití, en tono de burla.

Su cara perdió la sonrisa y dejó escapar un suspiro.

—Luego seguro que me das la patada y te vas de mi vida —dijo serio. Tanto que me extrañó que pensara eso.

—¿Por qué dices eso?

—Pues no lo sé. —Sus ojos empezaron a perder brillo.

—¿Dani? —Dejé de mirar las estrellas y me fijé en él—. ¿Va todo bien? Si tú estuviste en mis malos momentos, yo también estaré en los tuyos.

Chasqueó la lengua y empezó a jugar nervioso con sus dedos. No dijo nada durante un buen rato, como si no hubiera pasado nada. Mordió su labio inferior incorporándose bruscamente, se frotó el pantalón con fuerza y acabó por levantarse. Su mirada parecía muerta, perdida.

—Sé que te acabarás yendo.

Yo me levanté, negué con la cabeza y me puse a su lado.

—¿Por qué crees que haré eso?

Miró más allá de mí, como si no estuviera. Volvió a clavar sus

ojos en los míos.

—Ya perdí a mi padre. —Tragó saliva—. He perdido a mucha gente. Estoy acostumbrado a que todos algún día acaben desapareciendo sin decirme adiós.

Lo peor es que cuando dijo esas palabras, yo me sentí identificado. Muchas veces, cuando uno menos quería, acababa perdiendo a gente a la que jamás habría pensado perder. Ese era uno de los peores dolores de la vida: saber que, aunque tú no hagas nada, pierdes a alguien que te importaba y a quien realmente querías.

Me pasó antes de conocer a Dani. Entonces, recordé a todas aquellas personas que se habían esfumado de mi vida en un abrir y cerrar de ojos. Lo que me preocupó fue darme cuenta de que no me cabían en los dedos de una mano.

—Créeme que te entiendo, pero ahora estoy aquí.

—No sé... —dijo indeciso.

—Aparte —sacudí la cabeza, tratando de analizar todo—, sé que lo de tu padre fue una absoluta desgracia, pero debes saber que él sigue a tu lado. No hace falta que fumes cada vez que lo eches de menos.

—Ya, pero no está aquí.

—Sí, sí está —miré hacia el cielo—. ¿Ves las estrellas?

Asintió.

—Él es una de ellas. —Le sonreí mientras colocaba mis manos en sus hombros—. Siempre estará guiándote para que no te pierdas en el inmenso mar llamado adolescencia. Y, si algún día desaparezco, quiero que mires hacia las estrellas y me busques. —Las señalé—. Seguramente las estaré mirando a la vez que tú.

—Entonces ¿desaparecerás?

—No he dicho eso, pero la vida a veces sorprende, como dices tú.

No lo convencí, al revés, lo empeoré.

—Hagamos una cosa, retrocedamos en el tiempo.

—¿Cómo? —preguntó perplejo.

—Volvamos a tumbarnos en el suelo y tú en vez de decir que yo me voy a ir de tu vida, dices que no quieres que me vaya.

—Tú estás loco.

—¡Va! —lo animé a hacerlo—. Tú antes me has hecho saltar un muro.

Eso le hizo gracia y sonrió cruelmente. Era un pequeño demonio.

—Qué patoso te veías...

—Capullo —le di un golpe.

Tardó poco en aceptar.

—Está bien... —Puso los ojos en blanco mientras se volvía a sentar—. Retrocedamos en el tiempo.

Con pocas ganas, Dani se tumbó de nuevo en medio de la carretera, a mi lado. Me quedé en el suelo fijándome en el cielo nocturno y empecé a reírme sin ningún sentido. Él me observó, acabando de la misma manera que yo, riéndose como un tonto.

—Bueno, procede. —Dijo con reverencia, como si yo fuese el rey —. ¿En serio vamos a hacer esto?

—Y tanto que sí.

—Joder... —musitó, quejándose.

Tuve que dejarle un tiempo para que se preparara.

—Yo... —hizo una pausa dramática y trató de intentar que sus ojos lloraran— no quiero que te vayas. —De lo absurdo que era todo y por el modo como le temblaba el labio, acabé riéndome.

—Qué idiota eres, te lo juro.

Fue gracioso que dijera eso, cuando había sido yo quien había propuesto la idea.

—No me quieres, ¿verdad?

—No, ahora mismo pienso quemar tu regalo e irme de este lugar tan feo.

Intenté parecer serio, pero más que eso, soné ridículo.

Me miró atónito.

—He dado pena, ¿no? —Le pregunté. Él asintió—. Bueno, te jodes. Soy así.

Él miró mis ojos, yo miré los suyos. Él miró mis labios, yo miré los suyos.

Solté una risa nerviosa y Dani puso mi mano en su corazón, lo miré raro y me dijo:

—¿Notas lo rápido que va? Poca gente consigue ponerme tan nervioso como tú.

Iba a contestarle, pero antes me interrumpieron.

—¡EH! —Nos enfocó una linterna—. ¡AQUÍ ESTÁIS!

—¡HOSTIA PUTA!

Nos levantamos más rápido que nunca, tratando de huir, pero el policía nos alcanzó. No logramos escaparnos.

—Muy bien. —Bajó la luz—. Ahora, venid conmigo.

Dani, de repente, me agarró de la mano e hizo presión; sin entender qué hacía, miré de reojo su cara y él movió los ojos indicándome un lugar. Vi una reja agujereada. Volví a sus ojos y estuvimos dos segundos hablando por señas.

«Ni loco, Dani.»

«Va, chico de la flor blanca, seamos unos rebeldes.»

«No sé, Dani. Quiero vivir, no acabar muerto en una prisión.»

«Tú sígueme el rollo.»

Sonrió y volvimos a prestarle atención al policía.

—Creo que le están robando el coche —dijo Dani.

—Sí, claro, voy y me lo creo —se mofó—. Niñato que eres.

—Me da a mí que un tipo enmascarado está a punto de romper el cristal...

Entonces me di cuenta de lo que iba a hacer Dani.

En unos milisegundos vi como sacaba el móvil de su bolsillo trasero y, a escondidas, abría su aplicación preferida. Una de efectos de sonido. Bajó el dedo un poco y sonó como si se hubiese accionado la alarma de un coche de policía.

—¿De verdad no lo oye? —Señaló el coche como si nada—. Ahora se ha quedado sin cristal.

—He visto cómo has sacado el móvil.

Dani, entonces, giró su cuerpo para buscar una escapatoria y así encontrar un plan B.

—En ese caso...

Giró la cabeza, me agarró de la mano y me llevó a rastras hacia la reja agujereada.

—¡Capullos! —chilló el hombre desde lejos—. ¡Volved!

Dani dio media vuelta para mirar hacia la figura del fondo y levantó el dedo del medio, luego se rio en su cara y pasó directo al otro lado de la reja conmigo.

Fuimos durante un buen rato por una zona que nunca había visto. Era un lugar más rústico y los edificios eran prácticamente casas. Las farolas eran de estilo antiguo y los cables colgaban entre ellas.

—Es la zona pobre —comentó—. Y sí, también conozco este lugar.

Observé cada uno de los rincones que veía, parecía casi una

ciudad abandonada, pero la única diferencia era que allí vivía gente. Los bares estaban llenos de personas mayores con un aspecto horrible y las mujeres descansaban en la puerta de las casas en sillas de madera. Fue prácticamente como si hubiera viajado al pasado y me hubiese ido a un lugar remoto en la década de los setenta. Pero no, no dejaba de ser mi ciudad.

Al rato, por suerte, volví a ver el paisaje típico urbano y me sentí más cómodo. Me giré para ver por dónde había caminado y desde el punto de vista de la ciudad, era como el típico callejón del Bronx, donde venden todo tipo de drogas.

—Es el barrio La Piedra, no conocerás el nombre porque ni los padres lo conocen. Es una sección prácticamente invisible, por así decirlo. Y una de las más traficadas.

Acerté de lleno con el tema de las drogas.

—Pero ¿tú cómo conoces este sitio?

—Hay una cosa que no te he contado, Luke —dijo bajando su tono de voz, y me miró inexpresivo.

Me entró el miedo. Uno que hacía tiempo que no sentía.

—No me jodas que tú también te has drogado —solté sin pensarlo dos veces.

—¡No! —contestó ofendido por la acusación—. Esa cosa te mata por dentro.

—Créeme que lo sé. —Carraspeé, recordando la cara fría y rota de Mark—. Lo he vivido de cerca.

Asintió con la cabeza y empezó a masajear su cuello con la mano.

—¿Te lo cuento?

—Claro.

Bufó, como si lo que fuese a decir fuera muy grave.

—Déjame empezar desde el principio.

—Vale.

Entrecerró un poco los ojos, tenso por la situación.

—¿Nunca te has preguntado cómo sabía quién eras tú?

—Me dijiste que lo sabías por...

—Esa es una de las razones, pero yo sabía de ti gracias a Mark.

—¿Mark? —repetí asustado.

—Luke, ¿de quién crees que sacaba la droga?

—No... No te creo. —Tuve miedo a que afirmara que él era quien le daba toda aquella sustancia mala—. ¿Tú eras quien le conseguías

esa puta mierda sabiendo el mal estado en el que estaba?

No dijo nada, solo siguió andando.

—¡Dani!

—¡Sí! —soltó rabioso—. Sí, Luke. Sí.

—Pero... —Parpadeé despacio tratando de entenderlo—. ¿Por qué cojones hiciste eso, imbécil?

—Tío... —Me detuvo por los hombros—. Yo no lo forcé a nada.

—Pero ¿tú te oyes?

De repente me vino el recuerdo de la fiesta en su mansión y de la bolsa gigante que tenía llena de droga y cigarros.

—Joder, joder —dije pasándome la mano por la frente—. Ahora entiendo de dónde sacaste esa bolsa gigante de mierda que tenías en la casa.

Bajó la cabeza y miró a su alrededor, después soltó un largo suspiro.

—Yo no sabía que su adicción era grave. A veces me pedía mucha cantidad y yo le decía que no, pero pensaba que él era responsable.

—Por tu culpa está en un centro de desintoxicación. —Apreté los dientes.

—¡Eh! —Subió el tono—. Yo solo le conseguía lo que quería.

—Pues gracias a ti, casi se mata.

—¡Luke!

Traté de decirle algo más, pero antes de explotar de nuevo, apreté con ira las manos.

—Déjalo, me voy a casa.

—¡No me has dejado explicártelo! —Agarró mi hombro para que me detuviera.

—Suéltame, Dani.

—Luky...

—¡NO! —Lo empujé—. Ni Luky ni nada, paso de estar al lado de un camello.

En ese momento pensé que actuaba bien, pero ahora sé que no. La ira predominó ante la lógica.

—Primero de todo, relájate. Segundo, yo no he dicho que sea camello.

—Entonces ¿no le pasabas la droga?

—Eso sí.

—Pues ya está.

—Pero ¡solo he hecho eso!

—Y ¿por qué? —insistí sin comprender nada.

—¡Porque necesitaba el puto dinero! —chilló, con una mirada fría que nunca le había visto—. Era una manera rápida de conseguir pasta, por eso empecé a vender. Mark fue uno de mis clientes...

Me aparté y lo miré confundido.

—Necesitaba el maldito dinero... —repitió, ya más relajado.

—Pero si tú eres rico, ¿de qué hablas?

—¿Tú naciste del revés o qué? El rico es mi abuelo. —Su expresión cambió brutalmente—. Necesitaba el dinero para pagar la puta operación de mi padre. Todo para que al final muriera de todas maneras.

Abrí los ojos como platos. No me esperaba para nada esa respuesta.

—¿Contento?

—Pero me dijiste que murió al instante...

—¡Pues te mentí! —Metió las manos en los bolsillos y me miró frívolamente—. Pasé más de dos meses traficando para pagar la maldita operación a la sanidad privada, ya que la lista de espera en la Seguridad Social era interminable, y solo me sirvió para que me dijeran que lo suyo era incurable ya.

Se lo veía cabreado y rabioso, pero más que rabia veía dolor en sus ojos. Veía la oscuridad que había dentro de él. En aquel instante entendí su frase de antes: «...y que te vayas de mi vida».

Él estaba destrozado por la muerte de su padre, aún lo perseguía, y yo no me había dado cuenta. Estuvo más de dos meses luchando para que siguiera en su vida y acabo yéndose. Perdió a su referente, perdió a su mechero. El cigarro era él, y el mechero, su padre. Sin mechero el cigarro no funciona. Mi mechero podía servir, pero jamás sería como el que había perdido. Con el mío podría encender el cigarro, pero jamás con la misma intensidad.

—Lo echo de menos, Luke.

Cómo no, acabó derrumbándose. Los recuerdos le llenaron la cabeza.

—Mucho.

—¿Piensas cada día en él? —Toqué con la yema de mis dedos el libro que me había regalado, lo tenía en mi mano derecha.

Yo nunca quería que alguien estuviera mal conmigo. Siempre que

otra persona se mostraba enfadada o con ganas de desaparecer de mi vida, buscaba la manera de apartar mis sentimientos y mantener al otro a salvo. Me afectó que fuera el camello de Mark, pero preferí tragármelo antes que contárselo y defenderme más.

—Cada día, cada hora y cada puñetero minuto. Era el único que me decía que siguiera luchando por mis sueños. Era el único que ponía una pizca de confianza en mí.

—Sé que no sirvo de mucho, pero yo confío en ti y sé que lograrás lo que te propongas.

Eso le ayudó un poco. Lo percibí al ver que su sonrisa empezaba a perfilarse un poco más y que me miraba con tranquilidad producida por mí. Yo era su freno.

—Lo sé, Luky. —Sonrió con una sonrisa muerta—. Eres lo más cercano a un padre, pero...

—No soy tu padre —asentí lentamente.

—Exacto.

—Dani... —Suspiré y clavé mis ojos en él—. Jamás podré reemplazar a tu padre, pero yo sí me quedaré. Si en algún momento necesitas hablar, llámame, que lo cogeré. Aunque sean las tres de la mañana.

Me miró como si yo fuera la única persona que le daba sentido a su vida. Desvió su vista a un lado, tratando de no llorar más, haciéndose el fuerte. Reconocía esa sensación de «no llores delante de nadie».

Su móvil empezó a vibrar y me enseñó la pantalla. Era su madre, pidiéndole que volviera a casa para que le ayudara con unas cosas.

—Lo siento, pero tengo que irme...

Negué con la cabeza, entendiéndolo.

—Felicidades, guapo —Despeinó por completo mi cabello y me dio un fuerte abrazo—. Te quiero.

—Y yo más a ti.

Apartó sus brazos de mi espalda y antes de dirigirse hacia otra calle, me dio un beso en los labios. Uno que sabía diferente, que tenía un ligero toque a un sentimiento que no llegué a reconocer en ese momento.

—Cuando llegue a casa te escribo.

No me dio tiempo ni a reaccionar, parpadeé unos segundos y en nada me encontré solo. La figura pequeña del final de la calle era lo

único que se veía de Dani. Después de eso, desapareció.

Sujeté mi cabeza en un movimiento desesperado y le suspiré a las estrellas.

—Él me hace feliz —susurré a la nada—. Y yo a él también.

Nada más llegar a mi barrio sentí un gran alivio. Me moría de sueño y mis piernas no aguantaban más. Iba casi arrastrándome, con el móvil en la mano izquierda y el libro en la otra. Con los ojos medio cerrados y sin fuerzas.

—¿Luke? —Tuve miedo de girarme, era muy tarde.

Dejé de hacer ruido con las llaves y estuve estático un momento, traté de ver si con el cristal del portal se veía un reflejo, pero mi intento fue fallido. Traté de aliviarme y controlar mi miedo.

—Felicidades, tontín.

En cuanto escuché ese tono de voz tan familiar, algo dentro de mí empezó a llenarse. Me giré instantáneamente.

—¿Mark?

Había tan poca luz en la calle que no era capaz de ver si realmente se trataba de él.

—Sí, soy yo. —Se le escapó una risa.

—¡No te creo!

Tiré las llaves, dejé el libro al lado del portal y salí casi volando a sus brazos para darle un abrazo. Dios, cómo echaba de menos sus abrazos, eran tan relajantes... Me separé de él y me quedé observándolo. Tenía un aspecto asombroso. Desde la última vez que lo había visto, había cambiado drásticamente. Nuevo peinado, unos ojos más sanos y su sonrisa volvía a ser la de mi mejor amigo.

—Estás radiante. —Lo observé detalladamente

—¿Sí? —Se miró a sí mismo en la puerta del portal—. Me veo un poco más guapo, la verdad.

—Tú siempre has sido guapo. —Puse los ojos en blanco, sabiendo que quería que le dijera eso.

—Discutible.

Nos reímos ambos y aprecié que ya no temblaba.

Parecía renovado y casi reemplazado por una versión nueva de él.

—¿Cómo es que has vuelto a la ciudad tan pronto? —pregunté

curioso—. ¿Los programas de ese estilo no duran más?

—Es cuestión de la voluntad de la persona.

—Ah.

Me quedé igual, no sabía cómo funcionaba ese mundo.

—Desde el primer día quise mejorar. Empecé y, aunque lo pasé muy mal por la falta de la sustancia en mis venas, intenté no recaer —me explicó—. Muchos compañeros a los que conocí, en cambio, se dejaron llevar por el mono.

—Me alegro de que hayas podido salir antes.

Él asintió, feliz. El silencio reinó durante un momento y miré de reojo la puerta del edificio. No era cuestión de quedarnos ahí fuera todo el día...

—¿Subes a casa?

—¿Ahora? —preguntó cansado—. Solo venía para que supieras que había vuelto.

—Sube y quédate a dormir —insistí.

Dudó muchísimo e incluso perdí la esperanza de que se quedara a pasar la noche conmigo. Por suerte, dejé que pensara un poquito más y mis miradas sirvieron para hacerlo sentir mal. Acabó aceptando.

—Avisaré a mis padres... —Sacó el móvil del bolsillo y murmuró algo que no entendí—. Por lo que veo sigues convenciéndome siempre.

—Soy Luke, nadie se resiste a mí.

—Claro, claro.

De su boca salió una risa cruel y yo le di una colleja. Apartó sus ojos de la pantalla y me la devolvió. Una vez sus padres aceptaron, decidí abrir la puerta de una vez por todas.

—Tengo que contarte muchísimas cosas.

—¿Ah, sí?

Empecé a contarle todo lo importante mientras abría el portal.

—¿Te acuerdas de Dani?

—Sí, ¿por?

—Estamos saliendo.

Abrí la puerta y cruzamos el pasillo. Tuvo que andar un poco para reaccionar.

—¡QUÉ! —Detuvo su cuerpo en medio del vestíbulo—. ¿Qué me he perdido?

Tenía la boca abierta.

—Nunca pensé que...

En menos de un segundo, puso medio trillón de caras diferentes.

—Debe de ser una broma.

Negué.

—¿No lo es?

Negué de nuevo. Él seguía en *shock*.

—Hostia puta, Luke, todo un ligón.

Ante esa definición de mí, no pude evitar reírme.

—Nunca me imaginé que te gustarían los chicos. —Parpadeó al fin, después de estar media vida con los ojos bien abiertos—. Siempre me habías hablado de chicas.

—Yo también pensaba que solo me iban las chicas, pero me besé con él una noche y pues...

Me encogí de hombros mientras él me miraba con picardía. Luego decidió abrir la puerta del ascensor. Ambos entramos.

—Increíble... —dijo, como si estuviese orgulloso de mí—. Fuera de bromas, es bastante guapo.

—No me lo quites, ¿eh? —le advertí.

—Todo tuyo —rio —. Yo prefiero a Sarah.

Al pronunciar su nombre, Mark cambió de chip y empezó a pensar en ella. No me lo dijo, pero lo vi perfectamente en sus ojos. Era muy fácil distinguir unos ojos enamorados de unos perdidos.

—¿Cómo está? ¿Habéis vuelto a hablar?

—No sé gran cosa de ella ya... —murmuré—. ¿Te sigue gustando?

—Mucho, muchísimo. —Mordió su labio, resistiéndose—. En el centro, estuve todo el rato pensando en ella.

—Seguro que, ahora que estás mejor, acabas enamorándola.

—Eso espero...

Miró un momento al espejo del ascensor y de reojo empezó a sonreír. Sabía qué estaba pensando y qué iba a decirme.

—Ahora que sé que te fijas también en los chicos..., ¿tú me consideras guapo?

—No.

Dejé pasar unos segundos incómodos, solo para ver la cara dolida de Mark.

—Eres guapísimo, imbécil.

—No digas esas cosas —puso los ojos en blanco, vacilón—, que me sonrojo.

—Qué calor hace aquí, ¿no? —Con la mano agité el aire.

Pasó su mano por la barbilla y fingió estar pensando.

—De repente..., me han entrado ganas de comerte la boca.

Reí y me quedé observando el resplandor que emitía. Me gustaba verlo feliz.

—Estoy muy contento de que hayas vuelto.

—Yo más, de verdad.

Me empujó con toda su fuerza cuando el ascensor se detuvo en mi planta y salimos.

—Venga, vamos a sorprender a tus padres.

—Seguro que te ponen caras de asco, yo lo haría —bromeé.

—Cómo te odio a veces.

—Yo más, bobo.

—Veo que me pondrás ese apodo...

—No lo sabes tú bien.

—Vale, capullo.

Camelia
Todo se derrumba cuando piensas que no

Parecía que todo volvía a la normalidad. Estábamos en junio, pero era como si fuese de nuevo marzo. Era como si se hubiese formado un agujero de gusano y si se rompía la diferencia de tiempo que había entre ambos meses, todo seguía como antes. La única diferencia era que ahora sabía mucho más sobre Dani y que Mark había conseguido al fin desengancharse de la droga.

—¡Luke! —me saludó Mark.

Él permanecía estático en la pared que había cerca del instituto, con el pie apoyado y con un auricular en la oreja derecha. Llevaba el pelo hecho un desastre y lucía una sudadera básica de color negro junto a unos vaqueros marrones. Aun así, era de las pocas veces que iba decentemente vestido. Tenía el cuello adornado con un collar de plata y en su mano llevaba dos anillos nuevos: uno negro y otro plateado.

—Veo que has decidido llevar cosas brillantes. —Lo miré atentamente.

—Sí, considéralo un pequeño cambio de estilo —asintió mientras jugaba con sus accesorios.

—Es más... —le eché una ojeada rápida—, ahora vistes bien y todo.

—¿Tan mal vestía?

—Como un auténtico descuidado.

Me dio un golpe con el puño y me sacó el dedo corazón.

—En el fondo tienes razón... —musitó.

Al ladear su cabeza vi cómo en el lóbulo de su oreja brillaba una pequeña bola.

—Un momento... —Me acerqué y le toqué el pendiente—. ¿Y esto?

Había decidido transformarse. Pasar de parecer un basurero a una joyería andante.

—¡Eh! —Me apartó la mano—. No toques mucho, que me lo hice ayer.

Alcé las manos con cuidado.

No le quedaba mal. Solo se me hacía raro verlo así.

—Te gusta, ¿no? —lo preguntó con tal inseguridad que hasta me dio cosa decirle algo malo.

—Me encanta.

—Perfecto.

Miró hacia el instituto y observó cómo poco a poco empezaron a entrar todos los alumnos al centro escolar.

—Tenemos clase de Historia y no quiero suspender esa asignatura nunca más.

Lo dijo tan serio que me fue imposible aguantarme la risa.

—¿De qué te ríes? —bufó molesto.

—Mark, ambos sabemos que vas a acabar suspendiendo.

—¿Ah, sí? —Arqueó las cejas, ofendido—. Pues ahora no. Acepto el reto.

—Nadie te ha retado.

—¡Y tanto que sí! —Se ajustó los cordones de la sudadera y me puso mala cara—. Si apruebo, me invitas a una cena.

—¿Ahora es cuando me dices que es una broma?

Su cara permanecía seria. Quería arriesgarse a... perder. Y yo me moría de ganas de verlo derrotado.

—De acuerdo —asentí medio arrepintiéndome—, no aprobarás.

—Vaya ánimos de mierda das. —Me dio un golpe y se colocó la mochila en la espalda.

—Tú no aprobarás Historia, ni yo Matemáticas.

—Tranquilo, ahora que he vuelto, volverás a arrasar en Matemáticas.

—Tengo bastante miedo al examen de hoy.

—Irá bien, confía. Cabezota.

Asentí y nosotros también entramos en el edificio. Daniel me estaba esperando allí. En cuanto me vio, dejó de hablar con un compañero suyo y vino directamente hacia nosotros dos. Jamás habría imaginado que acabaríamos siendo un gran grupo de amigos, y mucho menos que Mark y él compartirían tantos gustos. A ambos les encantaba el anime.

Aun así, la idea de que mi pareja y mi mejor amigo se

complementaran en la forma de ser me producía felicidad. Habría sido muy incómodo tener que dividir mi tiempo entre los dos. Acabaría destrozándome y haciendo daño a ambos. Me seguía molestando que Dani fuera quien le pasaba la droga a escondidas a Mark, pero me prometió que ya no lo haría más. Y tampoco era cuestión de desconfiar de él.

El examen de Matemáticas lo tenía a tercera hora. Primero tenía Historia y luego Lengua Castellana. No me apetecía nada hacerlo, sabía que me iría fatal. Dani me intentó ayudar. Mucho. Pero no sirvió de nada. El error también fue mío por acabar mintiéndole y decir que lo estaba entendiendo, cuando en realidad había acabado más perdido que nunca. Esa misma noche comprobé que la frase «No todos han nacido para enseñar» era totalmente cierta.

Yo lo quería mucho, pero era pésimo dando clase. Hasta él mismo se confundía y a veces repetía las cosas una y otra vez, como si estuviéramos en un bucle que nunca se acabara. Valoré su esfuerzo, lo vi sudar la gota gorda y comerse la cabeza para buscar diferentes maneras de que yo lo entendiera. Como siempre. Ojalá hubiese nacido con el don de entender las Matemáticas... No he entendido nunca a la gente que sí posee ese don y no lo aprovecha.

—¡Hola, caracola! —Dani me sacudió el hombro—. ¿Estás aquí?

—¿Qué?

Estaba absorto en mis pensamientos.

—Parece que estuvieras en Marte...

Entonces, sentí un escalofrío recorrer todo mi cuerpo, desconecté de mis pensamientos, me acordé de que estaba en medio de un centro escolar y rodeado de gente imbécil. Miré a mi alrededor con un vistazo rápido y me aparté lo antes posible de él. Dani se quedó perplejo ante mi reacción e intentó acercarse de nuevo, pero no sirvió: lo rechacé de nuevo. Mark, con una expresión rara, mostró un extraño gesto ante la serie de reacciones que tuve.

Consciente de que estaba haciendo el ridículo, hice un gesto con la cabeza para que pensaran que no era nada. Ellos intercambiaron una mirada y al segundo pareció que llegaran a la misma conclusión. Así como así, empezaron a reírse como descosidos, y Dani dio un paso para abrazarme.

—¿Esto es por lo de la noche de tu cumpleaños? —preguntó mientras fruncía el ceño.

—¿Cómo?

—¿Te has apartado de mí por eso? —insistió.

Por un instante pensé en decirle la verdad, pero decidí actuar con la cabeza fría y preferí mentirle.

—No, ¿por qué iba a cabrearme? —Lo miré a los ojos, confuso—. Tenías derecho a enfadarte, no tendría que...

—Tampoco te machaques de esa manera.

No pude dejar de mirar cómo su mano cogía la mía, a pesar de quedar expuesto ante la gente. No entendía qué me estaba pasando esa mañana, era todo tan extraño que ni yo mismo comprendía nada. Volví a apartarme de él inconscientemente y noté cómo mi corazón se aceleraba. Entonces me di cuenta de que me estaban volviendo mis ataques.

Pero ¿por qué? Si no había nada estresante ni que me carcomiera la cabeza. No había razón alguna para sufrir un ataque de ansiedad.

O eso pensaba.

—¿Luke? —Mark se acercó a mí—. ¿Estás bien?

Giré velozmente la cabeza hacia él y lo miré fijamente, con el temor en los ojos. Junto a un odio y dolor desgarradores. Él reaccionó y me agarró del brazo para llevarme a un sitio apartado. De lejos vi que Dani no movió ni un centímetro de su cuerpo; no supo qué hacer. Intentó seguirnos, pero Mark, le hizo una señal para indicarle que mejor se quedara donde estaba.

En nada me encontré solo con él y fuera del instituto.

—Luke —dijo zarandeándome——. Reacciona.

Sentía una tormenta dentro de mí. La sangre corría feroz por mis venas. Era una sensación de muerte, dolor, miedo, furor, angustia.

—Vale, ¿cómo hago yo esto ahora? —Empezó a agobiarse—. Hagamos como las otras veces, ¿recuerdas?

Asentí.

—Bien, bien —intentó calmarse–. Tienes que contar conmigo.

—No pu-puedo... —Era como si tuviera una pinza en el esófago me prohibiera respirar.

—Sí que puedes. —Me agarró de los hombros y los frotó para que viera que no estaba solo.

Pensamientos absurdos invadían mi mente. Todos nacían de que la gente me viera cogido de la mano de Dani. Al estar rodeado, agarrado por él, en el centro de todo..., me di cuenta de que estaba

demasiado expuesto, lo cual me parecía una tontería, porque no tenía que avergonzarme de lo nuestro.

Pero tenía miedo; no de mis compañeros, ni de Dani, sino de mi padre.

—¡Luke! Concéntrate. —Chasqueó los dedos—. Uno..., dos...

Conté con él, inspirando y espirando.

—Tres... —Él asentía, sonriéndome—. Cuatro..., cinc-cin... No puedo.

—¡Vamos!

Mi padre era el problema de todo, y si alguien me veía con Dani de esa manera, la voz correría y los rumores acabarían en sus oídos. Le tenía miedo. Miré hacia el interior del recinto escolar y vi cómo todos me miraban, cómo sus ojos se clavaban en mí.

—Me están..., me están mirando —susurré.

Él se giró y volvió a mirarme, confuso.

—Nadie te está mirando.

—¡Que sí! —chillé, y señalé.

—Luke...

Mark empezó a asustarse.

—¡Que están mirándome!

Me agarró de la cara para que sus ojos fueran lo único que yo viera.

—No hay nadie, están todos en clase ya.

El mundo se detuvo. La tormenta interior paró. Mi sangre dio un golpe seco y tuve la sensación de que mi corazón dejaba de latir por un microsegundo. Las aves pararon, los árboles dejaron de mover las hojas por el viento y el sonido dejó de existir. Quité lentamente sus manos de mi rostro y observé desde la puerta la plaza del colegio. Tenía razón, no había nadie. Mi propia cabeza se había inventado una realidad falsa que parecía tan real que hasta me dio miedo. Nadie estaba mirándome, solo Mark.

—¿Luke? —Pasó la mano frente a mi cara—. Pareces más calmado...

—Lo estoy, pero...

—Tienes miedo. —Asentí—. ¿De quién?

—De mí.

No reaccionó. Quiso decir algo más, pero no le di tiempo.

—¿Vamos a clase?

—Sí, claro. Pero...

Parecía que tuviera miedo del próximo movimiento que hiciese.

—Pero ¿qué?

—Yo... —Dejó la boca abierta un segundo y nunca dijo lo que quería decir—. Da igual, vamos.

Mi mente estaba abarrotada de miles de pensamientos sobre los minutos anteriores, solo que decidí apartar todo a un lado y guardarlo para otro momento. Algo estúpido para un ser humano, pero algo usado por todos.

Entré a clase un poco más tranquilo. Al inicio vi a Dani preocupado y para que se relajara y no se preocupara le lancé una sonrisilla. En su momento pareció que sirvió. Me dirigí al fondo del aula con Mark mientras la profesora criticaba nuestra impuntualidad; la ignoramos. Me senté y clavé mi mirada en la pizarra. No estaba concentrado en la clase de Historia, sino en cómo algún día tendría que enfrentarme a mi padre y a sus problemas con la gente no heterosexual.

«El amor es jodido, querer es mortífero y darte cuenta de que amas a alguien es como enfrentarte a tu mayor miedo», pensé de la nada.

—Y así es como Cristóbal Colón descubrió América —explicó la docente.

—No la descubrió, la invadió.

—No digas tonterías —reprendió a la chica que había dicho eso.

—Es lo que pasó. Otra cosa es que España quiera normalizar un genocidio.

—Déjalo estar, Sarah.

En cuanto escuché el nombre, volví a conectar con la realidad y me giré rápidamente hacia el lugar de donde provenía la voz suave y dulce. Allí estaba, perfecta como siempre. Mark al momento me dio un codazo y se acercó a mí para susurrarme:

—Es que no puedo... Mira su sonrisa, mira todo de ella.

Eso fue lo que me alegró el día, me provocó una sonrisa tonta e hizo que me sintiera orgulloso de él. Había aprendido a ver más allá de un cuerpo.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Qué pasa?

—Me gusta el nuevo Mark.

—Qué bonito te ha quedado eso, ¿no? —se burló—. Sigo igual.

—Me da pena que no veas lo increíble que te has vuelto. —Chasqueé la lengua y negué con la cabeza

—Luke, deja de decir tonterías.

—¡Eh! —nos interrumpió la profesora—. Los dos del fondo, dejad de hablar.

Asentimos y nos separamos para que pudiera seguir con su explicación.

Al cabo de unos segundos Mark dio unos pequeños golpes en mi mesa. Comprobé que la profesora estuviera escribiendo en la pizarra y me acerqué a él.

—¿Te acuerdas de tu antiguo tú?

—Sí —respondió sorprendido por la pregunta.

—Pues el antiguo Mark utilizó la ruptura de Sarah para ligar con ella.

Permaneció callado.

—De ahí que me guste tu nueva versión. Cuidas de los tuyos como nunca y tratas a Sarah como si fuera lo más valioso que has visto; alguien por quien recorrerías medio mundo.

—No lo había visto así... —dijo mientras se crujía los dedos.

—Era la droga, que te mantenía ciego.

—Y tan ciego.

Reímos los dos. Era bonito ver cómo nuestras sonrisas volvían.

—¡MARK Y LUKE! —La profesora dio un golpe en la pizarra, molesta—. ¡Que sea la última vez que habláis u os suspendo!

—Perdón, ya nos callamos —contestó Mark, aterrado después de que dijera la palabra prohibida en su vida: suspender.

Al momento me fijé en cómo Sarah giró la cabeza y miró hacia nosotros, hacia los dos pupitres del fondo. Nos dedicó una sonrisa, pero con detalle, mirando hacia Mark y relamiéndose el labio inferior. Luego dio unos golpecitos a su mesa con sus uñas de gel y negó con la cabeza de manera graciosa. Cuando se volvió a girar hacia la pizarra, Mark, sin miedo a la profesora, me dio un montón de patadas y me dijo una y otra vez:

—¿Lo has visto?

Yo solo me reía.

«Viva el amor, ¿no?», pensé.

—Quizá pronto no seré yo el único con pareja —solté como si nada

—Cabrón, ojalá.

—¿Sabes que ella me preguntó por ti? —dije lo más bajo posible.

Trató de contestar, pero se quedó sin voz y por más que trataba de sacar las palabras, no le salían. Después de varios intentos, sucedió un milagro y pudo hablar.

—¡¿QUÉ?!

—No chilles —le di un golpe y fingí que estaba atendiendo a la clase, para que no nos pillaran—, corto de mente.

—¿Va en serio? —Abrió los ojos como naranjas.

—Sí.

—Joder. —Volvió a mirarla y se quedó embobado unos segundos.

—Chis. —Golpeé su pupitre—. La baba, que se te cae.

—Gilipollas.

En realidad no había hablado con Sarah desde hace más de un mes y medio. Preferí mantenerme alejado y esperar a que el tiempo curara nuestra amistad, ya que lo que le hice fue horrible. Sin embargo, decidí inventarme eso para hacerle creer un poco más en que ella lo deseaba. Una mentira nunca va mal si es para hacer el bien. Aparte, se veía de lejos que ellos dos se deseaban sin ni siquiera hablarse; hasta un ciego se habría dado cuenta.

¿Luego podría meterme en alguna movida por esa mentirijilla? Puede ser.

No me arrepentí, y menos al ver lo feliz que era Mark. Es más, mentir no es pecado. Según la religión, mentir es pecar, pero no tiene por qué ser así. Si tú mientes para hacer el bien, ¿por qué debería ser algo malo? Otra cosa es que mientas para ocultar barbaridades, pero si mientes para hacer feliz a alguien, ¿cuál es el problema?

Por eso las mentiras son necesarias. Si viviéramos en un mundo sin la opción de mentir, nadie sería feliz. No es lo mismo un «Al menos lo has intentado» que un «No lo ibas a conseguir».

Lo que realmente está mal es abusar de las mentiras y regatear con la sinceridad; ni un extremo ni el otro. Ni muchas mentiras, ni tampoco demasiada sinceridad. A veces, si hay que hacer daño para que el otro se dé cuenta, se hace daño. Pero si solo lograrás herir, se miente para que no se vaya algo tan preciado en la adolescencia: la sonrisa.

Eso sí, poner como excusa a la sinceridad para criticar a alguien porque sí es de hipócrita. El daño lo haces igual, y nadie es

«demasiado sincero», eso depende de cómo tú quieras ser.

—Te está llamando Dani —susurró Mark.

—¿Dani? —Giré la cabeza hacia donde estaba él sentado.

Mis ojos se cruzaron con los suyos, y con un pequeño gesto para que la profesora no le viera, intentó preguntarme cómo estaba. Yo alcé el dedo pulgar y le indiqué que estaba bien. Ante eso, suspiró aliviado y me sonrió.

De repente mi sonrisa se desvaneció. Era cierto que yo tenía a Dani, pero ¿por qué no podía quererlo hasta los huesos delante de la sociedad? ¿Por qué tenía que esconderme en vez de besarlo delante de todos como hacen las demás parejas? Ya lo había hecho en el cine; sin embargo, el miedo seguía ahí. ¿Por qué debía apartar a alguien a quien amo?

¿Por qué?

¿Por ser simplemente alguien a quien le atrae una persona de su mismo sexo?

Yo no veía el problema, pero me daba miedo la sociedad. O lo que esta pensara de mí. Vivimos en unos tiempos tan fríos que, aunque se haya avanzado bastante, el miedo a ser diferente sigue existiendo. Y odiaba la idea de ser el «amariconao» de la clase. Con desconocidos no sentía tanto rechazo, solo me pasaba con los conocidos.

Para ti, lector, debe de ser absurdo todo. Mi cabeza estaba patas arriba. Me atormentaba la idea de que mi padre se enterara, porque sabía de qué madera estaba hecho.

«Pero si te has acostado con él y todo...», podrías llegar a decirme, y no me pondría en tu contra, pero todo iba mucho más allá de eso. Se resumía en: a solas sí, con conocidos no.

—¡Tú! —Mark volvió a picar en mi pupitre—. ¿Debería acercarme a ella?

—¿Ahora?

—Sí. —Tragó saliva, con miedo.

Dejé pasar unos segundos para mantener la intriga y cuando vi que se desesperaba por saber qué opinaba, le sonreí, malicioso.

—Ya tardas.

—Guay. —Sonrió más que nunca—. Cuando termine la clase voy.

Por mi parte, no paraba de mirar a Dani en vez de a la pizarra. Él tenía algo que me hacía quedarme enganchado y que me daba ganas

de no parar de observarlo. Aun así, sabía que nunca demostraría a mis conocidos lo feliz que me hacía. Nunca sería capaz de proclamar que él era mi novio. Si fuera una chica sí, pero él era todo lo contrario. Era muy cobarde por mi parte, incluso sentía decepción por mi miedo. Me daba más terror salir del armario delante de todos que encararme con David, y era una tortura para mi existencia.

Dolía tener que pensar que no podía dar un paso adelante, cuando quería hacerlo.

—Bien, chicos, esto es todo por hoy. —La profesora limpió un poco la pizarra, agarró su bolso y se fue del aula.

Miré a Mark, el me miró y, decidido, fue hacia Sarah. Yo, desde mi sitio, tratando de ser un poco disimulado mientras recogía mis cosas, observé cada movimiento que él hacía.

Primero logró acercarse, un poco tímido y frotándose la nuca. Luego le dio un pequeño toquecito en el hombro y ella se giró, le sonrió y le dio un abrazo. No sé si leí bien sus labios, pero creo recordar que le dijo:

—Al fin te veo, te echaba de menos.

Después Mark soltó una risilla tonta (lo normal en un enamorado), dejó su brazo descansar encima del pupitre y estuvieron mirándose intensamente. La tensión se respiraba hasta donde estaba yo. Tuve que taparme la boca para que nadie viera mi campanilla, mi boca estaba de par en par.

Me moría de ganas de que se dieran un beso, allí frente a todos, ellos que podían. Aun así, nadie dio el paso. No hubo el suficiente tiempo tampoco, y no era el momento más indicado. Se acercó David.

Sarah perdió su sonrisa, miró inquieta la situación y Mark reflejó miedo en su cara. El otro lo agarró fuerte del hombro, obligó a la chica a que se fuera y quedaron los dos esperando a que todos los de la clase se marcharan. En ese momento llegué a la conclusión de que la gente imbécil siempre seguirá existiendo y rompiendo instantes inolvidables.

Agarré la mochila y me fui directo adonde estaba Mark.

—Vámonos. —Ignoré a David y agarré del brazo a mi amigo.

—¡Hombre! —Me dio un empujón—. ¡Si es el maricón!

—¿Perdón? —reí.

—¡Va! Sabemos que eres gay. —Puso los ojos en blanco—. Mira cómo vistes.

—¿Y por vestir así tiene que ser gay? —preguntó Mark.

Hubo unos segundos silenciosos. Tenebrosos.

—Al menos viste bien y no ha perdido a una chica increíble por ser idiota —continuó.

Por desgracia, David entendió la referencia

—Veo que te gusta hacerte el gracioso. —Lo agarró de la camiseta.

—Suéltalo, ya nos has hecho suficiente daño.

—¿Ah, sí? Eso no te lo crees ni tú.

—Déjanos en paz. —Le aparté la mano y me dirigí hacia la salida con Mark.

Fui un iluso al pensar que realmente nos iba a dejar irnos tranquilos. En mitad del pasillo, nos cogió del cabello a ambos, nos llevó a rastras hasta los vestuarios del patio, los que estaban abandonados y olvidados desde que se había inaugurado el nuevo pabellón. Los profesores ni siquiera pasaban por allí. David, para entrar, tuvo que romper el candado con un golpe seco. En cuanto estuvimos los tres dentro, él presionó la cara de Mark contra los cristales. Lo hizo con mucha violencia, pero por suerte solo cayeron pedazos de vidrio de manera esporádica.

—Das pena, mucha. —Le dio un puñetazo—. Púdrete, drogata.

Intenté pararlo, pero me empujó y me di contra la puerta del baño y caí destrozado.

—Ojalá te hubieras muerto. —Le volvió a pegar. De la boca de Mark salió sangre en exceso—. Pero ya veo que no te dimos lo suficiente.

Lo sabía.

—Fuiste tú. —Me intenté levantar, furioso—. Siempre supe que había sido tú quien lo había dejado en ese estado.

—¿Yo?

—¡Tú también le vendías!

—No te confundas, él mismo se encargaba de conseguirla. —Lo agarró de la camiseta y observó cómo tenía los dientes empapados de sangre.

Eso me dejó pensando. De alguna forma, tenía razón. Dani era el camello, pero él solo vendía para ganar dinero y el otro compraba para arruinarse él mismo. Al fin y al cabo, es decisión tuya drogarte o no. Lo de Mark ya era adicción, y se notaba que no disfrutaba la

sustancia, que solo la compraba para llenar el vacío de su interior. Uno que jamás fui capaz de descubrir. Nunca decidió contármelo.

David sonrió y dijo una cosa que no entendí.

Quería entrometerme en la pelea, pero estaba demasiado parado intentando pensar qué hacer.

—Si él está muerto y tú estás vivo, es hora de matarte.

—Para, yo no tengo la culpa... —soltó Mark con un hilo de voz débil mientras escupía sangre.

Fruncí el ceño, asustado, ante ese diálogo. No entendía por qué había dicho eso.

El otro se lo acercó a la cara con violencia y le dio un cabezazo

—No he hecho más que empezar. Esta vez sí que sufrirás lo que yo sufrí por su muerte. —Lo agarró de nuevo del cabello y restregó su cara por los cristales rotos.

Lo peor es que Mark no se merecía nada de esto y más después de estar en un centro de desintoxicación. Aunque me dolía muchísimo la espalda, la rabia empoderó mi cuerpo y decidí encararme con él. Busqué el modo de levantarme, cogí un trozo de cristal y mientras veía como él le daba patadas a Mark en el estómago, me acerqué y le hice una larga línea profunda en el brazo.

—¡Hijo de puta! —Paró de golpear a mi amigo y apretó la mandíbula—. Te vas a arrepentir, maricón.

—¡No iba a permitir que siguieras haciéndole daño!

Apreté fuerte los dedos formando puños mientras lo miraba; estaba dispuesto a luchar por él. Mi mísera fuerza, como era de esperar, fue incapaz de evitar el puñetazo, que me dio en toda la boca. Acabé de nuevo en el suelo, babeando sangre y sintiendo un dolor brutal.

—Luke.

—¡Tú calla! —Lo empujó tan fuerte esa vez que se dio contra la pared.

Debilitado, Mark se dejó arrastrar hasta acabar en el suelo.

Me quedé sólido. Quieto. Sin saber cómo reaccionar. Mark no tenía buen aspecto. De su labio brotaba una gran cascada de agua roja y tenía miles de heridas por la cara. Al lado de la oreja también tenía un nacimiento de sangre. Estaba consciente, pero no muy estable. Puso la mano en su barriga, le dolía. Respiraba fuerte e iba cerrando los ojos y apretándolos para «aliviar» el dolor. David, con una gran

herida en el brazo, sonreía. Estaba dispuesto a ir a por mí ahora.

—¿Hola? —Alguien dio un portazo.

De repente entró la persona menos indicada en aquella situación.

—¿Qué haces aquí, Dani? —pregunté asustado.

—Te estaba buscando, ya que no estabas en clase. ¿Qué coño está pasando?

—¡Hombre! —rio David—. ¿Quieres una paliza tú también?

Dani nos miró a los dos con la cara pálida. Primero vio a Mark, apartado a un lado y con la boca chorreando sangre. Pero cuando vio mi cara y cómo estaba apoyado contra la pared, llorando, percibí que su corazón se rompía en dos. Esto transformó su tranquilidad en odio.

—¿De qué vas? —Se acercó a David con demasiada valentía.

Nada terminó bien aquel día. Nada.

—¡Uy, uy! —Este alzó los brazos, vacilándole—. ¡Qué miedo!

—Pedazo de imbécil.

En vez de prepararse para recibir un golpe, se acercó a mí y me intentó ayudar.

—¿Estás bien Luky?

—¿Luky?

David, al repetir ese nombre, soltó una risa fuerte. Yo me fijé en que estaba vendándose la herida del brazo con un papel que había sacado de un rollo.

—Vaya, Luky... —me vaciló—. Así que este es la razón por la que eres maricón.

Se nos acercó con lentitud y todo cambió. Mi corazón dio un vuelco, mi mente se volvió incontrolable y la presión me jugó una mala pasada. Miré de reojo a Mark, noté la mano de Dani y vi cómo David se acercaba con los nudillos sangrientos. Colapsé. No supe qué hacer.

Y lo que hice fue lo peor.

—Qué... ¡¿Qué dices?! —empujé a Dani, a mi pareja—. Apártate de mí, ¡maricona!

Estaba asustado, muy asustado. Si pudiera volver al pasado, borraría todo lo que llegué a decir. Mi boca dijo cosas que realmente no pensaba.

—¿Perdón? —susurró él, confuso—. ¿Qué dices?

Cerré los ojos un momento. Traté de calmarme y hacer las cosas paso a paso. No pude. Mi cabeza estaba centrada en Mark, y la única

manera que se me ocurría para acabar con todo lo más pronto posible era darle la satisfacción a David.

Tampoco quería que Dani saliera lesionado. Conocía las miradas de David y sabía que también tenía fecha de muerte para él.

Lo quería mucho, pero también necesitaba que se alejara de mí y pudiera ser feliz.

Yo solo iba a ser una molestia para él.

—Déjame en paz, ¡maricón! —le escupí—. Llevas días acosándome y estoy harto.

—¡Así me gusta! —David disfrutó la situación—. ¿Es eso cierto, marica? —Se acercó mientras restallaba los dedos.

—¿Por qué has dicho eso?

Cerré los ojos un momento y traté de evitar su mirada. No quería mirarlo después de haber dicho tal barbaridad. Por mi mejilla bajó una lágrima y recordé todos los momentos bonitos que habíamos vivido. No habría más. No habría más citas. Lo había jodido todo.

Unos segundos después, abrí los ojos de nuevo y vi cómo el rostro de Dani mostraba decepción. Estaba frío, de corazón. Seguía de pie, mirándose las manos rojizas por mi sangre. Empezó a apretar los dedos y vi cómo trató de no explotar y caer ante el dolor.

—Déjalos en paz —espetó Dani—. Hazlo o te juro que termino contigo para siempre.

—¿Que harás qué? —rio el otro, acercándose.

—Ahora mis venas están ardiendo y si tengo que destrozarme los huesos por mi novio, lo haré encantado.

«No me llames eso, no me lo pongas más difícil», me dije a mí mismo.

—Me da a mí que te has confundido con la palabra «novio». —Hizo las comillas y me miró de reojo—. ¿O no, Luke?

Dani ladeó la cabeza y esperó a que dijera algo. Lo vi en sus ojos, quería que dijera que no. Deseaba que estuviera quieto y no dijera nada más que lo rompiera en dos. Pero no hice nada de eso. No quería tenerlo en mi vida. No me apetecía arrastrarlo a un mundo oscuro, a una familia de mierda, a una vida asquerosa y a alguien como yo.

«¿Lo vas a hacer?», me preguntó mi segunda voz.

«Sí», me respondí.

Reí por no llorar y a mi cabeza vino la canción que siempre cantaba y nunca pensé que fuera a hacerse real.

Pasé la mano por el labio cortado, observé la sangre que había entre mis dedos y le dediqué una última sonrisa a Dani. Fui un cobarde, pero él se merecía algo mejor.

Después de unos segundos de silencio, asentí con la cabeza. Dani abrió la boca poco a poco y vi cómo sus ojos reflejaban la tristeza en persona.

Susurré un «perdón», pero no pareció oírlo. Se esfumó sin irse del lugar.

—¿Ves? —volvió a hablar el otro.

—Yo te quiero, Luke... —dijo Dani entrecortadamente.

—Él no.

David miró a mis ojos y con el dedo, a escondidas, me señaló a Mark. Supe entender a qué se refería. Solo le apetecía verme sufrir. Y no supe nunca por qué.

—No, no te quiero —dije entre lágrimas.

—Estás mintiendo.

Sus ojos empezaron a enrojecerse.

—Macho... —David puso los ojos en blanco—, pareces sordo. No te quiere. Él mismo te pegaría.

—No es verdad.

—Pégale —me ordenó—, o lo haré yo.

—¿Cómo?

—¡Que le pegues! —Se acercó a mí, de nuevo, me agarró de mi brazo herido y me dejó a dos centímetros de Dani.

Él me miró y yo no fui capaz de devolverle la mirada, fui un imbécil. Un imbécil por completo. Lo estropeé todo. Y todo por miedo.

—No voy a...

David apartó un poco su cuerpo y me mostró a Mark, inconsciente. Lo miró y sonrió, orgulloso de sus actos. Al verlo allí, tumbado, sangrando, con miles de heridas profundas y con cristales clavados en su cara, mi mundo cayó. Me encontraba en una situación mortífera.

«¿Dónde están los profesores? ¿Dónde está la gente? ¿Por qué parece que solo estemos los tres en este maldito colegio?», pensé.

Me froté el labio partido con la mano temblorosa. Mi aspecto era

horrible, me daban ganas incluso de llorar, pero no era momento para eso. Intenté limpiar toda la sangre que salía de mi boca y tomé la peor decisión de mi vida.

Suspiré dolorosamente, cerré los ojos, volví a mirar a Mark y formé de nuevo con mis dedos un puño. David se fijó en cómo me resistía y se dirigió hacia el cuerpo del suelo, me miró, cogió un cristal y empezó a jugar con él.

—¿A qué esperas?

No respondí y él empezó a preparar la punta más afilada del cristal. Entonces, mi desesperación ganó. Miré a mi novio por última vez, estaba apartado, asustado de mí, temblando, con los ojos entrecerrados. Él solo había entrado al baño para ayudarme y ahora tenía el corazón partido en dos. Miré por última vez su pelo largo y se me escapó una segunda lágrima.

No quería. Pero tenía que hacerlo.

Tenía que joder para siempre a quien me había devuelto la esperanza.

A quien me había salvado en mi peor momento y había conseguido que volviera a sonreír.

Aun así, lo hice.

Lo agarré de la camiseta con una mano y entre lágrimas le susurré las últimas palabras antes de que mi puño golpeara su cara.

—Lo siento.

Campanillas
Los 11 segundos

Tenía los nudillos ensangrentados, la piel llena de heridas y los movimientos frágiles. La tercera lágrima recorría fríamente mi mejilla y mi labio temblaba descontroladamente, al son del dolor de la herida.

Mis manos aún eran dos puños.

No me reconocía a mí mismo.

Me daba miedo. Me daba más miedo que mi propia ansiedad.

Dani, con la mano en la frente, tapándose la herida, me miró. Lo hizo como si fuera su peor pesadilla. Me observó sin sentimientos. Cogió su mochila y se levantó como si nada, pasó por mi lado. Quiso decir algo, pero prefirió negar con la cabeza, apretar los dientes y salir de aquel lugar lo antes posible.

Fue la despedida.

Se oyó cómo la puerta dio un golpe con fuerza y nos quedamos Mark, David y yo en ese lugar. Seguíamos inmóviles. Tanto ellos como yo. Aun así, David no paraba de reírse y alabar lo que yo había hecho.

—Joder, ¡sí que eres fuerte! ¡Bien hecho!

Me dio una palmada en la espalda y un abrazo. Yo, sin embargo, seguía sin decir nada. Mi cuerpo se movía, pero mi mente estaba analizando todo lo que había pasado.

Como tú, lector, que supongo que estarás igual de frío que como estuve yo en aquel momento. Sin saber decir nada, ni responder, ni analizar, ni sentir, ni reaccionar, ni actuar.

Sin saber cómo seguir leyendo esta historia.

También me odias, y te entiendo. Recordar este día y escribirlo es como clavarme un cuchillo, sacármelo y volver a meterlo dentro de mí. Mi hermano me contó que sería buena idea ir escribiendo todo aquello que perdurara en mi mente. Para mí, estos dos capítulos nunca deberían haber existido, pero tenía que soltarlo en algún lugar y qué mejor que entre palabras negras escritas en un papel blanco.

Es más, nunca debería haber repetido esta escena en mi mente.

Solo oía el continuo sonido del agua corriendo y, por el peso de David, el crujido de los trozos de cristales que había por el suelo. Él, cuando acabó de reírse, me agarró de la ropa y acercó su cara a la mía.

—Ahora me vas a escuchar bien.

Tragué saliva.

—Vas a salir de aquí y vas a ir corriendo a pedir ayuda a cualquier profesor. Dirás que Mark se ha mareado y se ha golpeado contra el bordillo. —Paró un segundo—. Él solo. Respecto a este desmadre, invéntate cualquier tontería.

No dije nada.

—¿Queda claro? —Apretó mi cuello con las dos manos.

Asentí. Estaba aterrado y procesando todo. En otras ocasiones me había enfrentado a David, pero en esa simplemente no pude.

Estaba bloqueado internamente. No quería que fuera más allá.

David nunca había llegado tan lejos y eso me paralizó.

—¡Así me gusta! —Volvió a darme una palmadita—. Nos vemos.

Se limpió un poco las manos con el agua y se fue. Mark y yo estábamos solos y destrozados. Tratando de evitar descontrolar mis lágrimas, me acerqué al cuerpo de mi amigo e intenté no moverlo para no hacerle más daño. Trató de hablar, pero le aconsejé que no lo hiciera. Me senté a su lado, perdido, sin saber qué expresión poner. Levanté un poco su cabeza tratando de evitar cualquier rasguño más y coloqué su cuerpo encima de mi pierna. Con una mano le froté el pelo, como si de esa manera fuera a curarlo.

—Luke... —susurró.

Lo miré, entre lágrimas.

—Hu-huye.

—No te voy a dejar solo —aseguré—. No.

—Es-estaré bien. Como te ve-vean así...

—Que no lo haré.

—Si me quieres lo suficiente —tosió—, vete. No valgo la pena, so-solo te traigo desg-desgracias.

Tragué saliva y, aunque me doliera mil hacerlo, sabía que si me quedaba allí, la culpa me la llevaría yo.

«Tengo que llamar a alguien», me dije a mí mismo.

Delante de mí estaba el móvil de Mark, con la pantalla rota. Hice un gran esfuerzo y con el pie lo atraje hacia nosotros. Agarré el

dispositivo con la mano izquierda y con mis dedos llenos de sangre, encendí la pantalla.

—¿Y esto? —murmuré entre gemidos de dolor.

Observé el fondo de pantalla y luego desvié mi vista hacia él.

—Nunca pensé que...

En vez de tener a su personaje favorito de anime o a su cantante favorito de fondo de pantalla, me tenía a mí. Una foto de los dos. Una foto de nosotros en un concierto.

A él se lo veía feliz, a mí también.

Ahora lo tenía en mi pierna en mal estado y yo estaba llorando.

La foto era preciosa. No pude parar de mirarla y me puse aún más sensible.

—Lo siento. —Le froté la frente—. Por todo. Debí ayudarte en tu peor momento y te abandoné.

—No es... no es verdad —Sonrió como pudo.

Sentía culpa y no sabía aún por qué. Solo me quedaba una opción. Salvarlo y escapar. No iba a ir a por David, solo iba a huir. Como un cobarde.

Aparté despacio su cabeza y me levanté con su móvil en las manos. Lo dejé en el mármol del lavabo, cogí un poco de agua y me froté la cara. Al principio, despacio, pero luego noté rabia y acabé golpeándome a mí mismo. En cuestión de segundos, paré. Mis nudillos no podían más. Agarré con fuerza el borde del lavabo y me quedé observándome en los trozos de espejo que quedaban. El móvil de Mark, entonces, vibró. Lo cogí y abrí la pantalla.

¿Dónde estás?
A Luke tampoco lo veo.
¿Estás bien? ¿¿¿Está contigo??? 9:35

Era de Sarah, de la mismísima niña de pelo rubio. Entré al chat y la dejé con el doble tic azul durante un largo tiempo. Pensé en no responderle, pero la vida de él corría peligro y la mía también.

Ven a los vestuarios viejos. Es urgente. 9:39

En cuanto envié el mensaje, dejé el móvil de nuevo en el mármol y me dirigí a la puerta. Agarré el pomo con miedo de mi siguiente acción, lo miré sabiendo que esa decisión iba a perjudicarnos. Leí sus labios diciéndome «Vete».

Abrí la puerta con cuidado de que nadie me viera y la cerré. Corrí por el pasillo y abrí la puerta principal del instituto. Una vez fuera, me quedé quieto junto al muro de la derecha, apartado de la vista de la gente. En nada escuché lo que estaba esperando escuchar. El grito de la joven rubia, aterrorizada. Ella corrió por el pasillo hasta llegar a la clase y el edificio entero retumbó y en nada se oyeron miles y miles de sillas arrastrarse.

Unos pocos segundos más tarde se escuchó a la profesora chillar también.

—¡Ay, Dios mío! —repetía una y otra vez.

Desde fuera se oyó el resultado de todas las decisiones que había tomado aquel día. Además, cuando era ya muy tarde para dar marcha atrás y cambiar el rumbo de las cosas, caí en que la había fastidiado aún más. David sabía que haría esto. Cerré los ojos un momento y suspiré, dándome cuenta de que me había hecho una encerrona. Iba a ser el único alumno que había salido del instituto y el único sospechoso. Inspiré fuertemente, crucé la calle y, sin fuerzas, me apoyé en la pared que hacía esquina con la avenida.

—¿Luke? ¿Ha ocurrido algo? —A medida que él iba mirándome con más detalle, sus ojos fueron abriéndose, dejando traslucir el terror en ellos—. ¿Un accidente?

Un accidente...

Ojalá se llamara así lo que había sucedido. Los miré a todos con una mirada frágil. Ellos a mí con miedo. La mano me temblaba, los nudillos me ardían, el labio seguía derramando sangre; todo estaba mal.

—¿Javi? —pregunté, aunque sentía que el mundo daba vueltas; me estaba mareando—. ¿Qué haces aquí?

Alcé un poco la vista para verlo.

—¡Dime qué ha pasado! —Me echó un vistazo rápido y luego se centró en mi labio partido—. ¿Y toda esta sangre?

No respondí. Estaba mudo. Mi espalda seguía clavada en el muro, no tenía ni fuerzas para huir. Me sentía como si miles y miles de cubos de agua cayeran sobre mí, presionándome. El corazón me latía fuerte y empezaba a tener tembleques. Ver mi sangre deslizarse por mis manos tampoco me ayudaba. Me estaba desesperando. Pensaba que me iba a morir.

—¡¿Vas a responder?! —Me sacudió—. Me cago en... ¡Ven!

Me agarró por los hombros como si me estuviera protegiendo de algo y me sacó de la gente que empezaba a rodearme con expectación.

—¡¿Y vosotros no sabéis llamar a urgencias o qué?! —les chilló a las personas que había alrededor—. Panda de inútiles.

Mientras me protegía con su brazo, sacó de su bolsillo un pañuelo y me lo tendió.

—Agárralo y póntelo.

Le hice caso inconscientemente y presioné contra mi herida más profunda: la de mi cabeza. Hice una pequeña mueca y este me miró preocupado por mi estado. No quiso decirme nada más de camino al hospital, que por suerte estaba a cinco minutos andando. Decidió solo reconfortarme y mantenerme alejado de la multitud.

En nada me vi en frente de un edificio blanco y negro modernista. Con una cantidad extrema de plantas y con muchos bloques a su lado. También iban y venían enfermeros o aparecían pacientes. En la puerta gigante, arriba, lucía el cartel de urgencias en un color rojo potente y con reborde negro; podría decirse que se veía la palabra desde el otro lado de la calle.

Conté un poco por encima y, si no me equivoqué, disponían de ocho plantas en el bloque central, mientras que los de al lado tenían menos, unas tres o cuatro. A mi parecer, ya que no tenía la vista muy clara, lo de la derecha era un hospital infantil. Detrás de este, se observaba un sitio especializado en maternidad y ginecología. En cambio, el bloque de la izquierda era el especializado en traumatología, rehabilitación y quemaduras y, obviamente, el edifico que tenía enfrente, era la zona de urgencias, que según el pequeño cartel que había a un lado de la puerta de cristal, se dividía en tres partes. Una estaba dedicada a las pruebas y quirófanos, otra a las consultas y finalmente, la más importante, donde atendían a todos los que precisaban de una intervención urgente, como era en mi caso.

Él pasó antes para abrirme la puerta de cristal y, después de que yo entrara, volvió a agitarse. En menos de dos zancadas fue directo a recepción. Me dejó a un lado de la puerta, entonces me empecé a encontrar fatal, a marearme y a perder bastante el equilibro. Tuve que apoyarme en la pared para no caerme.

—Hola, buenas, ¿cuál es su emergencia? —Al recepcionista parecía darle todo igual.

—¡Un poco más de ganas, eh! —Javi golpeó la mesa.

El chico que había detrás de la mesa larga lo miró de mala manera, con una sonrisa forzada, y mientras asentía, le preguntó con un poco más de ánimos:

—Bien... —Vio que Javi lo miraba desconfiado—. ¿Qué pasa?

Se apartó un poco de la mesa y dejó que me viera. Según me contaron, yo ya estaba en el suelo. El recepcionista salió corriendo de su silla y vino hacia mí. Por suerte, al rato, conseguí volver a recuperar la consciencia y el joven de mi derecha me intentó ayudar.

—Hay que llevarlo a que lo examinen —intentó hacer un informe rápido—. Pupilas dilatadas, mirada perdida, pérdida excesiva de sangre...

—¡Señor Vallekas! —chilló el recepcionista—. ¡Tú! —Sacudió a mi amigo—. Ayúdame a subirlo a esta camilla. Voy a por la doctora.

El enfermero me agarró del brazo, lo puso encima del suyo y con un poco de impulso, entre los dos, me tumbaron en la camilla. Javi se colocó justo al lado de la máquina que hace los pitidos (nunca averigüé cómo se llama) y me agarró del hombro con fuerza mientras cogía su móvil. Tenía más miedo él que yo. De reojo, veía cómo le temblaban los dedos al intentar escribir.

—Javi... —susurré, con un tonto de voz casi inexistente.

—¡Calla! —Apartó el móvil de su vista—. No hables. Creo que es mejor que permanezcas callado, ¿o no? —Lo noté agobiado—. No sé, la verdad, no sé. No sé si es mejor que calles o que hables... No sé nada. ¡Joder!

—Javi... —Traté de incorporarme un poco—. Deb-debes ir a por... a por Mark.

—¿Cómo? —Se puso en frente de mí—. ¿Qué ha pasado?

—Tú vete a por...

Y así como así, abruptamente, entró por la puerta de urgencias un tremendo alboroto. La ambulancia sonaba desde la calle y apareció una camilla con un cuerpo rodeado de médicos. Uno le sujetaba la mascarilla de oxígeno, otro agarraba la camilla y la chica con gafas iba mirando los valores de su tensión y sus latidos.

—¡Mark! —Apareció una adolescente sollozando, desconsolada, abrumada.

—¡Por favor! —suplicó uno de los que rodeaban la camilla—. ¡Apártense!

—¡No hasta que me digáis si es grave!

Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Entonces empezó uno de los peores recuerdos de mi vida, que me torturó día tras día. Incluso llegué a ponerle nombre al recuerdo.

LOS 11 SEGUNDOS Y LA PUERTA

SEGUNDO 1: Javi giró la cabeza hacia el estruendo, vio el caos que se respiraba y se fijó en la camilla en la que estaba Mark. Yo traté de agarrarlo de la mano, pero en medio segundo dio una zancada y empezó a ir hacia allí. Al mismo tiempo, el recepcionista volvió junto a una doctora mayor y su equipo de prácticas. Me rodearon dos chicas jóvenes y al otro lado de la camilla empezó a examinarme la doctora. Lo hicieron tan rápido que ni reaccioné.

SEGUNDO 2: Javi consiguió alcanzar la camilla y se colocó justo al lado del Mark. Vi el terror en sus ojos y descubrí que la joven de al lado era Sarah. El resto de personas que había por detrás eran dos profesores del instituto. La doctora mayor agarró la camilla, me desconectó de algunos cables y preparó todo para irme. «Debemos meterlo a quirófano urgentemente.» En cuanto pronunció esas cinco palabras seguidas me entró pánico. Aun así, no tuve tiempo para decir nada. «Podría quedarse ciego si no actuamos ya», chilló.

SEGUNDO 3: Fue el peor de todos. Las dos camillas chocaron. Mark y yo nos colocamos a dos centímetros. Mi vista nublada vio la suya muerta. También observó cómo Sarah de tanto llorar tenía los ojos hinchados y cómo Javi estaba alucinando y volviéndose loco, aunque no me extrañó. Primero me vio a mí medio roto y luego a Mark, roto entero. «¡Mark! ¡HEY!», Javi lo agarró de la mano. «¡Va, Mark! No hagas más bromas», lloraba Sarah, esperando que todo fuera mentira. «Lo estamos perdiendo», dijo asustada la joven que miraba su tensión. «¡María y Leyle! ¡Al quirófano 3!», ordenó el señor Vallekas a sus compañeras de prácticas. Fue un caos total. Ambos mundos colisionaron. El caos de mi vista junto al caos de la supervivencia.

SEGUNDO 4: Conseguí ladear un poco la cabeza y me quedé observando a mi mejor amigo. Lo vi borroso, pero sabía reconocerlo. Las camillas iban más veloces que nunca y el techo se movía rápido, las luces

incluso se juntaban entre sí. Me vinieron a la mente las típicas escenas de las películas en las que el protagonista está a punto de morir y la pantalla se pone en blanco. Yo no deseaba que pasara eso. Mi vista estaba empezando a estar muy cansada, notaba la cabeza pesada y parecía que ya no tuviera el control de mi cuerpo. La herida del labio ya ni me dolía. El único dolor que me martirizaba era pensar que Mark podía morir.

SEGUNDO 5: «¡NO!» Javi golpeó la barra. Ese pasillo nunca terminaba y, a decir verdad, tampoco quería que llegara a su fin, porque sabía que mi camino se separaría del de mi mejor amigo y que podría ser la última vez que lo viese. Por mi ojo derecho salió una lágrima despacio; ya solo empezaba a ver sombras. Solo sombras dispersas y personas que estaban entrando en crisis. Notaba falta de aire, como si la sangre no llegara a mi cerebro. Seguí mirando a Mark y me dolía verlo así. Tan herido. En ese momento me dio igual Dani, ni siquiera pensaba en él. Solo esperaba que Mark sobreviviera.

SEGUNDO 6: «¡Por favor! ¡Apartad a los jóvenes de aquí!», gritó uno de los enfermeros. Vi que una silueta agarró del brazo a Sarah y la apartó. Luego, otra sombra agarró con muchísima fuerza a Javi, y, aunque no se dejaba, consiguió sacarlo de aquel caos. «¡NO!» Ella chillaba desconsolada. «¡DEJADME! ¡QUE ME DEJÉIS!» El otro se resistía. Lo peor era que notaba los párpados pesados y en nada los cerré. Solo oía voces. «¡No, hijo, no!» Alguien me dio dos bofetadas. «¡Mantente despierto!» Noté cómo me sacudían y, no sé cómo, conseguí que mis párpados se abrieran un poco, eso sí, no por mucho tiempo, y ellos lo sabían.

SEGUNDO 7: Se oyó un fuerte estruendo, como si alguien golpeara una puerta o una silla. Por la voz grave que se escuchó a continuación, supuse que había sido Javi, ya que Sarah solo se lamentaba. De repente, las camillas se detuvieron y noté que la luz del techo ya no se movía; nos habíamos parado. Durante un par de milisegundos, el mundo, la camilla, los chillidos, el estrés, la furia, la rabia, el pánico, la muerte y la vida se detuvieron. Solo quedamos Mark y yo. En un espacio donde ambos nos encontrábamos tumbados. Cerré los ojos. Noté que no se me agotaban las fuerzas. Las voces de alrededor se esfumaron. Parecía que estaba más cerca de dormirme.

SEGUNDO 8: En nada, me vi en medio del mar con un fuerte oleaje. Me estaba ahogando. Llovía a cántaros. Llovía como si cayera toda el agua del mundo encima de mí. Estaba peleando por no hundirme, mi cuerpo quería rendirse, pero yo no. Era como si quisiera morir, pero a la vez sobrevivir. Me hundí y en el milisegundo próximo, me encontré en una sala negra, vacía. No había luz, la fuente de luz era yo. Parecía que el mundo se hubiera acabado. En frente se abrió una puerta, una gigantesca. De esta salió la persona que menos me esperaba. Mi primo. Después de tanto tiempo, estaba volviendo a verlo, en persona. «Ven, ven conmigo, dame un abrazo.»

SEGUNDO 9: «¡NO! —chilló alguien por detrás—. No le hagas caso, Luke.» Me giré y lo vi, vi a Mark. Vivo. Las dos personas que consideraba muertas estaban vivas. A las dos personas a las que había dado por perdidas estaban respirando. A mi lado. A un palmo, a mi derecha, estaba mi primo sujetando la puerta, y a mi izquierda se encontraba Mark. «No vayas, Luke. —Se acercó—. Yo sí estoy vivo, tu primo no.» Noté su mano en mi hombro, sentí paz, tranquilidad. Sentí ganas de luchar, de ser feliz, de vivir. Aun así, yo quería ver por última vez a mi primo, abrazarlo de nuevo.

SEGUNDO 10: La puerta desapareció. Noté una fuerte presión en mi corazón. En el techo se abrió una luz. Llegó hasta mí y me tragó. Yo miré a Mark. Él me sonreía. Yo le sonreí. No sé por qué, pero me dio la sensación de que él me había salvado. Como si su aparición me hubiese impedido atravesar aquella puerta.

SEGUNDO 11: Según me contaron, además de la herida del labio, sufrí un traumatismo ocular y un fuerte y potente ataque de ansiedad. En este último segundo lograron curarme y que no me saliera de control. La puerta no fue más que el deseo que tenía de morir mi otro yo. El quirófano nunca fue para mí, sino para él.

Parte 2
No volveremos a vernos

Nadie aprende, ni tan siquiera se enseña, a soportar la soledad.

Nietzsche

Campanillas y dalias
Las mil razones de todo y verano

16 de julio

Estaba volviendo en coche, habíamos decidido pasar una semana en el pueblo. Me sentía tan cansado que estaba apoyado en la ventanilla entrecerrando un poco los ojos y a punto de dormirme con la música sonando en mis oídos.

—Luke. —Con una pequeña sacudida, Martí me llamó la atención —. ¿Estás bien?

Asentí, sonriéndole.

—Solo estoy cansado.

Pero no estaba solo cansado, sino que sentía que todo mi cuerpo estaba sin fuerzas y sin ganas de levantarse para enfrentarse al mundo. Era una sensación tan rara que siempre la describía como que estaba cansado, cuando iba más allá de eso. Nadie me había dicho nunca que no era normal sentirse exhausto cada segundo que parpadeaba.

—¿Seguro? —insistió desabrochando un poco su cinturón y alargando un poco más su cuello para no decirlo tan alto—. ¿Tiene algo que ver con Dani?

Fue escuchar ese nombre y sentir ganas de arrancarme cualquier recuerdo que tuviera que ver con él. Porque la cosa no había acabado nada bien.

—Se te veía muy... —Paró un segundo, inspiró y al fin lo dijo con un hilo de voz—. ¿Te gustaba?

—Nos gustábamos —corregí.

Martí miró un momento de reojo a los asientos de delante por si mamá o papá habían oído algo y luego me sonrió. No fue una sonrisa cualquiera, sino una que me dio paz.

Una que me susurró despacio la frase: «Te quiero igual».

Es uno de los mejores recuerdos que tengo de él. Es lo que provocó que recuperase la confianza y volviera a mirarlo como

alguien con quien podía contar. Lo echaba mucho de menos, aunque pareciera todo lo contrario. De pequeños éramos inseparables y con el tiempo habíamos perdido la magia... Me hizo feliz saber que podíamos volver a ser los renacuajos que miraban constantemente el uno por el otro.

Lo miré y vi cómo retrocedía para colocarse bien en el asiento. No me preguntó nada más. En parte, lo agradecí, pero por otro lado sentí que no había dicho todo lo que quería decir. Tuve muchas oportunidades para contarle la razón de por qué todo acabó como acabó, pero no quería. Sentía que no serviría de nada, ni contarlo, ni intentar arreglar las cosas con Dani.

El coche se detuvo un momento en una gasolinera. Mi madre bajó para ir a pedir un café y mi padre aprovechó para alimentar al vehículo. Las dos puertas se cerraron a la vez y quedamos Martí y yo dentro, acompañados de un silencio sepulcral.

«Ahora es un buen momento», pensé.

Suspiré y dije su nombre casi susurrado. Él tenía la cabeza agachada.

—Dime, Luke. —En cuanto me oyó, dejó el móvil a un lado.

—Yo... —Mis ojos se humedecieron durante un instante. Los cerré y reprimí las lágrimas—. Lo fastidié.

Él no dijo nada. Esperó a que siguiera.

—Tenía a alguien que me quería y lo dejé ir como si nada.

—¿Por qué no intentas recuperarlo? —preguntó.

—Porque siento que después de lo que le hice no merezco nada.

—No creo que...

—Martí, no —le advertí.

—Pero...

—¡Lo llamé maricona! —chillé. A la vez, una lágrima saltó—. ¡Y le escupí! ¡Y le dije que no éramos novios!

Mi hermano me observó con cautela. Yo sentí que me ahogaba. Pasé mi mano por mi frente y luego di un golpe al asiento de delante con el pie. Antes de que siguiera, él se quitó el cinturón y se tiró sobre mí para darme un abrazo de lado.

—¡Suéltame! —Traté de deshacerme de él. No pude.

—Para —me dijo—. Solo... para un instante.

Le hice caso y cuando pude percibir sus dedos agarrándome con cariño del hombro, sentí ese apoyo que necesitaba como el sediento

necesita el agua.

Solté un grito ahogado y él me apartó de su abrazo.

—Todos cometemos errores —trató de tranquilizarme—. Somos humanos, Luke.

—Lo quería mucho...

—Lo sé. —Limpió alguna lágrima mía.

—¿Por qué me ha tocado ser así?

La pregunta lo dejó sin habla.

—¿Así cómo?

—Un niño apagado. Un niño que siempre piensa que nunca se merece nada bueno y que lo estropea todo por eso.

—Nadie se apaga por sí solo —comentó—. ¿Por qué te sientes apagado?

—No sé —reí, llorando—. Es como si alguien me hubiera arrancado la felicidad y no la pudiera recuperar.

—Ese alguien... —carraspeó—, ¿quién es?

—No es humano.

Me miró confuso.

—Entonces ¿cómo es? ¿Quién te ha apagado?

—La chica de mi cabeza —sollocé—. No sé quién es, pero siempre habla, y desde que la tengo dentro de mí, no puedo sonreír.

Martí calló en busca de alguna explicación más, pero no tenía las suficientes palabras para describir lo que sentía. Desde que perdí a Dani, me di cuenta de que él era la única estrella que quedaba en mi vida. Me estaba ayudando a alumbrar la mía. Me estaba ayudando a que la flor blanca no se pudriera... Y en aquel instante, ya no tenía a mi estrella.

No tenía a mi vida.

Y sin mi vida, ¿cómo iba a vivirla?

¿Cómo iba a sonreír si había perdido lo que me hacía sonreír?

—Luke...

La puerta del asiento del conductor se abrió y mi padre se sentó mientras la cerraba. Me limpié como pude algunas lágrimas y me aparté de mi hermano lo más rápido posible. Después, apoyé la cabeza en la ventana, cerré los ojos, me tapé la cara con un brazo e hice ver que no había pasado nada.

—¿Qué haces, hijo? —preguntó mi padre a Martí.

—Nada, nada —contestó—. Solo comprobaba si estaba

durmiendo.

Luego no oí nada más, solo noté una pequeña caricia en mi brazo y me llegó un susurro suyo:

—La chica de la cabeza no puede comerse a mi hermano, no lo permitiremos.

27 de julio

Estaba feliz, me sentía eufórico. Mis piernas se movían como si fuera capaz de dar la vuelta al mundo a pie. Por primera vez en mucho tiempo, estaba paseando por la calle sin tener la cabeza agachada, ni la música en los oídos. Me estaba curando poco a poco.

No sabía nada de Mark, ni de Dani, habían desaparecido del mapa por completo. Las noches anteriores había esperado ansioso un mensaje de alguno de los dos, pero acabé entendiendo que si no lo habían hecho era porque todo se había terminado.

«Todo tiene un fin», pensaba.

Y me sentía bien pensando así; obviando el hecho de que en dos meses volvería a ver sus caras.

Giré la famosa esquina para ir al supermercado a comprar un par de cosas que me habían pedido para la cena y de repente pasó lo que temía que pasaría alguna vez. Mi cuerpo se paralizó por completo. Parpadeé un par de veces y me quedé estático en mitad de la calle. Alguien que iba detrás de mí me empujó diciéndome que me apartara. Eso me ayudó a comprender que no era un sueño lo que estaba viendo. Lo malo fue cuando él también me vio.

Decidido, me escondí detrás del muro para que no me descubriera. Esperé un par de minutos. Me parecieron suficientes para comprobar que no vendría a por mí, pero cuando volví a girar la esquina, me lo encontré cara a cara.

—Mark... —murmuré.

—¡Calla! —Acto seguido me empujó—. ¡Te odio!

Me quedé inmóvil, sin saber qué decir. Sus ojos se clavaron en los míos y apreció cómo sus pupilas casi se comían todo el color verdoso de sus ojos.

—¿Has tomado...?

—¡Que te calles! —Me volvió a empujar. Me aferré a la pared.

De la nada, sin poder aguantarse bien de pie, empezó a llorar.

Rio de una manera bastante espantosa y me agarró de la camiseta.

—¡Tú lo sabías! —me gritó.

—¿El qué? —pregunté asustado.

Su boca quedó a dos centímetros de la mía. Me vino un aliento pudoroso a esa sustancia tan maléfica para el cuerpo. Sus ojos bajaron un momento a mis labios y luego apretó los dientes con rabia.

—¡David tenía razón! —Me retorció más la camiseta.

—¿En qué?

—Has estado jugando conmigo todo este tiempo... —Apretó el puño.

—No entiendo de qué me hablas...

—¡Claro que no! —gritó—. ¡Porque solo te fijas en ti! ¡En ti y en ti! ¡Puto egoísta!

Tosió un momento. Tenía los agujeros de la nariz rojos.

—Mark, ¿qué has tomado? —pregunté, viendo su estado—. Pensaba que la rehabilitación había funcionado.

—¡Que me dejes en paz! —Dicho esto, me soltó y se apartó mientras se agarraba del cabello—. ¡No quiero verte nunca más!

Molesto, me acerqué a él.

—¿Qué te ha dicho David?

No respondía, solo reía.

—Contesta, Mark.

Sollozó y me señaló con el dedo índice, inquieto.

—Lo suficiente para saber que no eres quien decías ser.

22 de agosto

—¿Vamos a la piscina? —me dijo ilusionado, con ganas de que fuera con él—. Venga, sal de la cama. Ponte el bañador.

Hice una mueca y me giré, dándole la espalda mientras fingía que seguía durmiendo. La luz que Martí había encendido ni siquiera me molestó.

—Vamos, hermanito. —Tiró de la sábana—. ¡Va! Seguro que hay tíos buenísimos que te están esperando. Espero que no te odies o busques odiarte por lo que pasó con Dani, Luke.

—Déjame en paz —dije entre sollozos.

Cerró la puerta con cuidado y se sentó a mi lado.

—¿Qué te pasa?

Me froté los ojos y puse la voz más firme que pude.

—No pasa nada, vete a la piscina. Estarás mejor sin mí.

—Imbécil —musitó—. Yo solo quiero ir a la piscina contigo. Con mi hermanito.

—¿Ah, sí? —giré un poco la cabeza hacia él.

Tenía todo el cuerpo cubierto por las sábanas.

Solo sobresalía mi cabello y una parte de mi cara.

—Pues claro.

Dejó caer sus manos en la cama e hizo presión con ellas.

—Llevábamos un tiempo bastante distanciados, pero eres mi hermano y te prometo que de ahora en adelante, estaré a tu lado.

—Eso me dijo Dani.

—No todo puedes basarlo en una mala experiencia. El amor no se termina ahí. —Vio que no decía nada y siguió hablando—. No sé muy bien qué pasó entre vosotros, pero no debes arrastrarte por nadie.

—Es todo demasiado... confuso.

—En otro momento lo hablamos, si quieres. —Dio un golpe en la cama—. Ahora, levántate. Vamos a ir a bañarnos y vamos a ir a ligar.

Puse los ojos en blanco con una pequeña sonrisa. Martí me la devolvió y decidí salir de aquel lugar de ambiente tan cargado. Quité las sábanas y me quedé sentado, mirando hacia la pared de en frente.

—¿Cuál quieres? —Abrió el armario y sacó todos mis bañadores —. ¿El negro? ¿El rojo? —No respondí—. El rojo, que te hará buen paquete y mejor cuerpo.

—¡Martí! —exclamé entre carcajadas.

—¿Qué? —Arqueó una ceja—. Hay que mostrar lo bueno que estás.

Señaló mi torso; yo estaba en calzoncillos.

—Pero ¿qué dices? —Esbocé una mueca—. A tu lado, el mío es horrible.

Me miré, medio asqueado.

—Pero ¿tú eres gilipollas? —Soltó el bañador rojo sobre la cama —. ¿Tú te has visto? Mira, como dejes de comer por esta tontería, te juro que me oyes.

Me froté la nuca, nervioso.

—Luke... —Se acercó con miedo—. Dime que no estás haciendo esas tonterías...

Preferí callarme. Sabía que si decía algo, acabaría fastidiándola más.

—¡Luke! —Alzó los brazos, molesto—. Tú estás perfecto.

—Perdón, no te cabrees.

Abrió los ojos como naranjas ante esa respuesta y observó cómo me estaba encogiendo.

—No me enfado, solo es que no quiero que te machaques así.

Observó su cuerpo de reojo por un segundo.

—Sé que yo estoy más fuerte, pero es porque voy al gimnasio —explicó serio.

Me acerqué al pequeño espejo que había en la esquina. Miré mis piernas, brazos y costillas. Puse cara de desagrado, realmente me veía mal.

¿Por qué no podía verme como los demás? Jamás había tenido problemas de este estilo.

—Deja de mirarte así. —Apagó la luz—. ¿Ves? Ahora eres igual que yo. Somos la misma sombra y tenemos el mismo cuerpo. Estás genial.

—Ya, pero con la luz apagada. —Volví a darle al interruptor. Otra vez tenía esa cara—. ¿Por qué me doy asco?

—Tu sabrás, porque tu cuerpo es para envidiarlo.

—¿Cómo vas a envidiar mi cuerpo si tú tienes unos brazos gigantes, abdominales y unos pectorales perfectamente desarrollados? Eres perfecto, joder.

—¿Y tú? —Martí tocó mi cuerpo—. ¿De verdad no ves que estás fuerte? ¿Quién te ha dejado tan ciego?

La pregunta me dejó sin palabras. No sabía cómo había llegado hasta el punto de que me repugnara cada parte de mi cuerpo. No fue algo en concreto, sino un conjunto de pequeños detalles que se fueron acumulando en mi pensamiento y acabé creyéndomelo.

—Tú también tienes abdominales y un cuerpo bastante desarrollado —resopló.

Como vio que seguía sin convencerme, propuso algo.

—Hagamos una cosa. Si quieres, te llevo al gimnasio conmigo, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que sigas comiendo.

Dudé un momento. No por mí, sino porque dudaba de mi cabeza. No sabía si sería capaz, si podría controlar aquella voz y no sabotearme constantemente y por cualquier cosa.

—Está bien —susurré.

Martí sonrió, más relajado.

—Ven aquí, renacuajo. —Me rodeó con sus brazos y me frotó el cabello—. Te quiero mucho, nunca lo olvides.

Cala
Todos contra mi sonrisa

Tardé en entenderlo. Hoy en día me sigue sorprendiendo, pero justo cuando me encontré luchando entre la vida y la muerte, entre la puerta y Mark, él me tendió la mano para vivir. Cosa curiosa, dado que él era el que podía perder la vista. Él es la razón por la que estoy escribiendo esto y, aunque ya no esté a mi lado, ese día, en el undécimo segundo, me salvó.

Ambos sobrevivimos. Sin embargo, nuestra amistad dejó de existir.

El verano fue tranquilo. No fui al instituto las pocas semanas que quedaban, no tenía fuerza. Eso sí, septiembre fue un horror. Junio marcó un antes y un después, y ya nunca volví a sonreír. No como siempre.

La frase de Dani: «Volveré a verte», nuestra frase, cobró sentido en esos meses.

«Volveré a verte» era un grito desesperado. No era una frase romántica, ni tampoco de despedida. No era como os lo había pintado. Este libro no se llama así por un romance ni por una amistad, recibe este nombre porque tuve que caer en el fondo del mar para entenderla.

«Volveré a verte» es un último suspiro, es el grito a la muerte y al dolor. El grito de no poder más y usar la frase para tener un hilo de esperanza, para, en vez de decir no volveré a verte, poder decir volveré a verte.

Perdí a Dani, a Mark y me perdí a mí mismo. Repito, sobreviví, sobrevivimos. Fui más fuerte que la propia muerte, pero la amistad se rompió y eso fue lo que hizo que dejara de creer en mí del todo y que perdiera toda esperanza.

Esa mañana es lo que me condujo al capítulo uno, al texto que leí en frente de toda la clase, pero aún queda historia por narrar.

Agárrate fuerte, porque la vuelta al instituto va a ser dura.

Mucho más de lo que piensas.

Y recuerda...

Volveré a verte significa no volveré a verte.

Nuevo curso. Nuevas caras. Todo casi nuevo. Empezaba ya primero de bachillerato y solo deseaba que fuera mucho mejor que el curso pasado; tampoco tenía el listón muy alto.

Traté de cambiar de centro, pero mi padre no se esforzó por mí y dijo que estaba exagerando sobre lo que pasaba en clase y que no había razón alguna para hacer tanto papeleo o derrochar dinero. Tenía, según él, plaza asegurada en aquel lugar.

El problema fue que la culpa la recibí yo y nadie más. Por más que le explicaba a mi padre lo que había sucedido, pensaba que todo eran excusas y acabó creyéndose la tontería de que las heridas que sufrí me las hice yo mismo.

Me encontraba delante del instituto, esperando a que abrieran las puertas. Descansaba apoyado en una pared, leyendo un libro, *Bajo la misma estrella*.

El mismo que me regaló Dani, leerlo me hacía sentirlo cerca.

No volví a saber de su existencia después del día maldito. Nunca. El hecho de que yo no apareciera por el instituto hasta el nuevo curso no ayudó mucho a solucionar las cosas. Después de tanto tiempo los volvía a ver.

Quién sabía, Dani quizá ya tuviera otra pareja.

«Pareja»; mi corazón no aceptó eso.

Pasé una página del libro, estaba justo por la mitad y con cada hoja que leía, me daba cuenta de que todo acabaría fatal. Mi pie tocaba la pared que había cerca de la entrada principal, no hace falta decir que estaba apartado de todo el mundo. Yo solo era un pegote y los demás estaban por allí, en grupos. Se decían hola, como si hiciese mucho tiempo que no se veían, y se daban abrazos interminables. Todos tenían a alguien.

Yo no.

Me froté el pelo, estaba ansioso por entrar, para así hacer las dos horas obligatorias y poder huir de nuevo a casa. Ese día solo era la presentación, la entrega del material que habíamos encargado y del nuevo horario. Básicamente, no íbamos a hacer nada.

Alcé un poco la vista de entre las páginas amarillentas y vi, de lejos, a Mark. Nada más verlo, me rompí. Volví mi vista de nuevo a las letras negras de la historia y fingí que no estaba allí. Solo necesité dos segundos para darme cuenta lo cambiado que estaba.

Nuevo corte de pelo, más pendientes, más anillos, nuevo estilo de ropa... Era completamente otro. Quizá el estar al borde de la muerte le hubiera servido para darse cuenta de que era hora de hacer un cambio en su vida, más exagerado. Aun así, no me gustó su nuevo aspecto. Ya no lucía el pelo largo, ahora lo llevaba casi rapado; ese peinado lo hacía parecer una persona más dura. Supuse que él no quería sufrir más y que eso le iría bien.

Llevaba una sudadera negra con un estampado de una banda de música, unos pantalones rasgados grises y las zapatillas más feas que había visto en mi vida. Me dieron ganas de ir hacia él, entre risas y decirle «Son tan feas que nadie las revendería».

Pero ya no era nadie para él.

Y pensar que éramos mejores amigos...

Tuve que retroceder una página del libro, estaba leyendo las palabras, pero mi mente no retenía información, solo miraba las letras.

Mi cabeza estaba pensando en Mark.

En lo lejos que lo sentía y en lo cerca que lo había tenido unos meses atrás.

Decidí volver a alzar un momento la vista, así para desconectar de la lectura.

«Solo una mirada rápida —me murmuré a mí mismo—. Dos segundos. Dos segundos y vuelvo a abajar la cabeza.»

Uno... Y... dos.

Volví a sumergirme en el libro. Pero antes, a su lado, vi a Sarah. Ella sí estaba igual, parecía que el tiempo no le hubiese afectado. Lo que me sorprendió, sin embargo, fue el beso que le dio a Mark. Tendríais que haber visto mi cara de sorpresa. El tiempo había ido demasiado rápido y yo me había quedado estancado en el pasado. Vi también cómo él acariciaba su pelo rubio suavemente y la besaba con dulzura.

Se los veía felices. Se lo veía feliz. Sin mí.

«Eso ha dolido», me confesé.

No había rastro de Dani aún, solo quería verlo. Observar si era el

mismo, si seguía siendo igual de guapo o si había perdido su personalidad, como Mark. Tampoco quería acosarlo, nada de eso, solo quería... verlo.

Imaginar que él y yo aún éramos novios.

—¿Cómo se torció tanto todo? —mascullé mientras me centraba en *Bajo la misma estrella*.

De repente, oí desde la lejanía una risa floja, grave y tierna a la vez. Al principio no la reconocí, y me sorprendió que me llamara la atención la risa de alguien, pero al escucharla detenidamente, me di cuenta de por qué mi mente le había dado importancia. Analicé, de nuevo, esa voz y me planteé de verdad si era él. Al cabo de unos segundos deduje que obviamente mi mente no fallaba.

—Cuatro segundos y ya —dije en voz baja.

Cogí el punto de libro, lo puse en la página para no perderme cuando retomara la lectura, respiré profundamente y cerré la novela. Dejé que mi cara quedara expuesta, fingí que alguien me había escrito en el móvil y lo saqué del bolsillo. Más bien intenté sacarlo; estaba tan nervioso que tardé bastante en tenerlo en mi mano. Tampoco entendía por qué estaba tan nervioso, supuse que era por verlo por primera vez desde hacía tanto tiempo.

Como si nos conociéramos de nuevo y yo quisiera enamorarme de él otra vez.

Solo que esta vez él no querría.

Me quedé embobado mirándolo y el móvil se me cayó al suelo.

—¡Mierda! —chillé.

Chillé muy fuerte.

Demasiado.

Agarré el teléfono tan rápido como pude y luego me fui levantando despacio. Sabía lo que se me venía encima. Lo sabía perfectamente.

Mi corazón empezó a latir muy rápido, mi neurona de ansiedad social se activó y mis manos empezaron a temblar. Dejé de estar recto y miré hacia delante.

Mala decisión. No tendría que haber hecho eso.

Todos me observaban, algunos susurraban y otros se reían. Desvié mi vista lo más rápido que pude y me largué. Me coloqué en otro muro, perpendicular al anterior, para que así no me viera nadie; solté la mochila en el suelo.

«¡Genial! Ya has hecho el ridículo», me felicité a mí mismo, sarcásticamente.

Luego tuve la genial idea de asomarme y fijarme si la gente seguía riéndose de mí.

Mala decisión, de nuevo. No me miraban todos, pero ellos dos sí.

Mark y Dani.

Me escondí tan rápido que incluso me crujió el cuello. Dani me miraba como si no fuera nadie y como si le hubiese destrozado la vida, y Mark reía, burlándose de mí como si no hubiese sido nada para él, como si lo hubiera traicionado.

Sobre todo lo último. Noté un toque de asco en su rostro.

También vi a David, al lado de Mark. David. El mismísimo gilipollas. Al su lado. Eso fue lo que hizo que mi mente explotara y que me diera cuenta de que la historia real había quedado enterrada o que la verdad se la había inventado él mismo.

—Así es como se empieza un curso nuevo —solté un largo suspiro—; dándote cuenta de que estás más solo que nunca.

El timbre sonó, las puertas se abrieron y el director nos chilló para que entráramos. Oí desde el muro cómo soltaban gritos y cómo manifestaban las pocas ganas de volver al instituto. Fueron entrando poco a poco. Cuando vi que ya no había tanto ruido y que quedaban pocas personas, decidí ir hacia la puerta. Me apresuré para que el director me viera, pasé por su lado ajustándome la correa de la mochila y por un momento me sentí raro. Fuera del mundo. Él puso su mano con fuerza en mi torso.

—Tú vienes conmigo. —Lo dijo con un tono tan frío que me asusté

—¿Por? —Quité su mano.

—¿No piensas contarme qué pasó ese día?

—No sé de qué día habla. —Fingí no entender nada y me adentré en el pasillo.

Por un momento no dijo nada más, pero solo hicieron falta dos segundos para que me volviera a llamar la atención.

—No entres —dijo con un tono seguro—. Estás expulsado.

—¿Qué? —Giré bruscamente mi cuerpo, perplejo—. ¿Cómo que expulsado?

—¿No pretenderás seguir viniendo a clase después de la paliza que le diste a Mark?

No reaccioné.

—No sé por qué me está acusando de esto, usted sabe perfectamente lo amigos que siempre he...

—Déjate de tonterías —me cortó tan rápido que ni pude rechistar —. Quedas expulsado. Indefinidamente.

—¡No es justo! —Me encaré con él, tirando la mochila al suelo de manera bruta—. ¡Yo no hice nada!

—Luke, asume las consecuencias.

Dio un paso atrás y me indicó la salida.

—Pero ¿quién piensa que soy? ¿Un asesino?

No respondió.

—Está de coña, ¿no? —Me froté el pelo y solté una risa nerviosa —. ¿Quién ha dicho que yo le di la paliza a Mark?

—No es de tu incumbencia. Sal ya del recinto.

—¡Sí es de mi incumbencia, dado que estoy siendo expulsado injustamente! —Golpeé la puerta. Estaba perdiendo el control—. Ha sido David, ¿no?

Volvió a no responder. Silencio.

—Lo sabía. —Me agarré de los pelos con un ataque de rabia y corrí a clase, a buscarlo.

La furia se apoderó de mí y ya nadie pudo pararme. Así sí que parecía un completo asesino. Perdí el control y me hice parecer culpable. Traté de golpear puerta por puerta con el pie, pero cuando lo hacía las atravesaba y la mayoría de las cosas se rompían con facilidad. Cuando estuve a punto de caer en un gigantesco agujero en mitad del pasillo, alguien me agarró de la mano.

—¡Luke! —me saludó de manera exagerada—. ¿Te encuentras bien?

—¿Qué?

Me vi de nuevo fuera del instituto, en la entrada, con el corazón acelerado. Asustado.

—Voy a cerrar la puerta, entra —dijo con tranquilidad.

—Pero ¿no estoy expulsado?

—¿Cómo? —Me miró, sorprendido—. ¿Seguro que estás bien?

—Sí, perdón. Ya entro. —Di un paso hacia el interior, inseguro.

—Un placer verte de nuevo. —Me dedicó una sonrisa.

Entré a clase, perdido.

«No ha sido real», pensé.

No sé cómo mi mente acabó de esa manera, torturándome. Al llegar al aula busqué un sitio libre, el del fondo. El mejor. Dejé la mochila con cuidado a un lado del pupitre y me senté con la vista un poco nublada, con la mente en otro planeta.

¿Cómo había imaginado todo eso? Parecía tan real...

Parecía que realmente estuviera cabreado, sentía el ardor en mi cuerpo. Sentía cómo mis manos desprendían rabia, y luego ya no.

Traté de no darle mucha importancia.

«Solo han sido la ansiedad y el estrés, que habrán explotado y tu mente habrá imaginado lo inimaginable», me dije.

Tuve miedo, un buen rato, por si todo lo que había vivido esa mañana era verdad. Miré si lo del móvil era real, lo saqué del bolsillo y, tristemente, sí. Había un pequeño rasguño cerca de la cámara y una gran raya en la pantalla.

«Pero ¿lo de Sarah y Mark también?», pensé.

Alcé la vista y eché una ojeada rápida. No veía a ninguna rubia cerca, pero en dos segundos Sarah fue directa a besar a Mark.

—Me estoy volviendo loco —dije en voz alta.

—Lo dudo. —Detrás de mí se escuchó una voz grave.

Estuve a punto de caerme del susto que me dio. Giré mi cuerpo para ver de dónde provenía y vi cómo un joven de pelo rizado se sentaba a mi lado.

Era bastante alto.

—Un placer, soy Nil. —Me tendió la mano.

No le devolví el saludo.

—Está bien, quizá haya ido muy rápido. —Se frotó la nuca—. Te he visto solo y me has parecido interesante.

—¿Interesante yo? —Solté una risa cruel.

—A mí me lo has parecido...

Me fijé más detalladamente en él. Llevaba unos aretes plateados en la oreja derecha, un piercing en el labio y tres anillos en la mano izquierda. Uno negro, otro plateado y otro con formas raras. Su pelo negro brillaba y tenía unos ojos azules que le daban un buen contraste. No era nada feo. Se lo veía un chico bastante deportista, sus pantalones de básquet me lo confirmaron.

—¿Juegas?

—¿Qué?

Ante su confusión, le señalé el pantalón corto. Miró, confuso,

adonde se dirigía mi mano.

—Ah, ¡sí! —Agarró una parte del pantalón y me enseñó el escudo —. Es de los Lakers. Pero sí, juego.

—Perdón, no sé mucho de deportes

—Ya veo... —Se fijó en mi cara de avergonzado—. No te preocupes.

Me dedicó una sonrisa, pero yo solo podía pensar en cómo lo iban a tratar por hablar conmigo. Desvié un poco mi atención y, cómo no, vi a David hablando de mí y de Nil.

—¿Qué pasa? —Se giró y vio al grupo de al lado de la pizarra. Puso los ojos en blanco y chasqueó la lengua—. ¿Por qué no me sorprende que él esté aquí?

Soltó una risa y yo enarqué una ceja, confuso.

—¿Eh?

—Aquel...

Decidió atarse las zapatillas.

—El alto. —Yo asentí—. Jugó conmigo al baloncesto durante un tiempo.

—¿En serio?

«Ya veo que la pesadilla no solo la he vivido yo», pensé

—Sí, era un auténtico gilipollas.

Al oír estas palabras, no pude evitar asentir y apretar los labios, tratando de no soltar todo lo que quería decir sobre ese personaje.

—¿Te ha hecho algo?

Mucho, pero obviamente no se lo contaría. No quería ser el compañero depresivo. No quería ser el amargado.

—Nada, las típicas tonterías suyas. —Miré la ventana de reojo, para evitar sus pupilas.

El día era gris, apagado, oscuro. Daba la sensación de que llovería.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó.

—Luke.

—Me gusta tu nombre, es muy... americano.

Lo dijo con curiosidad, como si quisiera tenerlo él.

—Te lo presto.

—¿Por? Es perfecto para ti. —Alzó las cejas.

—Solo me ha traído desgracias

Cómo no, mi humor depresivo entró en acción.

Nil me miró, confundido. Iba a decir algo, pero lo corté antes de que pudiera.

—Olvídalo.

—Está bien.

Movió despacio su cuerpo y pareció perder el interés en mí. Metió los pies bajo el pupitre y se dedicó a jugar con el bolígrafo.

«Imbécil», me dije a mí mismo.

—Lo siento. —Me acerqué a él—. No he tenido unos meses fáciles.

—No te preocupes —alzó los brazos—, no te molestaré más.

Eso me dolió. Bastante. Sobre todo, porque yo no quería ser así de cortante ni tan desagradable con los demás, pero me costaba. En todo el verano, no había salido con nadie, solo con mis padres. Perdí las ganas de hacer amigos, las ganas de absolutamente todo.

Aprendí a vivir de manera monótona, a sobrevivir, pero no a vivir.

Solía cuestionarme incluso cuál era el sentido de estar vivo.

Chasqueé la lengua, observé mi alrededor y me maldije a mí mismo. No había nadie más interesante que Nil, y yo no había tardado ni dos segundos en arruinar la única esperanza de ese curso.

—¿Cómo es que has decidido venir aquí? —pregunté para que viera que me interesaba su vida.

—En teoría iba a ir a otro instituto, pero mis padres se divorciaron y...

—Lo siento.

—No —respondió tajante—. Ahórrate esas palabras. Yo no lo siento. Mi padre era un imbécil y solo le interesaba el dinero de mi madre. No paraba de enrollarse con otras y vivía de lujo. Ahora ella está feliz y yo también.

No supe qué decir, así que solo asentí. El silencio reinó unos segundos después.

Hasta que Nil volvió a dirigirse a mí.

—No tienes muchos amigos, ¿no?

Lo dijo tan directamente que le lancé una mirada fría.

—Uy. —Pareció entender mi situación—. ¿Qué ha pasado?

—Créeme, no quieres saberlo.

—Está bien, chico misterioso.

Lo miré con cara de asco y él soltó una carcajada.

Mi mal humor no aplacaba su buen rollo.

—Una cosa... —Se acercó a mi oído—. La chica rubia —la miró— es muy guapa.

—¿Sarah?

—Sí, supongo que sí.

—Tiene novio.

Lo dije suavemente, pero acabó pareciendo que quería lanzarle una silla a la pareja.

El amor me parecía surrealista en esos momentos.

—Sí que me va a ir mal este curso en el amor —bromeó—. ¿Y tú qué? ¿Alguien por ahí?

—El curso pasado se enteró toda la clase de que me gustaba una chica. Ella también. Quedé en ridículo delante de todos. Más tarde, en una noche de borrachera, me enrollé con un chico, y acabamos saliendo. Pero luego cortamos, por mi culpa. Trató de hablarme, pero preferí mantenerlo lejos para no hacerle más daño, aunque me dolió.

Los recuerdos que vivimos ambos me vinieron a la mente y noté cómo mi corazón empezó a encogerse.

—Y... ya está. Otra vez soltero. Viva el amor. —Sonreí, mordiéndome la lengua.

—Vaya...

Otra vez había arrasado con mi mal humor. Otra maldita vez. Pudo ver cómo me había quedado sin sentimientos. Cómo mi corazón estaba tan negro como la oscuridad.

—Por cierto —le advertí—, no te creas lo que digan por ahí de mí.

—¿Por? —Alargó la última r, con miedo de haberse juntado con el menos indicado.

—Porque están empezando a correr rumores por los grupos de WhatsApp sobre algo que pasó en los vestuarios.

—¿Qué hiciste? —Notó que había sido muy directo y decidió reformular la pregunta—. Quiero decir... ¿qué dicen que hiciste?

—Pues no lo sé, pero por lo que he interpretado, nada bueno. Algún día te lo contaré. Algún día que explote.

Alcé el pulgar, con una sonrisa triste.

—Parece que te rompieron el corazón o que te traicionaron.

Lo hicieron. Yo también, pero ellos más al darme a entender que era un fantasma en sus vidas.

—Nada, vida de *rockstar*. Nada me importa —fingí.

—Si te sirve de consuelo, yo tampoco he tenido las cosas fáciles —intentó animarme.

De repente, sucedió lo que supe que iba a pasar. Miré un poco de reojo al principio de la clase y vi que David y su grupo, entre ellos Mark, se acercaban a nosotros. Me entró un escalofrío y Nil lo notó. Este asintió mientras comprendía que el cotilleo estaba al caer. Hice como que no los había visto y me puse a mirar el móvil.

—¡Hombre! —David lo agarró del hombro—. Un nuevo compañero.

—No te hagas el tonto, que te conozco del básquet —dijo Nil—. Qué tiempos aquellos, ¿eh? —Puso los ojos en blanco.

Al rato noté los ojos de David clavados en mí.

—¿Qué haces juntándote con ese?

—¿Qué pasa? ¿No puedo?

En mi campo de visión apareció Mark. Detrás de él, Dani. Mi amigo me miró con unos ojos extraños y mi ex, con miedo, incluso giró la cabeza para no verme.

—¿Tú sabes lo que me hizo este capullo? —dijo con cara de asco.

No fue David, sino Mark, quien habló. Yo lo miré, confuso.

—No te hagas el tonto —dijo al ver mi cara de confusión—. Perdí la memoria sobre aquel día y me lo tuvo que contar David, ya que tú no tuviste el valor de decírmelo a la cara. Además, Javi me contó que le dijiste que fuera a por mí, que estabas preocupado por lo que me habías hecho.

—Eso no fue as...

Con razón Javi me había ignorado de tal manera en verano y me había apartado de su vida, bloqueándome de todos lados. Con razón Sarah, hacía un rato, me miraba con cara de desprecio, y con razón Mark había cambiado tanto. Odié a Javi en aquellos momentos como nunca. No entendí cuál había sido la necesidad de cambiarlo todo.

—¿Qué...? —Nil me miró raro.

—No te la esperabas, ¿eh? —David le dio una palmada en la espalda—. Poco se habla que a mí me rompió los dientes —sonrió David, y enseñó un diente partido.

¿Lo peor? Que eso no era mentira.

—¿Sabéis qué? —Me levanté del sitio—. Creed lo que os dé la puta gana.

Miré a un Mark al que ni siquiera reconocía.

—Me parece muy fuerte que te hayas vuelto en mi contra cuando fue David el que te hizo esa cicatriz del ojo.

Él se la tocó y rio; de reojo me fijé en cómo David lo estaba apretando por la espalda.

«Lo está chantajeando», concluí.

—¡Va! —Se rio—. ¿Pretendes que me crea esa tontería?

—Me sacrifiqué por ti, pegué a Dani por ti. —Miré a mi ex de reojo—. ¡Di algo, Dani! ¡Tú estabas presente!

—Yo solo llegué y te vi con las manos llenas de sangre.

Algo dentro de mí se partió en dos. Me lo había buscado.

—¿Y ahora crees a quien siempre ha buscado la manera de hacerte daño? —pregunté dolido.

—Él me abrió los ojos —replicó Mark—. Ya te lo dije, no eras quien pensaba que eras.

En su voz percibí un pequeño tono de nerviosismo. Estaba claro que él sabía lo que había sucedido, solo que David lo había puesto en mi contra. Como siempre.

—Ya veo que ni siquiera me extrañaste ni te dolió perderme —le dije a Mark.

Él se rio y se acercó más a mí. Traté de reconocer sus ojos verdes, pero los vi más oscuros.

—No eres, ni eras, nadie para mí —dijo frívolamente—. Nunca lo fuiste.

No tenía palabras. Eso me había destrozado.

Tragué saliva y noté cómo el grupo empezaba a cerrarse a mi alrededor.

Miré de reojo a Nil y él empezó a incomodarse.

—Yo mejor me voy. —Comenzó a recoger las cosas—. Ha sido... ¿un placer?

—¡Nil! —grité, y se giró—. Déjame explicártelo, al menos tú trata de escuchar mi versión.

—Lo siento, pero no.

Otra vez solo.

Noté rabia, dolor y furia.

Quería pegar y quería llorar. Destruir y morir. Quería huir.

Di un paso en falso y, mientras trataba de no perder el control, Dani decidió acercarse a mí. Pensé que iba a ayudarme y que ocurriría

un milagro. Pero no. Su mirada me indicaba que quería perdonarme, pero su boca me dijo que no podía hacerlo.

No después de lo que le había hecho.

Carraspeó y clavó su dedo índice en mi pecho, dolido.

—Y pensar que llegué a enamorarme de ti...

—Dani... —Intenté cogerlo de la mano. Él me la apartó.

—¡No me toques! —Levantó su mano y formó un puño; yo solo asentí y retrocedí—. No vaya a ser que ahora también te esté molestando. Porque eso es lo que hacía, ¿no? Ser un maricón pesado.

Traté de pronunciarme y hacerle ver que todo había tenido su motivo. No me dejó.

—Tú estuviste allí... —murmuré—, ¿por qué mientes?

Acercó su boca a mi oído y lo susurró:

—Mentiste con tus «te quiero». Me pegaste. No he dicho nada falso ahí.

No entendí nada en aquel momento. No parecía Dani. Él nunca se habría comportado así.

Eso pensaba.

Pero ahora que estoy escribiéndolo, me doy cuenta de que nunca vi su lado enfadado. Conmigo siempre había estado feliz, nunca molesto. Así que nunca supe cómo trataba a las personas que le caían mal.

Tenía una doble cara.

Pero parecía ser una venganza por su dolor.

Le dolió mucho lo que le había dicho, y no me extraña.

—Pero ¡no hice...!

—¡Para! —Con la mano me empujó, como si fuera un virus—. Mira que era fácil cuidarme y quererme y no tratarme como me trataste...

Por primera vez, en toda esa conversación, sus ojos parecieron ser fieles a su corazón y en vez de mostrar frialdad, mostró dolor. Quería perdonarme, lo veía, pero no podía arriesgarse a que le volviera a hacer lo mismo.

—Dani, déjame que te explique... —lo intenté, de nuevo.

—¿Qué es lo que no entiendes? —dijo Mark, agarrándome de la sudadera—. Aléjate de nosotros y no nos vuelvas a molestar con tu falsa inocencia.

Este no era el Mark al que conocía. Lo había perdido de nuevo.

Pude percibir a qué olía, y el aroma que me llegó fue a pura marihuana. Drogas y más drogas.

Asentí, tratando de no llorar y de ser fuerte por una vez. Casi todos se fueron a sus asientos y no volvieron a mirarme más. David, sin embargo, esperó a que estuvieran lejos. Cuando volví a sentarme en la silla, él aprovechó para acercarse.

—Sigue así, que me encanta verte sufrir.

Tulipanes blancos
El árbol y Martí

«Me quiero ir. Ya no quiero estar aquí, no cuando todos me odian», pensé.

Empecé a recoger las cosas. Solo tenía ganas de volver al verano, a cuando pude ser feliz. A pesar de las duras noches, entonces lo pasaba bien.

Estuve gran parte del tiempo solo, pero tuve a mi hermano a mi lado. Él fue la razón de que aún hubiera una pizca de esperanza en mí y que creyera que todo iría a mejor. Martí estuvo día tras día a mi lado, más cerca que nunca. No supe cuándo exactamente nuestra relación empezó a escalar y pasamos de decirnos cuatro palabras al día a estar todo el rato juntos. Lo triste era que lo consideraba mi mejor amigo. Pero me hizo sonreír, hizo cosas conmigo siempre que pudo y estuvo todo el tiempo pendiente de mí.

Martí se convirtió en la persona más importante de mi vida. Fue el único que creyó en mí. Pasó cada día del verano a mi lado e incluso me llevó a unas cuantas fiestas. Supo lo que necesitaba y me lo dio. Más cuando mi madre se puso más inestable que nunca y a mi padre solo le importaba la televisión.

Martí fue la única alegría. No me arrepiento de permitir que lo fuera. No obstante, no fui capaz de mantener la promesa que le hice. Volví a caer en la tentación de no comer.

—¡Buenos...! —dijo la profesora al verme pasar a su lado—. ¡¿Dónde vas?! —Me agarró del brazo.

—Me voy lejos de esta puta mierda —dije entre lágrimas, y me deshice de su mano de mala manera.

—García, ¡vuelve aquí ahora mismo!

Me fui. No iba a permitir que me destrozaran más. Unas miradas las podía soportar, algunas caras de odio las podía entender, pero no aguantaba tener a Mark en mi contra y a Dani diciendo que le daba asco. Eso me hizo explotar. Fui un volcán en plena erupción, pero no

soltaba lava, solo chillaba; todo lo que no pude chillar en su momento. Corrí y salí del instituto.

—¡Me cago en todo! —Empecé a dar golpes al árbol que me pillaba más cerca—. ¡Yo sí te quería, Dani! ¡Más que nadie!

El dolor de los primeros impactos no me fue suficiente. Las lágrimas tampoco.

—¡Te odio! —Cada vez le daba más fuerte—. ¡TE ODIO!

Si el árbol fuera una persona, la habría matado. Acabé con los nudillos llenos de heridas, con sangre. Me vi las palmas temblando y eso solo provocó que llorara más. Me recordó al vestuario. Me recordó a todo.

Me retorcía de dolor y no sentía las manos. Solo la rabia. Pura. Era un huracán de categoría máxima con vientos a velocidades horribles; era capaz de arrasar con todo lo que se acercara a mí y de inundar a todo el mundo con mi sufrimiento.

Aun así, sabía que si algún día decidía hablar del huracán que vivía en mí, huirían todos. Nadie se quedaría. Normal, nadie quería estar al lado de alguien que valía tan poco.

«Loco. Estás loco», pensé.

Traté de mover los dedos, pero no los sentía.

Era un tornado, no paraba de dar vueltas y vueltas en mi mente. Miles de palabras venían y seguían atormentándome. Se iban acumulando e intensificando. Era un baile mortal. Un huracán y un tornado. Lluvia. Lágrimas. Viento. Rabia. Mi vida era un caos. Todos descansaban en sus mundos en paz, con el sol, y yo vivía constantemente ahogado. No podía más. Mi cabeza estaba destrozada y aquello jodía por completo mi corazón.

Era terrorífico.

Las manos me temblaban; estaba perdiendo el control de mi vida. Estaba perdiéndome en segundos. Mi sonrisa ya no existía. Mi vida se iba, pero no quería morir. Cogí como pude el móvil y marqué a la única persona a la que podía acudir. Martí.

—¡Buenasss! —contestó vacilón—. ¿Cómo está el pequeñín?

—Ven..., ve...

—¿Luke? —Su tono de voz cambió rápido—. ¿Qué ha pasado?

No dije nada.

—¡Contesta! ¿Dónde estás? ¿Luke? —Percibí el miedo en su voz —. Quédate ahí. No te muevas. Mándame la ubicación.

Le hice caso. Le dije dónde estaba y no me moví. Me quedé al lado del árbol, con las piernas contra el pecho, encogido y tratando de esconderme. Parecía derrotado, con las manos derrochadas y doloridas. Me frotaba lentamente el cabello. Traté de relajarme y controlarme, pero sentía que no podía. La ansiedad y la depresión me habían ganado. La respiración iba por sí sola. Nunca me había encontrado tan mal.

—¿Estoy loco? ¿Y si de verdad quise matar a Mark? ¿Y si...?

—¡Cállate, estúpida mente! —grité.

—Yo le di una paliza. Es mi culpa. Todo es culpa mía.

—¡CÁLLATE, POR FAVOR! —deliraba.

—Debería matarme yo, sí.

—Para, por favor. Para.

Me agarré de los pelos, desesperado.

—Te lo suplico, para. —Empecé a tambalearme—. Déjame ser feliz, solo pido eso.

—No merezco ser feliz. Solo molestaba a Mark y destrozaba a la gente. Soy una molestia. No sirvo.

—¡PARAAAAAA! —Golpeé el suelo.

—¡LUKE!

Alcé mi vista nublada de lágrimas. Ahí estaba Martí. No fui consciente del tiempo que había pasado, pero mi hermano cogía aire tratando de recuperar el que le faltaba.

Supuse que había venido corriendo.

—Ven aquí. —Movió su cuerpo hacia a mí y se sentó a mi lado—. Ya está, estoy aquí.

Me dio un abrazo cálido y trató de detener todo mi temblequeo.

—Relájate, ya estoy aquí. —Suspiró y me fue tranquilizando—. Mírame —me agarró de la mandíbula—, no llores, no sufras, no te lo mereces.

—Creo que estoy lo... loco.

—No estás loco, solo es el dolor. —Desvió la vista y vio mis manos.

Pensé por un momento que me iba a echar la bronca, pero fue más comprensivo de lo que imaginé.

—Vámonos a casa, hay que curarte eso.

Yo escondí las manos rápidamente, aunque no sirvió de nada.

—Tranquilo, no me enfadaré. Todos alguna vez hemos hecho

algo parecido.

Él me miró con miedo, pero con felicidad a la vez. En sus ojos pude apreciar el terror, pensando que no me volvería a ver, que me perdería de un momento a otro. Su mandíbula estaba muy tensa y aunque trataba de no hacerlo muy obvio, percibí su furia contra todos aquellos que me habían ayudado a llegar a esa situación.

«Pero ¿cómo voy a decirle que ha sido la persona a la que más quiero?», pensé.

—No quiero... no quiero volver. —Miré hacia el instituto—. Nunca.

—Ni de coña volverás. Tú vienes a casa y buscaremos una solución. —Se levantó conmigo y me protegió con su brazo musculoso —. Estás a salvo.

Por primera vez en todo ese rato, tuve la suficiente fuerza para devolverle el abrazo, y lo hice con una intensidad bastante notable.

—Sea lo que sea que haya pasado ahí dentro, ya ha acabado.

—Me odian Martí, me odian. —Su cara se entristeció—. Mark me odia... —murmuré.

—¿Mark?

—Dice que no soy nada para... —me dolía decirlo— él.

—Joder —bufó exasperado—. Lo siento, no te merece.

—¿Y si me... y si me merezco que me odie?

Decidió apartarse de mí y mirarme con frustración. Quería chillarme, lo sabía perfectamente. Pero estaba controlándose lo mejor que podía.

—¡Eh! —Apretó la mandíbula con fuerza—. No vuelvas a decir eso. Nadie se merece ser odiado, y mucho menos con lo increíble que tú eres.

Paró un momento para ver si yo asentía y lo aceptaba, pero al ver que no, prosiguió:

—Si ese imbécil ha decidido tirarlo todo por la borda, es su culpa. No dejes que te pisotee ni que te haga sentir una mierda de persona. Porque tú —clavó un dedo en mi pecho— tienes un gran corazón y... ¿ves esta sonrisa? —Señaló la suya, forzada—. Es la maldita sonrisa que me has provocado durante todo el verano. No todo el mundo consigue hacer eso.

—Pero lo abandoné.

Entonces me acordé de que él no sabía la historia.

—¿Cómo? —Me miró confuso.

—Hui justo cuando necesitaba mi ayuda. —Siguió sin entenderlo. Inspiré exageradamente y miré a un lado—. Tengo que contarte la verdad sobre por qué acabé en el hospital.

De manera resumida, le expliqué todo. Se lo merecía. Una vez terminé, Martí empezó a apretar las manos y a parpadear repetidamente.

—¡¿QUE DAVID HIZO QUÉ?! —soltó un chillido, rabioso.

—Martí, déjalo estar...

—Este se va a enterar. —Formó un puño con la mano.

—¡NO! —Lo detuve—. Si te lo he confiado a ti es para que entendieras todo. Por favor, no compliques las cosas más aún.

—Pero, Luke... —Me agarró de la cara y me miró, entristecido—. Hay que contárselo a alguien. Lo que pasó es horrible, y más que te inculpen a ti.

—Martí... —le advertí en tono serio—. Por favor, no quiero más problemas.

No quería hacerme caso, solo miraba hacia la puerta del instituto, con ganas de ir y destrozar todo lo que se encontrara a su paso. Tuve que insistir más para convencerlo. Me costó, pero terminó entendiendo que podría ser peor seguir con aquello, defenderme.

—Está bien. —No estaba muy seguro—. También te digo que esto no se quedará así.

Traté de negarme, pero acabé aceptando.

Tenía razón. No era culpa mía y alguien se merecía un castigo.

—Quiero que recuerdes que tú no tienes la culpa de nada.

—Lo sé —musité.

—Eres un chaval muy fuerte, en serio. Estoy orgulloso. Yo jamás sabría sobrellevar esto.

Intenté sonreír. Nos quedamos un momento en silencio.

—Te ayudo a levantarte y nos vamos a casa —soltó con una tristeza marcada en sus ojos—. Así te curo ese estropicio en las manos y jugamos a la videoconsola, al juego que tú quieras.

Nunca me había dejado elegir el juego. Acepté y me puse de pie.

—¿Tú no tenías que ir a hacer el papeleo de la universidad?

Estaba a punto de entrar en su primer año de carrera.

—Iré más tarde; me importas más tú.

Pude ser feliz por un rato. Me sentí tan querido a su lado que fui capaz de dejar por unas horas todo el horror que vivía en mi mente. Las partidas a la PS4 estuvieron la mar de entretenidas. Las risas y las tonterías fueron necesarias para mí.

Fuimos a comer fuera. Luego, Martí me llevó a mi tienda favorita de siempre: la de vinilos. Para mí fue un gesto bastante bonito, ya que a él nunca le había gustado ir a esos sitios. Permaneció allí todo el rato que hizo falta y mostró interés por mis gustos musicales. También fuimos a una librería, me regaló *Ciudades de papel*, de John Green.

Más tarde, yo lo acompañé a hacer el papeleo para la universidad y nos tomamos un helado de la Jijonenca. Él, cómo no, se pidió el asqueroso de fresa y yo uno de oreo.

El mejor.

—Sigo sin entender cómo te puede gustar esta mierda. —Puse los ojos en blanco, viendo la esfera de color rosa.

—¡Pero si está buenísimo! —Me dio un golpe.

—¡Sabe a jarabe!

—Al menos el mío está frío, no como el tuyo, que es solo galleta triturada.

Ahí no pude contradecirle, tenía razón.

—Sí, pero está más bueno. —Le di una chupada larga a la bola de helado—. Siempre será mi sabor favorito.

—Tus gustos son horribles —criticó, como haría un hermano—. ¿A quién le gusta leer?

—A mucha gente culta.

—¿Me acabas de llamar inculto?

Lo que más me gustaba de Martí era la facilidad que tenía para la comedia. Daba gusto estar a su lado. Traía la felicidad de serie.

—Lo eres, no sé ni cómo has entrado a la universidad.

No busqué hacerle daño, solo fue un pique entre nosotros.

—Habló el que suspende Matemáticas.

—Golpe bajo, cabrón.

Reímos.

—Al llegar a casa jugamos otra partida

—¿Para qué? ¿Para que te gane? —Lo miré desafiante.

—¿Eso crees tú? —Soltó una carcajada—. Si ganas otra vez te doy cinco euros, y si pierdes, me los das tú.

—Acepto. Ya puedes ir soltándolos.

—No tan rápido, pequeñajo, que ahora escogeré yo el juego.

—No. Eso es jugar sucio.

Sabía perfectamente cuál iba a escoger y a ese perdería fijo.

—¡*NBA*! —chilló triunfante.

—Lo sabía. —Puse los ojos en blanco—. Te odio.

Iba a responderme, ofendido de broma, pero de repente se escuchó el tono de llamada.

—¿Quién es? —pregunté intrigado.

—Papá, lo han llamado del instituto.

—Mierda...

—Niño, hora de volver a casa.

Le lancé el diablo en persona a través de los ojos.

—¡TRANQUILO! —dijo, casi sacando una cruz religiosa—. Te ayudaré.

Sonrió y terminó, por fin, su asqueroso helado de fresa. Luego pasó su brazo por mis hombros en forma de abrazo y me dio una bofetada en la cara. Que en realidad podría haber sido una caricia. Comenzamos a pelearnos de broma en mitad del centro comercial y aquello, una escena tan cotidiana entre dos hermanos, me hizo feliz. Algo difícil en esos tiempos.

Hibisco
No poder amar a nadie más por amar a alguien que ya no está

El camino se hizo largo. El hecho de que hubieran llamado a mi padre del instituto no me tranquilizó, y menos después de lo mal que le había contestado a la profesora. Martí notaba mis nervios. Creo que incluso se los transmití a él. El autobús tardó en llegar. Parecía que el tiempo hubiera decidido extenderse. El cielo adquirió un color gris muy feo y, en segundos, llovió como nunca. Estábamos a oscuras. Aunque estuviéramos en la parada del autobús y el techo nos tapara, el agua seguía mojándonos y el frío no ayudaba. Era septiembre, se suponía que aún debía hacer calor.

Saqué un momento el móvil para ver sí tenía algún mensaje, pero era obvio que no. Ya no tenía sentido tener un teléfono.

Martí bufó mientras miraba la pantalla que anunciaba la llegada de los buses.

—Cinco putos minutos aún.

Llevábamos ya veinte minutos de espera. La magia del transporte público.

—Relájate... —murmuré, frotándome el cabello. Lo tenía un poco mojado.

—Es verdad, ¿por qué estoy más nervioso yo que tú? —dijo confuso.

—Porque soy tu hermano y te preocupas por mí. Me quieres tanto que, si me diera la gana, me comprarías un móvil nuevo.

—No cuela, crac —negó, riéndose.

—Joder —comenté entre pucheros—, me habrías hecho muy feliz.

—Esa faceta de niño pequeño se la haces a otros. —Puso los ojos en blanco—. Conmigo no sirve, te tengo calado —dijo orgulloso.

—Da asco a veces que seas mi hermano —suspiré—. No puedo

manipularte.

—Así es —cruzó los brazos—, nunca podrás.

De repente me entró curiosidad por él.

Me di cuenta de que no sabía nada sobre su vida amorosa.

—Martí... —Él enarcó una ceja, esperando la pregunta—. ¿Eres virgen? ¿O ya no?

Debo admitir que cuando lo dije en voz alta sonó muy raro.

—¿Y a qué se debe esta curiosidad? —me vaciló.

—Déjalo —hice como si no hubiese dicho nada—, solo tenía interés por tu vida amorosa.

Permaneció callado durante unos segundos y miró al frente. Asintió para sí mismo un buen rato, como si la lluvia lo hubiera hipnotizado. Se frotó el brazo, cogió aire de manera exagerada y lo soltó al cabo de un rato.

—No, no lo soy —rio.

—¿Qué? —Me acerqué—. ¿Mi hermano se ha desvirgado y no me he enterado?

—No te pongas dramático. —Puso los ojos en blanco—. Fue en verano.

—Pero si estabas...

Me miró con las cejas alzadas y sonriéndome. Como si se me escapara algo.

—¡Claro! —exclamé al acordarme—. Esa noche que me suplicaste que te dejara solo con esa chica...

Me hizo un giño.

—Bien, ¿y tú?

Lo miré con miedo.

—¿Yo qué?

—Que si tú eres virgen... —preguntó, con cara seria. Quería saberlo.

—Sí —mentí—, has sido el primero en perderla. —Le di una palmada en el hombro.

—¡Bien! —cantó victoria para sí mismo.

—Te juro que a veces no te entiendo —confesé entre risas.

El autobús por suerte llegó antes de lo previsto. Estábamos tan despistados que por poco lo perdimos. Levanté la mano para que no pasara de largo.

—Menos mal que tú has estado atento —suspiró Martí aliviado

mientras ponía un pie dentro del autobús.

Piqué el tique lo más rápido que pude y seguí hacia donde se dirigía mi hermano. A mitad de camino me paré. Mi cuerpo se detuvo y mi corazón casi que también. El autobús arrancó y yo tuve que hacer fuerza para no chocarme con los que estaban sentados a mi lado. Me froté los ojos.

«No, no, esto es mi imaginación», pensé.

Cerré los ojos y los abrí de nuevo, pero nada, ella seguía ahí. La chica que desde siempre me había gustado. La única. Nada más la vi, caí en la conclusión de que quizá fuera bisexual. No había dejado de gustarme, me había puesto tan nervioso como cuando veía a Dani.

—¡Tú! —gritó mi hermano mientras se colocaba en un asiento, justo al lado de donde estaba ella—. ¿Qué haces ahí parado?

Ella lo escuchó, su cabeza se alzó y apartó la vista del móvil, centrándose en la voz grave de Martí.

—Ven, que te vas a matar.

Quería matarme, de la vergüenza.

Le hice un gesto moviendo la cabeza hacia la izquierda, exageradamente. Momento en el que ella me vio. Su sonrisa se perfiló y repeinó su largo cabello. Martí vio cómo mi vista se centraba en alguien que no era él y se dio cuenta de que la chica era aquella de la que le había hablado.

«Fue demasiado obvio, por lo nervioso que te pusiste», me explicó más tarde.

—¿Luke? —dijo con un tono dulce y suave. Yo me acerqué despacio—. ¿Cómo tú por aquí? —Se incorporó del asiento y me dio un rápido abrazo.

Mi hermano quitó los pies del asiento de en frente y de un salto se sentó al lado de ella. Al lado de Paula.

—Yo soy Martí.

«¿Qué haces, gilipollas?», pensé.

—¡Vaya! —Le echó una ojeada rápida—. Sí que eres tan guapa como él me había comentado.

—¡Tío! —Le di un puñetazo.

Ella soltó una carcajada, nerviosa.

Se relamió el labio y me miró de reojo.

—¿Él te habla de mí? —preguntó vacilona.

—Muchísimo. Si fuera por Luke, tendría una tú de cartón.

Le di otra hostia. No le había servido la primera.

—¡Vale! ¡Vale! —Alzó los brazos, en símbolo de rendirse—. Encima que muestro interés por ella... —puso los ojos en blanco—. Un placer, os dejo para que habléis.

—El placer es mío.

Martí se colocó en el asiento de en frente.

Aquello era muy incómodo. La situación más incómoda de mi vida. El tonto de mi hermano disfrutaba de la escena. Para no hacer más el ridículo, me senté al lado de Paula. En frente tenía un asiento vacío, a mi lado derecho estaba Paula y Martí estaba delante de ella.

La verdad, no supe que hacía él aquí.

Me miró y sin decir nada me animó a hablar con una mirada dulce. La observé un microsegundo y sonreí inconscientemente. Ella era la razón por la que me había sentido heterosexual, aunque Dani me había borrado ese pensamiento.

Así que, obviamente, era bisexual.

Necesité verla de nuevo a ella para confirmarlo.

—Hola, Paula. —Me froté la nuca, no sabía qué más decir.

Me moría de vergüenza.

—¿Cómo estás?

Su preciosa sonrisa. Sus ojos.

—Bastante bien —dije con la voz rápida.

Mi cabeza hizo clic y recordé la pesadilla que vivía en clase.

—¿Por qué me estás hablando tan tranquilamente?

Martí abrió los ojos como platos y se fijó en que ya no llovía para que pareciese que no estaba prestando atención.

—¿Y por qué no? —Me miró, confusa.

Jugué con mis dedos, inquieto.

—Los rumores vuelan y...

—Yo sé que no fuiste tú.

—¿Eh? —Tanto mi hermano como yo parpadeamos exageradamente. Esa respuesta nos chocó.

—Ambos sabemos cómo es David... —dijo con la voz apagada; tuve la sensación de que recordó algún momento que vivió junto a él cuando eran pareja—. Es capaz de destrozar las vidas de los demás por puro vicio.

Desvié mis ojos hacia Martí, él la miraba con una sonrisa. Como si ya confiara en ella y no tuviera que estar vigilando cada

movimiento.

—¿Tienes algo que hacer ahora? —Fui bastante directo.

—La verdad es que no. —Se miró las uñas, las llevaba pintadas de lila—. ¿Me estás pidiendo una cita?

Abrí la boca de par en par y hubo unos segundos en los que mi cabeza no funcionó.

Paula tenía el don de decir cosas que nadie se esperaba.

—¡No! —respondí rápido—. Solo es que me apetecía pasar un rato contigo...

Seguramente me sonrojé.

—Yo lo siento mucho —Martí dejó de mirar el móvil y habló—, pero Luke...

—Luke estaría encantado de llevarte al mirador.

Lo corté y le hice todas las señales posibles para que no arruinara el momento. Le supliqué telepáticamente que me dejara ir con ella y que se inventara cualquier excusa cuando mi padre preguntase por mí. Martí captó el mensaje y se dedicó a mirar el móvil de nuevo. Me guiñó un ojo y fue bajando los brazos mientras hacia el típico gesto de «Está bien, te cubriré».

—¿Bajamos? —propuse al instante—. Esta es la parada para ir al mirador.

Yo no me sabía esa parada por casualidad. Siempre había querido llevarla a ver el mirador, sobre todo porque sabía lo mucho que le gusta ver las ciudades desde las alturas. Lo descubrí un día, en clase, escuchando una conversación por pura casualidad, en la que ella les contaba a sus amigas que David nunca la había traído aquí. Eso fue lo que me llevó a investigar dónde se encontraba el mirador para poder llevarla yo, alguien que sí mostraba interés por ella.

—¡Va! —Le di un golpe flojo en la pierna—. ¡Que se nos pasa la parada!

—¡Voy! —Su risa nerviosa me hizo sonreír. Mucho—. Eres muy poco predecible, ¿eh?

—Bienvenida a mi mundo

Hice una reverencia y apreté el botón de la puerta del autobús para que se abriera la puerta. Mi hermano me miró desde el asiento y me dedicó una plácida sonrisa. Hizo un movimiento con la cabeza hacia el exterior mientras volvía su vista al móvil e iba sacando los auriculares.

—Nos vemos en casa. —Le devolví la sonrisa a Martí y bajé junto a Paula.

Una vez fuera y ya un poco lejos de la parada, ella volvió a iniciar la conversación.

—Me parece un encanto tu hermano. —Se tocó el brazo, nerviosa.

—Lo es. Insoportable, pero sí.

Me miró como si yo fuera espectacular o un dios caído del cielo.

Jamás he olvidado esa mirada. Sucedió a la entrada del mirador.

—Me jode mucho que te estén tratando así. David hace de todo solo para ver a la gente infeliz —murmuró.

De repente miró al cielo, permaneció así un buen rato.

—¿Qué pasa? —pregunté curioso y alzando mi cabeza hacia el espacio azulado. Las nubes casi habían desaparecido y la tormenta ya no existía—. ¿Qué hay?

—Nada, es que me encanta cuando las nubes son muy grises. —Su cara cambió rápidamente de expresión—. Perdón, eso ha sonado raro.

Negué con la cabeza, sonriéndole.

—A mí, por ejemplo, me gusta mirar las tormentas, puedo pasarme todo el día viendo la lluvia caer. Incluso sentarme con una silla en la terraza y quedarme ahí horas y horas mojándome.

—Nuca había visto esta parte tan... curiosa de ti. —Me miró con otros ojos—. En clase...

—Soy más cerrado, callado y borde. Lo sé. —Me reí—. Así guardo lo mejor para la gente que se lo merece.

—Ha quedado bonito eso, debo admitirlo

Sonreí. Estuvimos incómodos durante un instante. Veía la iniciativa de ella para preguntarme algo, pero cada vez que lo intentaba, se silenciaba a sí misma.

—Dime —la animé.

—No quiero incomodarte, pero... —Paró un momento y negó con la cabeza—. ¿Cómo estáis Dani y tú?

No quise responderle, solo seguí andando mientras iba mirando el suelo.

—Parecía que vuestra amistad era bastante fuerte.

«Amistad.»

—No todo dura para siempre.

Que dijera eso la entristeció.

—David me hizo mucho daño —decidió hablarme por primera vez de su relación con él—, pero no pensé que a ti te haría la vida imposible. No le veo el sentido.

—No te preocupes, es igual.

—No da igual, Luke. —Se detuvo delante de mí—. Te miro y no entiendo cómo te han podido hacer tanto daño. Ni como yo también me he llegado a creer, en algún momento, las cosas que decían sobre ti. No te mereces nada de lo que te ha pasado. —Me miró fijamente, empatizando—. Perdón si hice algo que...

—Paula —coloqué mi mano encima de la suya—, tú nunca has hecho nada.

Nos quedamos mirándonos. Por un momento, mi alrededor se volvió oscuro e inexistente, mi vista solo se centró en ella. Sus ojos en los míos y mis ojos en los suyos. Fue como si nuestras almas se teletransportaran y se juntaran en otro mundo paralelo. El problema era que yo no podía dejar que ella me amara.

No podía dejar que ella me quisiera cuando ni yo mismo me quería. Me mostraba feliz, sonreía, hacía como si nada, pero por dentro estaba roto. Sabía perfectamente que, si éramos más que amigos, acabaría rompiéndola o destrozándola, y no quería. Nunca le haría daño.

—En fin... —Corté el momento. Ella se dio cuenta—. Hay que ir por aquí, así se camina menos.

—Te sabes muy bien el camino, por lo que veo... ¿Has venido muchas veces?

—Nunca.

—¿Entonces...? —Me miró, confusa.

—Lo he reservado siempre para ti.

Al ver que mi expresión facial seguía igual, empezó a sonreír poco a poco. Le gustó saber eso.

—Sé que siempre has deseado venir.

—No sabía que tenía un admirador. —Enarcó una ceja, divertida.

La tensión entre nosotros era obvia, pero mi mente no lograba concentrarse en ella. Noté cómo me miraba con deseo y con ganas de agarrarme de la cara y besarme. Yo temía que eso pasara. Paula me gustaba mucho. Me encantaba. Pero me di cuenta de que mi corazón seguía latiendo por Dani. Aunque él no existiera en mi mundo.

—Cuidado. —Había una rama en el suelo—. Casi te matas.

—Es que estaba embobada mirándote.

Esto me dio repelús. No era partidario de estas frases sin un toque de vacile.

Lo veía todo muy falso. No me cuadraban las cosas y no entendía por qué ahora de repente me tenía ganas. Tampoco era un chico guapísimo, había gente que podía ofrecer más. Me veía muy poco para ella, aunque me gustara mucho.

—Ya veo... —fingí que me había gustado esa frase.

—Te noto seco ahora —dijo bromeando.

Lo estaba, pero porque me sentía infiel a mis sentimientos. Era curioso y frustrante. Una parte de mi corazón latía diciendo que debía enamorarme de ella y seguir, mientras que otra la rechazaba y solo quería volver a ver a aquel chico que metía sus manos en los bolsillos todo el rato y que me criticaba siempre, pero con cariño.

—Estoy igual que siempre. —Alcé los brazos, negándolo.

Ella era tan perfecta y yo tan caótico. Mi corazón le tenía aprecio, mi mente la quería herir y yo no quería nada. La quería, pero la frase de «persona correcta, mal momento» era lo que más encajaba con lo que sentía entonces.

Llegamos en nada al mirador, ver su cara esbozar una perfecta sonrisa provocó en mí un poco de felicidad.

No hay nada que me haga más feliz que ver a otros siendo felices.

Me quedé observándola, viendo cómo parecía una niña pequeña en un cuento de princesas; viviendo su momento mágico. Su pelo se mecía al viento, sus ojos brillaban y su sonrisa no hacía más que hacerme sentir mariposas en el estómago.

Todo yo era confusión.

Una parte de mi corazón la odiaba por ser la persona que podría sustituir a Dani y la otra la amaba porque podría ser quien me salvara. Aun así, en ese momento, justo en ese segundo en el que ella se asomaba al mirador y se la veía tan feliz, mis sentimientos se fueron, mis pensamientos desparecieron y solo fui capaz de ver a la persona más perfecta frente a mí. Alguien con un corazón de niña y una madurez de persona luchadora.

—¡Ven! —chilló—. Te estás perdiendo una auténtica maravilla.

No entendía cómo David había podido dejar marchar a alguien tan noble y genial. Supongo que su gilipollez integral le impidió ver lo

que tenía frente a sus ojos. Me lastimaba pensar lo duro que había tenido que ser para Paula. Muchos pensarían que, si ella lo odiaba, no le afectaría en nada la ruptura, pero hasta que no se vive una relación de amor-odio, no se sabe lo que puede doler el hecho de que alguien se vaya.

Yo odiaba a Mark, pero lo quería. Lo odiaba por destrozarme tanto como pudo y lo quería por todo lo que había vivido conmigo. Lo odiaba por la traición que sentía y lo quería por todas las noches que habíamos pasado juntos.

—¡Dios! —exclamé—. No me esperaba para nada que fuera tan increíble esto.

—Por esta razón los miradores son mis sitios favoritos.

Se apartó un mechón de pelo que le molestaba.

—Gracias por haberme traído aquí, no sabes lo mucho que ha significado para mí.

—De nada —le sonreí, esta vez, con una sonrisa verdadera—. Cosas de amigos.

—Sí. Amigos...

—¿Qué? —Mis pensamientos volvieron.

—Nada, Luke —negó rápidamente—. ¡Mira, el cielo se está volviendo anaranjado!

Cambió de tema como si nada. Muchos podrían haber aprovechado esa situación para no indagar más, pero yo nunca fui de esos.

—Dime...

Se acercó de nuevo a mí y bajó la mirada. Nunca me había dado cuenta de lo bajita que era. Me llegaba al pecho.

—No sé qué esperas que te diga. —Sus mejillas se colorearon de rosa.

—Pues nada, Paula.

Giré mi cabeza para ver lo gigantesca que se veía la ciudad, ella me agarró de las mejillas y me llevó a sus labios. No tardó ni un segundo en rozar los míos. No me cogió por sorpresa, yo sabía que ella quería y le seguí el rollo. Mi mente una y otra vez decía que parara, pero mi corazón estaba ganando la pelea. Ella y yo nos deseábamos, éramos fuego y llama, algo que, sin la existencia del otro, no tendría lógica. Sé que podéis pensar que esto estaba yendo muy rápido, pero nos llevábamos lanzando miradas en clase llevaban desde hacía siglos,

lo único que primero había estado ocupada ella y luego yo. Fuimos un amor aplazado y rescatado demasiado pronto para mi corazón roto.

—Dios... —Ella apartó sus dulces labios con lentitud—. Besas muy bien.

Yo solo le respondí con una risa nerviosa. No mentiría si dijera que me había revuelto el estómago. Soy humano, parar de sentir no podía. Me miró a los ojos y en nada volvió a besarme.

Al principio fue todo bien, pero al cabo de dos segundos, todo cambió. Abrí un momento los ojos y lo que vi en frente de mí fue a Dani. Los volví a cerrar, pensando que solo había sido una vez. Pero volví a hacerlo y Dani seguía en mis labios. Entonces, asustado, me aparté de ella y me froté los labios. Lo hice inconscientemente. Traté de explicárselo, pero ella se peinó una parte del cabello e hizo como si no le hubiese afectado. Intenté agarrarla de la mano y proponerle que nos besásemos otra vez, pero ya era muy tarde. Dio unos pasos y se apoyó en la barandilla. Suspiré, exhausto por no poder enamorarme de alguien que no fuera Dani, y me acerqué a ella.

—Yo...

—Entiendo —suspiró—. Te sigue gustando Dani.

—Paula...

—No, está bien. La tonta fui yo por pensar que tendría una oportunidad contigo.

—Paula, por favor. —Le froté la mejilla—. Eres genial, de verdad, pero...

—Pero no soy Dani —asintió dolida.

Negué con la cabeza, le había roto el corazón en cuestión de segundos.

—Siempre me has gustado, Luke —confesó—. Sé que al principio estaba con David, pero no podía parar de clavar mis ojos en ti. Luego, cuando por fin pude librarme de la peor persona que existía y vi cómo luchabas por mí, pensé que podría tener algo contigo, por fin. Era una tontería porque yo veía cómo lentamente te ibas enamorando de Dani. —Su voz se quebró—. Y no sé, ahora que estabas solo..., pensé que quizá alguien tan perfecto como tú podía enamorarse de una persona tan caótica como yo.

—¿Perfecto, yo? —le sonreí entristecido—. Paula, me gustas mucho, pero no quiero hacerte daño. Sé que, si sigo intentándolo contigo, acabaré destrozándote. Soy una bomba y no quiero que

cuando explote tú salgas herida. No quiero ir a más cuando aún pienso en Da...

—Pero eso no tiene por qué pasar, puedo ayudarte. —Puso su mano en mi hombro.

La aparté con delicadeza.

—No, no puedes. —Mis ojos se enrojecieron—. Nadie puede.

Cerré los ojos, tratando de no llorar. Era abrumador sentir que no podía querer a alguien sabiendo que solo buscaba el modo de llenar el vacío.

—Por favor, no me lo pongas más difícil.

—Luke...

—¡Vete! —le grité.

Grité a la persona más humilde y perfecta. La misma que había salido de una relación tóxica y abusiva. Paula reaccionó, asustada.

—Que te den, Luke —Estaba dolida. Rectificó—: Que te vaya bien, aunque sea sin mí.

La vi alejarse enfadada y limpiándose las lágrimas con las manos. Yo me apoyé contra la barandilla. Noté el vacío.

«¿Por qué haces esto?», me dije desesperado.

Ella podría haberme hecho recuperar la sonrisa.

«Olvídate ya de Dani...», me forcé.

Me quedé mirando la ciudad, que yacía a unos kilómetros de mí. Al principio, pensé que iba a romper algo, de la rabia que sentía, pero mis brazos se debilitaron y solo acabé llorando. Llorando a mares en frente de la ciudad. El gris se desvaneció después de que parara de llover y en el cielo empezó a verse la puesta de sol. Tenía el atardecer delante de mis narices. Uno precioso. Podría haber sido la mejor cita de mi vida.

Pero lo arruiné, todo por gente que me había dejado claro que no quería verme más. Lo que más me dolía, sin embargo, era cómo me estaba hundiendo. El Luke A quería matarme de dolor y el Luke B solo quería ser salvado.

El sol se puso y me quedé en frente de un mundo oscurecido. Mis ojos estaban inundados de lágrimas. No podía ni siquiera controlarme. Me estaba perdiendo. Luke ya no era Luke.

—Siempre la he deseado a ella y cuando la tengo lo estropeo —dije mordiéndome la lengua.

El teléfono sonó. Era mi hermano. Colgué, pero volvió a llamar.

Traté de aguantar los sollozos y decidí ponerme el móvil en mi oreja.

«Todo está bien, aquí no ha pasado nada», me dije a mí mismo.

—¿Hola?

—¡Hermanitooo! —respondió feliz, como si estuviera orgulloso de mí—. ¿Qué, cómo ha ido?

«Ahora no, Martí, ahora no», murmuré en mi interior.

—¿Luke? —Vio que algo no andaba bien.

—¿Por qué soy una mierda de persona, Martí? ¿Por qué no soy capaz de ser feliz?

No duré nada, no fui capaz de fingir que todo iba bien.

—¿Qué ha pasado? —dijo serio.

—Que la he fastidiado, y que soy un puto desastre.

Hubo un silencio al otro lado de la línea.

—Voy a buscarte.

Lo escuché mover las llaves de casa

—¿Sigues en el mirador?

—Sí, aquí, llorando como un niño de diez años.

—Está bien llorar, no estás en tu mejor momento. Ahora me cuentas.

Colgó y, con la mano temblorosa, devolví el móvil al bolsillo de mi pantalón. Nunca más volví a hablar con Paula. Esa fue la tarde en la que todo podría haber sido.

Margarita
The night we met

Mi único objetivo era llegar a casa, pero a la vez deseaba que el viaje de vuelta en autobús no acabara nunca. Me gustaba sentirme transportado, conducido por alguien. Era una sensación fascinante.

Martí dejó que yo apoyara mi cabeza en su hombro, desde cualquier perspectiva parecía que fuéramos pareja. Tenía mucha suerte de tenerlo siempre a mi lado. Sabía perfectamente la cantidad de familias en las que entre hermanos solo se derrochaba odio. Confiar en Martí fue la mejor decisión, volver a conectar con él y dejarme llevar por su cariño.

Martí también tuvo una temporada de fuertes ataques de ansiedad y le rompieron el corazón al menos un par de veces; los rumores del instituto me lo confirmaron. Sabía una cantidad excesiva de cosas suyas, eso es lo que me hacía sentirme tan bien a su lado. Gracias a Martí, veía que no estaba bien sufrir y aprendí que no sonreír no era normal.

—Sé que no quieres hablar —murmuró—, pero quería hacer un comentario.

Quitó lentamente mi cabeza de su hombro y de alguna manera me obligó a que lo mirara.

—Independientemente de lo que ha pasado, si ella realmente te tiene aprecio, volverá.

Bufé, me dolía ver que no se iba a hacer realidad. No porque Paula me odiara, que era posible, sino porque sería incapaz de verme como un amigo.

El deseo es algo que no se puede borrar tan fácilmente.

—Me sigue gustando Dani —dije entre balbuceos.

—¿Dani? —Arqueó las cejas—. Pero ¿ese no...?

—Sí, es el mismo al que rompí el corazón y él me lo rompió a mí —confesé —. Y aun así sigo pensando en él. Han pasado tres largos meses y no dejo de hacerlo.

—Te entiendo. Perder a alguien a quien amas duele. —Su voz tierna y grave me reconfortaba—. Imagino que también piensas en Mark.

—Cada día, cada noche.

Miré por la ventana, nostálgico. Tras ella se reflejaban las luces amarillentas de las farolas. La noche estaba encima de nosotros.

—No paro de imaginarnos siendo felices de nuevo.

—Es normal, Luke.

Dejé que el silencio reinara entre nosotros.

—No sé si podré con todo esto, Martí.

—Tú puedes con esto y más. —Me frotó el pelo—. Yo pude, tú puedes.

—Pero tú eres muy fuerte, yo soy débil.

—No —negó con la cabeza exageradamente—, solo estás roto.

El «solo estás roto» retumbó por mi cabeza todo el rato. Era una frase tan corta, tan sencilla y tan... real. Una frase que escondía la verdad y, si quitabas esas cuatro letras que formaban la palabra «solo», te quedabas con la pura realidad.

Estás roto.

Pero la palabra del principio de la frase daba esperanzas, me hacía pensar que un día el estar roto podía desparecer de mi vida y con su despedida, tal vez, llegaría la felicidad.

Para eso me quedaba mucho camino y, de momento, mi mente ganaba.

O cambiaba la estrategia, mis métodos de ataque en mi propia guerra interna, o me podría dar por perdido. Aun así, Martí era la flor de la esperanza. Él era todo lo que necesitaba y de ese pensamiento llegué a otro y a otro, hasta llegar a un recuerdo con Mark. Pude sentir la sensación que sentí hace un año, podía ver sus ojos. Era como viajar y volver a un tiempo feliz.

Julio, 2016

—¡Mark! —chillé con una voz más aguda de la que tenía ahora—. ¿Bajas para ir a la casa abandonada?

—¡¿Ahora?! —respondió desde el balcón.

Asentí con ilusión.

—¡Ya bajo! Espérame dos minutos. —Cerró la ventana y desapareció.

—No tardes, Markus.

Me senté con una sonrisa de lado a lado y lo esperé en el banco que había en frente de su edificio. Ambos estábamos en el mismo pueblo. La primera vez que nos dimos cuenta de que veraneábamos en el mismo lugar fue una auténtica maravilla, literalmente no me despegué de él en todo momento y a veces nos íbamos por ahí a pasar la noche en la gran explanada del campo de trigo. Cogíamos una tienda de campaña y nos quedábamos allí, mirando un buen rato las estrellas.

—¿Cómo es que vamos a ese sitio? —me preguntó mientras acababa de colocarse bien la camiseta corta.

—No sé, me he acordado hoy de su existencia y he querido ir contigo. —Guardé mi móvil en el bolsillo tras buscar por dónde había que ir—. En diez minutos andando estamos.

—Espero que no sea una casa de esas donde se droga gente a escondidas.

En esos tiempos aún no había caído en la tentación. Sucedió unos meses después, cuando empezó a juntarse con gente que no debía.

—No, no —me reí—. Según me han contado, está completamente abandonada. Eso sí, desde el tercer piso hay una vista increíble de las montañas del norte.

—¿Sí? —Éramos tan niños que hasta eso nos emocionaba—. Tengo ganas entonces.

Andamos un rato por las calles estrechas del pueblo y luego recorrimos unos largos caminos de tierra que había entre los campos de olivos. Pasear por allí era una auténtica pasada. Te sentías en otro mundo, en un paraíso. La naturaleza era belleza en estado puro. Daba igual lo mucho que odiaras las aceitunas o cualquier alimento, ya que siempre acababas adorando su estado de prerrecolecta.

Esto no se lo he dicho jamás a nadie, pero tú, lector, ya que te he cogido suficiente confianza, te mereces saberlo. Igual que Paula tiene la cursilada de adorar los miradores, yo tengo desde siempre la cursilada de pasear entre campos de cultivo. Ya sean de trigo, de maíz, de olivos, viñedos. De cualquier cosa y, al contrario de Paula, nunca nadie me llevó. Sí es cierto que Mark y yo muchas veces íbamos a estos sitios, pero nunca por decisión de Mark o por sorpresa. Es algo que he querido desde que era muy pequeño.

Me da igual el dinero, las cartas, me da igual todo. Estar al lado de la

persona a la que más quiero paseando por el campo me basta para enamorarme.

Odio las cursiladas, pero esta era una pequeña excepción.

—¡Joder! —exclamó—. Es gigante.

—¡Ya! —admití—. La busqué ayer por internet. Es muy grande.

Desvió su vista y se fijó en la mochila que llevaba.

—¿Has traído linternas?

—Claro —puse los ojos en blanco—, no íbamos hacer de exploradores sin las típicas linternas.

Asintió mientras le daba mi mochila para que él las sacara. Reí y gracias a la luz del sol pude apreciar unos pequeños puntitos negros en su barbilla.

—¡Eh! —le llamé la atención—. Te está saliendo barba ya, ¿qué cojones?

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —murmuró con cara de asco—. Qué mierda, de verdad, con lo fácil que era estar sin afeitarse.

—Bueno, yo ya llevo un tiempo —me reí—. Te acostumbrarás.

—Es que yo he empezado a cambiar un poco tarde. —Encendió las dos linternas —. Toma, la más vieja para ti.

Entrecerré los ojos, molesto por que me diese la peor. Luego la cogí y le di un golpe, con eso bastó para que funcionara.

—Has sido un poco lento, tengo fotos tuyas del año pasado y tienes una cara de bebé...

—¡Cállate! —Me enfocó con la luz que producía la linterna, dejándome ciego.

—¡Vale! —Alcé los brazos rindiéndome—. Pero lo pequeño que te veías con ese corte de pelo...

Me lanzó una mirada asesina.

—¡Ya me callo! —Me alejé de él, evitando su furia.

Silencio. Él rio.

—¿Entramos?

—Sí —dijo con voz seria—, no vaya a ser que te coja y te rompa los dientes.

—Calma, fiera. —Solté una carcajada—. Seguro que ahora cuando entremos el que me agarrará por miedo serás tú.

—Tonterías.

Abrí la puerta vieja de la casa y esta emitió un sonido raro y grave.

—¡AAAH! —chilló Mark.

Ni un segundo duró.

—¡Vaya susto!

—¿Qué decías? —le vacilé.

No dijo nada, solo apretó la mandíbula y entró como si nada. En nada escuché cómo caía por ir de chuleta, ya que no había encendido la linterna. Entré aguantándome la risa y vi a Mark hundido en el suelo. Su pie había tocado justo una tabla rota y la había roto, cayéndose y quedándose atrapado.

—No te rías, por favor —evitó mi mirada, avergonzado—, solo sácame.

No aguanté más y empecé a reír.

—¡LUKE! —Golpeó la madera

Me acerqué despacio, silenciando mi risa.

—Torpe que eres... —Lo enfoqué con la linterna y él puso los ojos en blanco—. Dame la mano.

Hizo un poco de esfuerzo y me dio la mano, yo solté la mía y él se cayó de nuevo.

—¡Ni puta gracia, gilipollas! —Parecía cabreado, pero también se estaba partiendo de la risa.

—Perdón. —Me propuse no hacer más tonterías—. Ahora sí, dame la mano, que te ayudo.

—No me fio de ti. Llama a los bomberos.

—¿A los bomberos? —Dejé de enfocarlo con la linterna—. No me estás poniendo fácil lo de no reírme

No voy a mentir, estaba llorando de la risa.

—¡Pues trae una escalera! —Parecía todo de telenovela cómica.

—¿Mark? —Intentaba contener la risa, pero no podía—. ¿De verdad estás bien? Te estás volviendo loco.

—Loco tú, agilicoñao.

—¡¿Agili... qué?! —Estaba sufriendo, me faltaba aire de tanto reírme —. Mark, por Dios.

Entonces, pisé una tabla que también se rompió. Caí instantáneamente y en nada me vi al lado del agilicoñao. Ambos reímos infinitamente. Me golpeé el brazo de mala manera, pero no le di importancia, solo me reía de la situación. Es más, nunca me reí tanto como aquel día; fue un hartón de risas.

—¡Sí, soldado! —Se estaba volviendo loco, la caída no le había sentado bien—. ¡A sus órdenes!

—¡MARK! —Lo golpeé entre carcajadas—. ¡Concéntrate! Hay que salir de aquí.

—¡No puedo! —Su risa empezaba a darme miedo; de hecho, su risa siempre me había dado miedo—. Joder, qué asco de risa, te lo juro.

—Da más miedo tu risa que la casa.

Traté de apoyarme en algo para subir a la superficie.

—Pues no te lo voy a negar. —Hizo una mueca—. Es imposible salir de aquí, al final habrá que llamar a los bomberos. ¿Hay bomberas también? Es que si en las películas los bomberos están todos tan buenos...

—Seguramente existirán las bomberas, pero no las he visto. —Le di una palmada vacilándole.

Me miró con picardía. Esa cara me la conocía perfectamente.

—Tú me pones mucho, Luke...

Empezó a vacilarme de nuevo, ni la risa podía aguantarse.

—Estás tan bueno. —Se mordió el labio.

—¡BASTA! —Lo aparté tratando de concentrarme, pero su risa era muy contagiosa—. ¿Sabes qué? Vamos a comprobar si de verdad te gusto.

—¿Qué? ¿Cómo? —Siguió mirándome como si quisiera empotrarme contra la pared.

—Así.

Lo cogí de la mano y se la puse en mi entrepierna.

—¿Esto te pone?

—No sabes cuánto, daddy. *—Se relamió los labios y sacó la lengua de una manera asquerosa; definitivamente, tenía un amigo loco. Luego quitó la mano—. Es broma, no siento nada. Una pena, porque estás buenísimo.*

—Ya, Mark. Si quieres luego te compro un par de hamburguesas de un euro.

—¿Un par solo? —Me miró ofendido—. Ni el rey es tan tacaño.

Lo miré un momento y vi cómo tambaleaba su cuerpo.

—¿Tú estás seguro de que no has bebido? —dije mientras me enjugaba las lágrimas de la risa.

No respondió. Se quedó callado.

—El vodka hace efecto. —Le guiñé un ojo.

—Solo me he tomado un vaso, pero veo que me ha afectado mucho...

—Bastante. —Al final conseguí salir del agujero—. Salgamos de aquí.

Después de tanto drama y del espectáculo que montamos, conseguimos escapar de esa casa abandonada; decidimos no volver.

Encima, nada más salir de aquel lugar, Mark acabó vomitando. Un vaso me había dicho. Ni él se lo creía.

—Veo que estás sonriendo. —Me dedicó una sonrisa tierna—. ¿En qué pensabas?

—En nada. —Le devolví la sonrisa—. Tonterías mías.

—Agilicoñao —susurré para mí mientras me reía débilmente.

La mierda es que pensaba que lo había dicho más flojo, pero Martí me escuchó.

—Agilicoñao tú.

Lo miré, asustado, y él simplemente me miró como si yo fuera la persona más importante de su vida. Como si su hermano pequeño fuera su persona favorita, y me hace gracia, porque para muchos esto sería una cursilada, pero que alguien, y sobre todo tu hermano, te admire y te quiera cuidar, es lo mejor que le puede pasar a alguien en la vida.

Incluso cuando sabes que ese alguien será demasiado protector.

—Oye. —Me incorporé en el asiento—. ¿Por qué ahora te preocupas tanto por mí?

Me miró raro, curioso por la pregunta.

—Antes ni me saludabas.

—Ah, ya... —Se frotó la nuca—. No sé, el verano nos ha unido más. —Sus palabras sonaron muy sinceras—. Pero no te pienses que eres tan importante para mí.

Solté un «Ah» apagado y me até los cordones del zapato.

—Era broma —añadió al rato, agachándose un poco y mirándome más de cerca—. Eres la persona más importante de mi vida, solo que no me gusta ser tan cariñoso, y lo sabes.

—Créeme, lo sé, ya me he acostumbrado a tus insultos.

Callé un momento y miré para ver la parada por la que íbamos; quedaban solo dos.

—Los mejores insultos que vas a recibir en tu puta vida —dijo orgulloso.

—Discutible.

—Pues nada, tu sabrás, niño de bachillerato. —Se rascó la poca barba que tenía.

—Lo mismo digo, niño universitario.

Revisé mi móvil por si Paula me había escrito, pero no había nada en la pantalla de inicio; fue un golpe duro para mí. Abrí el dispositivo y entré en Instagram, solo para entretenerme. No obstante, al salir de la aplicación acabé más destrozado que nunca.

Me aparecieron tres historias en primera fila. Una de Mark, otra de Dani y una última de Javi. Me habían desbloqueado sin motivo alguno, pero casi habría preferido que no lo hubieran hecho. No supe a cuál darle primero, sabía que todas me iban a destrozar.

Cliqué en la de Javi, por descarte. Me salió una foto de él, señalando mi instituto.

«Soy el nuevooooooo», había escrito arriba.

Eso me dejó sin palabras, las cosas empeorarían. Quien me había inculpado de algo que no había hecho estaría en mi instituto, quemándome aún más. Destrozándolo todo. Salí de la historia y le di a la de Dani, pero de inmediato la quité. Salía con un chico. Con otro que no era yo. Hice una mueca y mi corazón empezó a acelerarse.

Se lo veía feliz, y el otro era más guapo que yo. Mucho más. En el pie de la foto puso un tres y al lado un corazón negro. Estaban saliendo. Me froté la nariz, nervioso, derrotado por dentro. Solo me quedaba la historia de Mark, le di con miedo y me salió un vídeo de esa persona a la que ya no conocía. Con un porro en la mano, rodeado de gente peor que él; a su lado, David, y en el suelo una cantidad excesiva de alcohol. Mark tenía los ojos rojos de narices y, el otro, en la mano derecha, una bolsa de pastillas. Tiré el móvil contra el asiento de delante.

—¡Eh! —dijo Martí asustado—. ¿Qué pasa?

Él se agachó para recogerlo y me miró de reojo, tratando de descifrar cuál era exactamente mi reacción. Giró el móvil y vio la historia en la que salía Mark fumando y con la pandilla de drogatas. Él abrió los ojos como platos y con una voz preocupada me preguntó si era Mark. Yo asentí con rabia y me miró confuso.

—Cómo ha cambiado todo... —Miró con detalle—. Le hacías mucho bien, Luke

Sí, pero me había quedado grande.

No quería ayuda y me apartaba. Lo había perdido. Era un caos doloroso.

—No te agobies. —Le dio al botón para que el autobús parara—. A veces, hay recaídas; esperemos que se vuelva a dar cuenta del daño

que se está haciendo.

—Es esta parada, ¿no? —pregunté, para no hablar más del tema.

—Sí, nos está esperando papá. —Me dio un golpe y yo, cansado, me incorporé.

—¿Está cabreado?

—Se ha enterado de que le has faltado el respeto a tu tutora, pero lo he hablado ya con él. Probablemente estará viendo la televisión.

Al acercarnos a casa Martí caminaba con tranquilidad, no le tenía miedo a la oscuridad. Yo, en cambio, iba con la capucha de la sudadera puesta y con un auricular en el oído.

No podía ir por la calle sin escuchar música para escapar del mundo real. Con la música todo es diferente. Sin ella, el mundo es completamente gris. Con ella es un inmenso universo de colores y sensaciones inexplicables.

—¿Qué escuchas? —preguntó mi hermano.

—*The Night We Met*; la mejor canción de una serie.

—¿Es la de *Por trece razones*?

—Esa misma —asentí mientras subía el volumen—. Me hace sentir tan especial...

—Es increíble. No he visto la serie, pero debo admitir que la banda sonora es brutal.

—Sí, lo es.

Miré hacia el cielo estrellado. Me vino a la mente la escena de la pista de baile. Cuando los cuerpos se encuentran, suena *The Night We Met* de fondo y encima de ellos luce una intensa luz lila. Dejando que ellos sean el centro de la vida. Rozando corazón con corazón. Rozando brazo con brazo. Sintiéndose más cerca el uno del otro que nunca.

Desconectando de todo por unos segundos.

—Si ellos no pudieron ser felices, ¿qué posibilidad me queda a mí? —dije exhausto.

—¿Quiénes son ellos?

—La mejor pareja que ha existido —sonreí—. Clay y Hannah.

Amarilis blanca
La explosión de ira

Me encontraba en la cama, tumbado, tratando de entender todo. Buscando el sentido de mi mundo. El instituto iba mal. No atendía en clase, no era capaz de concentrarme. Martí y yo no éramos capaces de convencer a nuestros padres de que me cambiaran de centro. Mi cabeza solo pensaba en la pesadilla de David. Mark ya ni me miraba, era una sombra para él, solo estaba Javi a su lado. Mi sitio en la clase quedó ocupado por ellos dos. Tuve que desplazarme al lado de la pared.

Ellos se reían, y eso me mataba por dentro. Se habían convertido en mejores amigos. De una doble traición salió felicidad para ellos. Dani desapareció sin respuestas. Nadie supo nada de él. Había rumores que decían que su madre se había mudado y él se había visto obligado a irse también.

Notaba un ambiente raro, era como si Dani estuviera presente todo el rato y, al mirar hacia donde él solía sentarse, ya no estaba. Nunca pude despedirme, nunca fui capaz de explicarle lo que realmente había sucedido. Nunca le pude dar un último abrazo, pedirle que me perdonara, decirle lo mucho que me había gustado su regalo...

Lo nuestro quedó para otra vida.

—Hola, Luke —dijo mi hermano al abrir la puerta—. ¿Cómo estás?

—Perfecto —le vacilé.

—Dime la verdad.

Lo que más me sorprendió fue que Paula volviera con David. A los pocos días de la visita al mirador, ella volvió a agarrar la mano de la persona más asquerosa del planeta. No sé qué se le pasaría por la cabeza para volver con aquel maltratador, pero no pude hablar con ella. Cada vez que me acercaba, se alejaba o se inventaba cualquier excusa.

«Si tanto me quería, ¿por qué me mandó tan rápido a la mierda?», pensé.

Esa mañana, sucedieron cosas de manera muy inesperada, pero no me arrepiento. Estaba en clase de Matemáticas y David se acercó a mí. Una de tantas veces, pero con una expresión y un aspecto mucho peor que nunca.

—¿Sabes? Paula es mía.

—Me da igual —solté con una voz fría.

David no esperaba esa respuesta, agarró una silla, la colocó delante de mí, la giró y se sentó apoyando sus brazos en el respaldo.

—¿De verdad creíste que le gustabas? —rio, y suspiró—. Nunca le has gustado, la obligué yo.

Entonces me quedé de piedra.

—¿Qué inventas, David? —salté a la defensiva, defendiéndola, haciendo ver que yo creía que ella no sería capaz de hacer algo así.

—Mira esto.

Sacó su móvil y lo puso ante mis ojos. Era un chat.

Paula, cariño, necesito que me hagas un favor. 17:11

Déjame en paz. 17:16

¿Ah, sí? ¿Quieres que cuelgue estas fotos? 17:17

Se veían cuatro fotos, nada agradables para ella. En una salía sin sujetador; en otra, en el espejo tapándose sus partes íntimas, en otra en toalla y en la última completamente desnuda. Alcé la vista hacia él y vi que sonreía con picardía. Yo puse cara de asco y desvié mi vista rápidamente hacia Paula.

Ahí estaba, hablando con las demás, aunque un poco más apagada de lo normal.

«Puede que ella solo me hablara para que no subiera las fotos, pero sentí el beso. Lo que dijo fue verdad. No obstante, si se marchó llorando no fue por mí, sino porque sabía que estaba atrapada en esa relación», pensé.

Tapé la pantalla del móvil, no quería ver su cuerpo sin su permiso.

Me dio tanta rabia que apreté los puños.

—Seguro que te harás una paja con estas fotos —dijo con un descaro increíble—. Ah, no. Perdón, que eres marica.

Agarré la silla con fuerza tratando de no activar mi rabia y pegarle; al principio pude, pero cuando leí ese mensaje tan horripilante ya no.

> O intentas ligar con Luke o quizá lo que sucedió esa noche tan bonita se filtra. No sé, a la gente le gustará saber lo borracha que estabas y lo mucho que te gustó. Eso sí, esta vez no podrás mentir y decir que abusé de ti. 18:01

Apreté los dientes como nunca, mi sangre empezó a hervir, me levanté y de un golpe empujé la silla hacia atrás, dejando que al caer al suelo retumbara por toda la clase.

Mi respiración empezó a acelerarse y noté que todos me miraban.

«Contrólate, no puedes meterte en una pelea», me decía a mí mismo.

Continué tratando de calmarme. Y lo conseguí. Por poco tiempo.

Por la tarde, al salir del instituto, me lo crucé cuando iba hacia mi casa y supe que eso no iba a terminar bien. Noté en sus ojos las ganas que tenía de molestar y provocar.

—¿Qué pasa, Luke? ¿Te jode que Paula sea mía? —chilló.

Cerré los ojos un segundo y, en cuanto los abrí, lo vi todo muy claro. Me acerqué, lo agarré de la sudadera y le pegué un puñetazo en toda la barbilla. Aterrizó en el suelo, tenía sangre en el labio. No me arrepentí de esa decisión. Me senté sobre él y seguí.

—¡Esto es por lo que me hiciste! —Le clavé el anillo en la ceja—. ¡Esto, por acusarme de algo que no hice! ¡Esto, por drogar a Mark! —Volví a golpear su mejilla.

Por detrás de mí vino gente a pararme, pero no pudieron.

—¡Esto es por todo lo que has hecho! —Le di tres golpes seguidos en la nariz—. ¡Esto, por inventarte todo!

Agarré las llaves y empecé a golpearlo con la punta.

—¡Y esto por hacerle daño a ella! ¡Soltadme! ¡Que me soltéis! —Le di un codazo a alguien. Más tarde me di cuenta de que era la profesora.

Lloré de rabia. Mi respiración era incontrolable. Mis manos estaban manchadas de la sangre de David. El círculo que me rodeaba

se apartó lentamente de mí. La tormenta eléctrica que contenía desde hacía mucho tiempo había estallado, dejando caer más de doscientos rayos. David se retorcía en el suelo. Su estado era horrible, me hizo feliz verlo así; igual que él había dejado a Mark.

Los demás lo ayudaron a levantarse. Tenía un ojo morado, una herida profunda en la mejilla y sus dientes estaban teñidos de sangre.

—Pero ¡¿tú te has vuelto loco?! —Se acercó Javi.

—Aléjate de mí, ¡persona de mierda! —Lo empujé.

Él rio y yo sentí que aún no había dicho todo lo que pensaba.

—¡Dime! —chillé—. ¡¿Por qué dijiste eso?!

Javi no respondió. Prefirió callarse, él sabía lo que había hecho.

—¡Ayuda! —gritó una chica que trataba de levantar a «la víctima»—. ¡Por favor!

Justo cuando estaba a punto de coger mis cosas e irme, apareció la persona menos indicada.

—Cálmate... —Mark se acercó con cautela, pero como si se pensara que no le haría daño. Puso sus manos en mis hombros—. Ya ha pasado todo.

En dos segundos hizo una maniobra rara y consiguió que no pudiera moverme, evitando que hiciera más daño. Colocó mis dos manos atrás, las sujetó y con el otro brazo me rodeó el cuello. Yo intenté salir, deshacerme de él, pero no pude.

—Hueles a esa basura —murmuré con una risa maquiavélica—. Has caído de nuevo en la misma mierda.

Él perdió su seguridad en sí mismo y bajó la cabeza. Me miró, triste, le dolió.

Aun así, le sirvió para apretarme más y susurrarme unas palabras que jamás olvidaré.

—Luke, la mierda eres tú. Mira lo que has hecho. Eres una mala persona.

Paré de respirar agitadamente, mi mente repitió su frase y de algún modo volví a tener conciencia. Miré a mi alrededor, me observaban con miedo; algunos incluso lloraban. Detrás de mí aparecieron más adultos; por suerte, no le había hecho mucho daño a la profesora.

—Lo siento. Lo siento mucho.

—¿Luke? —Martí golpeó la puerta—. ¿Estás bien?

—Sí, sí.

Noté las lágrimas recorrer mi rostro.

—No, por favor, no. —Se acercó después de cerrar la puerta y se sentó a mi lado. Me dio un fuerte y cálido abrazo.

—Daba miedo, Martí, era un demonio —dije con la voz quebrada —. Todos se asustaron de mí y lo peor es que no me arrepiento.

Asintió, tratando de darme la razón, aunque no quería hacerlo.

—Cuando te fui a recoger, tenías un aspecto horrible.

—Tenía pinta de loco.

—No, de destrozado mentalmente. Lo que has hecho ha sido horrible, pero no podías más. Ese chico era una tortura para ti y se lo merecía, todo.

—Pero... no entiendo. ¿Por qué no me tienes miedo? —Fruncí el ceño—. Ya has visto cómo he dejado a...

Se pasó la mano por la frente, quería mantener la compostura. Me daba la sensación de que él pensaba que debía mostrarse ante mí como alguien fuerte, cuando en realidad tenía ganas de llorar.

—Porque sé cómo eres y, sinceramente, se merecía eso y más. Muchísimo más.

—Yo no quería, de verdad. —Me limpié las lágrimas—. Pero empezó a hablar de Paula y la estaba amenazado con filtrar fotos íntimas suyas...

No dijo nada. Se le cortó la respiración. Parecía que iba a ir directo a romperle la cara, simplemente acabó agarrándose a la sábana.

—Tienes un gran corazón.

—Yo no lo creo.

—¿De verdad no eres capaz de ver lo que has llegado a hacer por la gente a la que más quieres? ¿No puedes ver lo increíblemente grande que es tu forma de querer?

Negué. No era capaz de verlo.

—Te has metido en una pelea para darle lo que se merecía, y no debería decirte esto, pero gracias, Luke —sonrió—. Gracias por haberlo hecho, aunque no haya sido de las mejores maneras. No molestará más a Paula al ver de lo que eres capaz. De lo capaz que eres de hacer por los tuyos.

Tragué saliva. Eso me llegó tan al corazón que me quedé inmóvil.

Solo escuchando sus suaves palabras.

—La gente no te merece y no soy el único que lo piensa.

—Pero ¿cómo iba alguien a querer estar conmigo? —dije casi tartamudeando—. Como dijo Mark, soy una mierda.

—¿De verdad piensas que eres eso? —Me miró decepcionado.

—Sí.

—Luke... —Una risa triste desfiguró su rostro—. Salvaste a Mark de caer en las drogas, trataste de luchar por él, pegaste a David cuando se burlaba de su tartamudez, defendiste a Paula ante todos, sacrificaste tu amor para salvar tu amistad, aguantaste miles y miles de insultos y cosas despectivas hacia ti, rechazaste a Paula porque no eras capaz de olvidar a Dani y no querías hacerle daño. Te has pasado muchas noches llorando, tratando de entender el mal que hiciste...

Martí parecía tener intención de seguir con la lista, pero paró. Ya lo había entendido.

—Esto es de ser una persona muy fuerte... —Puso el dedo en mi pecho—. Es ser una persona valiente, luchadora e increíble.

Una gota cálida resbaló por mi mejilla mientras mi corazón se rompía en pedazos. Tenía razón. Tenía toda la razón del mundo. Luke era todo eso que él había dicho. Yo era todo eso que había mencionado. Aun así, la gente no era capaz de verlo, solo era el loco de la clase. El que se dedicaba a dañar a los suyos, y la gente, en vez de preguntarse si realmente estaba bien, solo seguían machacándolo.

Froté mis ojos mientras sollozaba y caí exhausto en los hombros de Martí.

Él me rodeó con sus brazos.

—Nunca dudes de ti mismo, eres una maravilla. Te quiero mucho.

Sonreí. Sabía lo poco cariñoso que era mi hermano.

—Por todas esas razones que he enumerado, eres mi persona favorita del mundo.

Lo abracé con todas mis fuerzas.

—Tranquilo, papá y mamá no se enterarán de lo de la expulsión. Ya me encargaré de coger el teléfono antes que ellos. Te quedarás conmigo en casa porque estás malo, ¿vale? —preguntó mientras sonreía.

Yo asentí tratando de no llorar más.

—Alegra esa cara, hermanito, que en nada es octubre y queda

menos para Navidad, tú época favorita del año.

—Cómo me conoces... —reí.

Hubo un silencio, pero nada incómodo.

Martí miró un momento hacia el pasillo y de reojo me sonrió.

—¿Pedimos pizza?

No le dije nada, pero él supo interpretar mis miradas y sacó el móvil de su bolsillo.

—¿Una barbacoa? —tecleó mientras me preguntaba; yo le dije que sí—. La pediré extragrande, como mi polla.

Eso me hizo reír y le hizo ilusión ver que una pequeña sonrisa iluminaba mi rostro.

—Ahora vuelvo. Voy a ver si hay Coca-Cola en casa.

Se levantó de la cama y se fue de la habitación. Yo me quedé mirando el calendario. Al día siguiente entraríamos en octubre. Miré mi móvil, que estaba en la mesa, y lo cogí. Abrí el chat de Mark y con el miedo en los ojos, ignorando los demás mensajes, le escribí.

Mark, te echo de menos.
Por favor, quiero hablar.
Te quiero. 21:56

Más tarde, Martí y yo estábamos frente a la pizza, con un hambre voraz.

—¡Perfecto! —dijo mi hermano, y me miró con cariño.

—Tengo esperanzas de llegar a los dieciocho —susurré.

—¿Qué? —Me miró confuso.

—Nada, que tengo ganas de seguir luchando.

Jara blanca
Un corazón sin latir

10 de octubre

La expulsión fue como unas pequeñas vacaciones para mí. Me hacía mucha falta. Mi cuerpo necesitaba desconectar de todo, estar solo, alimentarse de la música y disfrutar de tranquilidad mental.

Cada día hacía algo diferente. Un día jugué a un antiguo juego de la infancia, dos días después toqué la guitarra de mi hermano y aprendí algunos acordes. El viernes salí a dar una vuelta por el río, ya que hacía tiempo que no disfrutaba de algo así. Por último, el jueves fui con mi hermano de excursión a la playa. Martí consiguió que mis padres creyeran que yo estaba malo de anginas, y coló durante todos los días que pasé expulsado.

Obviamente, el director llamó a casa, pero Martí cogió todas las llamadas.

—Sí, entiendo. Lo siento mucho. Yo me encargaré. Nuestros padres están de viaje.

Seguro que él en otra vida había sido actor. Me negaba a creer que ese talento de mentir y hacer la papeleta de afectado lo llevaba en los genes. Básicamente porque ni yo, ni mi madre, ni mi padre tenemos ese don. Mentir en la familia García es imposible, excepto para Martí.

—¡Luke! —chilló—. ¡Llegarás tarde el primer día!

—¡Cállate, imbécil! —Tapé mis oídos con el cojín—. No me apetece volver a ese infierno, y mucho menos ver al director, que cojea todo el rato —gruñí.

—¡Levanta, vago de mierda! —Tiró de la sábana y me dejó sin nada con lo que taparme—. Mueve ese culo o te juro que te rompo el móvil.

—Hazlo —dije mientras trataba de cerrar los ojos.

—Está bien.

—¡NO! —salté—. ¡Tú ganas!

Me incorporé y me quedé sentado en la cama. Llevaba pelos de loco.

—¡Mírate, qué guapo estás! —me vaciló—. Pareces un mono de feria.

Lo miré enfadado.

—Tienes razón —admitió—. Mejor me callo —rio mientras alzaba los brazos, en signo de paz—. Pero ¡date prisa!

—¡Que ya voy! —Le tiré un zapato al pecho.

—¡EH! —Agarró el suyo y lo lanzó también—. Relaja, que tengo más fuerza que tú.

Era un auténtico rollo volver al instituto. La vida es mucho mejor fuera de él. No hay estrés y nada llamado matemáticas que te persiga constantemente con suspensos.

¿De qué me sirve la mayoría de las cosas que hago en clase? ¿De cultura general?

Los alumnos suspenden por falta de motivación, y porque saben que lo que están enseñando los profesores saldrá en el examen. Además, en vez de prestar atención, prefieren tomar apuntes para luego estudiar en casa y así aprobar la prueba que determinará si están lo suficientemente capacitados para pasar de año o no.

De todas maneras, hay gente que sí se merece repetir, alumnos que prefieren no hacer nada, pensando que podrán aprobar y salir adelante con solo una súplica.

—¡LUKE! —chilló mi hermano desde la cocina—. ¡Vístete ya!

Gruñí y cogí la primera camiseta que vi y el primer pantalón que había tirado por el suelo. Al instante, apareció Martí con el bocata en la mano y me lo lanzó a la cama.

—De nada, pedazo de imbécil.

Le di las gracias vacilándole y lo guardé en la mochila mientras metía los libros de texto. Miré la hora. Las ocho menos trece. Ahora entendía su cabreo. Iba a llegar tarde.

—Joder... —suspiré mirando el reloj.

—¿Te lo dije o no? —comentó mientras revisaba su móvil—. Eso te pasa por irte a dormir a las tres de la mañana.

—Que sí, papá.

Apagué la luz de la habitación y salí corriendo. Abrí la puerta de casa, la cerré y bajé más rápido que nunca por las escaleras. Podría

haberme quedado sin dientes, pero no sucedió. Al llegar a la planta baja, di un par de zancadas y salí del portal.

—¡Luke!

Nada más pisar la calle, una voz conocida sonó detrás de mí. Yo me detuve en seco, como si hubiera visto un muerto. Olvidé que llegaba tarde al instituto y me concentré en esa voz. Era tan conocida para mí como un desayuno, el abrazo de mi hermano o la tristeza.

—¿Dani?

—Hola... —Se acercó despacio—. ¿Cómo estás?

Sonrió mientras se frotaba el cuello y luego metía las manos en los bolsillos. No pude evitar sentir nostalgia.

—Bien —respondí.

—Supongo que te preguntarás...

—Sí. Muchas cosas —lo corté. Mi tono de voz era frío.

—Lo que dije...

—Lo dijiste y punto.

Me giré, dejándolo ahí abandonado, y fui hacia el instituto.

Él dio un par de zancadas y me agarró del brazo suavemente.

—Luke...

—Llevabas tiempo desaparecido.

Carraspeó y echó un vistazo rápido a mis labios mientras me sujetaba de la mano. Tuvo que reaccionar de nuevo para soltarla y mirar hacia otro lado. Suspiró y lo dijo.

Dijo lo que iba a determinar el fin.

—Lo sé —admitió—. Estaba de mudanza.

—¿Te vas?

—Me voy de la ciudad —soltó como si le doliera—. A mi madre le han ofrecido un trabajo mejor en una empresa multinacional.

—Me alegro. —Mi voz no sonó muy convencida—. ¿Y tu novio?

—Eh...

Por la expresión que puso me di cuenta de que ya no estaban juntos.

No supe nunca por qué.

—Solo quería avisarte y... despedirme por última vez.

—Yo pensaba que tú último adiós había sido el «Ojalá nunca me hubiese enamorado de ti».

Lo miré, rencoroso por esas palabras. En realidad, no tenía motivos. Lo que yo le había dicho a él había sido mucho peor. Sobre

todo lo de que no lo quería, cuando mi corazón seguía latiendo por él.

—De verdad, lo siento mucho.

Enroscó su cabello. En aquel momento vi la ropa que llevaba puesta.

Se trataba de la equipación de fútbol.

—Esta noche he tenido una pesadilla y lo he comprendido todo.

—¿Qué? ¿Qué has comprendido?

—En la pesadilla salía la escena del baño, pero desde otra perspectiva. Fue como si tuviera que ver el sueño sí o sí.

Sus ojos traslucían culpabilidad. Seguí callado para que me lo contara.

—En ella salía Mark, tumbado en el suelo, y David te amenazaba. Acto seguido, me desperté. Creo que eran las tres y media de la mañana. Me costó, pero me di cuenta de que lo que había soñado era real, el recuerdo de lo que pasó.

—Ahora sabes cuál es la verdad. —No mostré ningún afecto—. Pero ojalá me hubieses creído desde el principio.

—Lo siento mucho. —Se lo veía arrepentido—. Estaba tan dolido por cómo había terminado todo y por cómo me habías tratado aquel día que no pensé que quizá todo tuviera una razón. —No dije nada; él siguió—. También me he percatado de lo mal que estuvo venderle drogas a Mark cuando yo mismo veía que no se mantenía en pie. —Paró—. Lo siento.

Silencio.

Me lo quedé mirando y sentí aquel agujero nostálgico en mí.

Tenía miedo de decirlo, pero sentía que, si no lo hacía, me arrepentiría.

—Te echaba mucho de menos, Dani. Lloraba cada noche deseando que todo acabara y pudiera volver a verte —dije, apretando la mandíbula—. Y ahora te vas...

—Yo no quiero irme, quiero volver a tenerte.

Me mordí el labio antes de soltar mi corazón en vez de mi mente.

Tenía que responder con la cabeza.

—Creo que la mejor decisión es que te vayas y yo siga con mi vida, sin ti.

—Puedo intentar quedarme.

—Que no, Dani —respondí tajante—. Lo nuestro terminó. Mal, pero terminó.

Él tragó saliva, no estaba preparado para oír eso. Yo tampoco para decirlo.

—¿Puedes venir al menos hoy al partido? —Con las manos agarró su uniforme y me obligó a mirarlo—. Siempre he querido que me veas jugar.

—No.

Bajó un momento la mirada y lentamente se volvió. En cuanto vi lo que ponía en su espalda, mi corazón dijo basta. Él giró un poco la cabeza y me miró.

—El día que nos conocimos...

El número era el cuatro. Nos habíamos conocido el 4 de abril.

—Solo... ven —murmuró dudoso—. No te hablaré ni nada, solo ven.

—Dani.

—Por favor, es mi último partido antes de mudarme y quiero que seas la última persona a quien vea.

Tenía muchas dudas. Quería ir, pero no sabía si sería lo correcto. Lo miré unos segundos y no podía evitar llorar por dentro. A mi mente venían todos esos momentos que habíamos vivido juntos y odiaba que todo se hubiera acabado tan drásticamente. Por terceros, por errores y por el dolor causado. Lo rumié bastantes veces y me dije a mí mismo: «Puedes ir como amigo, ha sido una persona muy importante para ti».

—¿A qué hora es?

En su rostro dibujó una sonrisa bien grande.

—A las seis de la tarde, te paso la localización por el móvil —explicó—. ¿Vendrás?

Asentí.

—Me tengo que ir, Dani —dije, mirando el reloj.

—¿Puedo darte un abrazo?

—No sé, yo...

Dudaba porque sabía que me costaría no llorar.

Un reencuentro como ese podría ser mil veces peor que una ruptura.

—Por favor, déjame despedirme bien de ti.

Lo miré y por un segundo pensé que lo dejaría ahí sin darle un último abrazo, pero yo no era así, Luke no hacía esas cosas. Además, quería sentirlo cerca una vez más. Así que me acerqué despacio y le di un fuerte abrazo. Uno corto, pero intenso.

—Que te vaya bien. —Le sonreí.

—Sé feliz, Luke.

Asentí con la duda en mi mente y decidí retomar mi camino. Estuve un segundo congelado en mitad de la calle hasta que di el primer paso, uno rápido, para ir hacia mi tortura: el instituto. El camino se me hizo largo, la despedida con Dani había sido rara, aun así, me gustó haber sido capaz de darle un último abrazo. Solo quedaba verlo en el partido de fútbol.

—Alumnos, es hora de que leáis vuestro trabajo sobre un tema con el que os sintáis identificados. —El profesor me miró fijamente—. Luke, ¿quieres empezar?

Aquí es donde se cierra el ciclo. Donde se cierra la historia. Donde viajamos al inicio de tantas páginas. Regresamos al pasado, o mejor dicho al presente. El diez de octubre fue el último golpe de mi vida. Fue el día en el que leí el texto que me habían hecho escribir. El texto sobre la tormenta y la lluvia. El día en el que la gente aún me miraba con miedo por lo que había hecho hacía pocos días. Mark y Javi seguían juntos, más unidos que nunca. Siendo mejores amigos. Siendo uña y carne. Haciéndome sentir fuera de todos lados y mostrándome que yo ya no tenía a nadie a mi lado.

Yo me quedé ante todos, inmóvil. Unos pocos me miraban como si alguna vez les hubiese importado. Otros se reían por debajo de la manga, otros juzgaban mis pintas y los demás solo trataban de que no se les escapara ningún comentario ofensivo.

Roderike, el profesor, insistía una y otra vez para que empezara. Yo no quería. No me apetecía leer eso. Es más, no debería haberlo escrito. Lo había hecho a las doce de la noche, cuando me encontraba sumergido en un océano inmenso. Literalmente les iba a leer mis sentimientos, mis pensamientos más íntimos. Miré al profesor tratando de ahorrarme las lágrimas, volví la cabeza hacia Mark y seguía igual. Inspiré y lo leí. Al terminar, Luke volvió a ser conocido y llamé la atención de toda la clase. La vuelta a mi sitio fue seguida por incómodos murmullos.

—Me ha encantado el texto —dijo Nil con voz suave.

Al final se había tenido que sentar a mi lado.

Era lo que sucedía cuando el único sitio libre que había era ese.

—Gracias, supongo.

—Lo tuyo es escribir —comentó—. Ojalá supiera describir algo tan bien como tú.

—Seguro que lo haces bien.

Miré a Mark de reojo y crucé mi vista con la suya. Él me miró confuso, supongo que por el mensaje que le escribí. Traté de saludarlo mediante un gesto con la cabeza, pero no fui capaz.

Me dolía verlo día tras día. Les supliqué a mis padres que me cambiasen de instituto, les pedí que fueran más empáticos, pero no ponían de su parte. El único que me apoyaba era mi hermano y, para esas decisiones, su ayuda no servía. Era el único que me entendía. No se separaba nunca de mí, me enviaba mensajes constantemente.

Aunque me lo negara, tenía miedo de que me encontrara tan en la cuerda floja que lo que me sucediera fuera imposible de cambiar. Sobre todo porque él sabía cada cosa por la que había pasado. También era consciente de que había recaído en mis problemas con el TCA y que cada noche lloraba en silencio y me dormía entre lágrimas. A veces se sentaba a mi lado y me consolaba, pero ya no podía hacer nada más. Yo me había perdido a mí y Luke había perdido a Mark. Me propuso intentar buscar ayuda profesional, pero sentía que nadie jamás me entendería y que acabaría siendo una pérdida de tiempo. Yo sabía perfectamente que realmente sí ayudaba, pero pensaba que a mí no me serviría.

—Debería haberme quedado en casa... —susurré mientras sacaba el móvil.

Estuve a punto de llamar a Martí, pero cuando vi sus mensajes decidí seguir.

Tenía que ser fuerte.

Tú puedes, enano. 10:02

Y recuerda, ellos son la pesadilla, tú eres el sueño.
10:04

Martí era un ángel de la guarda. Ojalá pudiera haber gritado en ese momento, delante de todos, lo valioso que era tener a alguien como él al lado. Lo seguro que podía llegar a sentirme gracias a la presencia de un hermano al que antes no valoraba como merecía.

—Tsss. —Me lanzaron una bola de papel—. ¡Tú, imbécil!

Desvié la vista de la ventana y miré hacia la dirección de donde había venido la bola.

En cuanto lo vi, sabía que lo que había hecho solo había empeorado las cosas.

—¿Cómo estás? —dijo el chico con una cicatriz en la mejilla—. Supongo que, después de la paliza que me diste, estarás feliz.

—David, déjame en paz de una puta vez.

—¿Perdón? —Arqueó la ceja—. ¿Te piensas que puedes pegarme sin sufrir las consecuencias?

No dije nada, lo ignoré. Él se rio y alzó la mano para que el profesor le preguntara si tenía alguna duda.

—¿Puedo salir un momento con Luke? El director me ha llamado para que él y yo vayamos a su despacho.

Sorprendido, miré a Roderike rápido y le hice gestos, pero al parecer no le dio la gana de entenderlos.

—Me lo ha dicho, antes, en el pasillo.

—Está bien...

En cuanto pronunció esas dos palabras sin ningún problema, solté el bolígrafo que tenía en la mano y me quedé en *shock*.

—¡Va! —Golpeó mi pupitre, nadie dijo nada—. ¿A qué esperas?

Ni me inmuté. Me quedé en mi asiento y traté de hacer ver que él estaba hablando con una pared. Se acercó a mí y puso su puño en mi barriga.

—Vienes o te juro que te arrepentirás al ver lo que le haré a Mark.

Muchos habrían dicho: «Me da igual».

Pero yo no hice eso. Mark seguía siendo importante para mí. Mi mente se negó a que recibiera otra paliza, pero no a que la recibiese yo no. El dolor de ese puño contra mi vientre cada vez era más intenso, e inconscientemente me levanté.

—Ahora volvemos —le sonrió al profesor; este asintió. No vio que David me estaba obligando.

—Roderike...

David me dio un codazo para que no dijera nada.

—¿Pasa algo, Luke? —Dejó el borrador de la pizarra mientras yo sostenía la puerta.

—No, nada. —La cerré y me quedé con David, en medio del pasillo.

—Ven, valiente. Ven.

Me arrastró al baño.

«Otra vez no», pensé.

Me empujó contra la puerta azulada y entramos los dos a la vez. Comprobó que no hubiera nadie por ahí y nos encerramos en un cubículo. Echó el pestillo, rio cruelmente y me agarró de la camiseta, haciendo un remolino en ella con la mano.

—Gírate o chúpamela —me amenazó.

—¿Cómo?

—¡Que te gires para que te folle o que me la chupes!

—¿Tú estás loco? —Lo empujé—. No voy a hacer eso.

Traté de salir, pero me empujó de nuevo hacia dentro.

—Está bien, decido yo.

Me cogió de la cintura y me empezó a desabrochar el pantalón. Pero me pilló en tan mal día que reaccioné antes de que fuera a más. Dejé de resistirme, él bajó la guardia y yo le di un golpe en toda la cara, de nuevo.

—¡¿Qué haces, gilipollas?!

Se puso la mano en el labio y su dedo empezó a mancharse de sangre. Yo no había terminado. Mientras él miraba su sangre, lo golpeé con la cabeza. Él empezó a chillar y entonces entró el profesor.

—¡¿Qué está pasando aquí?!

«Ahora sí que viene rápido», dije en mi cabeza.

No tenía miedo a que me expulsaran, así que dije la verdad:

—Le he pegado, unas cuatro veces.

Lo peor de cuando no tienes sentimientos o te sientes vacío, es que no puedes controlar tus acciones y la empatía desaparece. El antiguo Luke se habría quedado quieto. A este no le importaba usar las manos para defenderse. Solo era un robot actuando por inercia.

—¡¿Cómo...?! —Le sorprendió que lo admitiera sin problemas.

—Estoy expulsado, lo sé —reí—. Expúlsalo también a él, que ha intentado abusar de mí, aunque ya es un experto en eso.

Bajé la mirada y vi cómo por su barbilla caían gotas de sangre.

Sin pensarlo, le di una patada en toda la cara.

—¡LUKE! —El profesor vino y me agarró—. ¡Vete ya!

—Está bien.

Como si no hubiera hecho nada, salí de allí, sin mirar atrás; sin importarme lo que pudiera suceder. Abrí la puerta principal y me fui.

Sin ningún rumbo, como si no hubieran intentado abusar de mí. Con los ojos rojos y con el corazón en un puño. Literalmente, con la sensación de que si tuviera mi corazón en un puño lo apretaría hasta que se parara por completo. Todo estaba roto. Muy roto.

Son momentos en los que te apagas, te reinicias, pero el sistema falla y, como si fuera un virus, actúa de todas las formas menos de la correcta. El problema es que una vez aparece en tu vida, a no ser que cures el virus, irá a peor.

Hasta el punto de que tu esencia se va y tan solo queda tu cuerpo, pero no tu alma.

Si me expulsaban de forma definitiva me daría igual.

Me daba igual todo. No tenía ganas de nada.

El mío era un corazón con latidos automáticos, porque yo no quería latir.

Me encontraba en un campo de fútbol. Lugar en el que nunca imaginé que yo acabaría. Básicamente porque odiaba con toda mi alma todo lo relacionado con hacer deporte. Jugar a la videoconsola me parecía aceptable, pero practicarlo en la vida real me daba pereza.

Como no sabía por dónde había que entrar, seguí a la gente. Entré por una puerta gigante de metal y delante de mí se extendió el infinito campo verdoso con sus porterías. A un lado estaban las gradas, y al otro una pared bastante alta. Para no quedarme allí y hacer el ridículo, decidí sentarme. Evité a algunos padres que pasaban por mi lado y empecé a subir los escalones. Preferí quedarme por el medio, es donde había más gente, pero también donde podía ver mejor el partido.

Hacía buen tiempo. Aunque no me apetecía ir, me vendría bien despejarme. Me planteé que tal vez asistir a un partido de alguien de quien había estado enamorado era una buena manera de buscar algo parecido a la felicidad, o a su recuerdo.

A mi lado se sentaron unos padres, bastante felices por ver a sus hijos. Al otro tenía a un crío pequeño, que siempre que me miraba, me dedicaba una sonrisa.

Incluso me ofreció una patata frita.

Estuve un buen rato mirando a la nada, ya que estaban calentando y no sabía dónde estaba Dani. En el momento en el que vi

el número cuatro en la espalda de alguien, una sonrisa se dibujó en mi rostro, o al menos algo parecido. Él estaba allí, entrenando con esfuerzo. Por lo poco que sabía yo, lo hacía muy bien.

El partido, por suerte, empezó a los pocos minutos. El árbitro pitó y todos fueron a sus banquillos. Estuvieron medio minuto hablando entre ellos y decidiendo quién saldría. Cuando el árbitro se colocó en mitad del campo de fútbol con el balón en las manos, salieron los escogidos. Entre ellos estaba él.

El número cuatro.

Cuando se colocó en su posición, que no sabía exactamente cuál era, ya que para mí todas eran iguales, alzó un momento la vista y empezó a mirar las gradas. Al principio, seguía con la cara seria, pero cuando nuestros ojos se encontraron, una sonrisa se dibujó en su rostro. Hizo un gesto con la cabeza y yo lo saludé.

El resto del partido fue... un aburrimiento. Ganaron por tres goles de diferencia, pero a mí me aburría ver a chicos chutando balones. Solo me distraía cuando Dani hacía algo importante.

En un momento determinado, hizo algo que jamás me esperaría. Era el final del partido. Quedaba un minuto. Le pasaron el balón y estaba a la altura de medio campo. Él decidió pasársela a un compañero. Mientras este hacía maniobras para que no le quitaran el balón, Dani corrió hacia la esquina y cuando vio que el defensa se relajaba, apresuró su carrera y se dirigió hacia la portería. Él silbó y el compañero de antes le pasó el balón. Todo el público empezó a alzarse e inconscientemente también yo. En cuanto él chutó y marcó, un fuerte estruendo sonó en todos lados. Yo le aplaudí, cómo no. Estaba orgulloso.

Aun así, Dani no había acabado. Corrió hacia el medio del campo, miró como un loco por las gradas mientras sus compañeros lo alababan y en cuanto volvió a dar conmigo alzó la mano y con ella hizo la forma de la mitad de un corazón.

Acto seguido, se quitó a todos los compañeros de encima y se fue corriendo al banquillo. Buscó algo entre las botellas de agua y cuando lo cogió volvió hacia donde estaba la celebración. Lo agarró con la mano, arrancó algo y la colocó lentamente en su oreja.

En cuanto vi lo que era, supe que Dani era la mejor persona que había conocido en mi vida, y aunque nuestro amor había durado poco, había sido el mejor. Tenía una flor blanca, una margarita. Leí sus

labios y me vocalizó unas últimas palabras antes de desaparecer del campo rumbo a los vestuarios.

«Te quiero.»

Cuando estaba a punto de irme y ya había salido del recinto deportivo, alguien vino corriendo, chillando mi nombre. Giré la cabeza y lo vi, a Dani. Sin camiseta. Esperé a que llegara, ni siquiera se había duchado. Tenía la cabeza chorreando. Estuvo unos segundos quieto, sin decirme nada. Yo miré detalladamente cómo su pecho subía y bajaba. Él me sonrió y, sin que yo me lo esperase, se abalanzó sobre mí. Me dio un fuerte abrazo. Me agarró con todas sus fuerzas y mejoró la última despedida de manera inimaginable. La cambió por completo.

—Gracias por todo, de verdad —dijo, con la voz entrecortada por la falta de aire.

Se apartó y me miró los labios un momento. Dudó unos segundos. Volvió a clavar sus ojos en los míos y me dio un beso corto. Delante de todos y sin importarle nada, ni nadie.

—Nos volveremos a ver, chico de la flor blanca.

El tiempo es algo relativo. Siempre que lo pienso, acabo con la misma teoría: el tiempo no es tiempo, solamente son números que llegan hasta el veinticuatro y al día siguiente se reinicia. Así cada día, del cero al veinticuatro. Si te paras, pierdes un segundo; si duermes, pierdes al menos siete horas; si comes, pierdes media hora. Así hasta que la suma llega al máximo y... vuelta a empezar. Mirándolo así, podría ser perfectamente una tortura clandestina de la Edad Media, pero no, es el día a día.

Los padres siempre dicen que los adolescentes somos unos exagerados, que no sentimos, que es imposible enamorarse de alguien a tan corta edad, que no estudiamos tanto, que somos unos vagos o que, simplemente, no tenemos la suficiente madurez como para entender la vida. El problema, realmente, es que la vida se ha vuelto demasiado complicada.

Por ley, si suspendes, eres insuficiente, pero si apruebas, eres listo, y eso es lo más hipócrita que he visto en mi vida. Aun así, miles de adolescentes se pasan las noches preguntándose por qué no pueden ser igual de listos que sus compañeros.

El 10 de octubre había recibido otro examen de Matemáticas con un cero. Antes de que David viniera, yo ya sentía el dolor del suspenso.

La mayoría de los adultos dirían: «No pasa nada, te has esforzado, eso es lo que importa».

Pero mis padres me decían que era un insuficiente o me miraban como si no valiera nada. Sobre todo comparándome con mi hermano. Siempre me hacían sentir como la oveja negra de la familia. Solo por unas notas. Unos numeritos.

Mi madre estaba en el infierno. Ya ni siquiera le podías saludar. Se pasaba el día chillando, criticando, rompiendo vasos o todo lo que se encontraba a su paso.

Luego, pasaba las noches llorando.

Por eso aquel día explotó todo. El cero en Matemáticas fue como la gota que colmó el vaso y lo que desencadenó que mis padres se enteraran de que soy bisexual. Son dos temas que no tienen nada que ver, pero que, así como así, se juntaron. Fue lo que rompió el vaso en mil cristales.

Yo volví del partido perdido, tenía la mente nublada. Lo gracioso es que no pensé que el hecho de no estudiar acabaría de aquella manera. Jamás pensé que suspender un examen lo desencadenaría todo.

Llegué un poco más tarde de lo normal, me quedé un buen rato en el parque que había al lado del instituto. Por así decirlo, estaba aislándome del mundo.

Las estrellas se veían muy bien. Si estuviera Dani a mi lado me habría nombrado cada constelación que se veía en el cielo. Perderlo fue un golpe duro, nunca fui capaz de contarle por qué no quería salir del armario, y más después de un recuerdo que guardaba en mi mente.

Abrí la puerta de casa con miedo. Tenía muchos pensamientos negativos.

Mi mente daba vueltas y vueltas.

Dejé las llaves en el recibidor y me acerqué al sofá. Allí me lo encontré, tumbado, viendo *The Walking Dead*. Él me sonrió y me preguntó qué tal me había ido el día, yo le contesté, seco, esperando que no dijera nada sobre mi examen. Incluso por un momento pensé que iba a parar la serie y hacerme el típico cuestionario del día, pero

en cuanto vi que no, me quedé tranquilo y solté todo el miedo que llevaba sobre mí.

Di media vuelta y bastantes pasos hasta mi cuarto.

Estuve un largo tiempo tumbado en la cama mirando mis chats con Mark y al cabo de un rato llegué al final, donde estaban los cinco últimos mensajes que nunca llegó a leer.

Suspiré, dejando el móvil a un lado de la cama.

—¡Ven aquí ahora mismo! —gritó mi madre desde otra parte de la casa.

Me levanté rápidamente y me dirigí hacia el salón, sin saber todo lo que vendría.

El golpe de mi vida.

—¿Dónde estabas? —El miedo volvió—. ¿Eh? Has llegado casi a las nueve de la noche, Luke.

—Pero si siempre te ha dado igual la hora a la que llegara.

No respondió.

—Mamá, estaba con mis amigos —mentí.

—Me da igual, yo no te he dado permiso.

La miré, incrédulo, no me creía que me estuviera diciendo eso.

—Ya soy mayor.

«Déjame ir a la habitación, necesito descansar», quise decirle.

—¿Tú? ¿Mayor? —Se le escapó una risa—. Serías mayor si al menos supieras aprobar los exámenes.

—Mamá...

—Vamos a comprobar ahora mismo si eres mayor. ¿Qué has sacado en el examen de matemáticas?

—No nos lo han dado.

Lo dije intentando no parecer nervioso, pero no sirvió. Esta vez no.

—Cariño... —Mostró una sonrisa falsa—. El examen lo hiciste hace dos semanas, ¿pretendes que me lo crea?

No le contesté, lo veía una pérdida de tiempo.

—Lo has suspendido, ¿verdad? Otro cero, ¿no?

Seguí sin decir nada, sabía que si me pronunciaba ante ella acabaría peor.

—¡Si es que lo sabía! —Cruzó los brazos—. Dame el móvil.

—No.

El móvil era lo único que me mantenía alejado de la soledad.

Lo necesitaba, sobre todo para estar con mi música, pudiendo evadirme de todo.

—¿Perdón? —Alzó las cejas.

—¡Estoy harto de que me castigues! —salté.

«En vez de ser así, podrías ayudarme y ser una buena madre», pensé.

—¡Luke! —intervino mi padre.

—¡No!

Ella hizo callar a su marido, haciéndole ver que ya tenía el control.

—¿Sabes qué, niño malcriado? —rio—. Haz lo que quieras; total, acabarás siendo basurero.

Quitó un trozo de hoja verde que había en mi cabello y me la mostró.

—¿Ves? Es el destino.

—Eh... —mi voz se quebró.

—¿No puedes hablar? ¿Has visto, Pedro? —Miró a mi padre—. Ahora el niño es mudo.

Él ni siquiera la miró, solo subió el volumen de la televisión e hizo como si nada.

—Te odio. —Me froté el brazo y me fui hacia a mi habitación.

—¡Eh! —Me agarró del brazo con fuerza—. No hemos acabado.

—Mamá, suéltame.

—No.

Papá no hizo nada, eso es lo que más me dolió. Ya no sabía de quién fiarme, y quizá lo de que mi madre estaba enferma fuera solo una excusa que él se había inventado.

—Dime, ¿ahora también eres gay? —Sacó una foto mía con Dani de su bolsillo.

—¿Qué?

Mi padre paró la serie y clavó sus ojos en mí.

—¿Eres... eres maricón?

La sangre dejó de circular por mis venas, mi mente colapsó por el miedo y mi boca se quedó sin palabras. Mis pies y mis manos temblaban. Me empecé a morder las uñas. No sabía cómo iba a salir de aquella situación. De repente, apareció mi hermano por el pasillo, se quedó mirando la escena y, al verme de esa manera y con mi madre agarrándome del brazo, su cara cambió. Rápidamente intentó hacerme

señas para que me fuera a su lado.

No pude, y él intervino en la discusión; ojalá no lo hubiese hecho.

—¿Mamá? —Le tocó el hombro—. ¿Qué estás haciendo?

—Menos mal que tú eres normal, hijo. —Mi padre fue a abrazarlo.

—¿Cómo? ¿Qué está pasando?

Martí me miró con miedo, buscando respuestas. Pero yo no las tenía.

—¡Este asqueroso! —señaló, como si no fuera de su familia—. Que es maricón.

—Yo no he dicho eso.

—¿Ahora eres mentiroso? —Mi madre frunció el ceño—. He leído también tus mensajes.

—¿Qué? —pregunté con miedo.

«Mamá, para», supliqué dentro de mí.

—Luke, ¿estás bien?

Martí aprovechó para acercarse a mí, él pudo ver cómo me brillaban los ojos por las lágrimas.

—¿Cómo no va a estar bien? —rio mi padre mientras se acercaba a mí—. Si debe de tener la polla descontrolada. Puto maricón.

Ya no podía más, sentía que estaba en una pesadilla, quería desaparecer, quería morir.

—¿Papá? —Lo empujó—. ¿Se puede saber qué dices?

—Tú cállate y sé el hijo ejemplar, a ver si este aprende lo que es ser normal.

—¿Podéis parar? —dije en voz baja—. ¿Por favor?

Mis ojos explotaron en lágrimas de una vez por todas.

—Mirad cómo llora...

Lo peor es que quería decirle: «Papá, pensé que eras diferente».

Pero yo ya sabía cómo era, solo era cuestión de que algún día la cara verdadera saliera. Tenía ganas de irme muy lejos, con Martí. De estar a su lado, descansar sobre su hombro y sentirme querido y no rechazado. De sentir que alguien sí era mi familia.

—Puto gay de mierda —dijo mi padre soltándome un bofetón.

Mi madre saltó del susto, se quedó de piedra, pero no hizo nada.

Se apartó un poco y se puso a hacer otras cosas.

Me sentía solo. Atrapado. Muerto.

—¡Ojalá te maten, asqueroso! —Él intentó golpearme otra vez.

—¡A él no! —Martí lo agarró del brazo, desesperado—. Pégame a mí si quieres, pero a él no.

—¿Por qué lo defiendes, Martí? —preguntó confuso—. Es maricón.

—Es mi hermano, eso es lo que es.

Lo dijo tan seguro que quise darle un abrazo.

—Pues él ya no es mi hijo

—Ni yo.

—¿Qué dices? —Lo agarró de la camiseta—. ¿Tú también eres... eres gay?

Me miró durante unos segundos, miró de nuevo a papá y suspiró.

—Sí, soy gay.

—Pero, Martí...

Él me guiñó el ojo, intentando tranquilizarme.

—Yo también soy gay, ¿también me pegarás?

—No.

—¿Ah, no? —Levantó una ceja—. ¿Por qué a Luke sí y a mí no?

—Que he dicho que no, ¡hostia!

Después de unos minutos sin que mamá hiciera nada, decidió intervenir.

—Hijo, para ya. Todos sabemos que no eres gay.

—¿Y eso por qué? ¿Tan homófobos sois?

—¿Qué has dicho? Repítelo si tienes cojones.

Tras lo que dijo mi padre, todos guardamos silencio.

Sentí que el mundo se derrumbaba. Que mi corazón sería un agujero negro para siempre. Uno sin sentimientos, sin razones para sonreír. Lo acepté.

Acepté que mi padre me odiara.

—¡Papá! —No sé ni por qué lo llamé así—. Está bien. Me voy de casa.

—Así me gusta. Yo te ayudo a recoger las cosas.

Soltó a Martí y me dio una palmada en el hombro. Fuerte, con ganas. Otro golpe.

—¡No! —interrumpió Martí—. ¡Luke no se va!

—Martí, déjame irme.

—¡Que no! ¡Que no me da la puta gana!

—Mujer, enciérralo en su cuarto, por favor —dijo mi padre.

Ella, sin saber por qué, asintió y arrastró a Martí hasta su

habitación. Lo cerró con pestillo y él empezó a aporrear la madera para que le dejaran salir.

—¡Luke, por favor! —Siguió aporreándola—. ¡Ábreme y nos vamos tú y yo por ahí!

Su desesperación ardía en mi interior, yo me fui acercando a la puerta de su cuarto

—¡Te lo suplico, yo te quiero mucho! —Él seguía y seguía aporreando—. ¡Te necesito en mi vida!

Dolía escucharlo así. Tenía la voz rota, pero yo ya no sentía nada.

Caminé por la casa por caminar.

—¡Escapémonos, me da igual lo que eres, de verdad!

—Martí... —decidí contestarle. Por última vez—. Tú vida está aquí.

—¡No! —chilló—. Tú eres mi vida, Luke...

—Yo ya no soy Luke —sollocé—. Estoy muerto.

Fui a mi cuarto y recogí lo esencial. Lo guardé en una mochila y me dirigí a la puerta de la calle. Mis padres me miraron como si la persona que tenían delante no fuera su hijo. No pude despedirme de Martí. Seguía escuchando su voz, de fondo, golpeando mi corazón una y otra vez. Pedro abrió la puerta, yo salí y después la cerró. Seguramente sin remordimientos, sin querer volver atrás. Anduve por la calle, llorando, saqué los auriculares de mi bolsillo.

Ni siquiera la música pudo salvarme.

Me puse la capucha intentando ocultarme y fui al único lugar en el que me apetecía estar. Saqué el móvil y escribí a Mark, necesitaba verlo. Despedirme.

Ya solo quedaba él.

Prado de flores. Ven. Urgentemente.
Por última vez. 22:02

Iris
Te regalo mi último pensamiento

Ahora entiendo la canción de Space Song *de Beach House. Es toda una paradoja donde el concepto tiempo no existe. Solo la melodía rozando las orejas y el espacio vacío en las venas.*

«I'm on your side.»

La promesa que hacemos todos y que nadie sabe cumplir. Es curioso porque las estrellas que vemos desde el planeta Tierra, en realidad, pueden estar muertas, estamos viendo su pasado, no el presente. Así es la definición de un adolescente con depresión.

Estás viendo su pasado, no su presente. Estás disfrutando los ocho minutos de iluminación, como el sol, pero en realidad, él está viviendo en la zona oscura. Vivimos en un constante agujero negro de sensaciones y la luz ni entra ni sale.

Nos aferramos al pasado porque es lo único que nos mantiene vivos.

«Fall back into place.»

Y recaemos en aquello a lo que juramos no volver. Regresamos al pasado, pero mostrando un presente muy diferente. Nuestro día a día va atrasado. Nosotros no vivimos el ahora, sino ocho minutos atrás. Retomamos un yo pasado para no enseñar el de verdad.

Es una paradoja en el tiempo que nadie jamás entenderá, pero es lo que destroza por dentro a un ser humano de verdad.

Y si sigues luchando, te admiro.

Porque sonreír es fácil, pero sonreír de verdad es arriesgarse a vivir.

La última flor blanca
El prado de flores blancas

Ahora

Dejo a un lado el prado de flores y me acerco al muro que da al vacío. Es muy tentador dejarme ir y que el viento me lleve hacia abajo. Es tentador dejar que la muerte se coma la vida. Yo ya no quiero permanecer más tiempo en este mundo. He perdido todo aquello que amaba. He perdido la ilusión de sonreír. La ilusión de poder decir que estoy vivo.

No espero que te lamentes y mucho menos que aceptes esta decisión. Para mí no es la más fácil, seguro que tú dirías que hay otra alternativa, pero no la hay. La mente me ha ganado, no la paré cuando pude y ahora me ha derrotado. Yo mismo he perdido contra mí. En mis manos tengo el portátil, estoy escribiendo estas últimas palabras. No quiero dejarte sin una despedida. Solo quiero que veas el final.

Te dolerá, pero no todos los finales son felices.

Decido sentarme en el muro un segundo, con los pies colgando. Viendo cómo debajo de ellos no hay más que metros y metros de dolor y muerte. Me siento como si estuviera frente a la puerta del infierno.

Envío otros dos mensajes.

No es broma. Ven. Por favor. 0:06

Tengo droga. 0:10

Sé que Mark vendrá. Claro que vendrá, pero él tampoco puede salvarme. Nadie lo hará. Me giro un momento y observo el hermoso campo de flores blancas a oscuras. Es una pena abandonar este lugar cuando la naturaleza es increíble; aun así, los humanos lo joden todo. Joden lo hermosa que es la vida y lo perfecta que es.

Joden la salud mental y esperan que sigamos adelante.

No llores, en serio, no te lamentes por mí. Lee esto con la cabeza alta, no seas tan débil como yo. Piensa que seré más feliz si me voy, no quieres que sufra más, ¿verdad?

Agarro el portátil con una mano y decido acercarme de nuevo a las flores. Agarro tres. Ni una, ni dos. Tres. Tres hermosas flores blancas. Por un momento, pienso en dejarlas sobre el portátil. Para cuando la historia tenga su fin; en cambio, lo suelto. Me tumbo rodeado de verde y blanco y me coloco una flor con sus pétalos definidos en el ojo izquierdo, luego en el derecho.

Quiero saber qué se siente al estar cegado por la naturaleza.

Sienta bien. Me concentro en el sonido del lugar. Silencio. Paz. El viento juega con las plantas y con ellas crea un sonido suave y ruidoso a la vez. Me siento feliz, pero solo si me escondo. Me quito las flores y vuelvo a la realidad. Agarro el portátil y decido sentarme de nuevo en el muro, esperando a Mark. Esperando poder decirle un último adiós. Y no quiero, no me apetece decir adiós, pero esa palabra persiste en mi vida.

Ya no existe el «quédate», solo el «adiós».

—¿Luke? —alguien habla.

Lo sabía. Ha venido. Me giro y lo veo ahí, a cien metros de mí. Él se piensa que estoy de broma, pero lo que no sabe es que estoy a punto de dejar de ser luz y convertirme en oscuridad.

—Hola, sabía que vendrías.

—Solo he venido porque decías que me darías droga.

—Y eso haré —asentí.

Se queda callado durante un par de segundos, chasquea la lengua y empieza a moverse hacia mí. Lentamente. Como si no supiera que él es la última droga de mi vida. La única que voy a consumir y que voy a vivir. Se acerca despacio. Ni siquiera se sienta a mi lado. Solo me insiste una y otra vez para que le dé la droga.

—Toma. —Finjo coger algo de mi bolsillo y dejo una bolsa invisible a mi derecha, sobre el muro—. Aquí está.

—¿Me estás vacilando? —pregunta cabreado.

—No.

Decido girarme para que me vea, en cuanto ve mis ojos llorosos su cara cambia.

—Yo soy la droga.

—Paso. Me voy.

—Espera —digo tranquilamente—. ¿Por qué no aceptas que yo soy tu peor droga?

—¿Tú estás loco? —Arquea una ceja—. Veo que la vida te ha dejado jodido.

—Mark, sé que me echas de menos.

Niega con la cabeza.

—Entonces no te molestará esto.

Dejo el portátil a un lado, te dejo de lado a ti, lector, un momento. Me pongo de pie.

Detrás tengo el precipicio y delante de mí, a Mark.

—Supongo que si me lanzo no te dolerá.

Él responde con un frío «no», sin sentimiento. Yo solo asiento. Doy unos pasos hacia atrás y dejo un pie en el aire. Miro a un lado, miro al otro. Dejo que una lágrima roce mi labio. Dejo que mi pelo me impida ver por última vez. Dejo que el viento me estorbe. Dejo que Mark me miré una vez más.

—Esto... —Se pone nervioso—. Para de hacer el tonto.

Alzo los brazos lentamente y empiezo a echarme hacia atrás. Dando de lado mi vida entera. Abandonándolo todo. Olvidándome de por qué merezco seguir aquí.

—Luke. —Se acerca—. En serio, detente.

Dejo que los recuerdos pasen por mi mente. Todos los momentos felices, todos los momentos tristes, todos los momentos desgarradores. Dejo que mi mente sea la que mande, ya sin luchar contra ella. Dejo que tome el control y que ella decida si acabar con todo o no.

«¿Le decimos adiós a la vida, mente?», me pregunto a mí mismo.

Mark da un paso y decide ponerse en frente de mí. Sus pies rozan el muro, yo lo miro desde arriba, él se ve tan pequeño y vulnerable y yo me siento tan libre...

—Bájate ya —ordena.

—No puedes salvarme.

Me muerdo el labio, digo esto con seriedad. Una parte de mí también me dice que pare, pero la otra, la que me anima a saltar, es mucho más fuerte.

—No hay nadie que me pueda salvar.

—¿Tú eres tonto? —Pone un pie en el muro—. ¡Bájate ya, joder!

—Qué bonito el vacío, ¿eh?

Suelto una risa floja y dejo que mi cuerpo se sienta atraído por la

fuerza de gravedad.

—¡Me cago en la puta!

Mark salta de un brinco, se pone a mi altura y antes de que mi cuerpo caiga me agarra de la cintura. Me salva. Me impide cometer la mayor estupidez del mundo.

Pero no para siempre.

—¡Joder! —Me suelta y me empuja hacia el campo de flores—. ¿Qué te pasa? Das miedo.

—¿Miedo?

—Sí, miedo. Tú... —Me mira rápidamente—. Tú no pareces Luke.

La despersonalización ya es visible para los demás.

—Luke murió. Lo mataste. Me matasteis.

—¿Perdón?

Me siento de nuevo en el muro y sonrío plácidamente.

—Me mataste. —Sin embargo, mi voz tiembla—. Tú y tu abandono. Me abandonaste. Hiciste de mí una mierda. Provocaste que me odiara. Provocaste que yo me sintiera vacío. Te deshiciste de la única persona que confiaba en ti. Me alejaste. Me traicionaste. Me diste de lado. Me trataste mal. Me dijiste que no era nadie para ti...

—Luke, estás perdiendo la cabeza.

No entra en razón, no es capaz de abrir los ojos.

Lo miro detenidamente, por mi mente pasan todos los recuerdos, todos los momentos que pasamos juntos. Los buenos y los malos. Cuando le ayudé con lo de las drogas, cuando él me ayudó con las matemáticas. Cómo nos cuidábamos siempre, aunque estuviéramos dándonos de palos. Éramos Mark y Luke. Los inseparables.

«Estos nunca se separarán», decían todos.

Decido levantarme y acercarme a él. Lo observo. Sus ojos, sin embargo, quieren llorar.

No obstante, no llega a hacerlo.

—¿Sabes? —Me froto la mano—. Cuando te tuve sobre mis piernas, inconsciente, sentí que perdía una parte de mi vida. Sentí que me moría. No quería perderte, y menos cuando vi tu fondo de pantalla. Tú y yo, juntos.

—Luke...

Parece que vuelve a la normalidad. Esto le ha hecho recapacitar.

—Cállate. Lo jodiste todo.

Se le escapa una lágrima. La observo. Se desliza lentamente por

su mejilla derecha, pero él no se la quita. Él quiere que yo la vea, que vea cómo sus recuerdos están ganando a lo demás.

—Dime. —Me pongo a dos milímetros de él, rozando nariz con nariz—. Dime por qué cojones me has parado y no me has dejado morir. ¿Por qué no me has dejado caer por el precipicio?

No es capaz ni de hablar. Solo se queda quieto. Se avergüenza de sí mismo. Sabe que me ha perdido. Sabe que la ha cagado. Sabe que ha metido la pata... Sabe que me ha perdido, para siempre.

—Es curioso... —Sigo como si nada—. Es curioso porque traté de olvidarte, traté de hacer como si nada, pero tú seguías en mi mente —confesé con la voz quebrada—. ¿Lo peor? Que he tenido que lidiar con la salud mental que tú destrozaste y he llorado noche tras noche sin entender por qué nada podía volver a la normalidad.

Noto el dolor en sus ojos. Noto cómo su pie se mueve inquieto. Noto que se da cuenta. Noto cómo las drogas y el muro que rodea su corazón desaparecen.

—He perdido a mi hermano, me han alejado de él.

Suelto, con el corazón roto.

Me abro, porque sé que en cuestión de segundos dejaré de hablar.

—Mi padre me ha pegado, me han echado de casa, he perdido a mi mejor amigo...

Aunque estoy roto, el cabreo corre por mis venas.

—David me ha hecho sufrir. He perdido a Dani, todo el mundo me odia...

Ya no lloro solo yo, él también.

—Luke. —Se acerca. Yo me aparto—. Lo...

—¿Lo sientes? —intervengo—. Dile eso a mi corazón, a ver si con esas dos puñeteras palabras lo curas.

—La he cagado mucho, te echo de menos.

—Vete. —Me giro—. Vete de una puñetera vez.

Él me agarra del brazo.

—No te voy a dejar ir. —Noto la culpabilidad en su rostro, pero no me sirve—. No ahora.

—Me da igual, no te necesito ya.

—¡Vale, sí! —suelta desesperado—. He sido un imbécil. Un gilipollas. Alguien que solo se fijaba en sí mismo. Alguien que solo derrochaba su vida en las drogas y en querer morir. Alguien que se odia. Alguien que nunca ha sido capaz de olvidarte. Alguien que

nunca pudo contarte la verdad. Lo que llevo meses queriendo confesarte...

—Llegas tarde, una pena que ya no sirva...

—¿Qué haces? —Siento su miedo, él sabe que soy capaz.

—Lo mejor para ti, para todos

Agarro el ordenador, lo enciendo dando un toque y abro la pestaña de Word. Mientras le miro a él y veo el temor en sus ojos y el sufrimiento en su cara, pongo el punto y final. Luego escribo el «fin» y cierro el portátil. Lo lanzo a su lado.

Me deshago de su mano.

La historia está terminada. Todo se ha acabado. Puedo descansar en paz.

—¡Luke! ¡No! —Me coge del pie—. Me importas.

Lo dice ahora. Cuando ya he colocado el punto negro después de tanta vida narrada.

—Llegas tarde... —Dejo un pie en el aire—. ¿No?

—Para, Luke. Para.

Me suplica, no quiere que me vaya, pero es tarde.

—No te vayas, no así...

Dos mundos distintos. Dos personas completamente rotas que se necesitaban el uno al otro, pero que no supieron ayudarse. Así es como termina todo. No es un romance. No es una historia de amor. Es la historia de Mark y Luke, un corazón roto y otro destrozado.

La historia de dos seres humanos que no supieron valorarse. Que se hicieron daño. Miro al cielo, es bonito. La vida es bonita. No hay razón para irme. No hay razón para decidir tal tontería. No hay razón alguna. Pero tengo la necesidad de sentirme libre del dolor.

Una sonrisa. Una última sonrisa. Un último suspiro. Un último roce con la vida. Una última mirada. Una última esperanza. Una última vida. Una última noche. Un último prado de flores. Un último día. Un último Luke. Un último ser humano. Un último corazón.

Un corazón que dejó de latir porque los otros no valoraron sus latidos.

Un último paso. Un adiós. Un último respiro. Un último punto negro en un lugar blanco.

Un punto y final.

Nos miramos mientras la distancia se hace cada vez más grande. Nos observamos. Nos sonreímos por última vez y mis ojos inundados

de lágrimas nostálgicas le dicen la frase que Dani un día me enseñó.

—Te quiero, Mark, nos volveremos a ver. —Le sonrío plácidamente—. Pero no aquí.

Él me agarra de la chaqueta antes de que mis pies fallen y por un instante parece que todo se detenga de nuevo. Tengo la oportunidad de caer hacia él.

Niego con la cabeza y coloco mi mano encima de la suya.

Aparto poco a poco cada uno de sus dedos.

—No estás aquí. Nunca estuviste —susurro.

Su mano empieza a desvanecerse. Mark desaparece, me vuelvo a encontrar solo en un prado de flores blancas.

Cierro los ojos y sonrío.

Y el final sucede.

Los pies dejan de hacer fuerza y el cuerpo se siente atraído por la caída.

Dejo mi vida correr.

Antes de hacerlo veo aparecer a Martí. Se pone de rodillas en el suelo y grita. Durante un segundo veo sus ojos rojos, su pelo despeinado. La última cara que veo es la suya, y eso me hace feliz. La única verdadera. El aire me roza la cara. Los ojos me empiezan a fallar. Noto el impacto acercarse. El concepto vida está yéndose de mis manos. Tengo un *flash* de toda mi existencia y me cae una lágrima.

Juré no morir y acabé muriendo por dolor. Este es mi final.

Flores blancas y drogas
¿Por qué no fui capaz de valorarte?

Junio, 2018
Mark

Soy Mark.

Esa noche podrían haber muerto dos personas.

Él y yo.

Pero solo se fue el bueno. El malo se quedó.

Mientras él luchaba por salir adelante, yo tenía una vía intravenosa y una máquina al lado con pitidos. La droga me consumió tanto que sufrí una sobredosis. Por desgracia, sobreviví, pero Luke no.

No fui al prado de flores.

Hace poco que he descubierto esto. Todo es distinto sin él. Me ha sido difícil contener las lágrimas mientras abría el documento. Lo he leído todo. Cada página. Cada palabra. Os ha escrito una novela. Me odiaréis. Mucho.

Lo entiendo.

Luke valía tanto y yo lo traté como si no fuera nada. Las drogas me jugaron una mala pasada y no fui capaz de creer a mi mejor amigo. En cuanto llegué a la parte del baño, sentí rabia, furia, de todo. Sentí cómo las venas me ardían y mi cuerpo lloraba.

Por no hablar de la parte del fondo de pantalla...

Aún lo tengo. Jamás lo quitaré.

Juré cuidarlo hasta el final y solo fui un cabrón de mierda. Un chaval que lo abandonó en su peor momento, dejando que lo pisotearan y que nadie lo quisiera. Permitiendo que la persona que me ha salvado tantas veces muriera por mí, por mi culpa.

He dejado las drogas. Para siempre. Después de su funeral, lo tiré todo. No quería perderme yo también. Justo antes había pasado unas noches muy duras, inmerso en el alcohol y con malas influencias. Llamé a mucha gente que traficaba. Introduje en mis venas de todo.

Tal vez por el dolor de saber que Luke ya no seguía aquí.

Es cierto que recibí los mensajes. Es cierto que los dejé en visto. Pero no fue como lo describe en su novela. Se lo inventó. Supongo que lo escribió así para morir en paz conmigo, para no morir solo.

Pero murió solo.

Esa noche estaba drogándome. Con David y los demás. Me estaba perdiendo los últimos segundos a su lado. Podría haberle salvado, podría haber sido yo y no su imaginación. Por eso murió, porque yo no estaba, y si hubiese estado, no habría muerto.

Me centré tanto en mí, fui tan egoísta, que no fui capaz de ver lo mal que lo estaba pasando. Mi vida también corrió peligro, pero ojalá me hubiese ido yo. Joder. Luke es tan... bueno, era un gran tío.

Esto de escribir en pasado no me gusta nada. Me duele saber que se ha ido.

La noticia la recibí a las cuatro y veintitrés de la mañana. Una llamada. De su hermano, Martí. Llorando. Lo recuerdo como si fuera ayer. Su voz quebrada. Fue él quien lo encontró muerto. Quien llamó a la ambulancia. Quien llamó a la policía. El primero que leyó el libro. Hoy en día somos amigos, me recuerda demasiado a él.

Muchas veces me cuenta cosas que no fui capaz de vivir a su lado.

Esto se está haciendo más duro de lo que pensaba.

Él se criticaba mucho, pero os puedo asegurar que era mucho mejor de como os lo pintaba. Él estaba demasiado enfermo mentalmente como para describiros la maravilla de persona que era.

Luke era luz. Luke era la mejor canción que has escuchado en tu vida. Luke era como las estrellas, algo hermoso. Él era una sonrisa pura. Sus ojos abrían mundos y corazones. Su lealtad era increíble y su corazón, el más puro. Su pelo era una obra de arte, siempre lo llevaba perfecto. Luke era un chaval increíble, el mejor de todos, y se me parte el alma después de leer todo. Él ha sido y será siempre lo mejor que me ha pasado en la vida.

Lo peor es que nunca podré decirle lo que sentía.

Lo mucho que me gustaba.

Lo increíblemente loco que me volvió.

Decidí, sin embargo, ocultarme. Preferí ser un cobarde y esconderme detrás de Sarah. Ella me encantaba, pero no como Luke. Él, no lo ha contado aquí, pero el día que supe lo de Dani, me cabreé.

Me enfadé. No le dirigí la palabra.

No podía felicitarlo cuando sentía que jamás iba a ser mío.

Una de las razones por las que decidí ir durante un tiempo al centro de desintoxicación fue él. Para poder quererlo de la mejor manera posible y, cuando pasó todo lo del vestuario, dejé que mi corazón roto hablara antes que mi lógica. Me dolió pensar que para él era tan poco; me pasé todo el verano llorando.

Preguntándome por qué quería deshacerse de mí y por qué me detestaba tanto.

En septiembre, recaí en las drogas y, como muy bien ha contado, cambié. Pasé a ser un chico duro que fingía no estar enamorado de Luke. Nunca se dio cuenta de cómo lo miraba. Nunca reparó en mi forma de tocarlo, de admirarlo, de quererlo...

Me gustaba tanto y tenía tanto miedo...

He sido tan imbécil, tan gilipollas, tan estúpido, que necesitaba escribirlo en su Word. Os parecerá una estupidez, un sinsentido, pero es toda la verdad. Si he decido escribir esto, es para contar lo que él no pudo, y aunque Luke creyera que yo no pensaba en él, que era una mierda para mí o que yo lo odiaba, no era verdad.

Sufría al ver que lo perdía.

Me quería alejar y pensé durante un tiempo que me iría bien, pero ya he visto que no. Quería desenamorarme, hacerme ver que no podía joderle más la vida. Me odiaba.

Me odio.

¿Quién querría salir con un drogata? ¿Con un imbécil como yo? ¿Cómo iba a acabar con él? ¿Cómo un chico tan bueno se conformaría con alguien como yo?

No paraba de hablarle a mi madre de Luke. Le contaba cada detalle, lloraba por él. Muchas noches, iba a su habitación y le confesaba lo poca cosa que me sentía a su lado. Y yo mismo, inconscientemente, me alejé, me junté con personas malas y lo estropeé todo.

Echaba de menos sus abrazos, cálidos y tiernos.

Muchas veces he pensado en lanzarme. En mandar todo a la mierda y arriesgarme, pero no quería destrozar la amistad tan hermosa que teníamos, y lo gracioso es que la cagué igualmente. Quizá nunca lo hubiese perdido, quizá yo le gustaba, quizá siempre sintió algo por mí, pero ni si quiera leyendo la novela entera he

notado nada. Eso siempre será una incógnita.

Me froto el pelo, toco suavemente el teclado de su ordenador. Suspiro. Miro hacia la ventana de mi habitación. Luce el sol. Hace un hermoso día en el pueblo. Miro de nuevo el libro y se me ocurre algo. Sujeto el ordenador con fuerza y agarro la bicicleta. Coloco su portátil en la cesta que hay frente al manillar y pedaleo hacia donde sé que hay que ir.

Hacia donde habría llevado a Luke en nuestra primera cita.

Me detengo, te cojo de nuevo y te dejo en el suelo. A ti, lector. Me aparto unos segundos y observo mi alrededor. Tenía razón Luke. Estar rodeado de campos de trigo es una preciosidad. Me siento a tu lado y me quedo observando la infinitud. Lo imagino conmigo, feliz, corriendo agarrado de mi mano y cumpliendo uno de sus sueños: estar con la persona a la que amas rodeado de naturaleza.

—Hola, Luke. ¿Sabías que también hay campos de patatas? No serán igual de preciosos, pero sé que te gustarían... Te quiero, tío. Para siempre. Ojalá hubiese respondido a ese mensaje que me enviaste. Ojalá el prado de flores no fuese tu última vez. Tenías razón, estabas malo. Ni yo te reconocía. Estabas muerto por dentro, te merecías la libertad. Nunca te perdonaré por hacer tal estupidez, pero siempre te recordaré como un chico valiente y perfecto. Como la persona a la que siempre he querido en mi vida. Como el chico de mis sueños. Como mi Luky. Será duro seguir sin ti. Gracias a ti he aprendido que no debo alejarme de nadie por miedo, al revés, que debo quedarme. También me has enseñado que sí hay gente por el mundo que sabe querer, gente que lo daría todo.

Lo siento, de verdad, pero seré feliz. Por ti. Quiero seguir viviendo para que desde arriba me veas y estés orgulloso.

Te echaré mucho de menos, en serio, los días no serán igual sin tu presencia, y ojalá no hubiese malgastado el tiempo que me quedaba contigo. Ojalá hubiese podido convencerte de que te quedases.

Por cierto, directioner*, me he comprado todos los discos y he escuchado cada una de las canciones. Es lo más cerca que estaré de ti.*

Eso es todo, trataré de no llorar más y ser fuerte por ti. Gracias por todo. Te quiero.

Limpio mis lágrimas y suspiro tratando de no llorar más.

Gracias, lector, por mantenerlo lo más vivo posible. Siento que no haber podido ser la persona que le salvó la vida. Siempre seré la persona que lo ayudó a irse; su sitio en clase estará siempre ocupado por mí, lo cuidaré como nunca y acabaré incluso ese libro llamado Bajo la misma estrella. Por él. La novela que nunca terminó de leer.

Con esto me despido, lector.

Joder.

Ahora me he dado cuenta de que nunca le pude decir un «te quiero» sincero.

Nunca lo abracé como me habría gustado hacerlo.

Nunca pude decirle lo mucho que me gustaba.

Nunca...

Nunca pude tener mi historia de amor con él. La que él merecía.

Pero estoy seguro de que nos volveremos a ver.

Porque un adiós nunca me hará aceptar que jamás volveré a escuchar su voz.

20 flores blancas
El funeral

17 de noviembre
Martí

—Él era... —Me detengo—. No puedo. Lo siento.

Me alejo de tu tumba y me voy lejos. Lo más lejos posible. Saber que estás en una caja de madera me parte el alma. Yo sabía que serías capaz de hacer algo así, pero jamás imaginé que ese llegaría a hacerse realidad.

Tenías tanto que darme y te fuiste tan pronto...

Eras un ángel. Alguien que merecía cielo y mar, y solo te dieron hostias por todos lados. Pedías ayuda a gritos y nadie te la daba. Ni tus propios padres. Solo quedaba yo, y lo siento, pero no pude arreglar tantas heridas. No insistí tanto como debería; podrían haberte llevado a un psicólogo. Sin embargo, me vino grande; pensé...

Ojalá hubiese podido quitarte todo el sufrimiento.

No te culpo por haber hecho esa estupidez, pero cada vez que paso por tu habitación se me parte el corazón al ver que no estás ahí tumbado, escuchando música o escribiendo.

Porque, entiéndelo, nada será igual sin ti.

—Hijo... —Mi padre coloca su mano en mi hombro.

—¿Hijo? —Lo empujo—. Tu hijo es al que echaste de casa por ser bisexual. Ese era tu hijo, y míralo. —Señalo el agujero—. Ahí está. Muerto.

—Pero...

—No quiero verte nunca más —digo mientras me limpio las lágrimas—. Nunca. Como si vivo en la calle.

—Deja de decir tonterías. —Se enfada—. Yo quería a tu hermano.

Me quedo observándolo. Sin saber qué decir.

—Me das pena. —Aprieto los dientes—. Lamento haberte llamado padre.

Se queda quieto. No se esperaba esa respuesta.

—A mis hijos, si los tengo, los trataré como si fueran oro, porque es lo que serán. No como una puta mierda, como tu trataste a Luke. Y si voy a salir a dar un discurso, es por él. No por ti.

Lo dejo con la palabra en la boca. Con la rabia en mi interior y las lágrimas por la mejilla me dirijo adonde estaba antes. Me coloco, trato de tranquilizarme y saco el papel de mi bolsillo, apoyándolo en una mesa de cristal. Me detengo un momento para observar el público y al fondo veo a Mark. Me fijo detenidamente y sus ojos parecen lava.

Su muerte también lo ha destrozado. Él no era mala persona, solo lo convirtieron en una. Si se odiaba a si mismo por ser gay, no podía querer a los demás.

Lo veo temblar. A saber cuánta droga se ha metido o cuantas cosas se ha pinchado. Carraspeo y alzo la mano hacia donde está él sentado. Mark me ve y yo le hago una seña para que venga. Con su temblequeo se acerca a mí estoy y yo lo rodeo con el brazo.

Se portó como una mierda, pero tampoco merece cargar con la culpa solo.

Noto cómo mi abrazo lo calma y cómo trata de no llorar más. Yo lo miro, alejando mis ojos del papel, y le froto un poco el pelo. Al estar tan cerca de él, me doy cuenta de por qué Luke seguía a su lado a pesar de todo.

Por fuera inspiraba miedo, terror y maldad, pero por dentro era un joven asustado, drogado y sin saber cómo controlar su vida. Luky vio a través del muro y supo cómo cuidarlo para que no se acabara matando. La mierda es que él no supo ver más allá de su muro y quien acabó matándose fue mi hermano.

Una persona suicida conoció a otra, solo que en vez de salvarse los dos, se salvó solo uno.

Me quito las lágrimas molestas e inspiro fuerte. Me acerco unos pasos, con Mark a mi lado, y con la otra mano agarro el papel. Lo miro y, dispuesto, me pongo a leer la carta.

¿Sabéis esas personas que dan todo por aquellos que no dan nada? Luke era una de ellas. Ya podías lastimarlo, romperlo o destrozarlo, que seguiría cuidándote como si fueras su más preciada piedra.

Como si fueras una pieza de oro.

El día en el que nació fue el mejor de mi vida. Fui el primero

que lo cogió en brazos y me encantó tener una versión parecida a mí. Me acuerdo de la primera frase que le dije. «Tú vas a ser mi hermano, y te cuidaré siempre.» No cumplí esa promesa.

Noto un nudo en la garganta, siento como si el agujero negro que él tenía se hubiera trasladado a mí. Paro un segundo, miro al público sollozando y sigo.

Luke era... como el Sol. Todos sabían de su existencia, pero nadie le hacía caso. Solo lo veían como una molestia, como algo que quitar de en medio. Preferían a la Luna en vez de su calor amoroso. Y como todas las estrellas, él murió. Pasó a ser una gigante roja y luego a una enana blanca. Se apagó para siempre. Se escondió para siempre. Dejó que la Luna fuera la presencia e hizo que, por una vez en la vida, echaran de menos al Sol.

Arrugo la hoja. Siento que no puedo más. Mark se separa de mí y da un pequeño paso.

—Algunos me conoceréis, otros no. Algunos diréis, «es quien dejó de lado a Luke» y, aunque me duela admitirlo, es verdad. No fui un buen amigo. No supe ver lo dañado que estaba. Me metí en un mundo peligroso llamado drogas y lo aparté.

Se frota los ojos y me mira.

—Es más, sigo con esa puta mierda. Llevo toda la noche pinchándome, haciéndome daño, queriendo morirme también...

Esas palabras me destrozan y lo rodeo con más fuerza.

—Pero no quiero morir, quiero luchar, por él.

Se detiene y golpea el cristal mientras mira la tumba. Mete su mano en el bolsillo y saca un lápiz.

—¿Sabes, Luke? Aún tengo el lápiz que me prestaste el día que nos conocimos. —Lo mira detalladamente y se acerca a tu tumba—. Está un poco echo mierda —ríe entristecido—, pero quiero que lo tengas a tu lado.

Lo deja encima de la madera despacio, junto con una flor blanca que traía en su traje.

Al intentar subir de nuevo, no puede. Se queda bloqueado. El dolor lo invade. Yo me acerco despacio y lo ayudo a levantarse. Él,

roto por dentro, se gira y me abraza con todas sus fuerzas. Como si quisiera que yo te reviviera.

Como si me pidiera a gritos una segunda oportunidad para ti.

Pero yo no puedo ofrecerle eso.

No puedo traerte de vuelta de la muerte.

La noche que te encontré... fue horrible. Te vi de lejos en el muro y, por más que corrí, no me dio tiempo a pararte. Me quedé a un segundo de cogerte y salvarte, pero tú fuiste más rápido y te dejaste morir antes de que te salvaran.

Cierro los ojos un momento, el vacío que hay en mi interior es enorme.

Cuando me asomé y te vi ahí, en ese estado, supe que mi mundo había llegado a su fin porque, aunque no te lo creas, tú eras mi mundo. Nadie valoraba cómo lucías y por mucho que trataba de hacerte ver que yo sí, seguías deseando ser la Luna y te convertiste en ella, pero por el lado que nunca vemos. Por el lado muerto.

Tú una vez me preguntaste que si yo creía en el cielo. Te dije que no, pero ahora que has muerto, necesito creer que ese lugar tan pacífico existe, ya que tú te mereces eso y más.

Ojalá Mark se hubiera atrevido a decirte lo que él sentía por ti, porque os habría cuidado como nunca. A ti y a él.

Me mira mientras con los dedos rozo lo escrito en el papel.

Un Luke y un Mark juntos habría sido la hostia. Y eso es todo.

Descansa, Luke.

Sé feliz por nosotros.

Por Martí y por Mark.

Siempre te recordaremos.

—Te quiero —dice Mark mientras mira detenidamente hacia donde descansas—. Te quiero mucho, y siempre te querré. —Se frota el labio mientras le tiembla y suspira exasperadamente—. Como dice tu película favorita —se sienta a tu lado—: con amor, Mark.

—Ojalá ese 10 de octubre nunca hubiese existido —comento—.

De no ser por ese maldito día, aún estarías aquí, dándome la tabarra con tus teorías raras.

—Y salvándome de hacer miles de tonterías. —Sonríe mientras una lenta lágrima cae—. Cuidándome como siempre lo hacías.

Miro un momento hacia el cielo y observo la profundidad azulada. Sé que estás ahí. Lo sé perfectamente. Yo estaré aquí, diciéndote «te quiero» a mil kilómetros de distancia.

Saco la flor blanca que hay en mi traje y la levanto. Mark coge otra y hace el mismo gesto que yo. Luego todos los que han venido sacan lentamente la flor blanca y la alzan hacia el cielo.

Todos la levantan por ti, Luky.

—Por Luke —Sarah

—Por Luke —Nil.

—Por Luke —Dani.

—Por Luke —Paula.

—Por Luke —Javi.

—Por Luke —Mark.

Descansa. Te buscaré en cada vida que las estrellas nos regalen.

Epílogo
La flor verde

Solo cuando construimos el futuro tenemos derecho a juzgar el pasado.

Nietzsche

Rosa viridiflora
La silla manchada de recuerdos

Tobías

Mi vida acaba de empezar de nuevo.

Conseguí que me sacaran de ese maldito instituto.

Me encontraba delante del espejo, pensando en cómo iba a enfrentarme a mi nuevo yo.

No estoy pasando una de las mejores épocas de mi vida. Hace poco me diagnosticaron depresión. Para mi familia no ha sido nada fácil, y para mí, menos. Sin embargo, he tenido la suerte que otros no tienen.

Me han tocado unos padres que me ayudan en todo.

No sé gran cosa de este nuevo lugar lleno de nuevos compañeros.

Solo quiero olvidar, despejarme un momento y que no me importe que los demás vean mis audífonos. Sí, los llevo.

Solo deseo poder encontrarme con un ambiente en el que no se me juzgue por tener una discapacidad. Un lugar en el que me sienta seguro y cómodo. Un rincón al que llamar hogar cuando el hogar no pueda serlo.

Tengo esperanzas. Y sé que irá bien. Tiene que ir bien.

Me quedo mirando un rato de más el espejo que tengo enfrente y me apoyo en el borde del tocador. Suspiro y me doy ánimos. Retoco un poco mi cabello para domar algún rizo rebelde y plancho con la palma de la mano alguna arruga de la equipación de fútbol que llevo puesta.

—Todo va a ir bien —me repito.

Media hora después ya me encuentro delante de la gigantesca entrada del instituto, al lado de mis padres. Ellos me sonríen. Tienen más ganas de que empiece en un nuevo lugar que yo. El director del instituto nos invita a pasar. Mi padre nos adelanta para hacerle un par de preguntas en privado y mi madre me da un abrazo.

—Ya verás, hijo, este lugar cuidará de ti.

Asiento.

Andamos un poco por el pasillo principal y hay algo que me llama bastante la atención. Aprovecho el momento justo en el que mi madre y mi padre están discutiendo por problemas de dinero y me dirijo al final del todo, donde hay una especie de exposición de trofeos. Pero no es lo que me ha llamado la atención, sino una flor blanca justo en medio. Extrañado, me acerco demasiado, apoyo mi mano en la vitrina y aprecio cómo la flor descansa en el pequeño estante sin razón aparente. A continuación, veo una un grabado en la rama y trato de leerla.

—¿«Volveré a verte»? —susurro.

Veo también una pequeña foto detrás de esta flor, pero antes de que pueda fijarme, mi madre me llama para que vaya con ella.

Le hago caso. Empiezo a andar y de reojo voy apreciando cómo la flor blanca se va haciendo más pequeña. Decido preguntar.

—¿Por qué hay...?

—Nosotros ya nos vamos, cielo —me interrumpe mi madre.

—Exacto —confirma papá—. Tenemos que irnos a trabajar.

—De acuerdo...

Me los quedo mirando como si tuviera que decirles algo más y decido buscar una señal en la cara del director. Éste me mira sin saber qué decir y aprovecha para acompañarlos hacia la salida. Yo me quedo allí, quieto. Me fijo en la clase que supuestamente va a ser la mía y noto una sensación rara. Como si ahí dentro hubiera algo que me cambiará.

—¡Hola! —Una voz femenina suena a mi espalda.

Me giro y veo a una chica con aire extranjero, con gafas y con la mano tendida.

Tiene el pelo de color rojo amapola.

—Soy Kelly.

Tardo un rato en reaccionar.

—Eh. —Parpadeo confuso y le devuelvo el saludo—. Tobías.

—¿Eres nuevo?

Asiento.

—Pues supongo que entraremos junt...

—¡Hombre! —El director aparece de nuevo—. ¡Veo que ya os conocéis!

Nos agarra a ambos por los hombros y nos mira detenidamente. Yo la miro de reojo a ella, sin saber muy bien qué decir. Él carraspea y nos acompaña al aula. Cuando escucho a la gente, el miedo vuelve a mí. Jamás lo he pasado bien en una clase, no sé qué me hace pensar que en esta será diferente.

—¡Adelante! —dice el director dejando un espacio para que podamos pasar—. ¡No seáis tímidos!

Ella pasa primero, yo después.

—¡Los nuevos! —alza la voz el profesor, acercándose a nosotros dos—. Soy Roderike, encantado de conoceros.

Le decimos nuestros nombres y reina un incómodo silencio. El docente alza la cabeza para despedirse del director y en el momento en el que se cierra la puerta del aula, nos indica que vayamos hacia el fondo de la clase. Echo un vistazo rápido y veo a un joven con un aspecto bastante oscuro sentado con la capucha puesta; el asiento que hay a su lado, al lado de la ventana, está libre.

—Yo quiero el de la ventana —le digo a Kelly—. ¿Te importa?

Niega con la cabeza y me sonríe. Parece que será una buena compañera.

Poco a poco me voy moviendo entre la gente para llegar a mi pupitre. En el mismo instante en el que me dispongo a dejar la mochila colgando detrás de la silla, una mano me detiene.

—En esta mesa no.

Un chico de ojos verdes me mira sin apenas alzar la cabeza ni quitarse la capucha.

—¿Por...?

—¡Porque he dicho que no! —chilla.

Yo me asusto.

—¡Eh! —el profesor le llama la atención—. ¡Esto ya lo hemos hablado!

—No pienso dejar que un desconocido ocupe su lugar.

—¡O lo dejas estar o te echaré de clase! —El profesor suspira y me sonríe—. Siéntate, no le hagas caso.

Busco la mirada del compañero, pero no dice nada más. Sigo con lo mío. Aparto la silla, me siento, me giro para coger una libreta y el estuche de la mochila. Antes de que pueda dejar mis cosas en el pupitre, empiezo a ver un montón de letras en la madera.

—¿Y esto?

Miro de reojo al chico de ojos verdes en busca de alguna respuesta, pero no abre la boca. Simplemente ha decidido cruzarse de brazos y mirar hacia la pizarra. Me doy cuenta al instante de que ni siquiera tiene nada encima de la mesa. Parece que no quiera estar aquí.

Está demacrado.

Me recuerda a... mí.

Intento ignorar las pintadas, pero dos segundos después mis ojos empiezan a leer. Mientras el profesor comienza la clase, yo me dedico a apreciar todas esas letras y fechas.

Esta frase es tuya, así que merece estar aquí:
«Llené de flores mi apariencia cuando por dentro solo había muerte».
13/10/2017

Joder, todo es tan diferente sin ti...
22/10/2017

Debí quedarme en el mirador, contigo, pero hice bien en irme, no me merecía a alguien tan perfecto como tú y tú no merecías alguien tan imbécil como yo. Te quiero.
22/10/2017

No tuve la oportunidad de conocerte a fondo, sé feliz ahí. Habríamos sido grandes amigos.
26/10/2017

Hola. ¿Cómo estás? Caí en las drogas, otra vez, pero saldré de nuevo y, por ti, intentaré ser feliz.
1/11/2017

Hola. No sé qué decir. Me arrepiento de tanto... Sé que ahora serás feliz, pero no pensé que este sería tu fin. Hui a la deriva y ojalá me hubiese despedido de ti mucho mejor. Pensé «Ya lo volveré a ver». Al menos sé que pudiste disfrutar una parte de mí: el libro que te regalé. Perdón por todo, por abandonarte y por desear no haberme enamorado de ti; no me arrepiento de ni un solo segundo de los que pasé a tu lado. Haré que dejen esta nota en tu mesa.

11/11/2017

Se te echa de menos, muchísimo. He vuelto al instituto. No hay noche que no llore y no hay día en que no me gire para ver tu mesa y encontrármela vacía.

¿Por qué, Luke? ¿Por qué?

29/11/2017

Mi corazón empieza a encogerse y siento presión en mi interior. No hay nada más escrito. Lo que he leído me ha dejado con mal sabor de boca. Paso el dedo por alguna de estas frases y caigo en la cuenta de que esta mesa es de alguien que ya no está. Miro de nuevo a mi compañero y comprendo por qué no quería que me sentara. Este sitio es de alguien que fue importante en su vida.

Decidido, le hablo.

—¿Quién es este tal... —miro un momento el nombre— Luke?

El chico clava su mirada en mí nada más oír el nombre. Veo unos ojos oscuros, apagados. Parece triste.

—¿Ahora te importa? —Me mira despectivamente.

Pienso que la mejor opción sería no seguir preguntándole, pero necesito saber qué pasó aquí.

—¿Era importante para ti?

Sus ojos empiezan a humedecerse y me lo quedo mirando sin saber muy bien qué hacer. No quiero que pase un mal rato, así que me quedo callado y me centro en la clase.

No sé quién es Luke, pero de alguna forma creo que estoy conectado a él. Tras leer todo lo que le han escrito lo he sentido dentro de mí, como si lo conociera.

Como si pudiéramos ser la misma persona.

Pasan las horas y todo sigue igual de silencioso. No sé con quién hablar y tampoco qué tema de conversación sacar. Presiento que diga lo que diga, voy a caerle mal a todo el mundo. Miro al chico raro y sigue con la misma postura. Está desganado. Justo cuando se arremanga la sudadera hasta el codo descubro lo que le sucede.

No me lo puedo creer...

Creo que él ha pasado por lo mismo que yo. Por las drogas.

—¡El de la capucha! —chilla alguien. Él lo mira sin moverse ni un centímetro—. ¿Qué tal estás? ¿Echando de menos a tu novio

muerto?

Es curioso, porque el círculo de amigos del que habla empieza a reírse, pero el resto de la clase clava en él unos ojos asesinos. De reojo, aprecio cómo él empieza a formar un puño. Antes de que pueda cometer un error, muevo la mano y la coloco encima de la suya.

Él me mira con cara de asco y me la intenta quitar.

—Pegarle no hará que vuelva de la muerte.

Rabioso, me aparta y trata de relajarse.

Hay demasiada tensión en esta clase.

Y demasiado dolor en este chico.

No sé quién es Luke, pero desde luego que parece que aún no se haya ido del todo.

Me siento agotado mentalmente. Han acabado ya las clases de hoy y no me encuentro con fuerzas para nada más. Odio pasar horas sentado, escuchando cosas que la mayoría no quiere saber. Eso puede llegar a alimentar a tu monstruo interno. Es lo que me sucede a mí. Estar en estos lugares, sin hacer nada y sintiéndome aislado con un silencio sepulcral es lo que hace que mi cabeza me lleve a centrarme en los pensamientos negativos.

Pero lo mejor —según mi psicólogo— es enfrentarse al monstruo. A ese que cuida a la depresión. Y aunque me cueste mil años combatir a los pensamientos que ella crea en mi interior, tengo que hacerlo para quitar de mi cabeza algo mucho peor.

No voy a mentir, he estado al borde del abismo bastantes veces. De no ser por mi madre, no estaría contando nada de esto ahora. Es algo muy difícil de admitir; aun así, es cierto. Soy víctima de intento de suicidio. Lo peor de todo, sin embargo, no fue saber que lo hice, sino ver la cara de mi madre preocupada; diciéndose a sí misma: «¿Qué ha pasado?». Lo más horrible fue tener que ver a mi madre días después de lo sucedido, tratando de cuidarme lo mejor posible y buscando la manera de que yo no sufriera tanto como para volver a intentarlo otra vez.

Me gustaría volver atrás y borrar ese día para no sentir la angustia de que vuelva a suceder.

—¿Sales? —Kelly se acerca a mí.

—Ahora voy.

Veo cómo la chica de cabello rojizo desaparece en la lejanía y observo por encima de mi hombro la clase. Ya no queda nadie. Solo estamos el chico de ojos verdes y yo. Decidido, empiezo a recoger las cosas. Luego me levanto del asiento y coloco la mochila encima de la mesa. Cuando estoy a punto de colocarme la correa de la mochila al hombro, el chico de mi lado decide hablar.

—¿Cómo te has atrevido a sentarte ahí después de leer eso?

—¿Perdón?

Por primera vez en todo el día, despacio, se quita la capucha. Se aprecia un corte de pelo bastante apurado, casi al estilo militar. Apoya sus manos en la mesa y se levanta. Se acerca a mí y empieza a mirar los escritos.

—«No debiste hacerlo, te odio» —lee, susurrando.

Trago saliva y me quedo mirando cómo pasa la yema de los dedos por las letras perforadas en la madera. Lo pienso y decido preguntárselo.

—¿Lo has escrito tú?

Él asiente.

Empiezo a leer todas las frases que tienen esa misma letra. Al momento me doy cuenta de que es el que ha caído en las drogas de nuevo. Vuelvo a sentir la presión en el pecho. Me da la sensación de que estar en esta clase me va a sanar mucho más de lo que pensaba.

No porque todo esté bien y todo sea sano. Más bien porque las dos cosas que más daño me han hecho y que estoy superando estarán, de alguna manera, cerca de mí.

—Luke era demasiado bueno para este mundo. —Tose.

—¿Qué le pasó? —pregunto, con cuidado.

Reina el silencio. Al instante me arrepiento de habérselo preguntado.

—Perdón, no hace fal...

—Se suicidó.

Nada más oigo esas palabras (tan temidas) resonar en mis oídos, todo se detiene. El sonido desaparece y siento cómo el aire se vuelve pesado. De repente, mis manos se sienten sucias por haber tocado esos escritos y haberlos leído como si nada. Por mi mente pasan todos los pensamientos que hacía días que no bailaban por mi cabeza.

El sollozo del compañero, sin embargo, me interrumpe.

Y me doy cuenta de que, en el fondo, yo necesitaba ver esto.

Vivir el suicidio desde fuera. Porque cuando eres una víctima, es imposible que veas lo que sucede más allá y te des cuenta de cómo los demás viven las consecuencias de tus actos. Estás tan ocupado pensando en morir que no sabes el daño que puedes hacer.

Como persona diagnosticada con depresión, necesitaba verme desde fuera.

Poder ver lo que habría pasado si yo hubiera sido Luke.

Ver al chico de la capucha llorando, rozando la mesa con los dedos como si Luke aún estuviera aquí me ha despertado. Me hace ver que no quiero acabar así. Que no quiero hacer este daño a nadie. Que aunque me cueste mil, aunque a veces quiera acabar con todo, seguiré levantándome una y otra vez. No quiero rendirme.

—Cuidaré esta mesa como si fuera mía —comento, dándole un abrazo.

Él se aparta un poco. Le tiene pánico al contacto físico.

—Te prometo que siempre la dejaré limpia. Y permitiré que sigas escribiendo en ella.

Frota un poco sus ojos con las mangas de la sudadera y con una pequeña sonrisa triste me da las gracias. Miro de reojo hacia la puerta de la clase y decidido irme, dejándolo allí. Necesita su espacio, y lo entiendo. Antes de irme, me apoyo en el marco de la puerta y me quedo viendo la escena. El chico se sienta en la mesa de Luke y empieza a escribir una nueva frase. «Está escribiendo en la mesa inolvidable», pienso.

Estoy seguro de que ese chico tampoco se rendirá. Seguirá adelante por él y por Luke.

Campanas de Irlanda
No es culpa tuya

Ha llegado una de mis partes favoritas del día: la terapia de grupo. Es cierto que empecé yendo con un psicólogo y que acabé siendo derivado a psiquiatría, pero sentía que necesitaba escuchar más historias para poder comprenderme mejor. Mi madre investigó y, gracias a la ayuda de una amiga suya, encontró este lugar.

Se trata de una vieja iglesia que quedó abandonada después de que construyeran la del centro. A partir de entonces, decidieron utilizar este lugar como espacio comunitario. Un sitio en el que sentirse acompañado cuando no tienes nadie. O cuando tienes a alguien a tu lado y sientes que no es suficiente.

Al principio pensé que no me sería útil o que me juzgarían por mi pasado y por todo lo que he llegado a vivir. En cambio, descubrí que no era un sitio en el que sentirse la oveja negra del rebaño, sino un lugar donde todas las ovejas negras del rebaño te apoyan para volver a ser ovejas blancas. He conocido a gente increíble.

La sesión dura una hora y consiste en agarrar una silla, hacer un círculo entre todos y ponernos a hablar sobre nosotros. Es algo bonito, ya que puedes escuchar la versión de cada uno. Y cuando la oyes sabes que están allí por la misma razón que tú —que no deja de ser las ganas de ser un agujero negro—, pero que no todos tienen la misma historia.

Miro el reloj. Son las seis en punto de la tarde. La sesión empieza a esta ahora, así que me levanto del banco del parque y decido cruzar la calle hasta llegar a la iglesia. Subo las escaleras, abro la gigantesca puerta de madera y entro.

—¡Tobías!

—¡Layla!

Ella es una de las personas con las que más he empatizado y hemos mantenido una relación muy estrecha. Estamos en la misma sintonía y, sobre todo, me ayuda cuando yo no puedo ni siquiera

levantarme. No hablamos cada día, pero siempre que la llamo, me responde.

La llamo «mi teléfono de la guardia».

Pase lo que pase, sea lo que sea, ella espera a que suelte todo lo que siento y, cuando termino, me consuela.

—¡Bien! —exclama Óscar—. ¡Hora de empezar la sesión!

Todos agarramos una silla del fondo de la iglesia. Yo me siento siempre al lado de Óscar. Él es bastante joven. No debe de pasar de los treinta años. Me gusta que mi psicólogo no tenga tan lejos la adolescencia, porque así le resulta más fácil comprendernos.

—Hoy hab...

De repente suena el estruendo de la puerta de madera cerrándose; típico sonido que hace alguien cuando no sabe que, si la sueltas en lugar de acompañarla, se cerrará gracias al viento. Todos clavan sus ojos en la fuente del ruido. Como estoy de espaldas, apoyo mi brazo en el respaldo de la silla y giro la cabeza. Cuando veo de quién se trata, mi boca se abre.

—Ade... —Óscar carraspea y deja a un lado su libreta—. ¡Adelante! ¡Coge una silla y ven con nosotros!

—El chico de ojos verdes.... —murmuro.

Me incorporo mejor para verlo acercarse a nosotros. Sus pies pesan, sus pasos quedan casi enterrados en una marea mortal. Lleva la cabeza medio escondida y los ojos le brillan a causa de algún reflejo de la luz del sol.

—¡Tobías! —me llaman la atención—. ¡Hazle sitio!

Asiento con una sonrisa y me aparto un poco sin levantarme de la silla. Al instante, aparece él con una silla en las manos y la coloca justo entre Óscar y yo. Indeciso, frota su mano en su brazo y se sienta, despacio.

Tiene miedo.

Conozco ese miedo.

—¡Has llegado justo a tiempo! —dice ilusionado el psicólogo—. Preséntate.

—¿Yo?

Me lo quedo mirando de reojo y aprecio cómo desde que se ha sentado no ha parado de menear el pie. Constantemente. Lo está pasando mal. Por eso decido ayudarle.

—Empezaré yo —digo—. Hola a todos.

—¡Hola! —contestan con una sonrisa. El nuevo observa con cautela.

—Yo soy Tobías y padezco depresión severa. Llevo un año largo lidiando con ella y estoy aquí porque no quiero estar siempre así.

Una vez termino, le doy un codazo a Layla para que siga. Ella toma la palabra.

—Yo soy Layla.

—¡Hola, Layla! —El de los ojos verdes le echa una mirada confusa—. Padezco de un trastorno de la conducta alimentaria y desde que estuve ingresada unas semanas por falta de vitaminas y nutrientes, me he dado cuenta de que no quiero seguir así.

Óscar asiente tranquilamente y reposa una pierna sobre la otra. Seguidamente, hablan todos los demás. Se oyen casos de todo tipo: ansiedad, bipolaridad, estrés postraumático, víctima de violencia familiar, víctima de acoso...

Cuando la ronda da la vuelta y le llega el turno al nuevo, reina el silencio. Esperamos todos a que diga algo.

—Estamos aquí para ayudarte, no para criticarte —le susurro.

Él asiente y se encoge un poco.

—Yo soy... Ma-Mark.

—¡Hola, Mark!

En él se dibuja una pequeña sonrisa. Cierra los ojos un momento y suelta todo el aire que ha estado reteniendo.

—Estoy aquí porque... —Se detiene y niega con la cabeza—. En realidad no he venido por mi fuerte drogadicción. La tengo, pero no he venido por eso.

—Entonces ¿por qué? —pregunta Óscar con interés.

—Hace... hace poco. —Su voz empieza a quebrarse—. Hace poco un amigo mío... se suicidó.

Mark levanta un poco la vista para buscar las caras apenadas, pero no las ve, porque este lugar no funciona así. No nos compadecemos, sino que escuchamos.

«¿De qué sirve decirte que lo siento si no he sido capaz de escuchar toda la historia y tampoco lo he vivido? Lo que ayuda es prestarte mi hombro por si necesitas llorar hoy, o mañana». Esto fue lo primero que dijo Óscar cuando se presentó.

—¿Y cómo te sientes?

—¿Cómo me siento? —pregunta confuso.

—Exacto, ¿qué es lo que sientes al decir eso?

Carraspea y decide soltarlo.

—Rabia, impotencia.

—¿Qué más?

—Odio. Mucho odio. Siento decepción. Dolor. Traición. Me siento completamente abandonado. Sin nadie a mi lado. Sin él. Me da rabia.

—¿Te da rabia que se haya suicidado o que tú no hayas podido evitarlo?

Se queda callado un momento y mira a su alrededor. Cuando sus ojos se encuentran con los míos, le indico que puede seguir y confiar.

—Yo... —Aprieta la mandíbula—. No lo salvé.

—No fue tu culpa —interviene Layla—. Sé lo que es, y te aseguro que no eres el responsable de su muerte. Nunca pienses eso, a él no le gustaría.

—Pero pude haberlo evitado... —le responde.

Entonces, Óscar carraspea y suspira. Viene una de las mejores partes. Cuando suspira y relame un poco sus labios, significa que se acerca una reflexión.

—Quiero que te pongas ante todos, Mark.

Como no se mueve de la silla, se lo repite. Se coloca nervioso en el punto central del círculo y espera a que el psicólogo le diga algo. Yo también. Me da la sensación de que la sesión de hoy va a ayudar a muchos.

—Quiero que prestéis atención todos. —Se levanta y deja caer la libreta en la silla—. En lo que va de año, dos de cada diez españoles pensaron en suicidarse. En este pequeño grupo somos doce. Imagínate que estamos en un restaurante; todos esparcidos en sus mesas. Tú vas a comer con un amigo de toda la vida, ¿vale? —Mark asiente—. En este restaurante, probablemente dos de ellos hayan pensado en acabar con todo esta misma noche. ¿Verdad que no te sentirías culpable? —Negamos todos—. ¿Verdad que nunca llegarías a saberlo? —Volvemos a negar—. Pues así funciona el suicidio. Para comprenderlo hay que pasar por ello. Si miramos a los demás como completos desconocidos, nunca sabremos qué puede estar pasando por su mente. —Óscar empieza a dar vueltas alrededor de Mark—. ¿Cómo se llamaba?

—Luke.

Asiente.

—Luke es cualquiera de los comensales del restaurante. Luke

podría ser cualquiera de estos doce de aquí. Lo único que lo diferencia es que tú formabas parte de su vida. —Se detiene en seco delante de él —. Cuando alguien piensa en el suicidio, no piensa en ti. Y nunca lo hará. Es la parte egoísta que tiene todo ser humano. Desde el punto de vista de la enfermedad, está pensando en la mejor manera de curarse. Es cierto que el suicidio se puede evitar, pero solo con tiempo. Con muchísima ayuda. Esa es la razón por la que estoy aquí con vosotros, porque sé que podéis curaros. —Agarra a Mark por los hombros—. Pero jamás será tu culpa. No puedes cargar con el peso de algo con lo que nunca tuviste que ver. Él buscaba su felicidad, no la manera de herir los demás. —Mark asiente, sollozando—. Duele porque no logras entenderlo, porque te preguntas: ¿qué hice mal? No obstante, por mucho que hagas, la mayoría de las veces no servirá. Hay demasiados factores en juego para que alguien termine con su vida. Y el más importante es su voluntad. Si eso falla... el problema es solo de su mente, que decidió terminar con alguien que merecía vivir. —Óscar le hace una caricia en la mejilla—. Luke sabe lo mucho que lo quisiste. Sabe lo feliz que lo hiciste. No eres la razón por la que él decidió buscar la paz en otro lugar, ¿de acuerdo? —Mark asiente y él lo rodea con sus brazos y le apoya contra su pecho. Ahora nos mira a nosotros —. No podemos comprender a un suicida si nunca lo hemos llegado a ser. Y con esto no pretendo incitaros al suicidio, sino haceros ver que hay personas que llegan a un punto en el que no pueden más. Duele porque hay mil soluciones, pero siempre existirá este factor. Siempre habrá ese porcentaje.

Todos nos quedamos en silencio. Algunos están llorando. Yo tengo el corazón encogido.

—Y yo estoy aquí para que no seáis parte de ese porcentaje. — Agacha un poco la cabeza y se acerca a Mark para sonreírle—. Y para que tú sigas en esta vida honrando la suya.

Una vez termina la sesión, todos empiezan a recoger las sillas y a desmontar el círculo. Óscar nos dice adiós y cada uno empieza a irse por su camino. Me despido de Layla antes de que salga de la iglesia y, luego, una vez solo, aprovecho para irme y cerrar la puerta de madera. Me gusta cerrarla. Me hace sentir responsable. Giro la llave y la cierro. Cuando doy media vuelta para bajar las escaleras e irme a mi casa, veo a Mark sentado en ellas. Extrañado, decido acercarme. Él nota mi presencia, suspira y espera a que me siente a su lado.

—¿Qué tal tu primer día?

—Bien, no sé.

Lo observo un momento. Tiene algo petrificado en su mente.

—Cuéntame.

—¿Qué? —murmura exhausto.

—No lo has contado todo.

—Eso no es...

Ve mi expresión seria y prefiere callarse. Asiente dos segundos después y accede a contármelo.

—Él me escribió un mensaje —suelta rápido—. Lo vi, pero no pude acudir porque sufrí una sobredosis. —Empiezo a comprender su sentimiento de culpa—. Cuando me desperté, me encontré en una camilla del hospital. No me sorprendió, ya he perdido la cuenta de las veces que he estado ingresado por pasarme de la raya. —Suspira—. Luego vino el peor momento de mi vida. Sobre las cuatro y veinte sonó un móvil, mi madre lo cogió. No le di importancia, hasta que vi su cara. Parecía tan asustada... —Sus ojos empiezan a humedecerse—. Como no me decía nada, me di cuenta de que se trataba de Luke. De que se había suicidado. Lo hizo en el prado de flores blancas.

«Por eso hay una flor blanca en la vitrina», pienso.

—Y desde entonces, me siento culpable por no haber ido cuando vi el mensaje.

Se detiene para mirarme a los ojos en busca de una respuesta. Yo simplemente lo atraigo a mí y le doy un abrazo.

—Lo echo muchísimo de menos... —solloza.

—Tiene pinta de que era una persona increíble.

Él asiente.

—Fue el mejor amigo que podía tener. Lucharé contra mi adicción por él, para que me mire desde arriba orgulloso. Para que sepa lo mucho que siempre lo he querido.

Sonrío débilmente y él se separa de mí al ver una flor blanca creciendo al lado del muro de la escalera. La arranca y se la queda mirando.

Arranca los pétalos uno por uno.

Sonríe.

Mira hacia el cielo.

Una lágrima cae despacio por su mejilla.

Y lo dice.

—Volveré a verte, flor blanca.

No estás solo.

No debes pasar todo sin ayuda de nadie.
No mereces llorar cada noche pensando que nadie te quiere escuchar.
No insistas en hacerte daño.
No luches por morir.
No finjas ser feliz.
No niegues que te duele.
No te mientas.
No te rindas.
Siempre habrá alguien.
Te quiero.

Recuerda que no estás solo.
Llama al 024 si necesitas ayuda.

Volveré a verte

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Pol Ibáñez, 2023
© de la ilustración de cubierta: Maria Gabriela Andrade, 2023
© Editorial Planeta, S. A, 2023
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
CROSSBOOKS, 2023
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

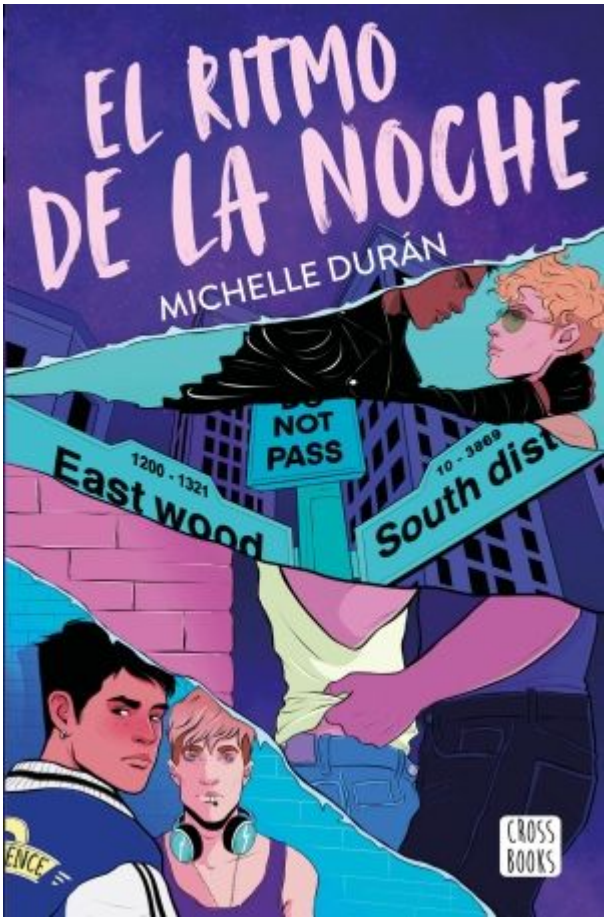
Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2023

ISBN: 978-84-08-26873-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!


EL RITMO DE LA NOCHE
MICHELLE DURÁN
NOT PASS
1200 - 1321
East wood
10 - 3869
South dist
CROSS BOOKS

El ritmo de la noche

Durán, Michelle

9788408270157

376 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Una guerra de bandas nunca había sido tan sensual.

«Altamente adictiva. No pude dejar de leer hasta llegar al final», Alice Kellen.

En la ciudad de Operetta hay una eterna guerra entre los chicos de los bajos fondos y los niños ricos del barrio más exclusivo, East Wood. Mark pertenece al primer grupo, liderado por Theo. Nunca ha necesitado la atención ni el amor de nadie. Pero entonces conoce a Lee Parker, el hijo de una de las familias más respetadas de la ciudad.

Por otra parte, Iván, el perrito faldero de Theo, coincide con el cabecilla de los pijos del East Wood: Alex Peterson.

Y es entonces cuando Mark e Iván comienzan a perder la cabeza por dos personas que jamás de los jamases habrían entrado en su prototipo de tío al que habrían besado.

Cómpralo y empieza a leer

Una novela de HEARTSTOPPER

Alice Oseman

Este invierno

CROSS BOOKS

Este invierno

Oseman, Alice

9788408270355

192 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La novela que te cuenta más de los personajes de HEARTSTOPPER.

Estas Navidades no van a ser fáciles para Charlie. Es la primera vez que se enfrenta a una celebración tras salir del hospital. Su ingreso y que sea el único miembro de su familia abiertamente gay no ayudará a darle lo que más desea: tranquilidad y pasar inadvertido. Las cosas quizá no salgan como Charlie espera, pero, pase lo que pase, sabe que siempre podrá refugiarse en Nick, a su lado, en el sofá, mientras espera a que la tormenta a su alrededor se calme.

¡Con ilustraciones de Alice Oseman!

Cómpralo y empieza a leer

PUNK 57

ERAN PERFECTOS EL UNO PARA EL OTRO.
HASTA QUE SE CONOCIERON

PENELOPE DOUGLAS

CROSS BOOKS

Punk 57

Douglas, Penelope
9788408262138
384 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Eran perfectos el uno para el otro hasta que se conocieron. La novela que ha arrasado en Tik Tok.

MISHA

Mi profesora creyó que Ryen era un chico, la suya que Misha era nombre de chica y las dos, completamente equivocadas, nos juntaron para ser amigos por correspondencia. A nosotros no nos costó mucho darnos cuenta del error, pero antes ya habíamos discutido sobre cualquier tema posible: ¿la mejor pizza de la ciudad? ¿iPhone o Android? ¿Es Eminem el mejor rapero de todos los tiempos?

Y ese fue el principio de todo. Esos fuimos nosotros los siguientes siete años.

Ella siempre escribía en papel negro con boli plateado. No lo hacía con regularidad: a veces me llegaba una a la semana. Otras, tres en un día. Daba igual. Las necesitaba. Ella es la única que me mantiene centrado, que me habla y que acepta todo aquello que soy. Solo tenemos tres reglas. Sin redes sociales, sin teléfono, sin fotos. Teníamos algo bueno. ¿Por qué arruinarlo?

Hasta que un día, encuentro la foto de una chica llamada Ryen, que ama la pizza de Gallo's y adora su iPhone. ¿Demasiada casualidad? Joder. Necesito conocerla. Solo espero no acabar odiándola.

RYEN

No me ha escrito en tres meses. Algo pasa. ¿Se habrá muerto? ¿Estará en la cárcel? Conociendo a Misha, cualquier opción es posible. Sin él, me estoy volviendo loca. Necesito saber que alguien me escucha. Y es mi culpa, debí pedirle su número de teléfono, o una foto. Algo. Puede

que se haya ido para siempre. O puede que esté delante de mis narices y no ni siquiera saberlo.

Cómpralo y empieza a leer

DANIELLE L. JENSEN
EL
REINO DEL
PUENTE
CROSS
BOOKS

El Reino del Puente

L. Jensen, Danielle
9788408270263
464 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿Y si te enamoraras de la persona que juraste destruir?

El fantasy romántico de la autora que ha seducido a Sarah J. Maas y Jennifer L. Armentrout.

Lara, una princesa guerrera que ha sido duramente entrenada en soledad, ha crecido con dos convicciones indiscutibles: la primera es que el Rey Aren es su enemigo; y la segunda, que será ella quien lo ponga de rodillas.

El Reino del Puente aprovecha su enclave privilegiado para enriquecerse y oprimir a sus rivales, incluyendo la patria de Lara. Así que, cuando es entregada para cerrar un acuerdo matrimonial para conseguir la paz, está preparada para hacer todo lo que haga falta para desgastar desde dentro las defensas del Reino... y derribar las de su rey.

Sin embargo, a medida que se infiltra en su nuevo hogar y va descubriendo los intereses que se mueven en este juego, empieza a preguntarse si realmente ella es la heroína de esta historia, o es la villana.

Pero cuando descubra que sus sentimientos por Aren están transformándose, Lara deberá elegir qué reino va a salvar... y cuál va a destruir.

«No esperes a comprar este libro. ¡Corre!» Jennifer L. Armentrout

Cómpralo y empieza a leer

JENNY HAN
No hay verano sin ti
CROSS BOOKS

No hay verano sin ti

Han, Jenny
9788408019909
272 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La trilogía en la que se basa la serie de Prime Video. (Libro 2)

Año tras año, Belly espera con impaciencia la llegada de las vacaciones para reencontrarse con Conrad y Jeremiah en la casa de la playa. Pero este verano no podrá ir. No después de que la madre de los chicos volviera a enfermar y de que Conrad cambiara. Todo lo que el verano signifi caba se ha esfumado y Belly está deseando que acabe. Hasta que recibe una llamada inesperada que la convence de que aún podría volver a ser como antes. Y eso sólo puede ocurrir en un lugar…

Cómpralo y empieza a leer